Eso NO ESTABA *en mi* LIBRO *de* HISTORIA *del* ESPIONAJE

Espías, espiados y espionajes en un mundo global ¿Sabía que Alan Turing fue agente de inteligencia? ¿Y que una parte de todos nuestros impuestos financia a los espías? ¿O que el espionaje británico derrotó a Adolf Hitler?



No ha habido poder político en la Historia de la Humanidad que no haya utilizado el espionaje como herramienta. Nadie escapa a su actividad y muchos lo son, sin saberlo. Una parte importante de nuestros impuestos se dedican a esta actividad, siendo un recurso básico para la gestión de los Estados. Sepan que todo hecho histórico reseñable ha contado con la participación de los servicios secretos hasta el punto de que es imposible es encontrar una victoria sin espionaje previo: Adolf Hitler fue derrotado por la inteligencia británica y un agente doble saboteó la participación de España en la Segunda Guerra Mundial. El mago Harry Houdini, Francisco de Quevedo, Alan Turing, padre de la computación, Pilar Millán-Astray, afamada escritora, todos ellos fueron espías en algún momento de sus vidas… y muchos más pueblan el presente libro, que demuestra la contingencia del espionaje en las sociedades humanas.

¿Sabía que usted podría ser un espía sin saberlo, que el KGB no ha desaparecido, o que el Marqués de la Ensenada cayó en desgracia por las *fake news* del servicio de inteligencia inglés? ¿Usarían con tranquilidad sus equipos informáticos si les dijeran que Alan Turing, inventor del primero de ellos, fue un agente de inteligencia?

«Disfruten de este viaje a través de la historia con la esperanza de aclarar el oscuro mundo de la inteligencia y, en el momento de concluir su lectura, llegarán a la conclusión de que todo es mucho más sencillo de lo que pensaron. El espionaje y la inteligencia no son más que otra cara del poliedro que conforma la humanidad que habitamos».

Eduardo Juárez Valero

Eso no estaba en mi libro de historia del espionaje

Eso no estaba en mi libro - 28

ePub r1.0
Titivillus 15.11.2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Para mis Maestros Ángel Herrerín López y Diego Navarro Bonilla.

Al primero, por abrirme la puerta; al segundo, por hacerme correr en pos de mis sueños.

Introducción

No se confundan. En este libro no encontrarán una historia del espionaje. O de los servicios de inteligencia. O de las estructuras de espionaje e inteligencia, de los servicios secretos, de los servicios de información. Si he de ser sincero, no es la intención del que suscribe. Además, ya me dirán cómo se puede hacer eso sí, en la mayoría de los casos, la documentación esencial para el conocimiento de tales organizaciones, al menos en lo que se refiere a los últimos ochenta años, es prácticamente inaccesible y la anterior en el tiempo no existe. Después de todo, menudas organizaciones secretas serían si mantuvieran accesible su archivo esencial, si pudiéramos desentrañar sus entresijos más ocultos. Si supiéramos con certeza todas aquellas dudas que nos asaltan acerca de los grandes hitos históricos de la humanidad.

Pensándolo bien, ojalá fuera este libro que tienen en sus manos una historia de los servicios de inteligencia definitiva. Ojalá hubiera accedido libremente al archivo del CESID o del CNI; a las fuentes primarias básicas constitutivas de la CIA; que me hubiera podido dejar caer en Moscú y darme un garbeo por las instalaciones de la GRU; pasar unos días en Tel-Aviv e hincarle el diente a toda esa jugosa información clasificada en la sede del MOSAD. Mejor aún, viajar en el tiempo y asistir al final de la NKVD y la llegada del KGB, echando una ojeadita a las instrucciones de Lavrenti Beria, aunque fuera a través de aquellas aterradoras gafas circulares, especialmente cuando las tenías en frente. Cómo desdeñar la oportunidad de ocupar uno de los escaños de la Comisión Warren, pudiendo echar mano a la verdadera y clasificada documentación del caso Kennedy. Mis queridos Maestros, Ángel Herrerín López y Diego Navarro Bonilla, habrían estado encantados de meterle mano a las conversaciones entre Adolf Hitler y Franco en Hendaya; saber si el almirante Whilhem Franz Canaris fue, en realidad, un agente doble británico y saboteó la participación española en la Segunda Guerra Mundial, abortando la entrada de tropas nazis que conquistaran Gibraltar. No me cabe duda de que Ángel Viñas habría dado lo que fuera por asistir a esas conversaciones,

descubriendo si, en realidad, el servicio de inteligencia del gobierno republicano español trabajó a favor de los militares rebeldes: si la certeza que él tiene del asesinato del general Balmes pudiera confirmarse con documentación firmada por el propio general Francisco Franco. Con total seguridad, todos querríamos saber el modo en que se tomó la decisión de construir una red de espionaje mediante el uso de embajadores residentes venecianos a mediados del siglo XIV, las razones que llevaron a los nazis a confiar plenamente en las informaciones de Juan Pujol o cómo pudo Fouché sobrevivir a todo quisque durante los tumultuosos años de la Revolución francesa.

¿Qué decir, por otra parte, de los espías en sí mismos? ¿Quién no querría departir con el citado Juan Pujol? Desde luego, me encantaría que impartiese magisterio en la universidad pública. ¿Qué quieren que les diga? No encontraremos mejor profesor en teoría y, principalmente, práctica de la desinformación y ocultación de las verdaderas intenciones. Sin duda, me hubiera encantado poder gastar una jornada aprendiendo de *Fräulein Doktor* el arte del engaño; con el cardenal de Richelieu eso de crear redes políticas de espionaje y que le dieran por salva sea la parte a Alejandro Dumas; darme un paseíto por el Madrid de los Habsburgo con Juan Velázquez de Velasco, trabajar para desmontar la maquinaria de ruido y desinformación creada por Francis Walshingam para echarle una mano a Zenón de Somodevilla y, ¿por qué no?, pasarme unos días con Alan Turing, a ver si se me pega algo de la genialidad que tan estúpidamente desaprovecharon los puritanos ingleses.

Como ya habrán comprendido, el libro que tienen en sus manos es, principalmente, no una historia del espionaje sino, permítanme el juego de palabras, una visión del espionaje a lo largo de la historia. Y, aunque suene parecido, no viene a ser lo mismo. En estas páginas podrán encontrar diferentes momentos del espionaje en diferentes momentos de la historia. Desde las catástrofes militares sufridas por los romanos frente al bien informado Aníbal hasta los errores en la coordinación del conocimiento en los sucesivos ataques terroristas en París, Niza y, especialmente, Barcelona, el uso apropiado de la información secreta, privilegiada, clasificada, ha sido esencial a lo largo de la historia para que los líderes tomaran las decisiones apropiadas; pues, parece más que evidente que la calidad de la decisión se basa en los argumentos que empleamos para construirla. En efecto, si estoy mal asesorado, si la información que me llega es incompleta, confusa o, en

más ocasiones de las que piensan, equivocada, la decisión que tomaré será catastrófica para los intereses que defiendo.

Por todo ello, comprender que, a lo largo de la historia, los poderes políticos se han esforzado en igual proporción en capturar ese conocimiento esencial y, de paso, meter todo el ruido posible a los antagonistas para disturbar su raciocinio de la realidad, es uno de los objetivos esenciales del libro que tienen en sus manos. Otro objetivo, quizás más importante que el anterior, es mostrarles la humanidad del proceso presentándoles a los espías. Muchos de ustedes pensarán que son gente especial, bien muy preparada, bien atormentada por la labor tan peligrosa y desprestigiada que llevan a cabo.

Cosas del cine y la literatura.

En realidad, la mayoría de ellos, de ellas, son personas corrientes. Ciudadanos normales que cumplen con una misión básica encomendada por una institución pública o privada que les paga por desarrollar una función cotidiana y hasta tediosa las más de las veces. Igual que cualquiera de ustedes, lectores, que tan amablemente han decidido leer este ensayo. Obviamente, no siempre ha sido así, ¿verdad? ¿Están seguros? Es más que obvio que una persona que se dedica al espionaje sabe que está arriesgando mucho, ya sea su posición social, su trabajo, su seguridad personal, su vida. Ahora bien ¿saben todos los espías que lo son? ¿Todos los que participan en el proceso del espionaje, de la creación de la inteligencia y su gestión saben que lo están haciendo? ¿Saben todos los espías que son espías? Y si no es así ¿sabemos nosotros qué es un espía?

Ese dilema es el punto de partida del presente libro: establecer una definición de lo que significa ser espía. Tratar de demostrarles a todos ustedes, queridos lectores, que cualquiera puede ser un espía sin saberlo. Incluso usted mismo, que lee esta línea. Ya ven, sería un poco absurdo mostrar el espionaje a lo largo de la historia sin empezar por decir qué ha sido, es y será un espía en estas sociedades humanas tan dadas a ocultar el conocimiento. Desde este punto, podrán viajar por todos los tipos posibles de espías, visitando todos los modelos que hayan podido existir. Eso sí, les pondré nombre y apellidos para que, como ya han leído, puedan comprobar que, en la inmensa mayoría, se trata de personas corrientes y molientes. Desde los espías tradicionales a los que no tienen ni pajolera idea de lo que están haciendo, pasando por los grandes espías, los oficiales y espías al mando, encontrarán en este libro una

multitud de personas dedicadas a capturar información prioritaria, privilegiada, secreta y ajena, de modo clandestino y sirviendo a intereses de terceros, tratando de conseguir vayan ustedes a saber qué.

Tras comprobar que hay, ha habido y, con total seguridad, habrá espías por todas partes, pasaré a mostrarles las estructuras y organizaciones que, a lo largo del devenir histórico, se han creado para intentar gestionar este recurso, la mayoría de las veces con poco o fugaz éxito. Ahora bien, estoy seguro de que se sorprenderán de la complejidad de las organizaciones y la constancia y continuidad de las mismas en el tiempo. Si están pensando, por poner un ejemplo, que la CIA es mucho más complicada orgánicamente de lo que fue la estructura de espionaje e inteligencia inglesa durante la guerra de los Cien Años, se sorprenderán; o si resulta más fácil establecer una organización de inteligencia en un modelo democrático que en un sistema autoritario, totalitario, o al contrario. Todo ello lo encontrarán en el tercer capítulo del presente ensayo.

Por último, tanto secreto, tanto espía y tanta estructura, les habrán empujado a creer en la efectividad indiscutible de estas organizaciones. En lo acertado de los espías y sus métodos. En el éxito al que, indefectiblemente, conduce tamaño sacrificio. Y, como en el resto de los dilemas planteados, intentaré romper sus estereotipos. En el último capítulo repasaré los grandes errores de los servicios de inteligencia en un corolario de catástrofes políticas, militares, sociales, culturales, económicas y, en definitiva, históricas. No olviden que, detrás de un gran éxito, siempre hay una mala gestión del conocimiento por parte de los competidores. En esta parte final del libro podrán analizar los muchos errores tomados en la toma de decisiones y las consecuencias que tamaño dislate produjo. Claro que, saber si el error estuvo en el proceso de captación, análisis y difusión del conocimiento o en el empleo que el líder o decisor hizo de la inteligencia, es, harina de otro costal.

Disfruten, sin más, de este viaje a través de la historia de las decisiones, de las personas que las tomaron, de aquellos que se esforzaron en conseguir los argumentos que las sustentaron y de las organizaciones que dieron cabida a todo el proceso, con la esperanza de aclarar un poco más este ya de por sí oscuro mundo de la inteligencia y de que, en el momento de concluir su lectura, lleguen a la conclusión de que todo es mucho más sencillo de lo que pensaron. En definitiva, todo esto, el espionaje, la inteligencia y la gestión, no

son más que otra cara del poliedro que conforma la humanidad que nos consume.

— 1—

Infiltrándose: la cultura del espía y el espionaje a lo largo de la historia

Ser espía nunca ha sido algo agradable. O emocionante. Más bien peligroso y, en la mayoría de los casos, avergonzante. ¿Acaso disfrutaba Domingo Badía disfrazándose de Alí Bey el Abassí? ¿Le fue grata la tarea a Thomas de Turberville? ¿Pensaba en ello mientras le destripaban en Londres, una vez fue descubierto? ¿Fue placentero para los cinco de Cambridge el servir a la URSS en su tierra natal? ¿Está contento con su situación Edward Snowden? ¿Disfrutó de su retiro en la embajada Julián Assange? ¿Lo pasó bien Serguei Skripal, envenenado junto a su hija? ¿Y Aleksandr Litvinenko?

La respuesta a todas esas preguntas es, sin duda, no. Trabajar con información sensible, ya sea capturándola, transmitiéndola, ensuciándola o, simplemente, atesorándola, no ha sido nada agradable a lo largo de la historia. Eso que, en general, venimos llamando espía desde hace más de tres mil años, responde a una actividad del máximo riesgo, que implica una baja catadura moral y que conlleva, en la mayoría de los casos, el descrédito personal, la soledad e incomprensión como consecuencia básica de su desarrollo.

Estarán pensando que, si es tan peligroso, mal pagado emocional y personalmente, nadie en su sano juicio se habrá dedicado a ello de forma espontánea; que la mayoría de los llamados espías lo habrán sido forzados por las circunstancias y que el resultado negativo de su actividad era el final lógico a tan ignominioso proceder. Al fin y al cabo, ¿quién querría ser un espía?

Pues, aunque les parezca sorprendente, muchos de ellos lo fueron voluntariamente, encantados de llevar a cabo su labor y convencidos de que procedían del modo apropiado y correcto. Otros, por su parte, lo hicieron por la lógica política, por las circunstancias del entorno, por afinidad, por amor a la patria, o solo por amor… Y la mayoría por dinero y sin saber lo que estaban haciendo.

Esto nos lleva a reflexionar acerca de la idiosincrasia de esta actividad humana presente en la historia desde el mismo nacimiento de las civilizaciones y consolidación de las sociedades, pues, no lo olviden nunca, estas se constituyeron en base al conocimiento privilegiado y singular que dio ventaja a unas sobre otras. Por ello, para competir, que es lo mismo que adaptarse y sobrevivir, los seres humanos hubieron de conseguir ese desarrollo basado en el conocimiento, bien mediante la creatividad propia, bien robándosela a quienes la poseyeran, naciendo así la figura del espía, del ladrón de conocimiento.

Entonces ¿qué es ser un espía?

La primera vez que se usó ese concepto de origen alemán fue allá por el año 1264. Empezaron a utilizarlo los venecianos, quienes, como buenos paranoicos, veían enemigos en todos aquellos que llegaban a su territorio y hacían preguntas acerca de cualquier cosa. Para los venecianos había espías por todos lados y venían de cualquier parte: desde Centroeuropa, con el objetivo de conocer los negocios que se desarrollaban en aquel territorio; desde el país de los turcos, deseosos estos de controlar las rutas comerciales que los venecianos habían implantado a través del Mediterráneo; desde los demás territorios italianos, competidores por un mercado interior y exterior bien jugoso. Obviamente, ser la república comercial de mayor éxito en Europa tenía sus efectos secundarios. A causa de ello, los venecianos se emplearon a fondo para prevenir cualquier fuga de conocimiento. O por controlar casi como un monopolio productos tan exclusivos como el vidrio suntuoso, especias, sedas y demás mercaderías destinadas a la élite, que venía a ser lo mismo.

Ahora bien ¿estaban en lo cierto los paranoicos venecianos y todo el que preguntaba era un espía? Para la mayoría de los tratadistas en la materia esa era una de las características definitorias del personaje, pero no la única y, por supuesto, definitiva. A lo largo de miles de años se han tratado de identificar las características de este personaje arcano, oculto, escurridizo y altamente peligroso para los intereses propios. Existen muchas definiciones sobre lo que es, han sido o serán esos individuos a los que llamamos espías.

Casi todos están de acuerdo en que un espía debe trabajar en un territorio ajeno al suyo, esto es, fuera de casa, para recabar información sensible a los intereses patrios. Claro que para llegar a la condición de espía, hay que tener cierta mala uva y actuar de forma clandestina y, por supuesto, con engaño, aparentando ser lo que no se es. Dicho de otro modo, llevar una doble actividad, vida o situación personal que haga a los demás no conocer las verdaderas intenciones. Por último, la mayoría de los autores coinciden también en que la indagación —o, como a un servidor más le gusta decir, pesquisa— ha de ser encargo de un tercero, ya sea persona u organización, verdadero interesado en la información sensible.

De modo que clandestino, engañoso, extranjero y actuando para un tercero que te envía a recabar esa información son las condiciones que han definido a lo largo de la historia a un buen espía. Sin embargo, no siempre ha sido así. No siempre se ha considerado espía únicamente a la persona que recaba la información. El proceso de génesis de la inteligencia ha seguido un patrón que podemos considerar hoy en día clásico. Y, siguiendo los patrones clásicos, resulta que siempre fue un camino de ida y vuelta.

En primer lugar, el ostentador del poder político o alguna de las instancias políticas, militares, religiosas o económicas más cercanas a él, ella o ello, debía tomar la decisión de recabar información del antagonista o antagonistas; de la amenaza territorial, económica, política, social e, incluso, religiosa y, en consecuencia, delegar la empresa en una persona o personas de su más alta confianza. A partir de ahí, se constituía una estructura de captura de información sensible que, tras un proceso de adquisición, análisis y transmisión, se convertía en inteligencia o conocimiento procesado para dar ventaja al ostentador del poder político en el ámbito definido. Por consiguiente, ese delegado, encargado, administrador y gestor del proceso de génesis de la inteligencia, principio y fin del mismo, era, en realidad, el espía.

Los ingleses lo tuvieron claro desde el principio y, ya en el siglo XIV, habían creado la figura del *master spyour, spymaster* o, en cristiano, «espía mayor del Reino». Uno de los más famosos fue sir Francis Walsingham. Nombrado por Isabel I, fue capaz de prevenir la invasión de Inglaterra proyectada por Felipe II a finales del siglo XVI. En el caso de la monarquía Hispánica, el oficial al cargo recibía en título de espía mayor de la Corte o el mucho más divertido de superintendente general de las Inteligencias Secretas, como fue, por citar alguno, Juan Velázquez de Velasco, al servicio de Felipe III. En Venecia, cuna del espionaje europeo medieval y moderno, dado que se trataba de una república comercial, el cargo estaba colegiado en el temido *Consiglio dei Dieci*, cuyas túnicas rojas y cintas negras sembraban el pánico entre los funcionarios y políticos al servicio de la Serenísima. Sin embargo, con el paso del tiempo y, sobre todo, con la corrupción de los modelos políticos, estos oficiales de confianza del rey fueron desapareciendo, siendo sustituidas sus funciones o, mejor dicho, asumidas por los validos reales, pasando a ser espías mayores personaje de la talla del cardenal Richelieu o el conde-duque de Olivares.

No obstante, aunque el espía fuera en realidad el oficial cercano al rey, no era el único o, en otras palabras, no era más que la cabeza de un sistema donde aparecían otros muchos elementos involucrados en el proceso de creación de las inteligencias. Descendiendo en forma piramidal, el espía mayor contaba con un equipo a su servicio encargado de captar la información, cifrarla, descifrarla, analizarla y concluir a partir de ella. ¿Son o eran todos estos espías? ¿Son o han sido espías todos los que participan en la génesis de inteligencia? Pues ustedes verán a quién podemos considerar espía o no, tomando, por ejemplo, una red de espionaje de la guerra de los Cien Años.

En esta red, el rey de Inglaterra delegaba en la Cámara Real la toma de decisiones acerca del conflicto territorial y señorial que les enfrentaba con el reino de Francia. La controversia había nacido cuando, a mediados del siglo XII, un noble de la familia Anjou-Plantagenet había accedido al trono inglés con el nombre de Enrique II, padre que sería de Ricardo Corazón de León y Juan Sin Tierra, acaparando el dominio de todo el suroeste de Francia, Gran Bretaña e Irlanda. En el siglo XIV, sustituidos los Plantagenet por los Lancaster y York, el enfrentamiento por el territorio continuaba, pues ¿cómo podía aceptar el rey de Inglaterra ser súbdito del rey francés por sus posesiones continentales o, por el contrario, cómo aceptar el rey de Francia que el rey inglés poseyera mayores dominios en el reino que él mismo? Esta

gran guerra europea, iniciada en 1337 y que duraría dieciséis años más de lo que su nombre indica, había propiciado la necesidad de tener información constante de las actividades del enemigo con vistas a reaccionar de la forma más apropiada y provechosa posible. Para acceder a la información de las actividades francesas hacia los territorios ingleses, la Cámara Real había conseguido dotar económicamente al capitán de Calais para que, con la supervisión del master spyour, estableciese contactos con individuos en Francia que pudieran recabar información de primera mano. Así, el Capitán de Calais, con una partida presupuestaria aprobada por el parlamento para los asuntos privados o secretos del Rey y administrada por la Cámara Real a través del Master Spyour, mantenía una red de informadores en territorio francés. Los informadores se dividían en captadores de información o agentes y mensajeros. Estos últimos trasladaban la información hasta Calais, donde el Capitán la remitía hasta Londres a toda velocidad, empleando un canal de postas específico y privilegiado para ello. La información era recibida por el Master Spyour quien, tras analizarla, remitía las conclusiones al Consejo Real.

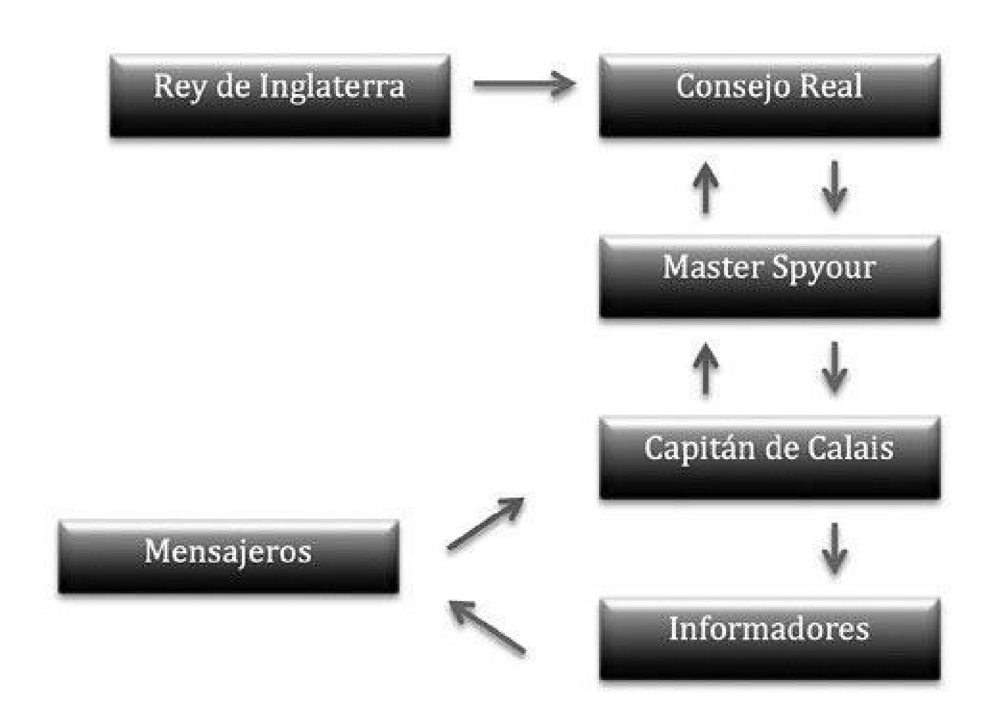


Figura 1. Ejemplo de flujo de información sensible durante la guerra de los Cien Años.

Obviamente, el proceso de espionaje era asumido por toda la cadena, desde que el rey, que delegaba la potestad, hasta el agente o informador que capturaba la información y la introducía en el canal de conocimiento. Se podría decir que en el camino de ida nadie era espía, mientras que, a la que volvía, y la información se iba transformando en inteligencia, lo eran todos. Quizás por esa razón, los ingleses llamaron al oficial al cargo de todo el proceso *master spyour* o *spymaster*, esto es: «jefe de los espías».

También pueden pensar que esto era así en la Baja Edad Media, cuando los medios de acceso a la información eran primitivos o el proceso político mucho más local o regional; los intereses asociados al espionaje mucho más concretos y localizados y la política, en general, de andar por casa. Pues pongamos un ejemplo más cercano al presente.

Durante la guerra civil española el gobierno de la Alemania de Adolf Hitler estableció, del mismo modo que sus competidores, una red de conocimiento y captura de información sensible que perduraría más allá del final del conflicto fratricida español, especialmente asociado a factores como el tráfico del Estrecho o la búsqueda del famoso e intrigante wolframio. Esta red, integrada en la estructura conocida como Abwehr, que venía a significar algo así como «defensa», era más bien una estructura de ataque, como la mayoría de las estructuras de inteligencia. La red española había sido establecida por el almirante Wilhem Franz Canaris, jefe de la Abwehr hasta su ejecución por participar en la famosa operación Valkiria, orquestada para acabar con la vida de Hitler.

Sea como fuere, Canaris había creado una división dentro de la *Abwehr* encargada de actuar fuera de Alemania y conocida como *Amtsgruppen Ausland* («sección extranjera»). El objetivo básico de esta división era mantener el contacto con el Estado Mayor del Ejército y el Ministerio de Asuntos Exteriores, dirigido por Joachim Von Ribbentrop, así como analizar toda la documentación capturada y la información obtenida a través de las llamadas fuentes abiertas o de libre acceso, en aquella época, prensa, radio y cine. Dado que el general Franco ya había creado su propia estructura incipiente —el Servicio de Información y Policía Militar, abreviado como SIPM— y que la República había desarrollado el propio —el Servicio de Información Militar, el SIM de Indalecio Prieto— Canaris hubo de implementar su propia red en territorio español, con sedes en las principales

ciudades dominadas por los franquistas y compitiendo por la información con el resto de redes activas. Los informantes en este caso no empleaban mensajeros sino sistemas de cifrado y transmisión en diferentes estaciones, de modo que la información llegaba de los puntos calientes a las unidades de recepción, quienes cifraban el contenido y lo remitían de manera segura a la sede central de la Abwehr, donde los analistas especializados en España depuraban lo transmitido hasta convertirlo en inteligencia que había de ser servida al alto mando y a la autoridad superior competente, ya fuera Ribbentrop o el mismo Hitler.

Salta a la vista, por tanto, que la estructura básica del flujo de información sensible, ya fuera en el Medievo o en la Europa en llamas del siglo XX, repetía un patrón básico o, lo que viene a ser lo mismo, que la figura del espía se desarrollaba dentro del mismo paradigma por más que los separaran casi setecientos años. Y, ante la duda de quién o qué es el espía, la respuesta no puede ser más sencilla: espía es todo aquel que toma partido en el proceso de captura, transmisión, desarrollo, análisis y distribución del conocimiento captado de forma clandestina, oculta y sin el entendimiento previo de sus poseedores originales.

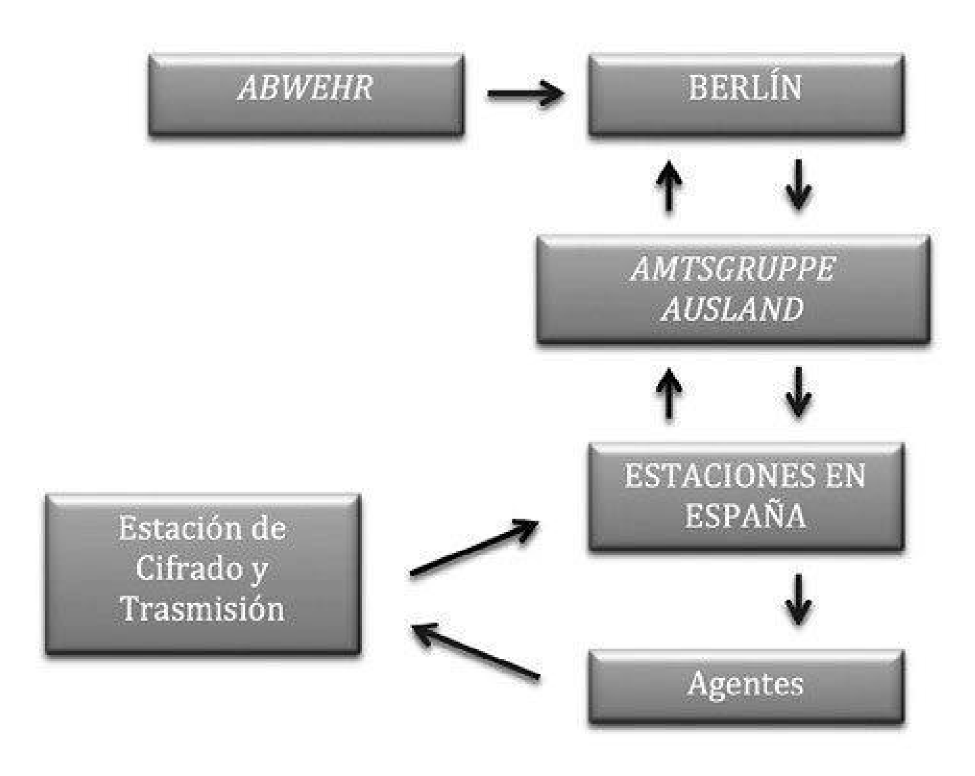


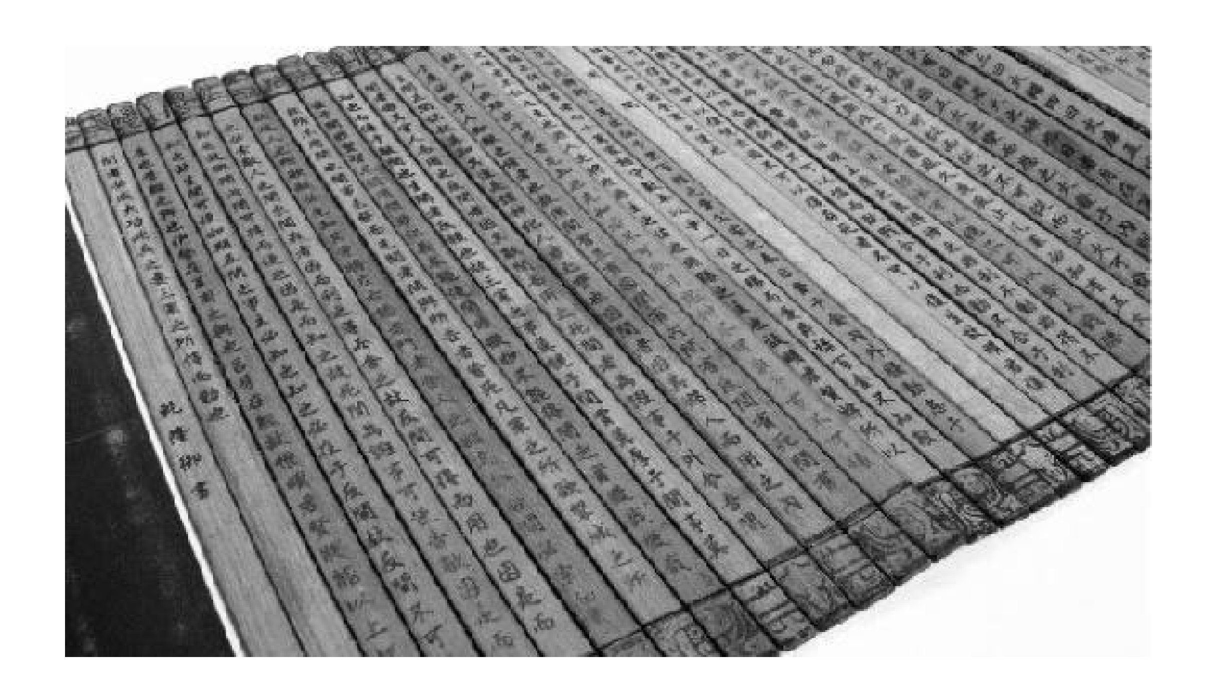
Figura 2. Ejemplo de flujo de información sensible durante la guerra civil española.

Mas todo esto no debe llevarnos a la conclusión de que el espía en sí no ha evolucionado en los últimos ocho siglos, lo que constituiría un error considerable. Obviamente, si las estructuras, en esencia, se han mantenido fieles a un patrón de distribución de la información, más o menos definible como constante, su evolución histórica ha debido cambiar en función de otro factor que cambie el paradigma o lo haga evolucionar. Dicho de otro modo, si un espía ha sido básicamente lo mismo en los últimos dos mil años, la diferencia hay que buscarla en los otros dos factores básicos del flujo de información sensible.

¿Qué se espía?

No cabe duda de que, del mismo modo que evolucionaron los sistemas políticos, los ejércitos, los modelos económicos, la riqueza y las sociedades con sus estamentos y clases, la esencia del espionaje, la información sensible, ha experimentado una evolución sin fin que ha obligado a las estructuras de inteligencia y espionaje a ir cambiando su paradigma de gestión de la información hasta hacerlo singular en determinados momentos de la historia.

Si nos remontamos al momento más antiguo en que hayamos tenido referencias hacia el espionaje, es decir, hacia el siglo V a. C., cuando Sun Tzu, en chino tradicional o Sunzí en Pinyín, escribió su archiconocido *El arte de la guerra*, hemos de colegir que el objetivo primero del espionaje tuvo carácter militar.



El arte de la guerra, de Sun Tzu.

Pero ¿qué queremos decir con esto? Carácter militar tiene toda información sensible relacionada con el ejército, con las unidades militares que lo conforman (con sus abastecimientos, necesidades y recursos básicos para el sustento); con los posibles vectores que puedan poner en riesgo la salubridad del mismo, ya sea desde un punto de vista médico activo o pasivo (emplazamientos, casas, cuarteles y todo tipo de construcción al servicio de lo militar); con las vías de comunicación, ya fueran carreteras, vías, pasos o puertos; con sus armas (tipos, características); con el diseño de las mismas, su fabricación y tecnología asociada; con el almacenamiento de las mismas, los arsenales, polvorines, santabárbaras y demás depósitos de carácter armamentístico; con las tropas, su naturaleza, cantidad, ubicación y movilidad. Y, sobre todo, las personas relacionadas con cualquier aspecto militar, ya fueran mandos, tropa, jefes superiores, asistentes, productores de armamento y recursos o gestores de la infraestructura militar.

En consecuencia, todo el entramado político, básico para el desarrollo de lo militar, se convirtió en objetivo esencial del espionaje. Era tan importante como lo militar poder conocer quién originaba, y en qué medida y manera lo

hacía, las decisiones que desarrollaban esa cultura que hemos venido en llamar lo militar. Los políticos, sus fortalezas y, principalmente, sus debilidades, sus puntos atacables, presionables, aquellos aspectos que pudieran eliminar el prestigio o la actividad de un decisor político importante o esencial, ya fueran sus vicios y virtudes como sus apoyos familiares, descendientes reconocidos y por reconocer.

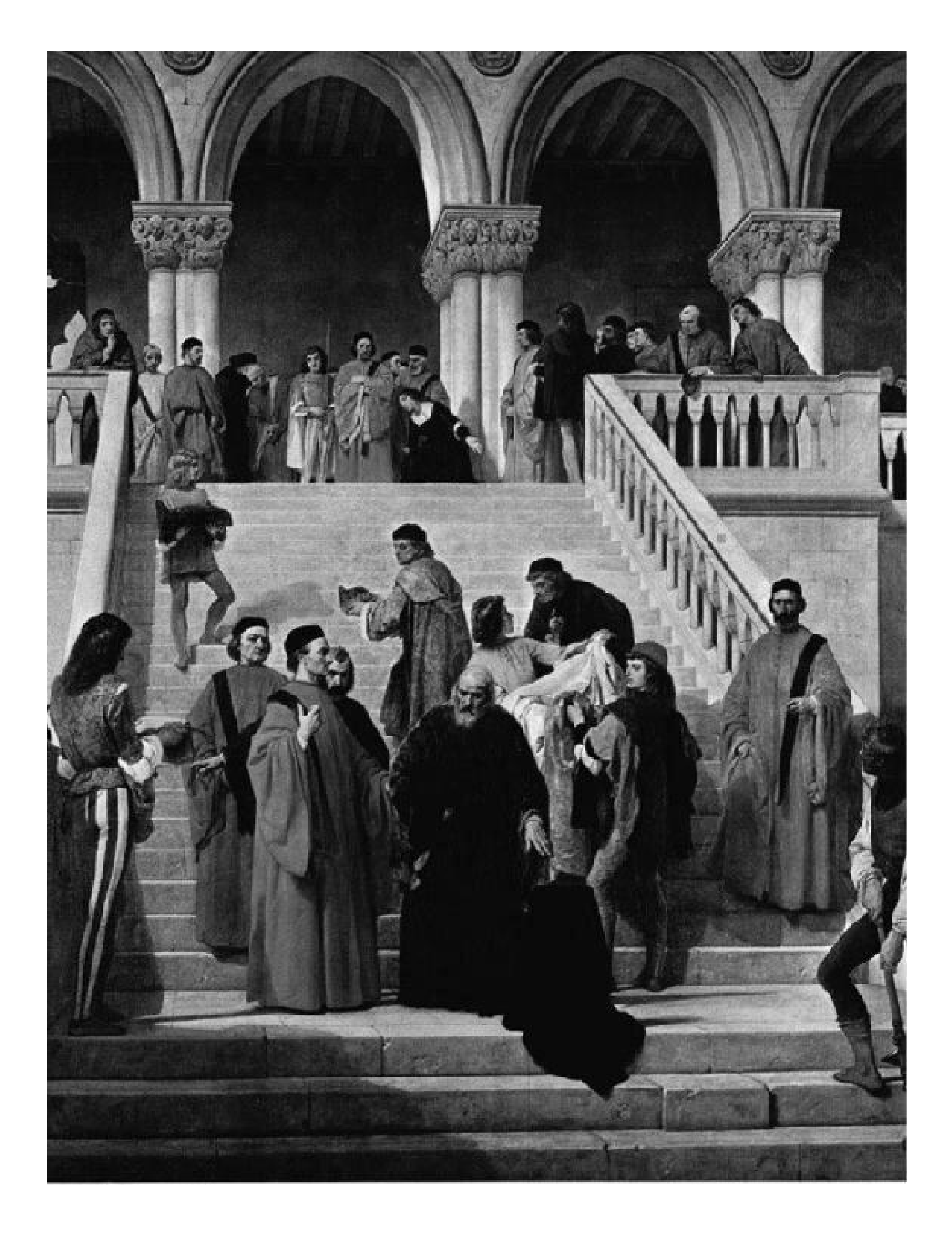
Obviamente, si los políticos eran y son objeto esencial del espionaje, también lo es el propio sistema político desde un punto de vista general. Saber al dedillo la constitución de un régimen enemigo, sus puntos críticos y cómo poder explotarlos para ponerlo en inferioridad e, incluso, colapsarlo. Pero, sobre todo, cómo anticipar las decisiones políticas del antagonista para tomar las propias de modo que no se pierda competitividad. Saber explotar las debilidades del enemigo, personales o estructurales, fue, en principio, uno de los objetivos básicos del espionaje. Eso debió ser lo que explotó el citado Francis Walsingham para, a decir de la propaganda inglesa, anticiparse a Felipe II en su invasión de Inglaterra, planificada para el año 1588.

Lo primero fue, evidentemente, conocer el sistema político español y penetrarlo con la intención de conocer a pies juntillas sus debilidades básicas. Una estructura administrativa mastodóntica como la ideada y desarrollada por el mal llamado Rey Prudente adolecía de una excesiva burocracia que redundaba en lentitud en la gestión, por un lado; en la multiplicidad de decisores administrativos de alto nivel, por el otro, y, como es lógico, en la corrupción de los oficiales intermedios. Todo ello facilitaba la misión de conocer todos los aspectos esenciales de la campaña y, antes incluso de idearse la misma, de la decisión de iniciarla. Al penetrar desde arriba la estructura española, Walsingham pudo haber conocido de primera mano cuántas tropas formarían la expedición; de qué transportes se servirían; qué puertos emplearían para el abastecimiento y el embarque de las unidades militares; y, finalmente, la ruta que seguirían en todo momento. Con todo este conocimiento contrastado como válido y convertido en inteligencia, la Cámara Real inglesa pudo, siempre según la propaganda inglesa, afrontar de modo más efectivo la ofensiva española, atacando justo en el lugar que debía hacerse y en la medida proporcional a la magnitud del enemigo y en relación con las capacidades propias.

Del mismo modo que el sistema político, el modelo económico era, es y será otro de los objetivos esenciales de la captura de información. Muy a nuestra

desgracia hemos comprendido lo sensible que es la información económica para la estabilidad de los sistemas políticos, de las sociedades actuales. En el año 2010 reconocía el director del Centro Nacional de Inteligencia español, general Félix Sanz Roldán, que era este uno de los objetivos esenciales de la generación de inteligencia, dando a lo económico el mismo rango o superior a lo militar, poniendo énfasis en la Guerra Fría como inicio de lo económico como base del enfrentamiento entre los bloques resultantes de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, la llamada guerra económica, iniciada a todas luces en aquel entonces, y que condujo a que toda estructura de inteligencia y espionaje nacional que se precie cuente con una unidad de inteligencia económica, ha existido siempre y ha constituido uno de los focos esenciales del espionaje durante los últimos veinte siglos, antes de que existiera el mismo concepto de Estado moderno. La economía como motor de la sociedad ha constituido la base de las principales fortalezas y, especialmente, las debilidades de las entidades jurídico-administrativas y políticas mucho antes de que pudiéramos llamarlas estados. Esa guerra económica a la que se refería Laura Tyson en sus informes dirigidos a las administraciones Clinton y Obama, fue el detonante de la mayoría de los enfrentamientos militares acaecidos en el Mediterráneo. ¿Por qué se enfrentaron, si no, Roma y Cartago? Por el control del comercio en el Mediterráneo occidental y el Norte de África. ¿Qué buscaba Roma en Egipto más que el abastecimiento de trigo? ¿Qué explica las constantes luchas contra los piratas berberiscos? ¿Proteger el tránsito de personas o de mercancías por el Mediterráneo? ¿Acaso los cruzados buscaban realmente controlar Tierra Santa o más bien las rutas comerciales de la seda y las especias? Es difícil comprender todos los movimientos y enfrentamientos bélicos en los últimos milenios sin aludir al factor económico como determinante más que detonante. Ningún interés geográfico o aventurero guio a Cristóbal Colón. La expansión europea por África y Asia respondía a necesidades económicas, por mucho que se esfuercen algunos en definir el imperialismo político más allá del económico. Se puede hacer, pero queda completamente desvirtuado sin el factor básico de lo económico del cual mana todo lo demás.



Obra de Francesco Hayez.

No debería resultar extraño, consecuentemente, descubrir que la primera gran estructura de espionaje e inteligencia tuviera un carácter económico primordial. Los venecianos eran conscientes de la importancia de controlar los monopolios que habían alcanzado, base de la estabilidad de una república comercial rodeada de sistemas políticos infeudados o tendentes a la centralización, allá por el siglo XIII. Para aquellos mercaderes, la política no era más que una extensión del proceso económico y todo (leyes, instituciones, tradiciones y poderes tácticos) caminaba en la misma dirección: el progreso económico. A mediados del siglo XIII ya contaba la Serenísima República de Venecia con una estructura colegiada y destinada a proteger los múltiples secretos que la convertían en la joya del Mediterráneo. En esa misma línea, la Corona de Aragón optó por una expansión mediterránea claramente comercial que les permitió controlar el Mediterráneo occidental y competir con Venecia en la zona oriental, desarrollando sus propias redes de información, pues no se entiende su éxito en los siglos XIV y XV sin una estructura consolidada de inteligencia y espionaje.

Como es obvio, la competitividad entre estos poderes político-administrativos y económicos desarrolló no pocas estructuras de inteligencia y espionaje, redes menores de espionaje y prácticas de captura de información más o menos ocasionales. La proliferación del espionaje generó bien temprano la necesidad de espiar a los espías. Después de todo, para conseguir una ventaja con la información es inviable no tratar de torpedear los intentos de los competidores. A veces era más fácil impedir que los demás supieran, a saber qué sabían los demás. Esta labor de protección de la inteligencia propia ha venido en llamarse en los últimos años contrainteligencia, llegándose a convertir en el principal objetivo de las estructuras de inteligencia y espionaje.

Se puede hacer de varias maneras, por separado, o combinándolas. En primer lugar, la estructura de inteligencia debe tratar de identificar a los espías ajenos en la fase de inteligencia que sea, preferiblemente en todas, para, más tarde, inutilizarlos, contrarrestarlos, capturarlos o, sencillamente, eliminarlos. Otro camino más sofisticado y seguramente más productivo es la desinformación. Esta práctica no es otra que llenar los canales de captura de información de ruido, basura o, como ahora se suele decir, de *fake news*, lo que viene a ser lo mismo, paparruchas vestidas de celofán y con un lacito rosa. Todo lo que sea con tal de confundir al enemigo. La mejor práctica es combinar, sin duda,

ambos métodos. El famoso espía Juan Pujol, Garbo en Inglaterra y Alaric para los nazis, utilizó la desinformación para lograr que el desembarco de Normandía fuera un éxito total, mientras los alemanes cazaban cangrejos en Calais.

Es sorprendente que el éxito de la desinformación y la contrainteligencia hayan hecho evolucionar la mayoría de las estructuras actuales de inteligencia y espionaje a instituciones dedicadas a buscar información entre el ruido mediático. De hecho, el objetivo del espionaje hoy en día está más cercano al tránsito de la información, al canal de transmisión y a la información en sí desde un punto de vista absoluto y abstracto que de otro interés tradicional cualquiera, transformándose en un nuevo paradigma que podríamos llamar metainteligencia.

¿Cómo se transmite lo espiado?

Sin embargo, aunque pueda parecer que, por lo anteriormente dicho, el canal y lo transmitido sean en la actualidad los objetivos esenciales del espionaje, el flujo de la información ha sido, a lo largo de la historia, uno de los tres aspectos básicos del proceso de gestión de información sensible. En los primeros momentos, cuando el proceso de captura y transmisión de la información era simple y, por lo general, lo hacía el mismo individuo o un grupo muy reducido trabajando de persona a persona, lo realmente importante era asegurar un canal de transmisión, esto es, una vía de transporte segura. No sabemos cómo debió funcionar este traslado seguro y garantizado de información en tiempos de Sun Tzu, pero sí conocemos que la Cámara Real inglesa garantizó una ruta de postas con privilegio de paso a mediados del siglo XIV, creando una auténtica autopista libre para la información desde los puntos de recepción en la costa hasta Londres. Algunos empresarios vieron la importancia del comercio de traslados seguros, ya fuera de mercancías o de personas, y apostaron fuerte por este mercado.

Entre ellos cabe destacar a la familia De Taxis o, de un modo más puro, De Tassis. A mediados del siglo XV, Ruggiano de Tassis había tenido la feliz idea de constituir el primer servicio postal seguro en el norte de la península itálica. Fue tal su éxito, que uno de sus descendientes, Janetto de Tassis, tras ampliar el negocio y centralizarlo en los principados alemanes, accedió al

monopolio del correo postal en el Sacro Imperio Romano Germánico. Era el año 1489 y el nombre de su familia había cambiado a Von Taxis, más adaptado al nuevo mercado. La seguridad y garantía personal de la familia De Taxis creó un canal de transmisión seguro del conocimiento, facilitando el envío de información sensible, al menos en esa zona de Europa.

No obstante, la creación de un canal seguro de transmisión del conocimiento constatado se remonta bastante más en el tiempo. De Taxis y los ingleses no hacían más que copiar algo que ya había existido más de cinco siglos antes. En concreto, la orden de San Benito ya había constituido un camino de conocimiento seguro que permitía el viaje del saber a través de toda Europa, conectando Oriente y Occidente durante siglos. Así, desde la constitución de la orden en Subiaco, hacia el 529, hasta el siglo XI, momento en que los venecianos empezaron a atesorar el conocimiento científico como un factor económico estratégico, los benedictinos gozaron de un canal de flujo de conocimiento sin igual en el mundo conocido. Todos sus monasterios, desde Montecassino hasta Poblet, pasando por Capadocia o las Islas Británicas, formaban parte de una red de postas donde se compartía todo el conocimiento global de la orden. Siguiendo la misma idiosincrasia que las actuales redes de terrorismo híbrido, los benedictinos, primero, y cluniacenses, más tarde, no dudaban en requerir el conocimiento técnico preciso para el monasterio que fuera. El afamado monje llamado Beda el Venerable, responsable del mal cálculo de la cronología del nacimiento de Cristo, relataba en sus crónicas cómo en el año 674 fueron convocados artesanos de los monasterios franceses para realizar las vidrieras de la abadía de Weremouth, puesto que no había paisano que fuera capaz de fabricarlas en toda Inglaterra.



Abadía de Poblet.

Con el paso del tiempo y la complejidad política de los territorios, viajar se convirtió en algo ciertamente peligroso. Quizás por ello, los benedictinos empezaron a constatar el conocimiento sobre el pergamino, de modo que fuera más efectivo el dejar el conocimiento escrito y compartirlo que arriesgarse a compartir a los artífices de un monasterio a otro. Uno de los más famosos códices creados con esta intención fue, sin duda, el llamado *Schedula Diversum Artium* o, en *sermo vulgaris*, El libro de Teófilo, en alusión al supuesto autor, un tal Theophillus Presbyter, que firmaba la obra. El códice en cuestión, datado entre 1110 y 1140, constituía un compendio de todas las artes conocidas por el ser humano en aquella época. Vamos, que se trataba de un manual de bricolaje de la Alta Edad Media de valor incalculable, que permitía a los monjes benedictinos ser autosuficientes y que, durante siglos, pasó de monasterio a monasterio como el abecé de la autoayuda.

Como ya dije con anterioridad, este altruismo colaborativo tuvo éxito hasta que los venecianos decidieron que la información sensible, al menos en lo económico, era un factor esencial para el control de los mercados y la

constitución de monopolios comerciales, base del poder veneciano durante más de siete siglos. A partir del siglo XII y, ya de manera más que efectiva, desde el XIII, la República de Venecia acabó con el tránsito libre de esta información sensible de ser explotada económicamente. Legislaron contra la compartición del conocimiento, creando asociaciones profesionales, también llamadas gremios, e interesándose la estructura de la república en el control de todo aquello, transformándolo en secreto y luchando contra cualquier fuga de conocimiento con todas las herramientas posibles.

Y como estarán pensando, una vez se convirtió el conocimiento en secreto, el siguiente paso fue convertirlo en arcano, oculto, cifrado o encriptado. Esta práctica, iniciada por los venecianos a mediados del siglo XII, ha sido durante eones el camino lógico para proteger la transmisión de la información más allá de la garantía del canal asegurado de transmisión, convirtiéndose en una verdadera técnica, casi una ciencia, que ha afectado a la matemática, la lingüística, la probabilidad e, incluso, a la física y la química.

La forma más sencilla, era convertirlo en arcano, esto es, oculto, incomprensible para aquellos no legos en la materia. Los venecianos, maestros en estas lides, lo desarrollaron ampliamente. Una de sus técnicas era, en el ámbito de las fórmulas magistrales del vidrio, utilizar la deformación de los términos técnicos adaptados al dialecto veneciano. De ese modo conseguían que, para poder desentrañar el contenido de las fórmulas, debías dominar el dialecto y, además, conocer la jerga empleada en cada uno de los talleres donde se habían originado aquellas combinaciones de productos en aras de conseguir una fórmula magistral.

Es evidente que, en Venecia, la sentencia cada maestrillo tiene su librillo alcanzó su máxima expresión. Los vidrieros venecianos escribieron sus fórmulas en libritos manuscritos, llamados por un servidor *libri di fornace*, que solo los iniciados en el taller entendían. Y no había peligro de encargar a un escribano que hiciera copia del librillo. Total, no iba a entender nada en absoluto. Uno de los *libri di fornace* más famosos, el Manuscrito Montpellier de 1537, fue sucesivamente copiado y, en una de las ocasiones, el escribano se quejó amargamente de no entender nada de lo que estaba copiando, por lo que temía no cobrar ni un duro por el trabajo realizado.

Por poner un ejemplo, para la creación de determinados tipos de vidrio, los maestros venecianos utilizaban nitrato potásico, pero en los libri di fornace de

los siglos XIV y XV aparecía la palabra ácido en sustitución, iniciando un camino descubierto por Luigi Zecchin a mediados del siglo XX.

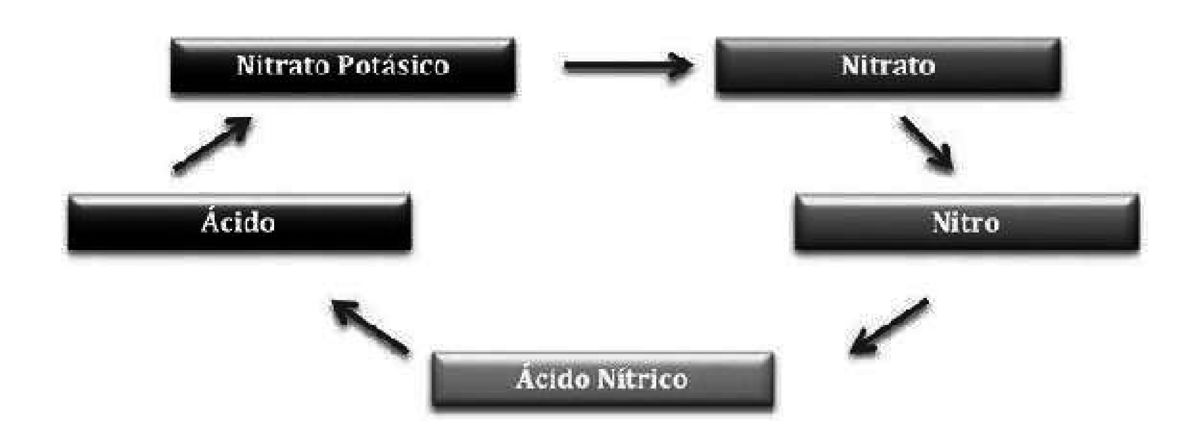


Figura 3. Encriptado de un concepto esencial.

Esta forma de ensuciar el contenido del texto para proteger la información fue empleada comúnmente por los venecianos, llevando las palabras clave a términos corrientes de uso en el negocio. En esa línea, según reza en algunos documentos asociados a las campañas previas a la batalla de Lepanto y custodiados en el Archivo Público de Venecia, transformaban el concepto armada española en paños verdes y la armada turca en paños bermejos, mientras que la artillería se tornaba en manteles de mesa y la pólvora transportada por los barcos en libras de soda para envío.

En evolución del ensuciado del contenido o encriptado, aparecieron desde fechas bien tempranas técnicas de sustitución de conceptos esenciales. La primera fase de este proceso de sustitución consistía en suplantar las palabras esenciales por otras aleatorias, conformando un código que solo permitía el descifrado si se poseía la clave precisa. De los más famosos es el código Ottendorf o cifrado a través de un libro cualquiera.

Esta técnica, más conocida como encriptado, fue ampliamente utilizada a lo largo y ancho de Europa y Asia, siendo, quizás, la más común de las formas de ocultación de los contenidos secretos de los mensajes dentro de un canal asociado a una estructura de espionaje. La sustitución más sencilla consistía

en reemplazar aquellas palabras por números o cifras, por lo que el sistema se llamaba cifrado. Algunas muestras del mismo pueden hallarse en los mensajes entre Fernando el Católico y Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, uno de ellos descifrado recientemente por el Centro Nacional de Inteligencia; o entre Isabel La Católica y Rodrigo de Puebla, su embajador en Inglaterra, a quien escribía en estos términos:

> Virtuoso e íntimo amigo. Cuando 3 ordenaron a sus 97 abandonar 136, se concluyó el 81 de 64 y fue proclamado entre 8 y 188[…].
>
> Lo que venía siendo, si se tenía el librillo con la clave de la cifra:
>
> Virtuoso e íntimo amigo. Cuando sus Altezas ordenaron a sus tropas abandonar Bretaña, se concluyó el tratado de Paz y fue proclamado entre rey de Francia y rey de Romanos[…].

Documento cifrado del gran Capitán. Archivo Histórico Nacional.

Aunque otras técnicas encriptaban el contenido alterando el orden de las letras y el alfabeto (como en el caso de los códigos francmasones que sustituían letras por cuadrículas y puntos asociados a estas o el código de símbolos sustitutivos ideado por la reina María Estuardo), o empleaban idiomas muertos o en vías de extinción (como el navajo o el euskera durante las

guerras mundiales), la utilización de cifras y algoritmos asociados a la sustitución se impuso a cualquier otro código ideado por el ser humano debido esencialmente a la imposibilidad de descifrado o a la dificultad extrema, además de la implementación de las probabilidades de cifrado empleando máquinas creadas para tal uso. Aun así, como en todo, el proceso siguió una evolución que lo llevó desde las sustituciones más sencillas citadas hace un momento a los métodos complejos desarrollados por sistemas cuánticos.

El primero generalizado del que tengamos noticias fue el llamado método César ideado allá por el siglo I a. C. Era esta una técnica sencilla de aplicar, pues tan solo te exigía establecer un ciclo de sustitución mono alfabético. Dicho de un modo más sencillo, uno elegía una cifra o rango para el ciclo, esto es, pongamos por ejemplo, 4. Por tanto, corríamos cuatro letras en el orden del alfabeto, obteniendo de ese modo nuestro criptograma. Por tanto, si queremos encriptar la palabra ESPAÑA con un ciclo preestablecido de 4, obtendríamos el criptograma IWTERE.

ABCEDEFGHIJKLMNÑOPQRSTUVWXYZ	
E	I
S	W
P	T
A	E
Ñ	R
A	E
IWTERE	

Tabla 1: Método César de sustitución.

El método César, por consiguiente, es uno de los clásicos dentro de la técnica de sustitución. Además de esta técnica, uno puede utilizar la trasposición, lo que viene a ser convertir el texto limpio en un galimatías alterando el orden natural de las palabras e incluso del texto. Como en todos los casos, necesitaríamos una clave para desmontar el enredo y acceder al texto original. Hay varios ejemplos muy famosos, como el empleado por Leonardo da Vinci que consistía en escribir en espejo, de modo que se necesitara uno de ellos

para poder entender el mensaje. Siguiendo esa línea, la escritura al revés, cambiando el orden de las letras, es otra de las técnicas milenarias y, sinceramente, *etnemlicaf elbarficsed*[1]. Otra posibilidad de transposición consistía en cambiar el orden de las sílabas y recolocarlas con un patrón establecido, tomando la idea del método César de sustitución. Así, podríamos poner las sílabas pares en el lugar de las impares, y generar un encriptado sistemático, aunque como en el caso anterior, bastante débil.

EL ESPIONAJE ES NECESARIO												
EL		ES	PIO	NA	JE		ES		NE	CE	SA	RIO
EL		PIO	ES	JE	NA		ES		CE	NE	RIO	SA
EL PIOESJENA ES CENERIOSA												

Tabla 2: Método de transposición.

Obviamente, a lo largo de la historia se han ido imponiendo los métodos de sustitución, mucho más complejos, hermosos y, si me lo permiten, poéticos que los de transposición. Al ya referido método César se ha de añadir el descrito en uso de los Reyes Católicos y su sistema diplomático, conocido genéricamente como método Gronsfeld. Recibía este nombre porque el matemático y físico jesuita de origen alemán, Gaspar Schott, reconoció haberlo aprendido, a principios del siglo XVII, del conde de Gronsfeld. En lo que se refiere al método de cifrado, es de carácter polialfabético, pues se pueden utilizar diferentes alfabetos e, incluso, símbolos para realizar la transformación del texto libre en criptograma.

EL ESPIONAJE ES NECESARIO																										
B	C	D	A	E	F	H	I	J	L	K	O	Ñ	N	M	Q	S	T	P	W	Y	Z	X	G	V	U	R
CLAVE: +3 LETRAS																										
IÑ IWZKMSHOI IW SIEIWHDKM																										

Tabla 3: Método Gronsfeld.

De todos estos métodos clásicos de sustitución, quizás el más utilizado o efectivo fue el mal llamado código Vigenére por haber sido atribuido de forma errónea su invención al científico francés Blaise de Vigenére, quien lo expuso en su libro *Traicte des Chiffres* de 1585. En realidad, este método fue ideado hacia 1553 por Giovanni Battista Belasso. Todos estos métodos polialfabéticos tuvieron su origen probablemente en el sistema concebido por León Battista Alberti, conocido como cifrado de Alberti, ya registrado en 1467. En este caso, el modelo de Alberti se codificaba con el uso de un disco de metal que llevaba establecida la clave de conversión de las letras.

EL ESPIONAJE ES NECESARIO						
EL		ESPIONAJE		ES		NECESARIO
BA		BAABCCAB		AA		CCABACBBA
CLAVE A:+1; B:+3; C:+5						
ABCDEFGHAIJKLMNÑOPQRSTUVWXYZ						
HM HTQLTRBH FT RIDHTFULP						

Tabla 4: Método Vigenére.

Este método era considerado indescifrable sin la clave de cifrado hasta que, a principios del siglo XX, unos criptógrafos muy despabilados consiguieron establecer patrones para romperlo. En cualquier caso, la dificultad del presente método y sus múltiples variaciones radicaba, obviamente, en la necesidad de transmitir las claves de descifrado.

Parece obvio, por tanto, que el camino del cifrado de información reservada o sensible se dirigió hacia el mundo de las matemáticas antes que al del ingenio. La mayoría de las cifras y métodos de encriptado pasaron por complejos sistemas de ocultación y transformación, asistidos casi siempre por los famosos y temibles algoritmos. Ideados por el matemático de origen asiático o persa, Al-Juarismi, cuyo nombre tomaron, los algoritmos son una serie de instrucciones matemáticas que permiten transformar una realidad en otra si se siguen los pasos pautados por él mismo. En puridad, cualquier flujo de instrucciones puede ser considerado un algoritmo, sin necesidad de establecer

cálculo matemático alguno. Si seguimos las instrucciones, nos encontramos ante un algoritmo como puede apreciarse en la figura 4.

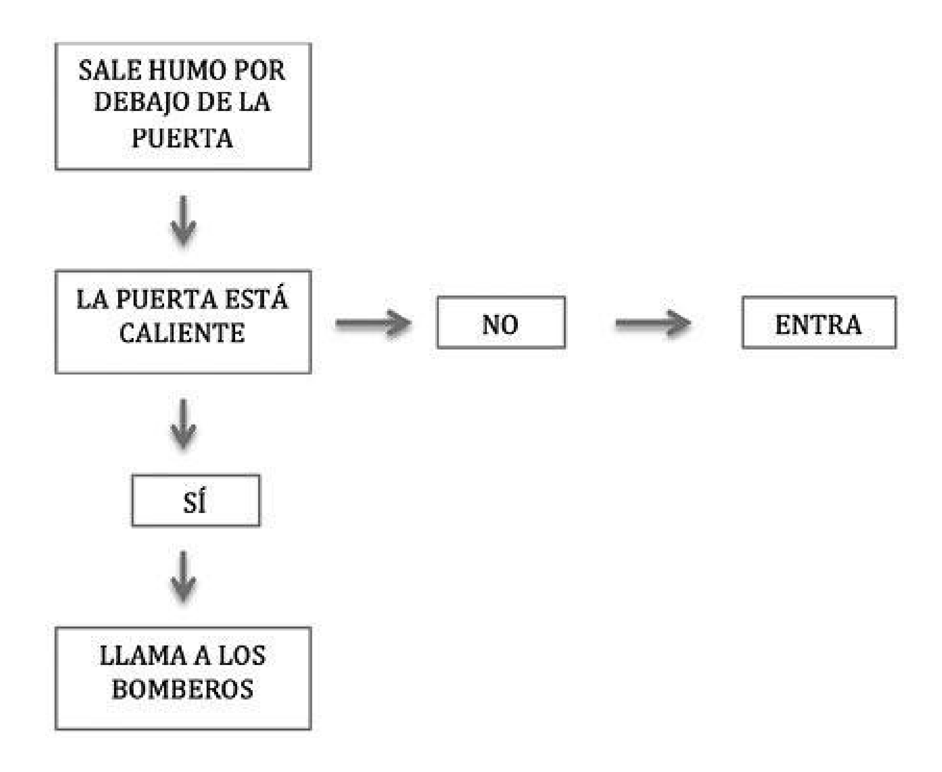


Fig. 4. Representación de diagrama de flujo como algoritmo.

Ahora bien, si lo que se pretende es establecer un patrón complejo y que dificulte al máximo el proceso de reversión, no cabe duda de que los algoritmos matemáticos son los más efectivos. De entre los primeros sistemas de cifrado matemáticos podemos citar el creado por IBM y conocido por su acrónimo DES, el Data Encryption Standard. Para poder descifrarlo era necesario una clave llamada valor semilla. Las posibilidades, por tanto, llegan a ser enormes y la capacidad de defensa, brutal. La NSA, siguiendo esta línea, implemento un código de cifrado basándose en algoritmos, con lo que llegó hasta SKIPJACK entre 1985 y 1990, dejando un sistema difícilmente rompible. Por ese camino, igual de difícil o casi imposible de sortear, está el algoritmo de 16 ciclos que permite encriptar bloques de 64 bytes en grupos de 448 bits, signifique eso lo que sea. La complejidad de los algoritmos, por tanto, desarrollados por inteligencia electrónica, ha creado modelos de encriptación inmunes a todo tipo de sistema de descifrado.

Entre esos imposibles se hallan los cifrados exponenciales. Ideados por Roland Silver, fueron publicados en primer lugar por Stephen Pohlig y Martin Reliman, alumno y profesor, respectivamente. Este sistema se basa en la exponenciación modular, esto es, el uso de enésimas potencias donde se utiliza el resto o residuo de dividir el resultado de esas potencias entre el módulo de un número positivo preestablecido.

Aun así, el que suscribe prefiere métodos más clásicos y, por qué no decirlo, románticos, unidos a sustituciones más o menos imaginativas ideadas por seres humanos y no por máquinas frías y calculadoras. Entre estos últimos, los románticos y no psicópatas, me encanta el llamado Bífido que hace corresponder a cada letra otra, varias e, incluso, algún que otro símbolo; o el WLBYKYAAOTB, método de sustitución que certifica su dificultad dividiendo la lista de los caracteres que se emplean n veces o, en lenguaje más cercano, un número indeterminado de veces. Bueno, indeterminado para el que no conoce la clave de descifrado, por supuesto.

Desgraciadamente, como ya habrán comprendido, el romanticismo no existe en un mundo donde hay que garantizar la seguridad de lo que se quiere ocultar. En lo que se refiere a la criptología, ordenadores, computadoras e inteligencia artificial han sustituido al ser humano. Entre las máquinas más famosas, si no la que más, está la famosísima máquina ENIGMA, ideada por Arthur Scherbius en 1918 e implementada por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. La complejidad del cifrado era tal que ningún especialista podía saltarse el cerrojo que la condenada máquina entregaba. Por lo visto, el tiempo que se necesitaba para hacer todos los cálculos que conllevaba el descifrado era humanamente imposible si, obviamente, se querían desbaratar las órdenes así entregadas. Para poder romper el bloqueo algorítmico de ENIGMA solo existía un camino: crear otra máquina que deshiciera los cálculos a la misma velocidad o superior. Con todo, ENIGMA solo pudo ser descifrada parcialmente y de forma casi fortuita por la máquina BOMBE, primer gran computador numérico construido por Alan Turing, padre de la computación e informática moderna, y su equipo. Como es lógico pensar, en el momento en que las máquinas comenzaron a protagonizar el proceso de cifrado, el ser humano quedó fuera de esta fase de la transmisión de la información sensible, llegándose a cotas de cifrado híbrido, biológico e incluso cuántico que harían enloquecer a aquellos primeros espías encargados de transmitir de forma segura el resultado de sus pesquisas.

En la actualidad, todos utilizamos sistemas de cifrado de nuestros datos de complejísima resolución de un modo tan cotidiano que da vergüenza pensar en el esfuerzo pasado de los grandes criptógrafos. Sin ir más lejos, nuestras claves de acceso a lugares seguros se basan en todo lo dicho con anterioridad. El método de la clave pública, base de nuestros métodos cotidianos de encriptado, se basa en la existencia de una clave de cifrado que es pública y otra para descifrar secreta, lo que impide que, al no estar una al alcance de la otra, sea imposible ponerlas en relación o, en otras palabras, romper la protección del contenido protegido. Como consecuencia de este método todos o casi todos utilizamos las firmas digitales, cuyo principio básico es que la firma tradicional se sustituye por una de carácter digital fácilmente reconocible o, utilizando ese verbo caníbal tan detestable, fácil de autenticar, siendo además imposible de producir por otra persona que no sea el autor de la misma. Con todo esto, si he de ser sincero, todo lo que el espionaje ha logrado en seguridad con la participación de la ciencia, lo ha perdido en romanticismo, humanidad, ingenio y asombro.

Pero no hay que desesperar. A pesar de todo lo dicho, de toda la tecnología, matemática, física y computación implicada de un tiempo a esta parte en la poco honrada misión de ocultar a los demás lo que se quiere mantener secreto, siguen apareciendo sistemas que aborrecen de esta metodología inhumana, tirando de ese ingenio perdido y casi invitando al espía a atreverse con la búsqueda del conocimiento. Entre esos nuevos-viejos sistemas está el llamado *CHAFFING AND WINNOWING*. Este método consiste en enterrar la información vital entre tal magnitud de porquería, ruido e información no válida, que resulta prácticamente imposible de encontrar para aquellos que no saben qué buscar. Este método de atorar todas las salidas y entradas de información con basura ha llevado a desarrollar un mundo de sistemas de gestión de grandes volúmenes de información. Comúnmente conocidos como Big Data, la gestión de estos monumentales conjuntos de datos se ha convertido en una obsesión para los gestores de conocimiento, quienes preparan grupos especiales de analistas centrados en separar el polvo de la paja. Después de todo, este no es más que el tradicional método de ocultar entre basura el tesoro o, como a un servidor le gusta decir, meter la aguja en un gigantesco pajar. Y no crean que hay un imán suficientemente potente para sacarla. En la mayoría de los casos, pinza y a piñón fijo, lo que viene a demostrar que los métodos tradicionales siguen teniendo su aquel.

Y hablando de métodos tradicionales, consecuencia evidente de la ocultación entre basura, hubiera sido imposible que no se encontrara uso para tanta basura generada en las múltiples redes de conocimiento hoy accesibles por cualquiera de los métodos conocidos. Obviamente, si existía la capacidad de generar basura para esconder un conocimiento valioso, ¿por qué no utilizar la basura para confundir o para generar desinformación?

Esto de la desinformación, como se verá en los próximos capítulos, ha sido, es y será una de las más valiosas herramientas no ya para ocultar conocimiento, sino para confundir al adversario y, según estamos viendo últimamente, para alterar su percepción de la realidad y llevarle a tomar decisiones equivocadas o alineadas con las políticas favorables al desinformador, dada la penetración que las redes sociales tienen en la actualidad en la formación o construcción de la opinión pública. Para ello, estas nuevas unidades de inteligencia desarrollan todo un corolario de alteraciones de la realidad que transforman o influyen de forma efectiva en esa construcción citada. Desde la obsesión del individuo por la compra o uso de un servicio determinado, hasta la contaminación de determinados perfiles públicos, ya sea de políticos o de decisiones políticas de alto riesgo económico, social o estratégico, el proceso de desinformación es tan importante en nuestros días como los sistemas de ocultación descritos con anterioridad. En boca de todo el mundo están las supuestas injerencias en las elecciones de los Estados Unidos de América favoreciendo a un candidato de un perfil impensable hace apenas un par de años, el recrudecimiento de tensiones sociales identitarias como la crisis catalana, el acceso al poder de grupos políticos ultraconservadores en Italia o el éxito del suicidio colectivo figurado del Brexit en el Reino Unido; las redes de información bullen de teorías y contrateorías acerca de la manipulación de los votantes, opinantes o gestores sociopolíticos y económicos.

Es cierto, sin embargo, que para la mayoría todo esto responde a teorías de la conspiración, casualidades y escotomas de todo tipo y clase. Mas, para todo este tipo de desinformaciones existe ya una tipología establecida, estudiada y analizada en profundidad en entornos serios y académicos. En las universidades actuales la desinformación ha dado paso a una multitud de modos de alterar la visión de la realidad. Conocidas por muchos con el término anglosajón de *fake news*, las llamadas noticias falsas implementan a

través del altavoz de las redes sociales y medios globales de comunicación múltiples técnicas de desinformación.

Empezando por la más referida en el presente, la que viste el vocablo más pseudocientífico, la posverdad o *post truth* ha pasado recientemente por ser la más sofisticada de las técnicas de desinformación. Elegida como palabra del año en inglés en 2016, en realidad esconde el acento sobre lo emocional de una noticia, alterando las creencias personales hasta lograr tergiversar lo objetivo que pueda contener una información. Conectadas con ellas están las noticias falsas, caracterizadas por difundir contenidos claramente fraudulentos y engañosos. Dicho de otro modo, la posverdad sería una engañifa, mientras que la noticia falsa no es más que una patraña.

Ahora bien ¿cómo consiguen influir en los individuos hasta el punto de creer que la engañifa y la patraña tienen visos de realidad? Pues empleando lo que se viene llamando *echo chambers* o cámaras de resonancia. Los expertos desinformadores se cuidan de soltar sus patrañas y engañifas en sistemas cerrados de opiniones, donde pueden amplificar la magnitud de la mentira sabiendo a ciencia cierta que quien la lee es proclive a creerla y, lo que es más importante, difundirla como real.

Obviamente, la clave está en seleccionar al grupo concreto de individuos capaces de creerse patrañas y engañifas. Para ello, estos sistemas de desinformación emplean *filter bubble* o burbujas-filtro. En este caso, los sistemas de búsqueda, buscadores o metabuscadores de las web que con frecuencia se visitan, emplean algoritmos predictivos que establecen aquello que determinadas personas les gusta ver, asociando, en cada caso, la patraña o engañifa que mejor le convenga. Vamos, que nos fichan de cabo a rabo y nos distribuyen con gran acierto la basura más apropiada para nuestras costumbres, nivel intelectual, espectro social y económico. Y lo hacen en apenas un segundo.

Como puede verse, una parte importante de este proceso de desinformación se basa en saber qué distribuir a quién y en qué momento. Otro, tan importante, es crear la basura, la patraña y la engañifa apropiada para que sea creíble y fácilmente replicable. Y no piensen en algo tan tosco como emplear imágenes de un conflicto pasado en uno actual, como se hizo en los enfrentamientos entre votantes y policía diversa durante los sucesos del 1 de octubre de 2017 en Cataluña, que también. La generación de desinformación va de lo

sofisticado a lo burdo en igual medida. Uno puede encontrarse patrañas sofisticadas como los *clickbait*, fuentes que amplifican o exageran titulares de noticias por lo general creíbles, o algo más excéntricas como las citadas teorías de la conspiración, por todos conocidas. En otros casos, la alteración es muy sutil, basada en la propaganda o en la visión parcial e interesada de los hechos, llamada por los especialistas sesgo o Bias.

En el campo de lo cutre y soez, uno puede encontrarse con las sátiras o construcciones cómicas que recrean noticias falsas desde el humor, pero que con una buena cámara de resonancia y seleccionando al personal gracias a las burbujas-filtro, acaban por influir de forma decisiva en la opinión pública. En esta línea chabacana, uno puede encontrarse con noticias que pulsan el odio, ya sea social, de clase, sexual e, incluso y desgraciadamente, racial; informaciones que sustentan rumores dándoles un cariz genérico y disfrazándolo todo de credibilidad, ya saben, dando seda a una mona bien peligrosa; pseudociencias y tecnología de mercadillo que dan una idea irreal de lo logrado inducen a creer en soluciones imposibles o convierten mamarrachadas como la homeopatía en objeto de la investigación académica sin sustento académico que valga.

Con todo ello, existe la posibilidad de extraer lo poco de verdad que las patrañas y engañifas contengan, aunque no sirva de mucho. Para ello se crean recursos online y equipos de limpieza en red encargados de marcar la basura y deshacer el ensuciado, separando el polvo de la paja o *making chaffing and winnowing*, que diría un analista de inteligencia. Y, aunque mi alumno Sergio Fernández Mata defienda a ultranza que el mejor método para limpiar esta basura es la alfabetización mediática e informacional, un servidor es más partidario del uso de sistemas elaborados de limpieza o *fact check systems*. Estos equipos sistematizan el proceso de identificación de los productores de basura, troles, *haters* y demás elementos especializados en bien ocultar información, bien expertos en la creación de basura o en su posterior difusión mediática. Después de todo, a estas alturas uno ya no sabe si ha de buscar la aguja, quemar el pajar o, sencillamente, llevar el mensaje en mano.

— 2—

Exploradores, embajadores, heraldos, espías y agentes dobles: robando información del modo que sea

A la vista de todo lo escrito anteriormente, no cabe duda de que la esencia del espía se ha mantenido constante los últimos dos mil años y no tiene pinta de cambiar en un futuro cercano. La actividad ha estado siempre sujeta a los mismos paradigmas o, dicho de otra manera, espiar siempre será espiar, por mucho que tratemos de hacer metafísica con la terminología.

Ahora bien, que la actividad del espionaje no haya cambiado su esencia en milenios no quiere decir que la figura del espía haya permanecido inmutable del mismo modo. A lo largo de estos siglos, del mismo modo que la actividad humana se ha ido transformando, la ocupación del espía ha pasado por diferentes estadios. Según basculaba el epicentro del interés, ya fuera político o económico, estructural o social, los espías han ido tornando su actividad para estar lo más cerca posible del meollo.

Espías, en general

Siguiendo la línea del capítulo anterior, se pueden diferenciar los espías entre los que lo hacían, lo hacen y lo harán sin percatarse de que lo están haciendo y los que son conscientes de su actividad. Puede parecer sorprendente, pero muchos de los informadores no suelen saber qué están haciendo o las consecuencias de su trabajo. Debido a que las redes de espionaje y las estructuras de inteligencia han ido creciendo desde la Antigüedad hasta el presente, el nivel de captura de información ha descendido de igual modo,

quedando los niveles básicos de las redes a tanta distancia del núcleo correspondiente de análisis que uno no sabe realmente lo que hace.

De hecho, ¿por qué habría de saberlo?

El citado libro de Sun Tzu o Sunzí, llámenlo como quieran, del siglo VI a. C., no describía individuos concretos sino actitudes, posiciones o características que definen a un informador o, mejor dicho, capturador de información, siendo asépticos ladrones de secretos, en tono más preciso. Conceptos manejados como confidente, móvil o prescindible, aluden a la valoración del oficial que controlaba la red acerca de los elementos que la conformaban, independientemente de su actividad.



Fig. 1: Tipologías del espionaje según Sun Tzu.

De modo que parece lógico pensar en qué poco importaba la actividad del espía. Lo realmente importante era, sin duda, su capacidad de acceder al conocimiento. Aun así, de todas las posibilidades enunciadas por Sun Tzu, es evidente que algunas eran destinadas a posiciones que conocieran de forma evidente la naturaleza de su actividad, mientras que otras no precisaban de acceso alguno a la red. El confidente, por poner un ejemplo, no era más que

un elemento que manejaba información importante como, siendo poco poéticos, un estibador en el puerto de Londres, un pescador en la bocana de Lisboa o un remendador de redes de pesca en la playa de Bocagrande, en Cartagena de Indias. En la misma sintonía, un pastor de cabras en cualquiera de los pasos pirenaicos o una señora que cultivaba legumbres junto al río Manzanares, en la cercanía de la puerta de Toledo hacia 1560, con el alcázar de los Austrias a la vista. Estos espías sin saberlo constituían la fuente básica para el espionaje, el mismo papel que se da en la actualidad a las fuentes abiertas. La información está ahí, solo hay que preguntar. Lo mismo da que haya que regalar unas pocas monedas por saber el número de barcos y tripulantes o la cantidad de soldados que cruzan las puertas y entran en el puerto marino; o que haya que pagar la conexión ADSL, fibra óptica o comprar un dispositivo móvil para bucear en las redes sociales y controlar la actividad de determinado individuo, de determinado colectivo.

Obviamente uno puede pensar que, por este camino, poca chicha se ha de rascar. Que las fuentes abiertas son el primer paso, pero no definitivo, o que este tipo de confidentes no son eficaces y no representan una inversión segura, una apuesta importante para una red de información o espionaje.

Y se confundirá.

La mayoría de las redes de espionaje e información a lo largo de la historia se han alimentado principalmente de este tipo de informadores. No pensarán que la GRU rusa dirigida por Igor Kórobov supuestamente penetró el sistema electoral de los Estados Unidos con un ejército de espías tecnológicos infiltrados en lugar de utilizar en teoría una masa de *hackers* profesionales entrelazados de modo que no tuvieran conciencia real del alcance de su actividad. ¿Cómo supieron los ingleses y holandeses la composición exacta del número de naves y tripulantes de la Grande e Felicísima Armada en 1588? ¿Cómo se enteraron los españoles en la primavera de 1589 de la Contra Armada Invencible inglesa dirigida por Francis Drake? ¿Infiltrando espías entre los integrantes de tan fabulosos ejércitos?

Lo cierto fue que no.

A pesar del gusto que la humanidad tiene por las teorías de la conspiración, las explicaciones basadas en el principio de la llamada navaja de Ocham tienden a ser más próximas a la realidad. Es más que cierto que por cada espía

profesional o conocedor del objetivo de su actividad, hay cientos de personas implicadas en estos procesos de captación de información reservada sin ser conscientes de ello.

Lo importante en el caso de estos espías no eran ellos en sí, sino la persona que recababa la información de estos puntos ciegos. En la mayoría de las ocasiones, para muchos de los estudiosos de este apasionante mundo de la información secreta y privilegiada, estos oficiales, agentes de gestión de conocimiento reservado, eran los verdaderos espías. En el caso de la red inglesa durante la guerra de los Cien Años, el capitán de Calais, quien gozaba de un presupuesto específico para dotar los gastos de los puntos ciegos, era el auténtico espía de esa red. Claro que, como ya quedó dicho en el capítulo anterior, si todos los participantes en el proceso de captación de información han de ser considerados espías, parece lógico pensar en la necesidad de cierta gradación en el proceso, aunque solo sea por la responsabilidad en el proceso de espionaje. Vamos que, lo sepa uno o no, habrá que establecer una gradación en esto del espionaje, sea por participación interesada, sea por la relación tangencial, sea porque uno se entera de la misa, la media.

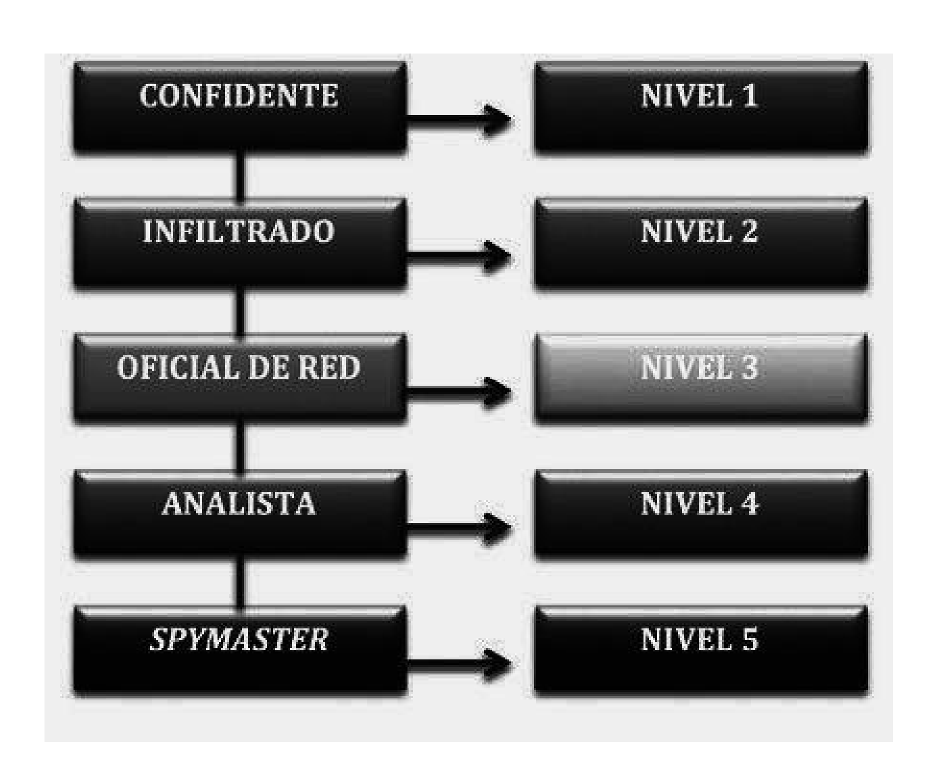


Fig. 2: Gradación de la implicación de los espías en el proceso de captación de la información.

En el caso de los otros, los que sí saben que son espías o, al menos, que están robando información, la motivación puede responder a una multitud de causas. En lo que se refiere a los diplomáticos, el estudio de la historia ha dejado claro que se han dedicado al espionaje a regañadientes. Suele ser evidente el asociar, hoy en día, la labor diplomática a la captación de información para los intereses del Estado al que se representa entre una de las funciones básicas de una embajada. Sin embargo, en el pasado no era así. Resultaba altamente deshonesto espiar al anfitrión, sobre todo si se tenía en cuenta la inexistencia de legislación internacional acerca de la diplomacia y las relaciones internacionales y que un embajador o cónsul se hallaba allí por gracia del ostentador del poder político local. Por tanto, espiar a quien te había invitado, alojado, asentado y agasajado era, en resumidas cuentas, una falta de decoro, cuando no una traición abyecta y miserable. Si, además, se tiene en cuenta que los embajadores tendían a ser elementos aristocráticos y del más alto prestigio —¿cómo habría de ser, si no?—, la dificultad para implicarlos en el proceso de espionaje fue grande, al menos durante el inicio de las relaciones internacionales en el Medievo.



Bernardino de Mendoza.

El paso del tiempo y, sobre todo, la complicación de las relaciones internacionales y el conflicto entre territorios, primero, y Estados, ya al terminar la Edad Media, profesionalizó la necesidad de información, y aparecieron las estructuras de inteligencia y espionaje. Una vez fue clara la necesidad de información continua de los enemigos o competidores, la figura del espía se tornó obligatoria, pero no profesionalizada. En el caso de los

embajadores, además de vigilar los intereses propios, también empezaron a actuar como la primera línea de combate en la beligerancia entre Estados. Fácil es recordar a Bernardino de Mendoza, enviado por Felipe II primero a Inglaterra, de donde fue expulsado por sus actividades deshonestas e impropias de un embajador, y después a París, participando en múltiples acciones encubiertas en defensa de los intereses de la Monarquía Hispánica. Lo que nos lleva a otra de las actividades propias del espionaje más allá de la captura de información reservada: contrainteligencia o, también llamado, contraespionaje.

En efecto, si bien una de las funciones esenciales es la hasta ahora referida, la segunda y, quizás más importante, era el contraespionaje. Dicho de otro modo, prevenir el espionaje contrario, penetrando, identificando o desbaratando la acción de redes de espionaje antagonistas. Claro que algunos de estos agentes dedicados a la desinformación y a combatir al enemigo en territorio propio, algunas veces se pasaban de frenada. Ese fue el caso, por poner un ejemplo, de uno de los embajadores de Felipe II en la Inglaterra de Isabel I. Cansado de la actitud excesivamente diplomática de Diego de Guzmán y Silva, quizás por su raíz eclesiástica, envió para su relevo el Rey Prudente al leridano Guerau Espés de Valle quien, sin perder tiempo, se embarcó en una conspiración de película: asesinar a la reina Isabel I de Inglaterra para sustituirla por su prima, la reina María I de Escocia. Encabezada la trama por el banquero Roberto di Ridolfi, que dio nombre al complot, acabó por ser desbaratada por la estructura de espionaje e inteligencia inglesa. Infiltrado en la conspiración el espía inglés John Hawkins, conocido pirata y maleante esclavista, la trama cayó rápidamente, siendo expulsado Guerau, ejecutado el duque de Norfolk, verdadero inspirador de la trama, y sacada de la línea sucesoria María Estuardo, quien, con este fracaso, inició el camino que habría de llevarla, quince años más tarde, en 1587, al cadalso.

En cualquier caso, fue y es esta actividad, la desinformación, el camino más utilizado para neutralizar la acción de las estructuras de espionaje e inteligencia enemigas. Los ingleses lo practicaron de maravilla durante el Medievo y la Edad Moderna. La decisión de Felipe II de enviar a Guerau de Espés a Inglaterra tenía que ver con la actividad incesante del embajador inglés en Madrid, sir John Smith, enviado por Isabel I para luchar contra la represión inquisitorial del protestantismo en territorio español. Entre memoriales y protestas por los británicos presos en cárceles de la Inquisición

española, obviamente, sir John, como el resto de sus predecesores, se cuidó mucho de dotar a los corsarios ingleses de buenos objetivos para la rapiña, de lo que supo mucho el citado John Hawkins, conocido en las islas Canarias como el Pirata Aquines.



María I de Escocia.

No obstante, no era el embajador residente el agente más idóneo en esta práctica del contraespionaje y la desinformación. El infiltrado, como el citado Aquines, cumplía a las mil maravillas con el papel, como demostró en la

conspiración Ridolfi. Aunque, obviamente, el llamado agente doble ha sido la tipología esencial para estas labores de minado de las estructuras de espionaje e inteligencia enemigas. Ahora bien, no ha sido esta una denominación exitosa en el pasado. No pocos han pasado por esta dedicación y la inmensa mayoría han acabado como el rosario de la aurora. Para empezar, el agente doble no se ha fabricado tradicionalmente, sino que se ha, por decirlo de una manera apropiada y aséptica, reciclado. Dicho en otras palabras, el agente doble, en origen, era un espía que había sido desenmascarado y que, ante la segura muerte, había preferido cambiar de bando. Por ese camino hicieron doblar su actividad los franceses a Thomas de Turberville, cuya familia quedó custodiada en París por si cambiaba de opinión. No lo hizo, ni tampoco los oficiales ingleses que le pillaron en la celada, muriendo ejecutado después de pasar por la Torre de Londres y ser públicamente condenado en 1295.

En buena lógica, el valor de un agente doble, de un infiltrado en la estructura competidora, siempre ha sido y será el objetivo de cualquier red de espionaje. Doblar un espía capturado, como en el caso referido de Thomas de Turberville, si bien suele ser uno de los caminos más trillados, no viene a ser el mejor escenario posible. Como el honorable inglés deshonrado por los suyos a finales del siglo XIII, en general, son poco de fiar y susceptibles de cambiar de bando a la primera ocasión. Es mucho mejor, que el agente doble lo sea por convencimiento personal, por creer estar haciendo lo correcto en todo momento. En esta tipología se hallan, los llamados Cinco de Cambridge, agentes dobles ingleses al servicio de la estructura de espionaje e inteligencia soviética en los años duros de la Guerra Fría o el archifamoso Garbo, espía nazi al servicio de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial. En estos conocidos casos, los agentes dobles eran conscientes de lo que hacían y de la necesidad de hacerlo, bien por convencimiento ideológico como Kim Philby, comunista apasionado, o como Juan Pujol y Garbo-Alaric, profesional del espionaje y comprometido con la causa de derrotar la locura nazi.



Lápida de Kim Philby en Moscú.

Sin embargo, la evolución de las estructuras de espionaje e inteligencia desde principios del siglo XX hasta la actualidad, ha proporcionado un entorno tan flexible que, en la actualidad, cualquiera de estos tipos descritos, quedarían obsoletos en un solo instante para, con la debida preparación, ser plenamente

activos y útiles. No cabe duda de que, en el entorno global, cualquier profesional puede arrostrar las tradicionales convicciones y obligaciones del espía tradicional.

Espías, en particular

Queda claro, por tanto, que la figura del espía tradicional, asociado a determinadas tipologías, ha estado reflejada de manera más o menos constante a lo largo de la historia los últimos dos mil años, experimentando una clara profesionalización desde el siglo XVI, asociándose al cargo, y, desde finales del XIX, unida al desarrollo de una profesión de dedicación completa. En consecuencia, en este proceso evolutivo de ser espía por obligación, a sabiendas o no, los espías se han visto en la obligación de tener otras ocupaciones que enmascararan sus reales intenciones o, dicho de otro modo, un elenco de profesionales de todo tipo ha tenido que dedicarse al espionaje por necesidades del guión, que diríamos hoy en día.

Del actual agente de inteligencia, agente de campo, gestor de información reservada o cualquiera que sea el término apropiado, cada cual más eufemístico, al estibador que contaba barcos en Calais por unos cuantos reales sin saber ni importarle lo que hacía en realidad, esta dedicación-profesión ha empleado a una infinidad de profesionales tal que resulta casi imposible establecer un corolario al respecto. La esencia del espía es, no me cabe la menor duda, la clave de todo este asunto, pues ¿quién conoce la naturaleza de los espías?

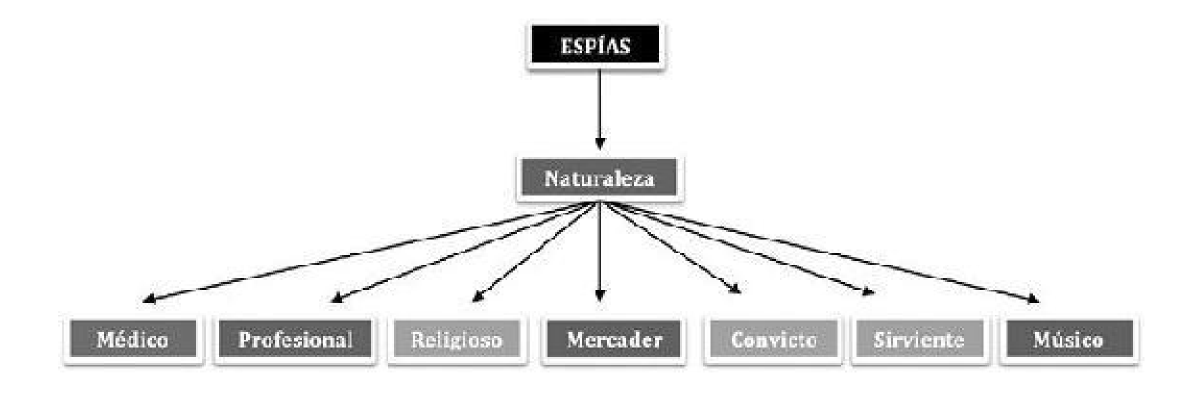


Fig. 3. Tipologías de espías en el medievo.

Sé que resulta complicado afirmar qué profesiones, a lo largo de la historia, han sido más proclives a dedicarse, ya fuera a tiempo completo o parcial, al espionaje. Pero si se reflexiona un poco, no cabe duda de que los médicos estarían entre las primeras posiciones de candidatos al espionaje. ¿Quién goza de nuestra mayor confianza? ¿A quién le contaríamos nuestros más inconfesables secretos?

Si nuestra vida está en juego, sin dudarlo un instante, a nuestro médico.

Desde tiempos inmemoriales, los médicos han gozado de facilidad de acceso a las más altas esferas y circulaban con relativa libertad de un territorio a otro sin levantar sospechas. El médico griego del cardenal Beaufort entre 1440 y 1450 fue un claro ejemplo de espía al servicio de la medicina, igual que el afamado Andrés Laguna, médico del emperador Carlos I y gran conocedor de los enemigos de la cristiandad, a decir de su conocido Viaje de Turquía. Diego Álvarez Chanca, que fuera médico de Cristóbal Colón, estaba al servicio del deán de la Catedral de Sevilla, Juan Rodríguez de Fonseca, responsable de la caída en desgracia del almirante y de la creación de la Casa de Contratación de Indias sevillana en 1503, institución que borró a Colón de la gestión de la empresa americana.

Algo parecido podría decirse de músicos, trovadores y comediantes. A lo largo de la historia han podido pasar fronteras casi sin necesidad de identificar nada que no fuese su música o el talento que atesoraban. Desde el famoso trovador Ramón de Miravall al servicio del rey Pedro II de Aragón por todo el Languedoc entre los siglos XII y XIII, hasta Alamire, músico y compositor, además de espía del rey Enrique VII contra el pretendiente a la corona, Richard de la Pole, durante la guerra de las Dos Rosas. Michael Mercator, fabricante de instrumentos, podía desplazarse con facilidad de una ciudad a otra, razón de sus servicios como espía, del mismo modo que aquellos trompetistas recompensados por Enrique VII como consecuencia de sus viajes por Irlanda durante la última década del siglo XV. Seguro que su música fue celebrada por los irlandeses, pero no tanto como los informes de las actividades de los rebeldes entregados al rey inglés.

Y tampoco es que fuera necesario ser realmente músico para ejercer con facilidad el espionaje. Bastaba muchas veces con disfrazarse de ello. De esa guisa intentó un comando de borgoñones sacar al señor de Montigny de su confinamiento en el alcázar de Segovia. Floris de Montmorency, que así se llamaba el barón, había conspirado con el primogénito de Felipe II, Carlos de Austria, para que este último abandonara España y se proclamara señor de Flandes. Descubierta la conspiración por don Juan de Austria, el noble francés había sido encarcelado en el bello castillo segoviano. Tras conseguir informar de las debilidades de la prisión, un grupo de liberadores fue enviado a la capital castellana para rescatar al barón. Vestidos de músicos en camino hacia la tumba del apóstol Santiago, tramaron dar una serenata en el patio de armas del alcázar a la vez que colocaban una escala para que Floris pudiera escapar. Para su desgracia, la zarabanda de los falsos músicos alertó al alcaide y frustró la fuga, acabando sus días el noble francés sedicioso en el castillo de Simancas, donde fue ejecutado el 14 de octubre de 1570.



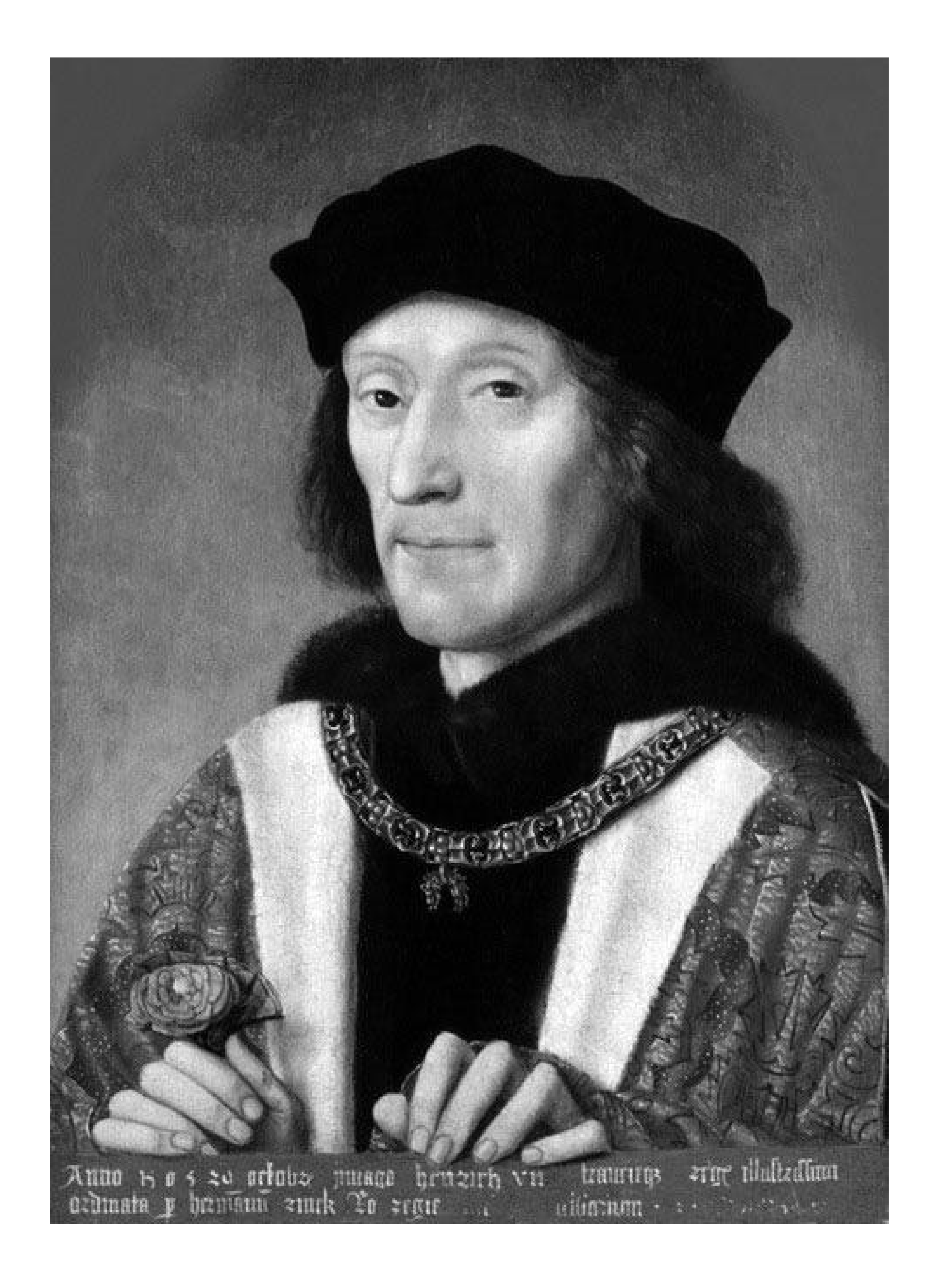
Floris de Montmorency.

Pero ningún colectivo más susceptible de dedicarse al espionaje que el religioso. Ya fueran sacerdotes, monjes, abades o peregrinos, la documentación existente muestra un uso constante de esta figura en el tráfico de información reservada por toda Europa. El constante ir y venir de estos individuos, la facilidad para cambiar de emplazamiento, hacía muy difícil su control y muy sencillo su trabajo de captación de información. Por otra parte,

el carácter reticular y trasnacional de las órdenes religiosas las convertía en auténticos canales de conocimiento desde que san Benito de Nursia tuviera éxito en el establecimiento de la primera regla. Desde aquel entonces, allá por el siglo VI, muchos de estos clérigos compaginaron su devoción por la vida religiosa con la obligación hacia el señor para quien captaban información. En el marco de la guerra de los Cien Años, monjes, clérigos y eclesiásticos de todo tipo se convirtieron en candidatos al espionaje y los ejemplos de estos divinos espías son innumerables: el prior de la isla de Hayling, al sur de Inglaterra, pidió ser confinado en el priorato de Southwark, en el centro de Londres, para poder acceder a información de primera mano y enviarla a sus señores en Francia; Laurence Paussyn, introducido con una falsa provisión papal en la iglesia de Saint Peter Port en la isla de Guernsey, se dedicaba al control de las actividades inglesas en el canal de la Mancha hasta que fue delatado y arrestado por el gobernador de las islas del Canal.

Por su parte, los monarcas no tenían pudor alguno en corromper la naturaleza altruista de la advocación religiosa. Eduardo IV, rey a finales del siglo XV, usó monjes espías en Cerne y Abingdon-on-Thames, en Inglaterra, y Enrique VII empleó sacerdotes para promover la rebelión de los bretones en la beligerancia desarrollada en torno a la monarquía inglesa en terrible competencia por la disputa de las familias Lancaster y York, conocida como guerra de las Dos Rosas y que ensangrentó la corte inglesa entre 1455 y 1487, e implicó a buena parte de las familias aristocráticas europeas. Dado que el objetivo era lograr el trono al precio que fuera, muchos de los candidatos precisaron del uso de espías de todo tipo que les entregaran información con la que atajar las acciones rivales, cuando no acabar directamente con el pretendiente antagonista. No les debía parecer extraño conseguir el trono después de financiar el asesinato del antecesor. Bernard de Vignoles contaba cómo un astrólogo de origen español había participado en el asesinato de Enrique VII yendo a Inglaterra disfrazado de peregrino del camino de Santiago en connivencia con John Kendall, gran prior de la orden de San Juan de Jerusalén en Inglaterra. Este supuesto astrólogo era, en realidad, un exiliado descendiente de la familia toledana judía Abravanel. Decidió disfrazarse de fraile para poder acercarse al rey sin levantar sospechas. Para su desgracia, había perdido dos dientes y era fácil poder identificarle por lo que, con gran ingenio, se procuró dos piezas de marfil de la misma tonalidad que la de sus dientes naturales. Sin embargo, él no tuvo oportunidad de atentar contra el monarca fundador de la dinastía Tudor: las muertes del primogénito Arturo y la reina Isabel de York en el parto de la princesa

Catalina, que también falleció, acabaron con Enrique VII sin que el fraile español de los dientes de marfil tuviera que finiquitarlo.



Enrique VII de Inglaterra.

No crean, sin embargo, que solo los ingleses se dedicaron a corromper todo tipo de eclesiásticos, clérigos, monjes o peregrinos con tal de conseguir la

información ansiada. En Florencia, a partir de los primeros años del siglo XIV, el puesto de *Deputati Super Spiis*, esto es, «superintendente de las espías», asociado tradicionalmente a personal laico, pasó a manos de monjes cistercienses, siendo el caso más evidente de participación de eclesiásticos en la organización de un servicio de espionaje.

¿Y qué decir de los españoles? Es evidente que, si el clero español participaba de todos los planos del poder, el espionaje no hubo de ser menos. Por ello, parece evidente que la Compañía de Jesús, organización eclesiástica patria de mayor alcance histórico, cumplió en parte con esa participación citada en las diferentes redes de espionaje e inteligencia. Aunque la Compañía de Jesús fuera fundada en Roma por los primeros compañeros en 1540, es obvio el carácter español de su fundación, siendo Ignacio de Loyola y Diego Laínez sus primeros líderes. La defensa a ultranza del Papado y de la ortodoxia católica unida a la militancia básica de su organización, así como al carácter misionero, itinerante y combativo de los compañeros, militarizados hasta el punto de llamar general a su líder, les convirtió en punta de lanza en la lucha contra la heterodoxia cristiana del siglo XVI, esto es, el protestantismo diverso de los diferentes territorios participantes en las llamadas guerras de religión. Obviamente, los *spymasters* españoles emplearon a los jesuitas como agentes, bien infiltrados, bien captadores de información, bien sicarios en determinados momentos, tanto en Inglaterra como en las Provincias Unidas o en Francia.

En el caso inglés, Walsingham tuvo mucho cuidado de proteger los intereses ingleses del acceso del creciente fervor jesuita, siguiendo el principio de donde estén los jesuitas, está la conspiración. De ese modo pudo identificar a espías jesuitas como John Gerard, asiduo visitante de la Torre de Londres y famoso por su cinematográfica fuga de la misma, descendiendo desde la cima auxiliado por una cuerda kilométrica.



John Gerard.

Obviamente, en una Europa en guerra con la religión como excusa, no resultaba complicado buscar en clérigos y fundamentalistas religiosos las bases de conspiraciones contra el poder establecido y encontrar al enemigo principal tras los funestos planes. Espías y conspiradores como Nicholas Thorckmorton, John Ballard, Anthony Babington, William Watson o los archiconocidos Guy Fawkes y Everard Digby, fracasaron en sus planes o fueron descubiertos por su militancia jesuítica o simplemente católica. Y sorprende un poco la torpeza de la estructura de espionaje e inteligencia española al emplear católicos en la consecución de sus planes estratégicos. Hubiera sido mucho más eficaz emplear agentes dobles o, principalmente, protestantes. Como hizo frecuentemente Walsingham en su lucha contra los intereses españoles empleando reconocidos católicos como John Snowden, alias *Padre Cecil*, o Gilbert Gifford, valiosísimo caballo de Troya en todas las conspiraciones habidas y por haber planificadas por Felipe II y su estructura de poder.

Otro espectro social susceptible de ser empleado en estas lides era el de los convictos. Condenados, presos, renegados cristianos en tierras musulmanas,

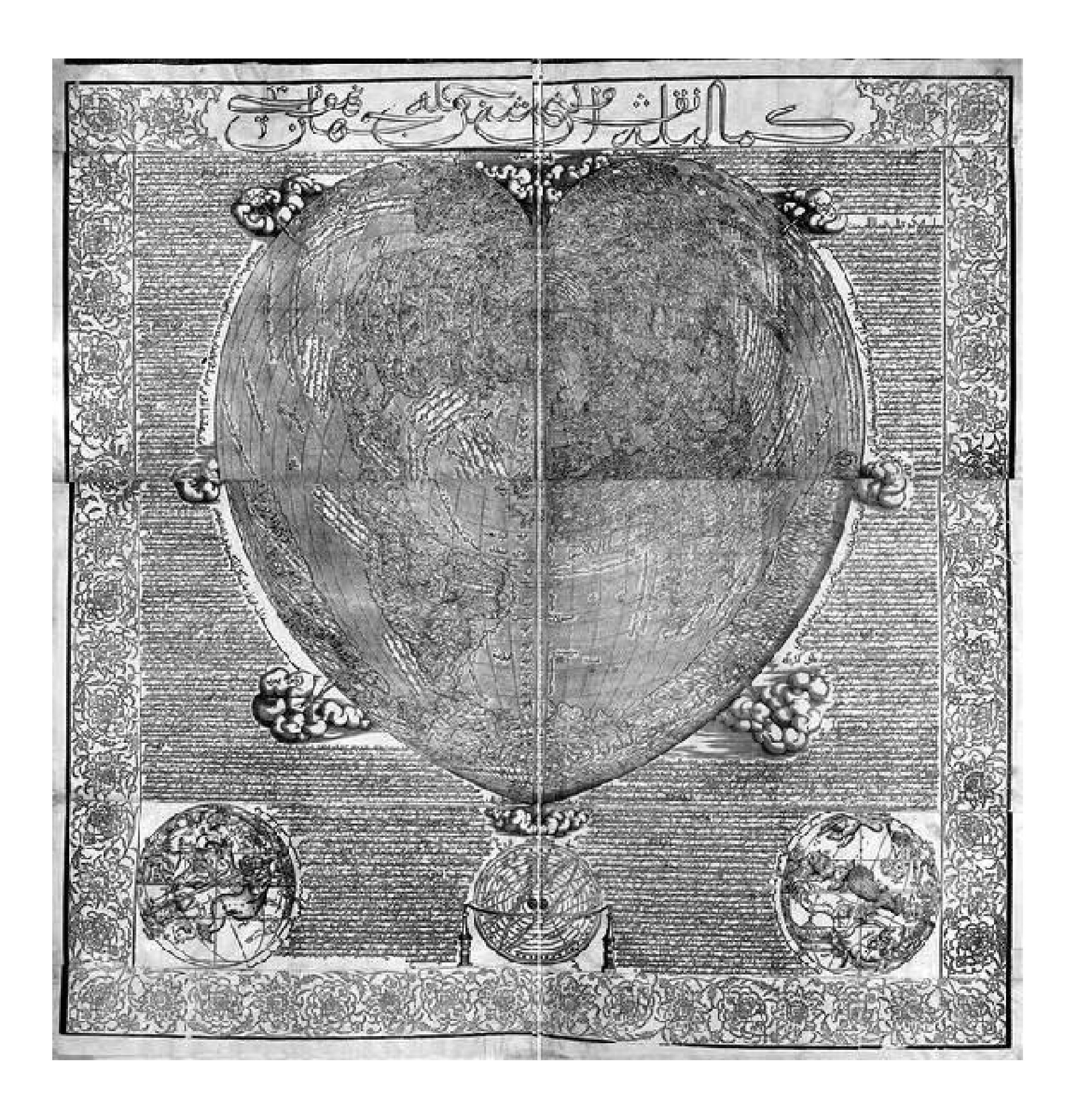
investigados por cualquiera que fuera la instancia judicial, pero especialmente por la Inquisición; desterrados y caídos en desgracia; perseguidos por su etnia o religión. Estos personajes, al estar en situación de vulnerabilidad, aceptaban la peligrosa tarea del espionaje a cambio de cierta estabilidad y, mejor aún, protección. Como en el caso del comerciante Juan Seguí Alzina. Capturado junto con su familia por los turcos, fue llevado prisionero hasta Estambul hacia 1558. No pasó mucho antes de que lograra escapar de aquella prisión. Sin embargo, en el tiempo en que allí estuvo, consiguió adquirir un conocimiento profundo de las gestiones para liberar a los prisioneros, actividad que se convirtió en motor de su vida profesional. Para su desgracia, la mala gestión y malversación de los fondos empleados para la liberación de prisioneros le convirtió en objetivo de la Inquisición. Ese momento de debilidad, de necesidad de protección, le convirtió en candidato ideal para el espionaje en tan peligrosa plaza. Juan Idiáquez, secretario del Consejo de Estado del rey Felipe II, lo captó y, bajo su protección, lo puso al servicio de Giovanni Margliani y de las cifras diseñadas para aquella negociación.



Conspiración de la Pólvora.

Por lo que se refiere al milanés Margliani, embajador y militar, había sido nombrado oficial de la red de espionaje en Estambul en sustitución de Martín Vázquez de Acuña, quien se había excedido en sus promesas de negociación

con los turcos, al prometer una tregua pública con intercambio de prisioneros. En realidad, lo que quería Felipe II era una tregua secreta con intercambio de embajadores capturados. Margliani, que contó de inicio con el recelo de los espías allí destacados, logró un éxito encomiable, a decir de las recompensas otorgadas por el rey: desde la merced de quinientos ducados en heredad a los títulos de conde de Intelvi y de los Cuatro Valles, pasando por el traspaso de las mercedes a sus hijos, Ruggiero y Hércules. El primero de estos, Ruggiero, sustituyó al padre en 1591, cumpliendo el mismo papel en las negociaciones secretas que trataban de renovar la tregua.



Planisferio del mundo otomano en forma de corazón.

Por su parte, mercaderes y comerciantes, al igual que los embajadores, hubieron siempre de luchar con el estigma de la eterna sospecha. Fue el escritor Philippe de Meziers, a finales del siglo XIV, el primero en asociar de forma categórica los conceptos de espionaje y mercader. Decía en *La canción del viejo peregrino* que no había mejores espías para saber de los enemigos que los mercaderes lombardos y extranjeros. Los mercaderes eran un prototipo de espía perfecto pues eran baratos, no pertenecían al ejército ni tenían relaciones con asuntos militares, poseían una gran facilidad de movimientos y acceso a las principales ciudades y disfrutaban de pocas limitaciones por su actividad económica.

Por tanto ¿era lógico pensar que quien trataba con un comerciante trataba con un espía?

Obviamente, el espía disfrazado de mercader rápidamente se convirtió en un clásico y las sospechas sobre ellos fueron siempre constantes en tiempos de guerra. Ya en el siglo VI, el emperador Justiniano envió religiosos a recorrer la ruta de la seda con el objetivo de captar aquel secreto milenario. La cultura china había descubierto las aplicaciones de los capullos del gusano o mariposa *Bombyx mori* para producir unos tejidos de tal calidad y prestigio que se convirtieron rápido en uno de los productos asociados al poder más perseguidos en todo el mundo conectado. Al igual que ocurriera con el tinte imperial, más conocido como la púrpura de Tiro, la comercialización de estos productos asociados con la ostentación del poder supremo generó un mercado de carácter horizontal de lo más lucrativo. No era de extrañar, por tanto, que los productores preservaran el secreto y los compradores trataran a toda costa de convertirse en productores robando esos secretos. En lo que se refiere a la seda, chinos y mongoles extendieron su comercialización por la citada ruta de la seda, que conectaba China y Mongolia con la India, Persia, Arabia, Turquía, Europa y África. Así que proteger el secreto del cultivo de los horribles y lucrativos gusanos se convirtió en uno de esos argumentos que solemos llamar razón de Estado o factor estratégico y que permite hacer todo lo que imaginemos y más a quienes se atrevan a atentar contra la seguridad del monopolio comercial. Dado que los comerciantes eran muy evidentes en este caso y que los fichaban en cuanto asomaban en zonas productoras, gobernantes como Justiniano (y tantos otros) decidieron enviar a falsos monjes y evangelizadores con el objeto de hacerse con ese secreto. La

tradición dice que el citado Justiniano logró traer semillas de morera y gusanos de la seda escondidos en los bastones de bambú de aquellos buenos monjes predicadores de Cristo y ladrones de secretos comerciales. Esa misma tradición dice que, desde Grecia y Bizancio, el cultivo de la seda se extendió por toda Europa, llegando a los territorios de la actual Francia, Italia y España.

Sin embargo, el estudio de la producción de seda en la península ibérica nos remite a la llegada de los árabes, no griegos o bizantinos, y el establecimiento, especialmente en Murcia, de factorías de producción de seda con bastante éxito. De modo que parece evidente que todo eso del robo de capullos y gusanos, de huevos y semillas, de monjes con bastones huecos para esconder los citados productos al más puro estilo del cine estadounidense, se aleja bastante de la realidad. Aunque uno deseara haber conocido o que hubiera existido una acción clandestina tan aparente en el siglo VI, creo que deberemos contentarnos con asumir que la producción de la seda se extendió por Asia, África y Europa gracias a factores de mercado.

Similar caso fue el de la porcelana fina, porcelana china o, como decían los chinos que la inventaron durante el reinado de la dinastía Han, Tzu. A diferencia de la seda, la porcelana, sometida a un comercio muy importante, pero más complejo debido a lo difícil del transporte, no sufrió un acoso de espionaje comercial y económico. Bueno, en realidad, no lo experimentó hasta que el químico alemán, Friedrich Böttger, descubrió la fórmula que le permitía emular la porcelana china con total fidelidad hacia 1709. La fábrica que constituyó en Meissen en 1710 se convirtió en objetivo para todos los competidores comerciales de Europa. A pesar de las restricciones de acceso al conocimiento, de las técnicas de contraespionaje llevadas a cabo para proteger tan lucrativo secreto, los espías-comerciantes dieron con la forma de sustraer la fórmula de Böttger, mucho más accesible, si se puede decir así, que las atesoradas durante milenios por los chinos. A los pocos años ya era frecuente encontrar fábricas de porcelana de gran calidad, como la napolitana de Capodimonte, las del Buen Retiro, en Madrid, y Sargadelos, en Galicia, o la afamada de Sèvres en Francia.

No es de extrañar, que ya desde 1377 el Parlamento inglés empezara a utilizar el concepto *privees espies* («espías no militares») para justificar la expulsión de los mercaderes llamados lombardos, los *lombard brokers*, tratando de proteger el flujo de conocimiento en plena guerra de los Cien Años. Pocos

años más tarde, en 1388, se registró en Londres el juicio contra un mercader llamado Gerard Huglin, acusado de espionaje. Dado que finalmente fue absuelto, es más que probable que salvase su vida doblando su ingrata actividad secreta.

Así que aquellas comunidades que tuvieran un desarrollo comercial amplio, que dominaran las redes de intercambio mercantil, hubieron de soportar tener que ampliar su actividad con el espionaje. En la Corona de Aragón se generalizó el empleo de mercaderes en las labores de espionaje, especialmente procedentes de la Bretaña, explotándose su anglofilia en la lucha contra los franceses, como indica el pago de sesenta sueldos barceloneses de uno de los espías bretones más activos en la fase final del siglo XIV, Enric de la Rotxa, al mercader Francesc Queralt a cambio de las informaciones recibidas acerca de las tropas extranjeras dispuestas para la invasión del Rosellón en 1389.

Famosos fueron varios miembros de la familia de mercaderes Celi o Cely, espías al servicio del prior de la orden de San Juan de Jerusalén, canciller del rey Eduardo IV a mediados del XV. Enrique V usó mercaderes florentinos. Y ambos reyes emplearon banqueros florentinos como Gerardo Caniziani para la financiación de su red de espionaje. John Style, que llegó a ser embajador en España, había sido con anterioridad oficial de consumos en Inglaterra, del mismo modo que los famosos Antonio y Tomás Spinelli, medio genoveses y florentinos, mercaderes al servicio de la Corona de Inglaterra en Borgoña y relacionados con la familia De Taxis, controladores del sistema de transporte de mercancías, personas y, cómo no, información para gran parte del centro y norte de Europa.

En las guerras entre Inglaterra y Escocia el uso de mercaderes fue frecuente en la captación de información reservada. William Alaynson, al servicio de Eduardo IV o John Papdye, mercader y espía, quien figuraba en las cuentas secretas del rey con un sueldo de cuarenta libras. Esta práctica, la de tener a sueldo a un espía u oficial de una red de espionaje, no fue exclusiva de los ingleses en el Medievo. En los libros de cuentas de la República de Venecia aparecía, en 1504, un pago similar a cargo del mercader Lunardo da C'a Masser. Y como era tan frecuente el uso de mercaderes para el espionaje, las cifras fueron sustituidas por palabras clave relacionadas con el ejercicio del comercio para encriptar los mensajes. Como ya vimos en el capítulo anterior, los venecianos, maestros en estas artes, en la campaña de captación de

información previa a la gran batalla de Lepanto, llamaban paños bermejos a la armada turca o paños verdes a la armada española; mantel de mesa a la artillería, y paños de Flandes y paños de Inglaterra al asedio, quizás, inspirados por la ya usual debilidad inglesa por la rapiña y el pirateo.

En algunas ocasiones resultaba difícil incluso saber su origen, puesto que adaptaban su procedencia para tener una mejor aceptación en sus negocios. Al no existir un control de identidades normalizado, un mismo mercader podía ser castellano, veneciano, genovés o francés, según le conviniera en el momento de actuar. Esta habilidad o, mejor dicho, capacidad extra, les hacía más que útiles para el desempeño del espionaje. Aurelio de Santa Cruz, espía residente en Estambul al servicio de Martín Vázquez de Acuña, oficial de red de Felipe II, era, en realidad, Baptista Ferrara, mercader veneciano, o Francisco Domiciano de Luca. Seguramente pensó que añadiendo un apellido lo más católico posible sería considerado inconfundiblemente español. En el lado contrario estaba Julio López, quien para actuar en Venecia se transformaba en Tomás de Zornoza. García Hernández y Camilo Astrozi utilizaban a un tal Adam de Franchis como enlace. Claro que, tras adaptar su nombre al castellano actual, Adán de Francia, resulta obvio que ese nombre era una máscara más que otra cosa. Otros directamente escondían su nombre en el momento de hacer las transacciones de información. Sabemos que Aurelio de Santa Cruz (bueno, Baptista Ferrara) tenía una red consolidada entre Venecia y Estambul, donde la mayoría de espías actuaban en transacciones comerciales bajo identidad figurada. Uno de ellos, capitán de galera, escondía su nombre bajo el pseudónimo de Mustafá, lo mismo que hacía un tal Hamet Rais. Morataga, por su parte, era capitán de unos cuatro mil jenízaros y valiosísimo informador, al formar parte del ejército enemigo, aunque fuera con carácter mercenario. Al igual que Baptista de Ferrara, Juan María de Renzo, comerciante y espía bajo nombre cuestionable, disponía igualmente de su propia red de informadores imposibles de rastrear por el nombre de su actividad. Para este trabajaban, por ejemplo, Juan Sarimbal o el judío Caín de Salín, ambos por amistad más que por algún tipo de beneficio.

Otras veces, por el contrario, algún que otro spymaster se confundía eligiendo al mercader equivocado. En el caso del judío Ambrosio Judize, Gabriel de Zayas se cayó con todo el equipo. Este comerciante que escondía su nombre bajo pseudónimo judío fue uno de los primeros espías en Estambul. Encargado de reclutar y, sobre todo, pagar a los informantes infiltrados y agentes dobles, era famoso por irse del pico gracias a su afición a la bebida.

Muchos recelos levantó entre los informantes, que pidieron que no volviera allí. Preocupados por su dinero, los espías de la red pidieron que no recabase su dinero Ambrosio. Desgraciadamente para ellos, los avisos llegaron tarde. Ambrosio había partido ya hacia Venecia con los mil ducados entregados por Gabriel de Zayas a este oficial de red borrachín y bocazas. En Venecia fue rápidamente detectado, teniendo que marchar a otras localizaciones como Candía[2] e, incluso, volver a Estambul. Cuando le consiguieron echar mano, Ambrosio Judize solo conservaba cuatrocientos de los mil ducados. En su defensa alegó que había sido atracado en Roma. Dado el conocimiento que poseía de la identidad de los espías de la red que nunca comandó, Antonio Pérez, secretario del Consejo de Estado en ese momento, optó por pagarle dos años de servicios por anticipado antes de sacarle de la red para que estuviera bien calladito.

En último caso quedaban los profesionales, agentes ocasionales y prescindibles captados en función de la importancia de su ocupación. Especialmente interesantes eran los pilotos de barco que podían informar sobre las rutas que desarrollaban o acerca de la composición de flotas enemigas y de las disposiciones defensivas de puertos y de los movimientos producidos en posiciones enemigas. El capitán de Calais tenía por costumbre contratar toneleros, capaces de subsistir con su profesión y al tanto de todo lo que ocurría en tan estratégica posición; o los pastores, cazadores y gañanes utilizados en las zonas fronterizas, especialmente útiles por su conocimiento del terreno. Los frecuentes pagos a espías en la comarca fronteriza de Daroca, en el Reino de Navarra, acosado ya por aragoneses y castellanos a finales del XV, demostraban la utilidad ocasional de estos.

Obviamente, de todos estos espías adscritos a una profesión, no hubo nadie más singular que los involucrados en las guerras del vidrio, verdaderos conflictos internacionales encaminados a conseguir las fórmulas secretas que permitieran controlar el mercado del vidrio suntuario, en similares circunstancias que lo referido con anterioridad respecto a la seda y la porcelana. Era este un negocio por el que lucharon, desde el siglo XII, todas las repúblicas comerciales italianas más Francia, Aragón, Flandes, Inglaterra o los territorios independientes alemanes. El negocio era tan lucrativo que valía la pena arriesgarse a entrar en conflicto con Venecia o Génova; ser expulsado de Inglaterra o retenido *sine die* en la torre de Londres; ser vilipendiado públicamente por crímenes inventados o, simplemente, eliminado como resultado de una acción encubierta y clandestina. Todo esto y

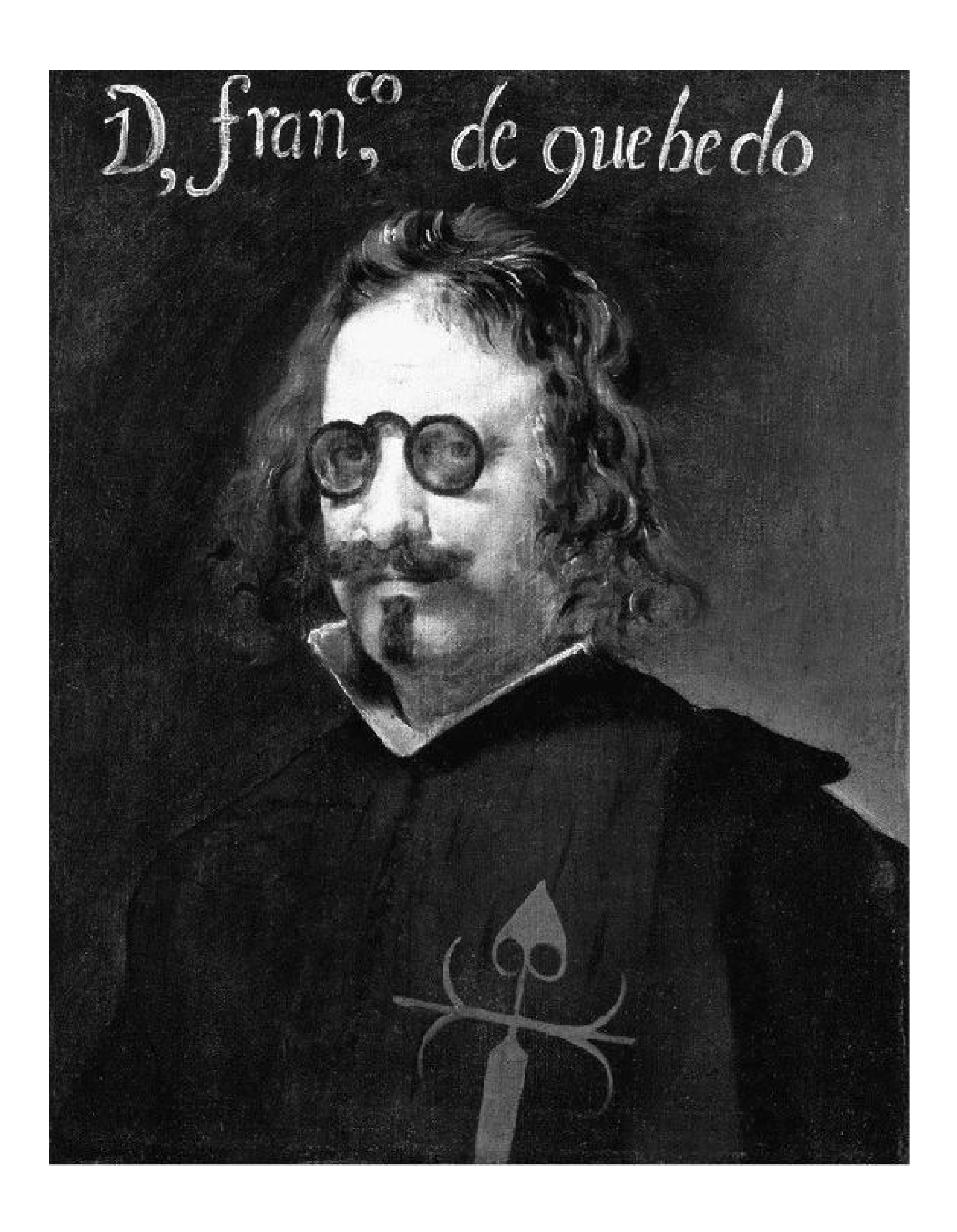
más puede encontrarse en la documentación existente que narra la competencia en Europa por controlar el negocio del vidrio suntuario. Maestros vidrieros como los Barovier, los Miotti y los Ballarin estuvieron siempre ojo avizor con sus fórmulas magistrales, pendientes de que no fueran robadas en cualquier momento. No permitían extranjeros en sus talleres y las fórmulas pasaban entre ellos mediante libros encriptados solo comprensibles por los iniciados en el trabajo de cada taller. Aun así, los robos de información fueron frecuentes. Giorgio Ballarin fue capaz de enamorar a la hija de Angelo Barovier para poder acceder al libro de fórmulas del famoso vidriero. Una vez lo hizo, obviamente, perdió interés por la joven, deshaciendo el enlace al que se había comprometido. Y, por mucho que se esforzó Angelo, no fue capaz de demostrar ante las autoridades venecianas que aquel ignaro no se había desenamorado de su hija, sino que había copiado el libro de fórmulas. Otros, en lugar de enamorar jóvenes doncellas, enviaban maestros vidrieros disfrazados de aprendices, por si caía la breva y podían pillar alguna fórmula, como hicieron los altareses durante decenios. Sin embargo, lo que mejor funcionó siempre fue el comprar las fórmulas sobornando a los maestros vidrieros. Se perdía cierto romanticismo, pero, qué quieren que les diga, no hay mejor espía que el dinero.



Copa votiva de Angelo Barovier.

Ahora, ningún espía más fascinante que aquel que no lo parece o, mejor dicho, el que, afamado por su talento innato, decidía implicarse en la farragosa búsqueda de información al servicio de una idea superior. O de un tío diplomático, como fue el caso de Francisco de Quevedo y Villegas. En general, uno puede pensar, leyendo su magistral y eterna literatura, que don Francisco de Quevedo destilaba tanta mala uva por la época que le tocó vivir, con un imperio, otrora glorioso, en pleno derrumbe decadente y rodeado de pusilánimes y etéreos artistas alejados de la dolorosa realidad, donde el poder del rey era suplantado y usurpado por una caterva de nobles refinados y burócratas corruptos en la lucha por un doblón de más. Ninguno se lo imagina

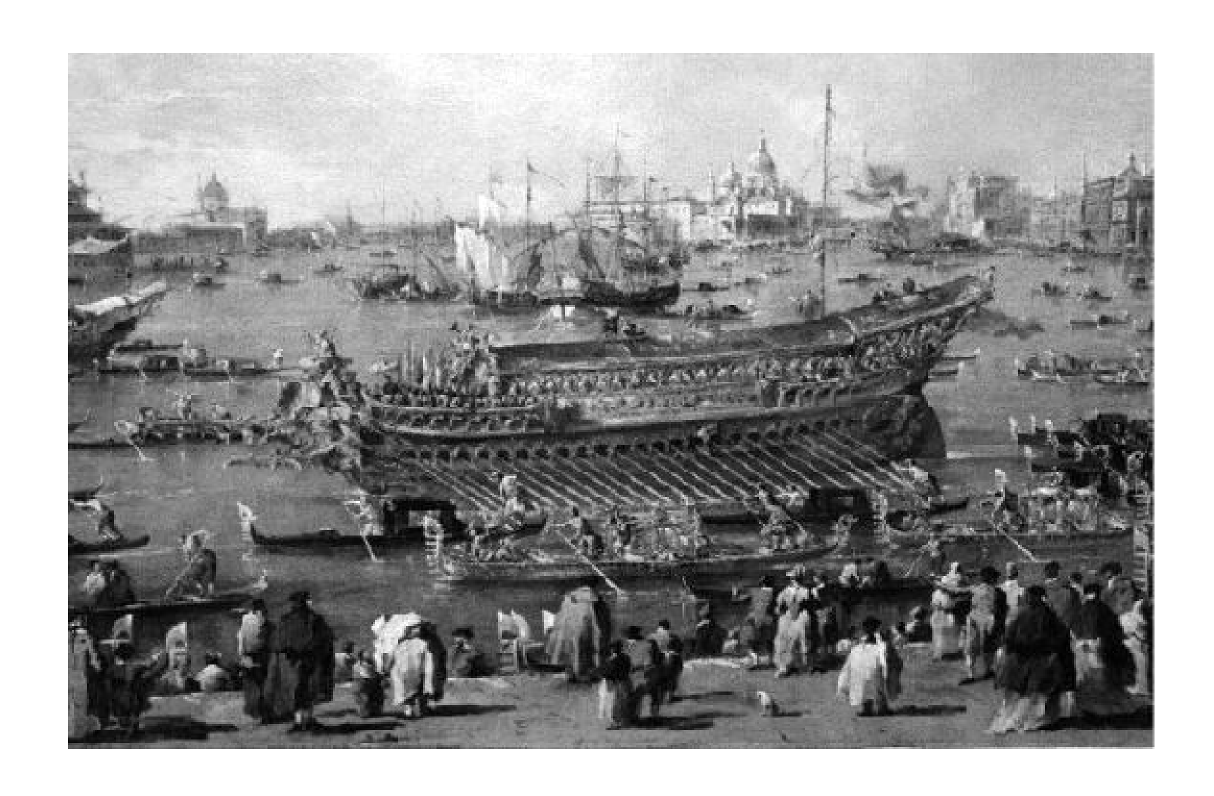
como oficial de una red de espionaje e inteligencia al servicio del *spymaster* del momento, el conde-duque de Olivares. Y se equivocarán. Quevedo cumplió con la misión a rajatabla, y siento decirles que su perfil era más que perfecto para el puesto: exposición pública notoria en un ámbito ciertamente alejado de esta política; facilidad para moverse entre fronteras del reino y poca sospecha acerca de sus actividades, dado todo lo dicho anteriormente.



Retrato de Quevedo, de Juan Van der Hammen a mediados del XVII.

En efecto, Quevedo actuó al frente de una red de espionaje, sirviendo los intereses de España como secretario en Italia del duque de Osuna. A decir de su primer biógrafo, Pablo Antonio de Tarsia, Quevedo había marchado a Venecia en 1618 para llevar a cabo una diligencia de gran riesgo, acompañado por un tal Jacques Fierre y otra persona más. El objetivo de su misión era desestabilizar el gobierno de la República de Venecia que había elegido recientemente como dogo a Giovanni Bembo, de gran personalidad y contrario a los intereses españoles en Italia y el Mediterráneo oriental. El caso fue que el duque de Osuna, según relató el sicario Diego Duque de Estrada en sus memorias, había planificado una acción clandestina para acabar con todo el senado veneciano, incluidos los *Inquisitori di Stato* y el *Consiglio dei Dieci*, bombardeando la ceremonia más tradicional, el *Bucintoro*, celebrada el día de la Ascensión, cuando se renovaba el matrimonio entre Venecia y el Mar. Según relataba Duque de Estrada, la cosa salió mal y la *black op* fue descubierta por la contrainteligencia veneciana. Todos los implicados fueron eliminados a excepción de unos cuantos, como —siempre hipotéticamente— Quevedo, que pudo escapar de la Serenísima disfrazado de pordiosero.

En la actualidad, sabemos que Quevedo participó en la preparación de esta operación encubierta fracasada, pero no en su ejecución. Las investigaciones de Antonio López Ruiz plantean la duda al respecto, pues muestran a Quevedo en Italia (primero en Nápoles y luego en Venecia) pero un año antes (esto es, en 1617) preparando la red que se encargaría de eliminar a todo el gobierno de Venecia de un solo golpe, lo que cuadraría más con la astucia del afamado e inmortal poeta a quien, discúlpenme, no me lo imagino poniendo su vida en peligro de una manera tan evidente. Es probable que su presencia en Venecia un año antes, unida a la fama y reconocimiento del que ya gozaba, provocaron que los venecianos ataran cabos tirando de lo dicho por los elementos neutralizados en 1618. Sea como fuere, la memoria de Quevedo quedó asociada en Italia y, especialmente en Venecia, a la de un personaje artero y poco confiable.

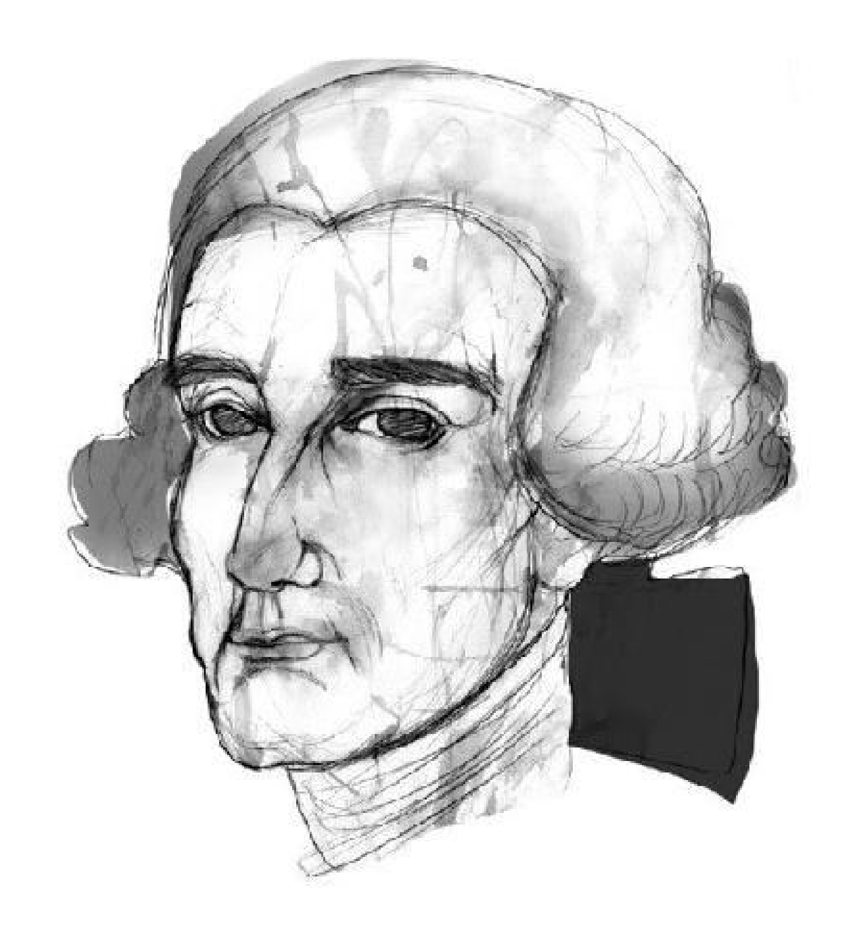


El *bucintoro* veneciano, de Francesco Guardi hacia 1775-1780.

No fue así, por el contrario, el caso de la gloria del humanismo español, ingeniero naval, viajero incansable y científico patrio más que reconocido del siglo XVIII, Jorge Juan y Santacilia. Fue este un personaje capital en muchos campos del conocimiento de la Europa del Siglo de las Luces. Todos conocemos sus viajes por todo el globo y la influencia que estos tuvieron en el desarrollo de la ciencia y el conocimiento, muchas veces junto a Antonio de Ulloa. Lo que la mayoría desconoce es su provechosa actividad de espionaje desarrollada en Inglaterra.

Tras la destrucción sufrida por la armada española en las fallidas campañas inglesas en Cartagena de Indias y Santiago de Cuba, allá por 1741, lideradas por el infausto lord Edward Vernon, Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, decidió tomar cartas en el asunto. Resuelto a recuperar la hegemonía en la Mar Océana, envió a Jorge Juan a Inglaterra al frente de un grupo de colaboradores con el objetivo de capturar la información necesaria que permitiera relanzar el diseño y capacidad de la marina española. Al igual

que ocurriera con Quevedo, la fama de Jorge Juan le precedió, siendo recibido como el gran científico que era, llegando a ser admitido en la Royal Society. En el año escaso que allí pasó, logró entrar en contacto con algunos de los mejores ingenieros ingleses, llevándose hasta cincuenta técnicos navales a España en el momento de su atropellada salida, a finales de 1750. Es de suponer que dejara, como Quevedo en Venecia, un mal recuerdo de su estancia, a pesar de los grandes logros científicos asociados al devenir del humanista alicantino. En cualquier caso, es digna de mención la correspondencia cifrada numéricamente emitida entre Zenón de Somodevilla y Jorge Juan, consultables en el Archivo General de Simancas. Sin embargo, a diferencia de Quevedo, la actividad de Jorge Juan no fue ocasional, sino que hemos de entender que un hombre de su disposición profesional, viajero incansable, y varias veces embajador en plazas complicadas como Marruecos, hubo de mantener el espionaje como una de sus actividades primordiales, justificadoras del interés del poder político permanente en sus empresas. De otro modo sería difícil de entender que los monarcas españoles del siglo XVIII, incluido Carlos III, tuvieran ese permanente apasionamiento por los avances geográficos logrados por las cuitas de Jorge Juan y su adlátere, Juan de Ulloa.



Jorge Juan y Santacilia, dibujo de Eulogia Merle.

Espías al mando

En lo que se refiere a los *spymaster*, oficiales mayores del espionaje, el perfil también varió en función del territorio. Ya en la Edad Moderna, el más famoso de los ingleses fue Francis Walsingham. Como tantos otros espías pasados, presentes y futuros, Walsingham había estudiado en la Universidad de Cambridge, iniciando la tendencia —como ya había empezado a ocurrir en la administración de los Reyes Católicos— de asociar los altos cargos del Estado a egresados universitarios bien posicionados socialmente. El caso de Walsingham siguió el de muchos otros espías ingleses y no ingleses. Protestante ortodoxo, vivió el exilio durante el reinado de María Tudor

escondiéndose en círculos protestantes de Suiza, norte de Italia y la Francia hugonote, donde radicalizó su posición política en base religiosa, condición fundamental para liderar una estructura de espionaje e inteligencia con mano de hierro. Su convicción en la lucha contra los católicos fue, su secreto en la constitución de numerosas redes establecidas en el corazón del Imperio español, de la Francia católica del siglo XVI o la Italia de los venecianos y el Papado.



Francis Walshingam. Anónimo. Hacia 1587.

En el caso español, podemos decir a ciencia cierta que, durante el reinado de los Austrias Mayores, esto es, entre 1516 y 1598, los *spymaster* de la Monarquía Hispánica fueron Carlos I y, sobre todo, Felipe II. La estructura de poder construida por Felipe II e iniciada durante el reinado de los Reyes Católicos establecía un modelo coronado por el monarca. Como decisor último de la estructura administrativa, el rey de España debía conocer hasta el último detalle susceptible de ser tenido en cuenta a la hora de tomar una decisión política. Obviamente, los más cercanos jerárquicamente tenían

acceso parcial o total, vayan ustedes a saber, a la idiosincrasia de la estructura de espionaje española. En ese sentido, personajes como Juan de Coloma o Miguel Pérez de Almazán empezaron a ocupar estos relevantes puestos durante el gobierno de los Reyes Católicos. De perfil católico incuestionable, la mayoría de estos secretarios cumplían con la característica de ser grandes maestres o caballeros de alguna orden militar, ya fuera Calatrava o Santiago.

Con la llegada de Carlos I al trono usurpado a su madre —la reina doña Juana— la ampliación del territorio, el acceso al Sacro Imperio Romano Germánico, la complicación extrema de las relaciones internacionales, la lucha por la hegemonía en Europa, la crisis irresoluble de las guerras de Religión o las tensiones provocadas por la imperfecta estructura de la administración territorial, obligó a institucionalizar la Secretaría del Consejo de Estado y el proceso de despacho; esto es, la toma de decisiones y gestión de la información recibida por el monarca. Con Carlos I los secretarios del Consejo de Estado empezaron siendo extranjeros o, mejor dicho, no peninsulares. Los primeros en ocupar el puesto fueron el vizconde de Lombeck, Juan Hannart y el barón de Bouclans, Jean Lallemand, nobles borgoñones asociados a la crianza del rey en tierras flamencas, ambos enfrentados a un crepuscular cardenal Cisneros. Las trifulcas sociales a que tuvo que hacer frente Carlos I en esos primeros años, primero en Castilla con la rebelión de las Comunidades (último estertor de las ciudades medievales en lucha por preservar sus privilegios ancestrales) y más tarde en Valencia con los disturbios de carácter social provocados por el uso subvertido de las Germanías, le inclinaron a ocupar el puesto de secretario del Consejo de Estado con personas originarias de la península ibérica.

El primero de todos ellos fue Francisco de los Cobos, quien había accedido al despacho de Isabel I de Castilla por invitación de su tío, Diego Vela y Viedma. Caballero de la Orden de Santiago y otros muchos empleos en lista interminable, se convirtió en adlátere diario del emperador en sus largas ausencias de España, por lo que hubo de nombrar algún que otro sustituto para cumplir con sus obligaciones en la patria, función que ocuparon Gonzalo Pérez y, sobre todo, Juan Vázquez de Molina.



Gonzalo Pérez.

Felipe II, nada más acceder al poder tras la abdicación de su padre en 1556, reformó estos puestos administrativos y políticos de gran importancia en la toma de decisiones, desdoblando la Secretaría del Consejo de Estado en dos: un secretariado más centrado en la política interior, a cargo de Juan Vázquez de Molina, y otra secretaría centrada en la política exterior, dirigida por Gonzalo Pérez. Fallecidos ambos en los primeros años del reinado de Felipe II, fueron remplazados por Francisco de Eraso, el primero, y por el archiconocido Antonio Pérez, el segundo. Este aragonés de tercera generación, educado en las universidades españolas de Salamanca y Alcalá de Henares, sí cumplía con el perfil canónico en aquellos años del spymaster inglés, al estilo de Francis Walsingham. Bien metido en la corte desde la juventud por su padre y conocedor de la alta política de la Monarquía Hispánica, pudo desarrollar una carrera política que le llevó a convertirse en uno de los hombres más poderosos de la gran potencia mundial que era en

aquel momento España. Llegó a alcanzar la Secretaría de Cámara y la Secretaría del Consejo de Estado e intentó hacerse con el control de los asuntos italianos, para cuyo desarrollo había nombrado el rey a Gabriel de Zayas. Obviamente, la ambición de Antonio Pérez fue la de capitalizar todos los asuntos internacionales del Consejo de Estado, como hacía el citado Walsingham, ocupando un puesto de privilegio exclusivo e inédito en la España del siglo XVI. Desgraciadamente para él, el rey Felipe II no conocía ni aceptaba mayor concentración de poder que la suya propia, desarrollando, en consecuencia, el llamado gobierno polisinodial, capitalizado por su propia persona. El exceso de ambición le desgastó de forma evidente e hizo inalcanzable aquella posición. Las malas lenguas dicen que, en la carrera por lograr esa posición anhelada, trató de enfrentar al monarca con su hermano bastardo, don Juan de Austria, a resultas de la cual decidió acabar con su secretario, Juan de Escobedo, implicando al rey en la decisión. Craso error. Descubierto el escándalo, Antonio Pérez quedó al descubierto y, desamparado por Felipe II, cayó en desgracia. Su huida de España y la persecución a la que le sometió su anterior protector sigue siendo hoy día legendaria y provocó la creación de una red de espionaje e inteligencia específica en Francia, encabezada por el navarro Sebastián de Arbizu.

Este fracaso provocado por el exceso de ambición de un hombre comprometido básicamente con el ejercicio del poder y la constitución de redes clientelares aristocráticas, hizo que Felipe II basculara hacia un modelo mucho más fiable y cercano al empleado por sus antagonistas europeos. Así, tras la caída de Antonio Pérez, fue nombrado secretario del Consejo de Italia el cardenal Antoine Perrenot de Granvela, y el cardenal Diego de Espinosa pasó a ser secretario del Consejo de Estado y presidente del Consejo de Castilla. Si bien este último reformó por completo el Consejo de Estado para fortalecer la posición de los burócratas formados en las universidades frente a la nobleza aristocrática, fue el primero, el cardenal Granvela, quien actuó como auténtico spymaster, implementando las redes de espionaje y fortaleciendo las cifras y métodos de encriptación de la correspondencia secreta del rey. Mas el deterioro físico de Felipe II, evidente desde 1588, le hizo delegar parte de sus responsabilidades en una junta que tenía acceso a la mayoría de las inteligencias secretas, como habrían de llamarse años más tarde. Emergiendo en esa junta accidental, la figura del sumiller de Corps, Cristóbal de Moura, que tenía el privilegio de ser la primera y la última persona en ver al rey, empezó a configurar la imagen de lo que, poco después, serían los privados del rey, más conocidos como validos.



Los hijos de Antonio Pérez ante Rodrigo Vázquez de Arcede. José Bermudo Mateos. 1892.

En efecto, ya durante el reinado de Felipe III, el sistema jerárquico y burocratizado de Felipe II empezó a tornarse intervenido por las figuras de los validos, nobles aristocráticos que suplantaban al rey en la toma de decisiones y la gestión del conocimiento. Dado que eran ellos directamente quienes tomaban partido en las políticas personalizándolo todo, también fueron ellos quienes crearon la figura del spymaster español. En concreto, el primero de todos ellos fue Juan Velázquez de Velasco. Al igual que con todo en aquella monarquía litúrgica, el oficio del espía al mando español recibiría un nombre más que rimbombante: espía mayor de la Corte y superintendente de las Inteligencias Secretas.

Al mando de una red global de espionaje, el superintendente recibía la información de sus espías en formato de avisos que, una vez analizados, dentro de lo posible, contrastados con fuentes complementarias, eran

asimilados al informe que el espía mayor enviaba directamente al rey o, en el mejor de los casos, al valido del mismo.

En lo que se refiere a Francia, al igual que en el caso inglés, la estructura de espionaje, más que responder a un modelo burocratizado como el español, respondía a la personalización de los recursos de información. Si en Inglaterra la red estaba capitalizada por personajes de gran influencia política como Francis Walsingham, en Francia no apareció un gran spymaster de ese nivel hasta el siglo XVII con la irrupción del cardenal Richelieu. Hasta ese momento, como ocurriera en Inglaterra, la información secreta fluía a través de la red de embajadores permanentes ideada siglos atrás por la República de Venecia.

Durante los primeros años del siglo XVI, la monarquía autoritaria francesa sucumbió ante el personalismo de su monarca, Francisco I. Del mismo modo que en España, la red de información empezaba y terminaba con el rey. Aun así, el carácter autoritario y personalista de la monarquía francesa cuadra más con el modelo que se desarrollaría posteriormente en España, tras el fallecimiento de Felipe II. Dicho de otra manera, el rey francés, señor de todos los poderes y en camino hacia el absolutismo del siglo XVII, delegaba determinadas competencias en sus favoritos, más que en los validos. Entre los primeros que podemos reseñar, Guillaume Gouffier, señor de Bonnivent, caído trágicamente en la batalla de Pavía mientras buscaba deliberadamente la muerte, a decir de algunos. Otro de los privados encargados de diferentes redes de información fue Anne de Montmorency. Sin llegar a ser un *spymaster*, tras la muerte de Bonnivent ocupó un papel relevante en la diplomacia francesa, considerándose el Tratado de Madrid de 1526 un verdadero triunfo suyo y reportándole reconocimientos como ser nombrado condestable de Francia. Sin embargo, se le debe considerar más bien como un político relevante que como un creador o gestor de alguna estructura de inteligencia reseñadle. Su afán por caer prisionero en cárceles enemigas no le hizo un buen candidato para dirigir el espionaje francés. Dado que fue preso en Pavía y San Quintín, más bien habría sido candidato para agente doble que otra cosa.



Anne de Montmorency, pintura de Corneille de Lyon. Hacia 1533-1536.

Y, a pesar de los muchos chismorreos que reyes tan dados a los escarceos amorosos como Francisco I y Enrique II soportaban acerca de las capacidades políticas de Margarita de Angulema o Diana de Poitiers o la influencia de Luisa de Saboya, madre de Francisco I, el verdadero spymaster en Francia era

el secretario de Estado en Asuntos Extranjeros, miembro del reducido *Conseil d'en Haut*. Este Alto Consejo francés estaba constituido, además de por el citado secretario de Estado, por el rey, el Delfín, heredero al trono, el Canciller de Francia y el controlador general de las Finanzas. Mas, aunque el primer secretario de Estado en Asuntos Extranjeros fue Louis de Revol, con acceso al cargo en 1589, los anteriormente citados, Bonnivent y Montmorency, cumplieron con las mismas responsabilidades. Sin embargo, si se ha de citar un espía francés al mando como ejemplo o canon para el modelo de Francia, sin discusión, habremos de nombrar a Armand Jean du Plessis, cardenal-duque de Richelieu.



Armand Jean du Plessis, cardenal-duque de Richelieu en la Rochelle, cuadro de Henri-Paul Motte. 1881.

Hábil como ninguno en el ascenso al poder, Richelieu supo moverse por el increíblemente proceloso mar de la política francesa de principios del siglo XVII. Con una monarquía en ascenso al calor de la decadencia en ciernes española, Richelieu logró acceder al poder de la mano del favorito de Luis XIII, Concino Concini. Caído este en desgracia poco después y encumbrado como cardenal en 1622, logró ser nombrado primer ministro en 1622. Siempre acompañado por su adlátere, la eminencia gris, el fraile capuchino François Leclerc du Tremblay, capitalizó el poder en Francia, oponiéndose a la España de Felipe IV y, sobre todo, al proyecto de política hegemónica de Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde-duque de Olivares. Al igual que tratara de hacer este en el Imperio español, Richelieu centralizó el poder político francés en su persona, sometiendo la voluntad política del rey al modo de los validos españoles y supeditando la política regional y local a la nacional, de modo que la competencia por los recursos en Europa fuera el mayor de los objetivos del reino y la derrota de los intereses españoles una de las fijaciones nacionales. Por ello, el espionaje, las estructuras de inteligencia y la captación de información privilegiada, se convirtieron en una necesidad básica para este prototipo de político. Para muchos investigadores, fue Richelieu el padre de los servicios secretos. Además de la defensa de los intereses internacionales, desarrolló el cardenal una estructura interior y exterior, esto es, inteligencia y contrainteligencia, que permitiera mantener informado en todos los planos posibles al político, de modo que tomara las mejores decisiones posibles, censurara la opinión pública, se anticipara a la actividad infiltrada de otros poderes y, en resumidas cuentas, diera la posibilidad a Francia de acceder a la hegemonía europea.

Además, su preeminencia política sumada a la religiosa, como cabeza del clero francés, dotaban a Richelieu de una capacidad de captación de información de la que no gozó nunca valido español alguno, siempre acotado su poder por la jerarquía eclesiástica y con la Inquisición expectante. No resulta nada extraño, por consiguiente, el éxito francés en la guerra de los Treinta Años, baza capital en la decadencia española, y el establecimiento de un modelo político que habría de continuar más allá de la muerte del cardenal Richelieu en 1642. Y, a pesar de la impopularidad que sufrió durante los últimos años de su vida, el modelo se perpetuó en la figura de su recomendado sucesor, el cardenal Juan Mazzarin, más conocido como Mazzarino, y acabó siendo asumido por el joven rey protegido, Luis XIV,

quien, como ya hiciera Felipe II en el siglo XVI, capitalizó la estructura de poder, incluidas las estructuras de espionaje e inteligencia.

A diferencia de estos dos cardenales y Luis XIV, John Thurloe fue un *spymaster* opuesto. Quizás porque alcanzó la cima de la estructura de espionaje e inteligencia inglesa tras una supuesta revolución; quizás porque el líder de aquella Inglaterra había desafiado a las monarquías europeas y al sistema establecido ejecutando a Carlos I como traidor a los intereses del reino; quizás porque, en lo que se refiere a las estructuras de espionaje e inteligencia, ingleses y venecianos fueron siempre por delante del resto de Europa; el caso es que John Thurloe fue un spymaster digno de reseñar.

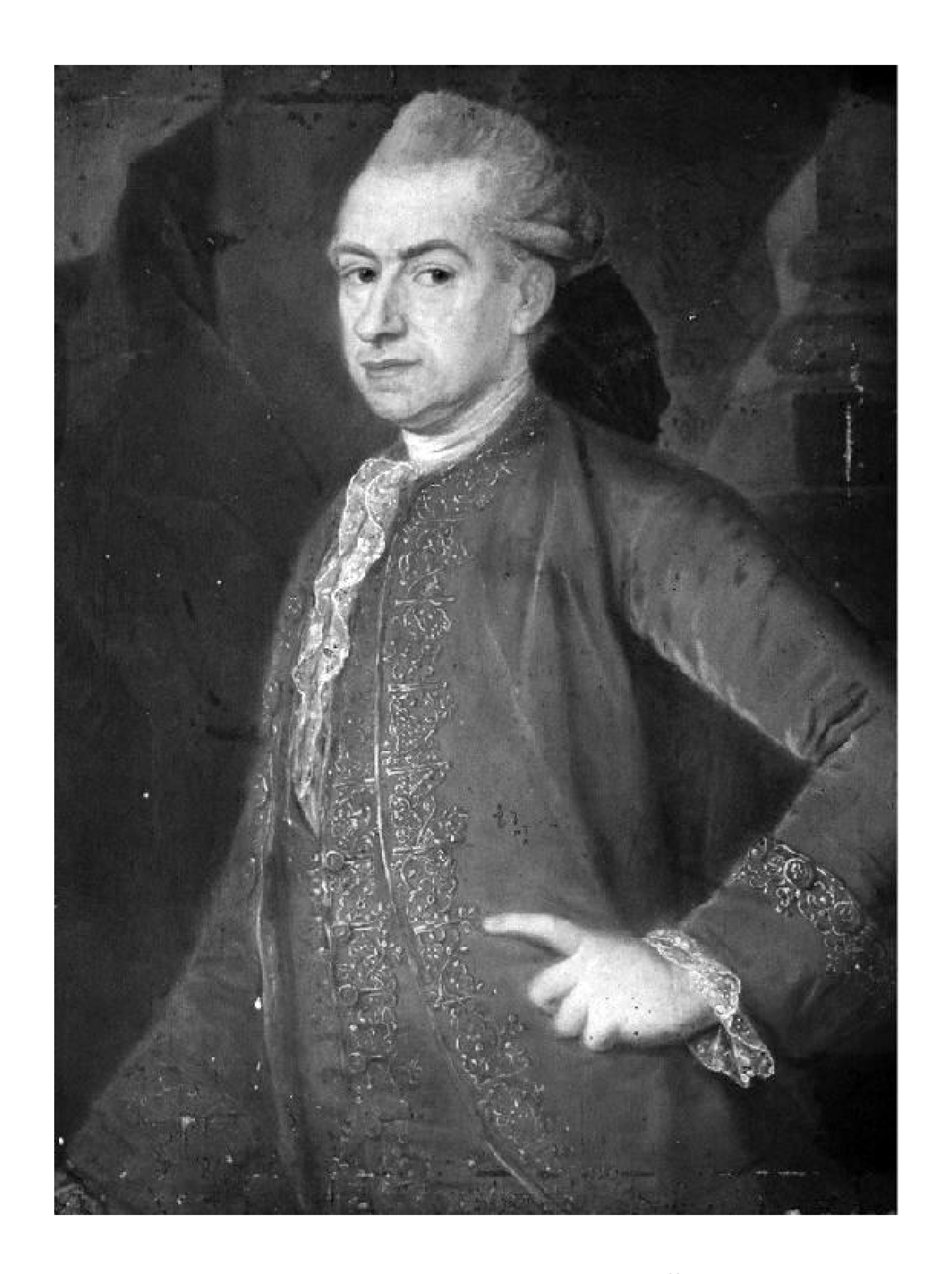
Burócrata hábil y silencioso durante el reinado de Carlos I, accedió al puesto durante el gobierno de Oliver Cromwell en 1653, seguramente por sus novedosos métodos. Además de explotar redes de conocimiento interiores y exteriores, como ya habían hecho Richelieu y Mazzarino, se rodeó de científicos de primer orden, como los matemáticos John Wallis y Samuel Morland, así como agentes de prestigio en territorios amigos y enemigos. En el caso de los matemáticos, los utilizó para desarrollar cifrados de texto imposibles de romper y para establecer una oficina criptológica en Londres que le permitiera, a su vez, romper los códigos encriptados ajenos. Para ello, consiguió ser nombrado *General Postmaster*, es decir, superintendente de Correos, lo que le permitía acceder al medio de comunicación básico de aquella época. Interceptando el correo y descifrándolo con la ayuda de la oficina de John Wallis, logró Thurloe desentrañar varias conspiraciones para asesinar a Cronwell y destruir la estructura realista conocida como Nudo Sellado o *Sealed Knot* que tenía como objetivo un alzamiento general contra el protectorado liderado por Oliver Cromwell y sus *roundheads*.



John Thurloe, de Claude-Marie Dubufe. Mediados del XIX.

En España, ya en el siglo XVIII, la transformación política que conllevó la llegada de los Borbón al trono también afectó a las estructuras de espionaje e inteligencia y, en consecuencia, a los spymaster españoles. Del mismo modo que se trató de desburocratizar la administración normalizándola con los decretos de Nueva Planta, la jerarquización de la misma con la aparición de provincias, capitanías generales e intendencias constituyó a la propia administración en sí como una red interior de inteligencia, esto es, de

captación de conocimiento. En ese sentido, personajes como José del Campillo, secretario de Estado de Hacienda, Guerra, Marina e Indias, hubieron de estar al tanto de este flujo de conocimiento. Sin embargo, fue el citado Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, quien tiró de redes de espionaje e inteligencia radicadas en el exterior para competir con los ingleses en el control del flujo comercial a través del mar. Dispuso de agentes como el ya referido Jorge Juan y puso en un brete a la armada inglesa. Por ello, la estructura inglesa desarrolló una campaña de intoxicación en territorio español, liderada por el embajador inglés Benjamín Keene, que acabó por desprestigiar al marqués de la Ensenada hasta tal punto que fue cesado en su cargo. Claro que nunca sabremos si el embajador inglés achuchó a Zenón con sus *fake news* para dinamitar el desarrollo de la armada española o para poner a España de su parte en los momentos finales de la guerra de los Siete Años (1754-1763).

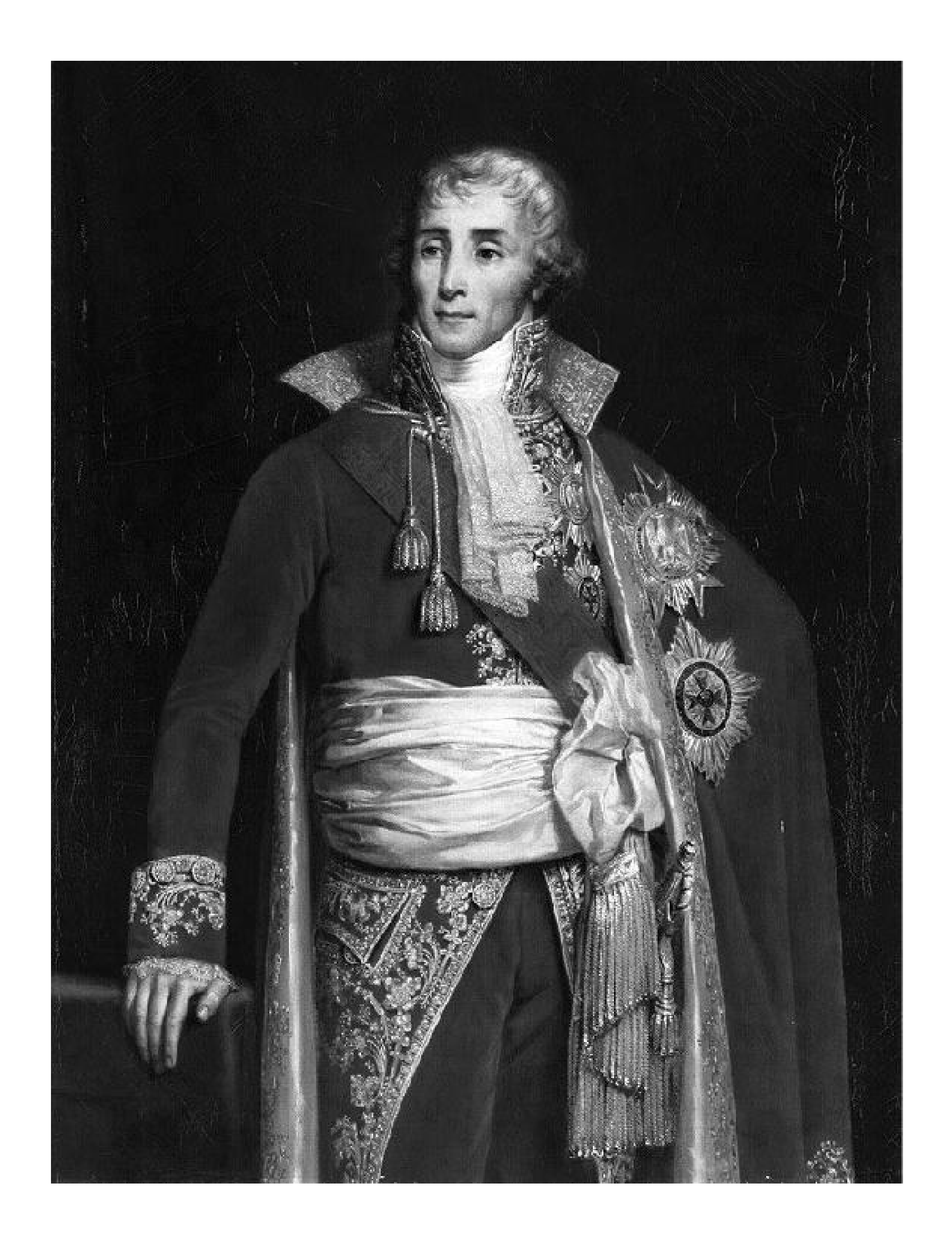


Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada. Pierre Jouffroy. Hacia 1770.

No obstante, no sería hasta finales del siglo XVIII que la figura del spymaster sufriera una evidente transformación. Con el estallido de la Revolución francesa en 1789, la tradicional imagen centrada en la captación de información en el exterior reforzada con redes interiores de menor intensidad, cuyos máximos exponentes fueron el duque Richelieu y el cardenal Mazzarino, se tornó totalmente opuesta. Decidido a controlar los avatares interiores, a apechugar con la inestabilidad máxima del sistema y, principalmente, a sobrevivir a cuantos avatares sobrevinieran en un régimen cambiante en busca de un modelo asumible, el *spymaster* se convirtió en el personaje que hoy todos conocemos: aquel que lo sabe todo de todos. Dicho de otra manera, el oficial mayor, superintendente de los espías, líder del entramado de redes captadoras de información, pasó a estar al servicio propio sobre todas las cosas, en lugar de proteger la institución que lo soportaba. De Juan Velázquez de Velasco pasamos a Joseph Fouché, haciendo una parada en los cardenales citados. Fue este Joseph Fouché el verdadero cambio en la imagen del oficial al frente de las estructuras de espionaje e inteligencia, constituyendo un nuevo paradigma. De hecho, Fouché fue más un político que un estratega, consejero o director y organizador de este tipo de estructuras. En un entorno tan volátil como la política revolucionaria de finales del XVIII y principios del XIX, Fouché optó por crear redes de conocimiento interior que, sobre todas las cosas, garantizasen su seguridad personal, la posición lograda en el círculo más elevado de la política francesa y la de sus allegados más íntimos. Bueno, realmente, de aquellos últimos, siempre que le fueran útiles.

Y es que Joseph Fouché representa a las mil maravillas al superviviente político por excelencia. Activo participante del proceso revolucionario iniciado en 1789, fue uno de los integrantes del *Comité de Salut Public* fundado por Danton y Robespierre, plenipotenciario durante los años de la Convención Nacional. Fervoroso defensor de la limpieza social, Fouché se alineó con los extremistas liderados por Maximilien Robespierre que abocaron a los franceses a los años del Terror. En el caso de Fouché, como Ministro de la Policía, lo que hoy vendría a ser un Ministro del Interior, extendió una gigantesca red de información en las provincias, de modo que pudiera controlar todo lo que ocurría en aquella Francia aterrorizada. Como mucho después hiciera John Edgar Hoover con su FBI en los Estados Unidos de la paranoia anticomunista, supo entender el poder político de la información como garantía para sobrevivir a todo lo que el futuro le planteara.

Y así fue.



Joseph Fouché, de Claude-Marie Dubufe. Principios del XIX.

A pesar de haber sido uno de los firmantes de la condena a muerte del rey de Francia, Luis XVI, y de haber extendido la política del Terror por los departamentos franceses, con especial crueldad en Lyon, Joseph Fouché sobrevivió a los monárquicos y jacobinos; al Comité de Salvación Pública y a Robespierre; a las ansias de poder de Napoleón Bonaparte y sus golpes de Estado, guerras y encarcelamientos. Sobrevivió a todo lo ocurrido en Francia desde 1789 hasta 1820 y ya es decir. Morir de viejo habiendo participado en todas las eventualidades políticas de aquella Francia convulsa fue de un mérito inconcebible. La respuesta al asombro que provoca su vida no es otra que la gestión del secreto y el control de la información constante. No cabe duda de que Joseph Fouché fue el creador de la inteligencia contemporánea, dando mucha más importancia a la contrainteligencia que a la inteligencia propiamente dicha. El apelativo de Genio Tenebroso que le otorgó su biógrafo, Stefan Zweig, alude, sin discusión, al control del poder en la sombra detentado por Fouché durante toda su vida, dándole el éxito en la mayoría de las batallas que disputó. Y eso que hubo de sobrellevar una némesis toda la vida en Charles Maurice de Talleyrand, diplomático por excelencia e imagen del nuevo Estado francés. Si bien se opuso siempre al oscurantismo de Fouché y ha pasado a la posteridad como el camaleón de la política francesa, no cabe duda de que fue Fouché el progenitor de las estructuras de espionaje e inteligencia actuales.

Y, como maestro de *spymasters*, Fouché dio paso a un elenco de personajes, algunos siniestros, otros brillantes, todos ellos de lo más atractivos y definitorios del cambio de tendencia en este negocio: de saber lo que hace el enemigo en todo momento a saber lo que ocurre en mi casa lo primero y, desde allí, enterarme de lo que hace el enemigo en todo momento. Esta conversión de la inteligencia en el factor político determinante en lugar de esencialmente estratégico dio lugar a espías mayores como Whilhem Stieber, quien, a las órdenes —o, más bien, al servicio de Otto Von Bismarck— ejerció de spymaster basándose en el control de la *Feldgendarmerie*, esto es, la policía militar, generadora de las redes interiores de información o, como vengo diciendo, de contrainteligencia y represión interior al más puro estilo de Fouché. El control de la información acerca de todo lo que ocurría en su propio territorio hacía inútiles los esfuerzos enemigos e impedía acciones de intoxicación como las llevadas a cabo, por recordar un ejemplo, contra Zenón de Somodevilla en la España del siglo XVIII por la red de espionaje inglesa. Gracias a la censura y el control absoluto de la información interior, Stieber

pudo minimizar, cuando menos, la acción de los grupos subversivos más peligrosos de la Prusia en expansión europea.



Almirante Whilhem Franz Canaris.

Así, envió un grupo de acción clandestina para penetrar en casa de Karl Marx, en Londres, y hacerse con el listado, en el caso de que existiera, de los comunistas alemanes y prusianos. Y en el caso de Marx, como dice el viejo adagio de Murphy de si algo puede salir mal, saldrá, si ya era estúpido escribir una lista con los nombres de los integrantes de las redes socialistas proscritas, más parece serlo el guardarla en la casa del inspirador ideológico de todo aquello. Los agentes de Stieber, obviamente, se hicieron con la lista, permitiéndole desbaratar la estructura clandestina socialista prusiana encausada en 1852, lo que venía a demostrar la eficacia y valía de las estructuras basadas en la contrainteligencia ideadas por Fouché. Al igual que hiciera este, Stieber usó su posición en la Policía para reclutar cuántos agentes fueran necesarios, especialmente de aquellos que solemos llamar invisibles: rateros, trapicheros, prostitutas y demás habitantes de los llamados bajos fondos de la sociedad. Sus constantes detenciones, salidas y entradas de las prisiones, les convertían en agentes más que valiosos. Así pudo Stieber conseguir que le devolvieran al káiser Frederik Willliam IV los cinco mil táleros de plata que le había estafado el trilero griego Constantine Simonides.

Esta tendencia iniciada por Fouché y apuntalada por Stieber hubo de esperar casi medio siglo para experimentar un nuevo cambio de paradigma. No sería hasta la eclosión del nazismo que un nuevo *spymaster* evolucionara la figura del espía al mando. Obviamente me estoy refiriendo al gran Wilhem Franz Canaris, jefe de la estructura de inteligencia y espionaje alemana durante el gobierno de Adolf Hitler. Veterano de la Primera Guerra Mundial e iniciado entonces en el espionaje y el contraespionaje, este políglota de múltiples recursos llegó a la cima del sistema de inteligencia alemán en 1935, tras más de dos décadas de servicio. Experimentado espía y hábil agente en campo enemigo, Canaris desarrolló una importante relación con España, donde ya actuó como agente de contraespionaje desde 1916 gracias a su dominio del español, que habría de llevarle a capitalizar las acciones clandestinas alemanas en la península ibérica durante la guerra civil española. Como buena continuación de Fouché o Stieber, supo manejarse en diferentes entornos políticos y sobrevivir al advenimiento del nazismo. Entre las habilidades incuestionables de Canaris estaba su indefinición, idéntico en ello a Fouché, lo que le convertía en un convencido nazi a ojos del partido, patriota alemán para otros y conspirador contra Hitler para los restantes. Sin embargo, su maestría en la gestión del espionaje alemán se comprende al visionar la estructura de inteligencia y espionaje que presidió. Totalmente especializada

y descentralizada en los objetivos, la *Abwehr* fue la primera gran estructura integral de gestión y captura de información, predecesora del KGB, GRU o CIA, demostrando que, como diría Carlos Ruíz Miguel muchos años más tarde, los mejores espías y las mejores estructuras de inteligencia se conciben en sistemas no democráticos.

A pesar de lo cuasi perfecto de la estructura de Canaris, el pequeño almirante no tuvo la suerte de Fouché o Stieber, al no sobrevivir al régimen nazi. En su defensa habría que recordar que la *Abwehr* no era la única estructura de contrainteligencia en aquella Alemania enloquecida. Las SS de Heinrich Himmler también desarrollaron su propia estructura de contrainteligencia, por lo que conspiraciones como la Operación Valkiria no consiguieron llegar a buen término y el almirante Canaris acabó siendo ahorcado en Flossenbürg, tras ver cómo la *Abwehr* había sido desmontada tras ser penetrada por la Gestapo y las SS de Himmler.

Este último, Heinrich Himmler, si bien no ha sido considerado historiográficamente como un spymaster, no cabe duda de que da el tipo a la perfección. *Reichsführer-SS* y con el control de la Gestapo desde 1936, basó su preeminencia durante el régimen nazi en la gestión del conocimiento secreto y privilegiado. Fue su estructura de contrainteligencia la que penetró la *Abwehr* y acabó con Wilhem Canaris, colocándose en una situación de cuota de poder en la Alemania del nacionalsocialismo solo superada por Adolf Hitler. Ese control del conocimiento generado por las redes de contrainteligencia que dominaba le hizo llegar a la conclusión del seguro colapso del sistema nazi, causa por la que intentó sobrevivir como si se tratase del mismísimo Fouché. Para su desgracia, al igual que Canaris, no pudo escapar al destino de los grandes oficiales de aquella terrible locura y acabó por suicidarse en el centro de detenciones de Luneburgo, mientras estaba siendo interrogado por un oficial del Ejército británico.

En competencia con ellos, con Canaris y Himmler, rusos, americanos e ingleses también tuvieron al mando espías de reconocido prestigio e influencia. En el caso de la Unión Soviética, la evolución de sus estructuras de espionaje e inteligencia y diferentes subdivisiones en organizaciones de espionaje y contraespionaje político, militar, exterior e interior, ofrecen un corolario interminable de spymasters. No obstante, cabe destacar, sobre todos ellos, en primer lugar a Yagoda, Yezhov y Beria, primeros directores de la NKVD. Dado que fue más una estructura represiva, de contrainteligencia y

control de interior, siguiendo el modelo de las estructuras de Fouché, estos tres paisanos son recordados más como represores y protagonistas principales de las brutales limpiezas llevadas a cabo por Stalin en los últimos años de su vida que por haber sido spymasters en toda regla. Y eso que el final que todos tuvieron no ayuda mucho, la verdad.

El primero de ellos, Guènrij Grigòrievich Yagoda, artífice del primer juicio de Moscú, de la ejecución de, por poner un ejemplo, Kámenev y Zinóviev, del traslado de miles de disidentes a las obras del mar Báltico y, en definitiva, del inicio de la gran purga de Stalin, acabó siendo acusado de traición y moriría ejecutado en Moscú en marzo de 1938, mientras su sucesor, Nikolái Yezhov, viendo las barbas del vecino cortar, no ponía las suyas en adobo. En efecto, represor infatigable de las disidencias políticas en la Rusia de Stalin, especialmente del trotskismo, terminó siendo devorado por el monstruo que había ayudado a crear y murió fusilado en 1940 dejando tras de sí, a decir de los historiadores especializados en el tema, cientos de miles de ejecutados y millones de deportados esclavizados. El último de la terna, Lavrenti Beria, fue el último de los grandes spymasters del NKVD. De gran presencia institucional, Beria alcanzó una figura política mucho más reconocida, a pesar de no ser el instructor de las fases más duras de la gran purga. Asociado al final de la Segunda Guerra Mundial y al Periodo de Entreguerras, Beria sí actuó como oficial de la red principal de contraespionaje interior y exterior más que como un matarife director de una limpieza social, papel claramente cumplido por sus antecesores. Sin embargo, tras la muerte de Stalin, acabó por ser condenado y ejecutado por Nikita Jrushchov y sus adláteres, deseosos de erradicar ante sus socios y, sobre todo, sus enemigos, cualquier atisbo de estalinismo en la URSS post-Stalin.



Lavrenti Beria con la familia Stalin.

Las sucesivas escisiones de la NKVD devinieron en la archiconocida KGB, siendo el primero de sus directores Iván Serov. Militar por encima de todas las cosas, aunque fue partícipe en el proceso de limpieza final encabezado por Beria, este *spymaster* dotó al KGB de una estructura claramente militar por encima de la esencia política y policial que había marcado la evolución de la NKVD. Superviviente de las purgas que siguieron al fallecimiento de Stalin, llegó a ser director de la estructura de inteligencia militar, el GRU, integrando la estructura política y militar bajo un mismo mando, aunque fuera durante un instante de 1958. Sin embargo, en 1964 cesó en los cargos más que probablemente por la deserción o, mejor dicho, la captación por parte de la estructura estadounidense de uno de sus protegidos, Oleg Penkovski.

En Estados Unidos, los spymaster se han sucedido de un modo no tan expeditivo como en la Unión Soviética. Lo cierto es que hubiera sido un poco raro eso de ir fusilando al director saliente con la aquiescencia del entrante.

Aun así, resulta difícil borrar completamente el carácter siniestro que la gestión del secreto otorga a quien dirige la estructura. No tienen más que pensar en John Edgar Hoover, primer director del FBI, que, aunque muchos lo vean como una institución policial de nivel federal, no deja de ser la evolución de la red de inteligencia interior ideada por Fouché y establecida anteriormente por Richelieu y Mazzarino. Del poder y el miedo que generaba la posibilidad de que hiciera uso del conocimiento atesorado por aquella estructura, vale como muestra el hecho de que no cumpliera mandatos legislativos en el puesto, sino que dirigió durante 48 años la organización, cesando tan solo a causa del ataque al corazón que le provocó la muerte en 1972.

Para desgracia de Hoover, recordado más como un factor político que como el principal oficial de la red de inteligencia interior, el honor de ser considerado primer gran spymaster de la historia reciente de Estados Unidos recae sobre el general William Joseph Donovan, quien creó la *Office of Strategic Services* (OSS) hacia 1940 por encargo del presidente Roosevelt. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial y evolucionar la estructura hacia la Agencia Central de Inteligencia (CIA) el puesto de oficial principal de inteligencia acabó recayendo sobre un civil del mismo modo que la Agencia tendía a constituirse como una realidad más allá de la estructura militar. En 1953 llegaba al puesto Allen Welsh Dulles, nombrado por el presidente Truman y que iniciaba la lista de directores no militares de la CIA. Antes de Dulles habían estado en el cargo cuatro directores procedentes del Ejército. El evidente cambio de paradigma, la globalización de la estructura de espionaje e inteligencia, transformó aquella esfera de conocimiento secreto en un factor político esencial mucho más que estratégico o táctico. En lo que se refiere a Dulles, la esencia política de su profesión quedó patente al formar, una vez que dimitió, parte de la llamada Comisión Warren encargada de esclarecer el asesinato del presidente Kennedy. Era obvio que si la CIA, perdón, el exdirector Dulles aseguraba que solo un hombre había realizado aquellos disparos en Dallas, no habría más que hablar.

Lo cierto es que Earl Warren debería haber convocado a la comisión de investigación a James Jesus Angleton Moreno, director adjunto de la CIA y director de la red de Contrainteligencia. A buen seguro el dictamen de la comisión habría sido otro. Claro que el bueno de James, de haber declarado en aquella comisión, no habría estado en el cargo hasta 1975. Como en el caso de Hoover, se hace muy complicado explicar el porqué de tamaña

persistencia en el cargo. Evidentemente, asociar ambos a la incombustibilidad del que conoce los secretos del sistema, a Fouché, resulta ciertamente sencillo.



La Comisión Warren entrega el resultado de su investigación al presidente Lyndon B. Johnson.

Los ingleses, por lo que les concierne, siguieron en el modelo ancestral de tener un spymaster de lo más discreto y políticamente apegado al sistema, al establishment, que dirían ellos. En esa línea, las estructuras de inteligencia exteriores e interiores, desligadas en SIS o MI6 (inteligencia exterior) y MI5 (inteligencia interior), han tenido diferentes y desconocidos espías al mando durante los últimos cien años. Y en esa discreción y secretismo categórico inherente al cargo colaboró más que ninguno Mansfield George Smith-Cumming, primer director del SIS o MI6. No se sabe si por lo complicado de su nombre, lo secreto de su posición o la necesidad de proteger al máximo la identidad de su cargo, empezó a firmar la inteligencia que emitía a las diferentes estancias decisoras con una ce en color verde, siendo desde

entonces la clave que identifica al spymaster inglés. En lo que se refiere a la red de inteligencia interior, el MI5, tuvo como primer director al general Vernon George Waldegrave Kell. Como no iba a ser menos que Cumming, que además solo era capitán, el general Kell, dueño de otro nombre imposible, empezó también a firmar con una sola letra, la ka. Eso sí, en este caso, en un soso color negro.

Nada que ver con los franceses, que pusieron al mando de su Servicio de Documentación Exterior y Contraespionaje al mayor André Dewavrin. Como sus homónimos ingleses, de procedencia militar y veterano de guerras mundiales y de la resistencia a la invasión nazi, como, al parecer, aseguran todos los franceses que vivieron aquella pesadilla —uno no entiende, la verdad, cómo pudieron los alemanes mantener aquella situación durante más de dos años—, André fue menos discreto en su actividad y, además de no usar iniciales coloreadas que escondieran su identidad, parece que se apropió de fondos públicos con la intención de darles un uso poco público, lo que le llevó a la pérdida de su dignidad, su posición y, especialmente, su libertad, acabando encarcelado en Vincennes durante cuatro meses de 1946.

Por nuestra parte, los españoles hemos optado siempre por el modelo inglés, esto es, que el spymaster sea totalmente desconocido antes, durante y después de cesar en el cargo. Pero, a pesar de haber sido de los primeros en tener un espía al mando en el siglo XVI, el proceso de decadencia afectó no solo a los estamentos sociales, económicos y políticos, en general. Para encontrar un spymaster digno de ser mencionado debemos ir hasta los funestos años de la Guerra Civil. En buena lógica, ambos bandos desarrollaron su propia estructura de espionaje e inteligencia. Por parte de los republicanos, tal honor cayó sobre Ángel Díaz Baza, nombrado director del Servicio de Información Militar (SIM) por el entonces ministro de Defensa Nacional, Indalecio Prieto. El problema de Díaz Baza radicaba en que, a diferencia de todos los espías al mando en tiempos de guerra, no era un militar de carrera, sino, al igual que el ministro, un militante del Partido Socialista. De modo que el spymaster debía demostrar al resto de facciones presentes, en aquel gobierno de idealistas por las nubes, que servía a la República y no al partido. El mando fue recayendo en diversos militantes, como Prudencio Sayagués, hasta ser ocupado por el comandante Manuel Uribarri quien, claramente influenciado por la presencia de Alexander Orlov, acabó por aplicar las técnicas de contrainteligencia y control del interior propias de la NKVD. Anticipándose a los pasos dados por el espía al mando francés años más tarde, parece ser que Uribarri acabó

escapando a Francia con fondos públicos para destinarlos a fines más bien privados.

En una República en retroceso, a partir de 1938, los espías cada vez menos al mando se sucedieron hasta desaparecer con el final de la guerra en abril de 1939. El Departamento de Información Diplomática, sin embargo, no sufrió de tales vaivenes, quizás porque se dedicaba únicamente a recopilar información y generar inteligencia. Activo durante toda la guerra, tuvo entre sus espías al mando al segovianísimo Anselmo Carretero, quien dirigía la oficina de claves.

Por el contrario, los rebeldes liderados por el general Franco instalaron una estructura de espionaje e inteligencia más al uso. Además de concentrar tanto las redes exteriores como las interiores, seguía una estructura militarizada, como no podía ser de otra manera en una dictadura militar. A ver quién era el guapo que trataba de explicarle a la Junta de Burgos la necesidad de un servicio de espionaje en manos civiles. El Servicio de Inteligencia y Policía Militar (SIPM) integró todas las redes de información existentes en el bando sublevado bajo el mando del coronel José Ungría Jiménez, primer spymaster de la España franquista. Uno puede pensar que tal honor debería haber recaído, indiscutiblemente, en el estratega de aquella conspiración y golpe de Estado, Emilio Mola. Desgraciadamente para él, en mayo de 1937 tuvo la mala idea de sufrir un extraño accidente de avión que acabó con su vida; accidente sobre el que volveremos más adelante.

Terminada la guerra, Ungría siguió siendo el espía al mando de aquella nueva vieja España, pero no por mucho tiempo. Del mismo modo que ocurriera en la URSS o en Estados Unidos, las estructuras se subdividieron en infraestructuras interiores y exteriores, las primeras con un claro carácter policial, mientras que las últimas asociadas indefectiblemente al estamento militar. En los años sesenta, debido a la efervescencia social, apareció un nuevo sistema. El miedo al cambio debió obligar al moribundo régimen franquista a dotarse de una nueva estructura de información interior dirigida por José Ignacio San Martín. Este espía a la escucha se encargaba de controlar todo tipo de movimiento estudiantil desde la Organización Contrasubversiva Nacional (OCN) al mismo tiempo que el almirante Luis Carrero Blanco constituía el Servicio Central de Documentación (SECED), apoyado por el Centro de Información y Documentación (CIDOC), constituyéndose como

principal espía al mando del régimen poco antes de que los etarras le hicieran, literalmente, saltar por los aires.



Luis Carrero Blanco con la familia Franco en el barco Azor.

Con la muerte del dictador y de su régimen, la España en transición a la democracia se dotó de una estructura de espionaje e inteligencia más acorde con los tiempos y el modelo político: el Centro Superior de Información de la Defensa (CESID), dirigido en un primer momento por el general José Bourgón López Doriga. Al igual que ocurriera con el SIPM franquista, uno podría pensar que el spymaster más apropiado para el CESID debería haber sido su creador, el general Manuel Gutiérrez Mellado, experto en estas lides del espionaje durante la Guerra Civil. Parece ser que el general pensó que era incompatible en democracia un vicepresidente del Gobierno con control

absoluto de la información e inteligencia generada por las estructuras del Estado. O por no acaparar tantos cargos y mantener el poco crédito que le quedó entre sus compañeros de armas tan afines a lo no democrático.

En cualquier caso, el CESID se mantuvo hasta 2002, momento en que fue sustituido por el Centro Nacional de Inteligencia (CNI), cuyo primer espía al mando fue el general Jorge Dezcallar Manzanedo, lugar que, en el día en que escribo estas líneas, ocupa el general Félix Sanz Roldán, continuando con la tradición española de spymasters uniformados. Será que la experiencia de la historia no hace recomendable que lo pierdan en este santo país.

Espías por todas partes

Es más que evidente, por tanto, que la llegada del siglo XIX, la proliferación de estructuras de espionaje e inteligencia exteriores e interiores, la competencia entre las diferentes naciones y la constante necesidad de información elaborada conllevaron la presencia de espías por todas partes. De todo tipo. Hombres, mujeres, niños e incluso animales. En guerra y en paz. Infiltrados y residentes; transterminantes y trashumantes. Y, sobre todas las cosas, traidores: agentes dobles y triples por todos lados. Que no quedó una estructura de espionaje e inteligencia que se preciara sin ser penetrada y doblada por una o vahas estructuras rivales. Como si de estafadores en Chicago durante la Gran Depresión se tratara, llegó a haber espías hasta en la sopa. Vamos, que cualquiera podía ser un espía.

Aun así, no crean que la proliferación de agentes hizo que estos perdieran el romanticismo. Sin ir más lejos, la mayoría siguió encubriéndose para no ser pillados in fraganti. De los más hábiles en esto de ocultar su procedencia y la naturaleza de sus intenciones fue Domingo Badía, uno de nuestros más importantes espías a lo largo de la historia. Gracias a su desarrollado arabismo, fue capaz de crear una personalidad alternativa que le permitió, al servicio de Manuel Godoy, primero, y de Napoleón Bonaparte, más tarde, infiltrarse en el mundo musulmán otomano, gran poder decadente del siglo XIX. Como Alí Bey el-Abassí, recorrió todo el Norte de África y buena parte del Imperio otomano, logrando un conocimiento privilegiado y, mucho más importante, una doble identidad sólida. Para su desgracia, ya fuera como Alí Bey o Domingo Badía, tomó partido por los franceses en la guerra de la

Independencia, y acabó exiliado en Francia, a pesar de haber sido alcalde de Almería y haber implementado los recursos de la zona gracias a su extenso conocimiento adquirido en sus múltiples viajes.

Ya se sabe, Roma no paga traidores.

Fue este periodo, el de la guerra de la Independencia, un caldo de cultivo de espías de lo más prolífico. Obviamente, todos querían derrotar a Napoleón y querían saber cómo hacerlo o, más bien, cómo lo habían hecho los españoles en la batalla de Bailón. O entender qué era eso de las guerrillas que tan buen resultado daba, supuestamente, a la resistencia, perdón, insurgencia española.

Bromas aparte, la guerra de la Independencia dio pie a la formación de redes de espionaje importantes que permitieran anticiparse a los movimientos del genial estratega corso. Aunque solo fueran los movimientos de tropas, no cabe duda de que adelantarse a ellos y poder atacar, por poner un ejemplo, la impedimenta napoleónica en España y, por extensión, en todos los territorios en armas por o contra Napoleón Bonaparte era una excusa más que suficiente para destinar fondos al espionaje. Puede que por ello Napoleón, hábil como ninguno, aplicó medidas de contraespionaje ensuciando con ruido todos los canales de información o, mejor dicho aún, desinformando todo lo posible, dada su incapacidad para establecer redes fiables o doblar espías españoles.

Esta medida de contrainteligencia ha demostrado ser de una utilidad bárbara a lo largo de la historia, pero, especialmente, en los conflictos de la Edad Contemporánea. A medida que se desarrollaban más medios de comunicación, más fácil ha sido la labor de intoxicación con el objetivo tradicional de vayan ustedes a saber lo que es verdad y lo que no. Con esa misión puso manos a la obra Napoleón a Karl Ludwig Schulmeister. Este espía austríaco fue doblado gracias a los esfuerzos del general Anne Jean Marie René Savary. Al servicio de los intereses napoleónicos, desinformó cuanto pudo en España, pero también fue esencial minando los secretos del eje aliado en la famosa batalla de Austerlitz. Algunos dicen que llegó a ser spymaster de Napoleón, aunque es de todos sabido que aquel puesto le correspondió al gran Fouché. No obstante, hizo bien su papel pues, a pesar de haber sido un agente doble, acabó sus días regentando un estanco de tabaco en Estrasburgo.

Cosas de saber camuflarse a la perfección.

Los ingleses, por su parte, también destinaron agentes propios al maremágnum español de los primeros años del siglo XIX. Arthur Wellesley, duque de Wellington, segundo generalísimo de los Ejércitos Españoles por mucho que fastidiara a los hagiógrafos del general Franco, encargó esta tarea al teniente general Grant quien, con ayuda de las guerrillas y paisanos, logró una efectividad más que evidente en la captación de información privilegiada durante el conflicto español. Tampoco es que resultara difícil conseguir información sobre las actividades francesas con las tres cuartas partes del país a tu servicio. En la guerra de la Independencia española sí puede decirse que cualquiera podía ser un espía, pero un espía contrario a los intereses de Francia.

Sea como fuere, los continuos conflictos bélicos del siglo XIX provocaron la existencia perenne de ese perfil de espía asociado a actividades militares, necesitado de capturar información que sirviera a los propósitos de una nación o naciones en conflicto y siempre dentro de férreas estructuras militarizadas. En la segunda mitad del siglo la cosa cambió. La Revolución Industrial había provocado un cambio profundo en las sociedades estamentales del antiguo régimen, evolucionándolas a sociedad de clases en lucha por el control del poder económico y, en consecuencia, político. El llamado movimiento obrero sustentado por los filósofos del socialismo, organizado en sindicatos o uniones de trabajadores, mostró una nueva realidad contra la que luchar desde los tradicionales estamentos del poder. Esa lucha de clases devino claramente en violencia política y, de ahí, en pocos años, al terrorismo, conformando la necesidad de una nueva estructura de espionaje e inteligencia: las redes de información policial. Desde que en 1878 Alfonso XII sufriera su primer atentado y el rey Humberto I de Italia fuera apuñalado, quedó clara la necesidad de recabar inteligencia que permitiera anticiparse a esta nueva amenaza incontrolable.



Harry Houdini y la policía.

En aquel novedoso contexto, las fuerzas de policía comenzaron a instituir sus propias redes de información dotadas de agentes infiltrados, falsos terroristas y agentes dobles, cumpliendo la máxima ya citada de que cualquiera podía ser un espía. Y como mejor muestra de esta loca proliferación de espías, ningún ejemplo mejor que el caso de William Melville, primer director del *British Secret Service* (BSS), formado a partir de Scotland Yard. En su lucha por combatir los múltiples peligros que amenazaban la seguridad del Imperio británico, llegó a proponer al propio Harry Houdini que se integrara en la red de espionaje inglesa. Al parecer, recientes estudios afirman que el famoso escapista y mago dejó tan impresionado a Melville sacándose el último modelo de esposas de Scotland Yard en un periquete que tomó la decisión de unirlo al BSS. No era extraño, por otra parte, proponer a un artista famoso entrar en una red de espionaje, siendo este uno de los tipos esenciales de espía. El caso fue que, al servicio de Melville, sirvió como informador en la lucha contra la violencia política y terrorismo anarquista y en determinados

casos de crimen organizado, empleando su fama mundial y las habilidades innatas que poseía para el escapismo. Supongo que mejor espía que un tipo imposible de encerrar, detener, engrilletar, capaz de escapar de un disparo o de la prisión más lóbrega, adorado por las masas y los medios de comunicación, no ha existido en la historia. Por no saber de él no se sabe a ciencia cierta ni cómo murió ni si todo lo dicho anteriormente fue cierto o solo una fachada más.

También a finales del siglo XIX y principios del XX empezó otro movimiento que ha empujado la sociedad en tramos concretos de la historia y que, a día de hoy, estoy seguro que la cambiará radicalmente. Las mujeres, conscientes de su singularidad, primero en minoría, pero seguras de las posibilidades del movimiento que hoy llamamos feminismo y que no es otra cosa que la persecución de la igualdad real en las sociedades humanas, arribaron de forma clara al mundo del espionaje en los primeros años del siglo XX. Y no crean que las espías respondían únicamente al cliché de joven hermosa que usa sus dotes de seducción para conseguir la información, como ha representado hasta la saciedad el cine y la literatura. Que parece ser que el único modelo de espía femenino fue Margaretha Geertruida Zelle, la tristemente famosa Mata-Hari, quien, por no ser, no fue ni espía, sino, como ya había definido Sun Tzu, más bien un agente prescindible.



Margaretha Geertruida Zelle.

En realidad, las mujeres han ocupado todo tipo de posiciones en las diferentes estructuras de espionaje e inteligencia a lo largo de los últimos ciento cincuenta años. Sin ir más lejos, Elisabeth Schragmüller, conocida como *Fräulein Doktor*, se convirtió en leyenda durante la Primera Guerra Mundial. Llegó a ser la oficial de la red de inteligencia en Bélgica, profesora permanente de la Universidad de Friburgo —primera mujer en conseguirlo— y experta en captación de información. Fue capaz de ostentar el rango de teniente y ser condecorada con la Cruz de Hierro de primera clase. Sin

embargo, su fama e identidad secreta la superaron, convirtiéndose en leyenda durante la Primera Guerra Mundial, hasta el punto de circular constantes patrañas sobre detenciones y acciones encubiertas que dieron pábulo a no pocas historias y fantasías imposibles de probar.



Recreación de Elisabeth Schragmüller en la película *Fräulein Doktor* interpretada por la actriz Anna Maria Lesser.

Lo que no llego a entender, sinceramente, es que en el imaginario común, la espía por antonomasia sea Mata-Hari, que ni siquiera era espía, en lugar de *Fräulein Doktor*. Supongo que serán cosas del machismo. Ya saben, que una

espía lo sea no por su inteligencia y capacidad, sino por su sensualidad y sexualidad explícita.

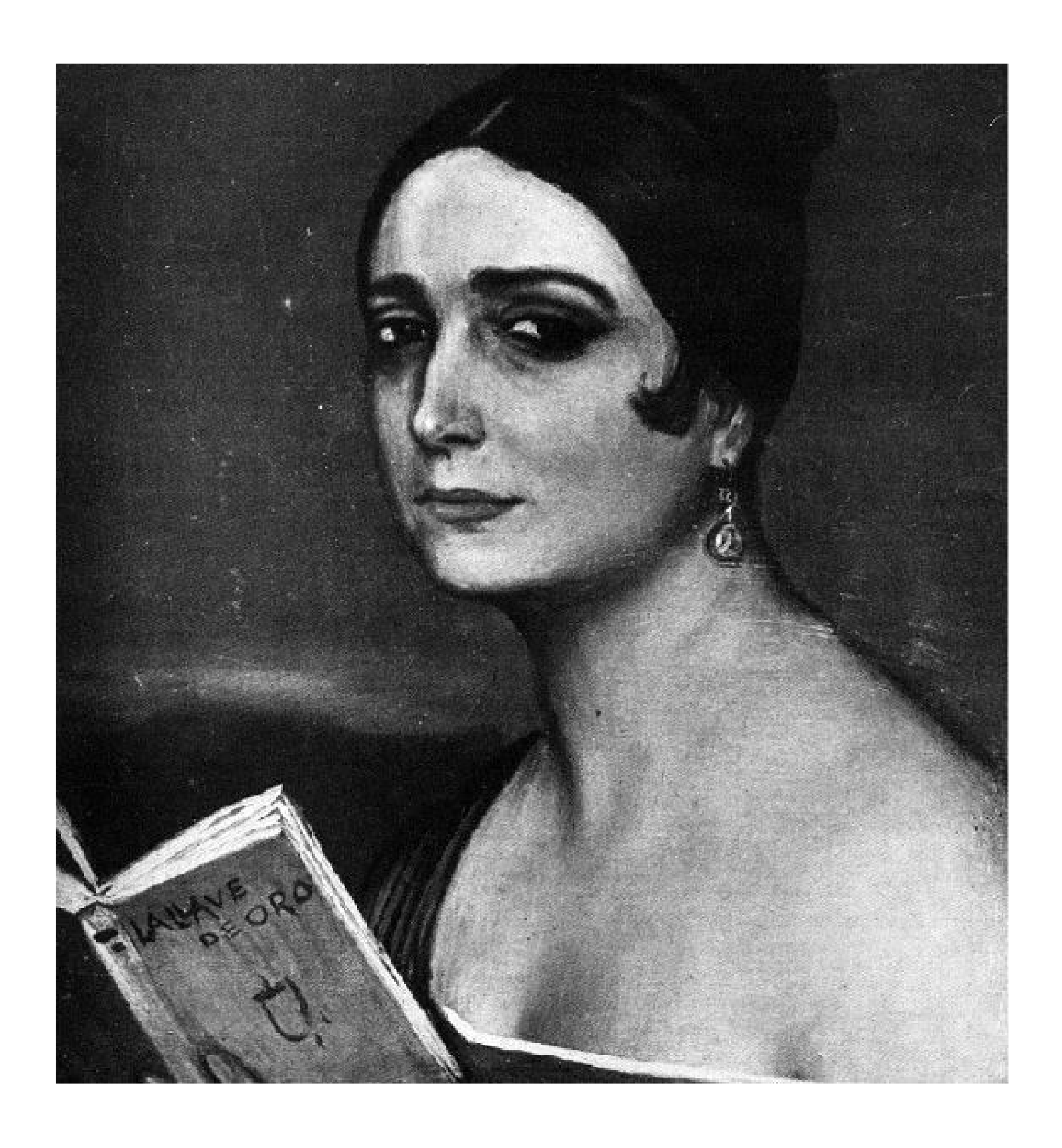
En una línea parecida a Elisabeth Schragmüller estuvo la española Pilar Millán-Astray, agente al servicio de los alemanes en Barcelona. Hubo de dedicarse al espionaje debido a su viudedad temprana y a los tres hijos que debía sacar adelante. Como ya hiciera Houdini, aprovechó su fama como escritora y miembro de la alta sociedad para acceder a altos cargos de la inteligencia británica en aquella España neutral penetrada por todo tipo de redes de espionaje. Para su desgracia, a su pronto fallecimiento, hay que sumar el desdichado protagonismo de su hermano menor, el funesto general José Millán-Astray, fundador de la Legión Española, de Radio Nacional de España e integrante de la conspiración que dio al traste con la Segunda República e inició la guerra civil española en 1936.

África de las Heras, por su parte, llegó a ser agente soviética tras su reclutamiento por parte de Aleksandr Orlov durante la Guerra Civil. Auténtica trotamundos del espionaje, recorrió Noruega, Ucrania, Francia y América Latina. De ella se ha dicho que fue reclutada por Caridad Mercader, y que fue partícipe importante de la acción clandestina que acabó con la vida de Trotski en México. Partiendo del NKVD, acabó siendo agente del KGB hasta el año 1985, cumpliendo misiones de desinformación e interceptación de mensajes. Conocida por su nombre en clave, *Patria*, alcanzó el rango de coronel del Ejército de la Unión Soviética.

También española, pero de adopción, Aline Griffith, condesa de Romanones, se mantuvo al servicio de la red estadounidense OSS durante los años de la Segunda Guerra Mundial como agente de cifrado y oficial de una red de inteligencia en la España franquista. Siguiendo el modelo de Pilar Millán-Astray, esta escritora norteamericana se introdujo en la alta sociedad española, lo que le otorgó una fachada de alta respetabilidad y la alejó de los modelos tradicionales y erróneos de lo que debía ser el espionaje en femenino.

Del mismo modo que un espía masculino no respondía a un estereotipo concreto, las mujeres espías podían desarrollar cualquier ocupación. Como Marthe Richer o Richard, quien, a lo largo de su vida, fue prostituta, escritora e incluso aviadora. Espiando al servicio de los franceses, llegó a transmitir el tipo de tinta invisible empleada por los alemanes en la Primera Guerra

Mundial, prevenir sobre bombardeos y crear una línea aérea con pilotos femeninos: la Unión Patriótica de las Aviadoras de Francia, saboteada de lleno por el Gobierno francés, que no permitía a las mujeres participar en la guerra. O como Edith Cavell, enfermera reclutada por el MI6 en Bélgica, donde era enfermera jefe del Instituto Berkendael y directora del Colegio Belga de Enfermeras Diplomadas. Tras ser ocupado el país por los alemanes, Edith fue detenida, juzgada y ejecutada en 1915 por haber sacado del hospital de la Cruz Roja a todos los heridos aliados o sospechosos de estar al servicio de las tropas francesas, belgas o británicas. Exactamente lo mismo que le pasó a Violette Szabo, agente británica de la Dirección de Operaciones Especiales (SOE) durante la Segunda Guerra Mundial. En su caso, Violette actuó como infiltrada en la Francia ocupada, y no dudó en saltar en paracaídas en zona ocupada para cumplir funciones de información y sabotaje, razones por las que, tras su captura, acabaría siendo ejecutada por los nazis en el campo de concentración de Ravensbrück en 1945.



Pilar Millán-Astray pintada por Julio Romero de Torres.

Obviamente, es bien sabido que el fin común de un espía, una vez ha sido descubierto y demostrada la imposibilidad de ponerlo a trabajar como agente doble, es, ha sido y será su eliminación. Sea hombre o mujer. La lista de espías abatidos a lo largo de la historia es interminable. Sin embargo, la cuestión evolucionó durante el siglo XX, especialmente tras los años de la Guerra Fría y en el mundo actual. Desde aquel entonces, era mejor mantener

con vida al espía que darle matarife sin más. Si bien a principios de siglo el paredón era el destino final de los agentes encubiertos descubiertos, la cosa fue cambiando con el paso de los terribles años de guerras. Es evidente que si la Unión Soviética hubiera desenmascarado a Sidney Reilly, no lo habría ejecutado como espía y cabeza de un complot para asesinar a Lenin. De hecho, les hubiera sido más práctico tratar de someter o doblar al que fue, para muchos, el organizador de los modernos servicios de inteligencia británicos, conocido por su apodo *Ace of Spies*. Al servicio de los ingleses y alguno otro más, Sidney había influido en la política de inmigración rusa, así como en la guerra entre Japón y Rusia, y había intentado revertir la Revolución bolchevique, entre otras muchísimas acciones encubiertas, lo que le llevó a ser considerado uno de los espías más famosos de la historia. Eliminarlo, por tanto, fue una decisión poco inteligente si en términos de inteligencia nos centramos. Ya saben, mucho más útil un agente doble que un espía muerto.

Aun así, en esto de los agentes dobles, la tendencia fue, como ya he dicho, eliminarlos. Especialmente en tiempos de guerra. Sin embargo, en la mayoría de los casos, estos agentes que doblaban sus servicios en el siglo XX cambiaron la tendencia. Si en el pasado muchos de ellos acababan en esa situación al ser descubiertos, desde la Segunda Guerra Mundial casi la totalidad de ellos lo hicieron por convicción, por estar seguros de cumplir con el sentido común, la justicia, la verdad o lo que quieran ustedes imaginarse que pasó por la cabeza de uno de estos individuos sometidos a una tensión, perdón, estrés insoportable.

En el caso del Wilhem Franz Canaris, parece lógico pensar que cambiar de bando era lo más lógico, si lo más lógico era abominar del nazismo. El pequeño almirante era un militar de carrera y, como muchos otros, vio que la locura de Hitler no tenía solución. Claro que la mayoría de estos otros lo vio cuando el frente del Este cayó y los norteamericanos se involucraron de forma definitiva en la guerra. Canaris, sin embargo, según estudios recientes, ya estaba al tanto durante la guerra civil española y, tras la caída de Francia, en el momento de mayor expansión del nazismo, decidió doblar sus servicios con los británicos. Al parecer, una de sus primeras acciones fue sabotear la reunión entre Franco y Hitler en Hendaya. Pensarán que, militarmente, la España franquista en octubre de 1940 era una mezcla entre un cementerio, un campo de concentración y una pila de escombros. Y no se equivocan. Aun así, la posibilidad de que estando aislada y acosada Gran Bretaña Franco

decidiera entrar en la base de Gibraltar, bien por su cuenta, bien con tropas nazis, era más que real. De ahí que Canaris tomara la decisión de abortar aquella posibilidad dinamitando metafóricamente la reunión. Y no pregunten cómo, que de aquel encuentro solo conseguimos recuperar habladurías. Ahora, lo que sí dinamitó literalmente fue aquella reunión de 1944 en la Guarida del Lobo, junto con otros conspiradores en la llamada Operación Valkiria. Hitler no murió en el atentado, todos fueron descubiertos y Canaris acabó siendo ejecutado en la horca un año después. Sin permitirle suicidarse como él habría deseado, pero, ya saben, no hay honor que valga para los espías.

También durante este periodo terrible de Entreguerras, guerra civil española y Segunda Guerra Mundial, empezaron a desmandársele cierto número de espías a la estructura de espionaje e inteligencia británica. Hasta cinco de estos espías de la máxima preparación acabaron por pasarse al servicio de la estructura soviética, ya fuera la NKVD, el GRU o el KGB. Dado que todos habían estudiado en la prestigiosa Universidad de Cambridge, una vez fueron todos o casi todos descubiertos, recibieron el poco original nombre de los cinco de Cambridge. Como si la universidad hubiera sido responsable de que estos agentes acabaran doblando sus servicios. Podrían haberlos llamado los cinco del Eagle, pues, a buen seguro, coincidieron en el más famoso y antiguo *pub* de la ciudad universitaria y habría tenido más sentido.

Entre los más conocidos, efectivos y misteriosos de estos cinco agentes dobles británicos, destaca Harold Adrian Russell Philby, más conocido como Kim Philby —Stanley en clave soviética—. Como el resto de los integrantes de este grupo ideal de espías de gran formación, Philby era un comunista convencido. Entiéndanle, en el momento de su dedicación al servicio soviético, Europa estaba corroída por el fascismo; los regímenes capitalistas parecían soportar la connivencia con las agresivas dictaduras italiana y alemana y tan solo los soviéticos parecían hacer frente ideológica y políticamente a aquel peligro. Además, la mayoría de los intelectuales anglosajones jóvenes de aquel momento fantaseaban con el comunismo, como, por poner algunos ejemplos, George Orwell o Ernst Hemingway, ambos presentes en la guerra civil española. Y allí fue Philby, sirviendo a intereses británicos bajo la fachada de periodista libre para acabar al servicio de los soviéticos del NKVD representados por Aleksandr Orlov. Su misión era, desde Sevilla, informar de los movimientos del ejército franquista al MI6, siendo el servicio soviético su receptor real. Según Manuel Ros Agudo, Kim

Philby pudo ser el responsable del accidente aéreo que acabó con la vida de Emilio Mola en mayo de 1937, al introducir una bomba en el aeroplano a instancias de sus contactos soviéticos.

Lo cierto es que, visto con el paso del tiempo, uno se pregunta si, de haberse producido tal acción, no sirvió más al propio Franco que a los soviéticos, republicanos, ingleses o quienes quiera que fueran los artífices de la acción encubierta que, en definitiva, nunca ha podido ser probada. Por su parte, Philby sí continuó al servicio de las diferentes estructuras soviéticas integrado en el SIS británico durante la Segunda Guerra Mundial, dentro de la Sección V, esto es, España, Portugal y Norte de África.

Ya durante la guerra de España había entrado en contacto con otro de los agentes dobles británicos, en este caso, Guy Burguess —*Hicks* en clave soviética— quien le facilitó códigos nuevos en Gibraltar en un momento dado de 1937. Fue este quien le recomendó integrarse en el SIS y con quien haría equipo más tarde. Al igual que otros espías dobles efectivos, su continuo abastecimiento de información a los soviéticos le valió la condecoración por parte del general Franco, quien, como ocurriría años más tarde con Garbo, nunca supo de la doblez de ese agente británico.



Trinity College, en la Universidad de Cambridge, donde estudiaron los cinco agentes dobles británicos.

Su colaboración con Burguess y con otro de los agentes dobles del Círculo de Cambridge, Donald Maclean —*Homer* en clave soviética—, quedó al descubierto, tras la Segunda Guerra Mundial, en 1949. Estando destinado en Washington, le fue encomendada la búsqueda de un agente doble al servicio de la Unión Soviética al detectar el MI5 la transferencia de documentación sobre secretos nucleares británicos. Obviamente, los británicos, muy listos, encargaron al agente doble que buscara otros agentes dobles. Philby puso en sobre aviso a Maclean y Burguess, quienes desertaron, quedándose él para aguantar el chaparrón. Y le costó años poder ver su nombre limpio de sospechas tras los empellones del servicio de contraespionaje, el MI5. Finalmente incorporado de nuevo al servicio a finales de los años cincuenta, acabó por desertar en 1963, siempre con el miedo de ser delatado por el próximo agente soviético doblado o por la presión constante del servicio estadounidense, seguros como estaban de que había sido él quien había filtrado a los soviéticos la composición de sus arsenales nucleares.

Aunque los británicos vivieron obsesionados aquellos años iniciales de la Guerra Fría por la presencia de un tercer hombre, Philby tuvo otros dos compañeros de estudios, el cuarto y quinto hombre, a decir de la literatura de espionaje. El cuarto de ellos fue Anthony Frederick Blunt —*Tony* o *Johnson* en clave soviética—. Famoso y prestigioso profesor de Historia del Arte, miembro de los círculos sociales más elevados, fue captado por el NKVD, al igual que Philby. El quinto hombre, John Cairncross —*Listz* en clave soviética— nunca llegó a reconocer su actividad al servicio de la URSS. Este espía británico experto en codificación y descodificación, parece ser que fue el responsable de la filtración a la inteligencia soviética durante la Segunda Guerra Mundial de los códigos de las máquinas Lorenz. Estas máquinas se empleaban para las comunicaciones nazis al más alto nivel, frente a Enigma, que se utilizaba para las comunicaciones tácticas y estratégicas de las unidades de combate.

Claro, que los estadounidenses tampoco pudieron estar tranquilos, pues más de un agente acabó por doblar sus servicios hacia la Unión Soviética en los largos años de la Guerra Fría. Empezando por espías como Aldrich Ames,

quien trabajó para el KGB durante casi diez años, hasta que en 1991 fue descubierto, detenido y juzgado, junto con su esposa, la intelectual colombiana Rosario Casas Dupuy. En su caso y a diferencia del Círculo de Cambridge, Ames dobló sus servicios a cambio de dinero, más de cuatro millones de dólares de los años ochenta, y no por compartir ideología o finalidad política alguna. El ritmo exagerado de vida que llevaba, gracias a las vitaminas que le aportaban los amigos comunistas, fue una de las razones que le delataron.

En el caso de Edward Lee Howard, agente doble soviético en la CIA, al igual que Ronald Pelton, agente de la NSA, fue desenmascarado por el falso desertor Vitali Yurchenko. Si bien Pelton fue encarcelado, Howard desertó y marchó a la Unión Soviética donde, en 2002, falleció al caerse en su casa y romperse el cuello. Dolencia, como ustedes comprenderán, bastante frecuente en los espías dobles y desertores a lo largo de la historia reciente.



Aldrich Ames, a la derecha, y su equipo en la CIA.

Por el contrario, Robert Philip Hanssen se ha cuidado mucho de usar banquetes en su celda o cualquier tipo de mobiliario que le provoque tal enfermedad. Agente del FBI dedicado a la inteligencia, estuvo durante veinte años al servicio de la Unión Soviética, primero, y la Federación Rusa, más tarde. Descubierto a finales del año 2000, fue juzgado por espionaje y revelación de secretos de Estado. Al reconocer su delito, fue condenado a cadena perpetua sin posibilidad de revisión y permaneció en celda de aislamiento durante veintitrés horas diarias. No se sabe si los casi dos millones de dólares que recibió por sus servicios han compensado tan delicado retiro. Tanto Hanssen como Ames, conocidos como topos, representan la vulnerabilidad de los servicios de inteligencia, en concreto de contrainteligencia, cuando no se tiene ciertamente motivados a los agentes, lección que, la mayoría de las estructuras de espionaje e inteligencia actuales siguen sin aprender.

Y no crean que resulta fácil mantener convencidos y motivados a los agentes, especialmente a los infiltrados. El caso de Rudolph Abel es más que significativo. Agente soviético de nombre real Vílyam Guénrijovich Fisher, a pesar de haber escapado por los pelos a la gran purga de Stalin dado su origen británico, acabó por ser ubicado en Nueva York como agente residente captador de agentes dobles. Al ser descubierto, cambió por el nombre de Abel, siendo juzgado y condenado a una larga estancia en las cárceles norteamericanas. Afortunadamente para él, fue intercambiado en el puente Glienicke de Potsdam por dos estadounidenses: Francis Gary Power, piloto del avión espía U-2 capturado, y el estudiante Frederic Pryor, confundido con un espía en el Berlín ocupado. Uno no sabe a ciencia cierta por qué Fisher no largó en el periodo de detención por las fuerzas de los EE. UU. ni tampoco por qué no fue eliminado nada más ser devuelto. Debió ser que la motivación ideada por Stalin le hizo mantener la boca bien cerrada, como demuestra el hecho de que siguió trabajando en el KGB en la misma ocupación que desarrollara en los Estados Unidos hasta su muerte, acaecida en 1971.



Puente Glienicke de Potsdam, el Puente de los Espías.

Curiosamente, a pesar de su fama de feroz dictador y despiadado genocida, Stalin hubo de tener algún encanto que encandilaba a tanto espía. Sin ir más lejos, algo debió ver en Stalin Richard Sorge cuando decidió traicionar la lealtad hacia Alemania para convertirse en agente del GRU. Dicen que fue él quien alertó a Stalin de la inminente invasión de Rusia por parte de las tropas nazis y de la inacción al respecto de los japoneses, lo que logró gracias a estar infiltrado en Japón aprovechando su relación de amistad con Eugen Ott, agregado militar nazi en Tokio. Aunque si bien pudo evitar la contrainteligencia alemana acreditándose como enviado del *Frankfurter Zeitung*, no tuvo el mismo éxito con los japoneses: en octubre de 1944 fue detenido por la *Kenpeitai*, la policía militar del Ejército Imperial, juzgado y ahorcado a finales del mismo año.

Mas no crean que Stalin consiguió mantener firmemente motivados a todos los agentes de la vasta red de espionaje e inteligencia soviética. De hecho, no

cabe duda de que los agentes dobles y desertores más efectivos para los contrarios fueron los soviéticos. Válter Krivitsky podría ser un ejemplo al respecto. Agente del NKVD y del GRU, tras la desaparición del primero y la creación del KGB, Krivitsky actuó como oficial de red en La Haya durante varios años, coincidiendo con la guerra civil española. Hemos de suponer que la limpieza de agentes iniciada por Stalin tras la aparición del KGB le hizo poner los pies en polvorosa y partir hacia los Estados Unidos. Allí desde 1938, no solo largó todo lo que sabía, sino que se dio el lujo de publicar una monografía al respecto titulada *Yo, jefe del servicio secreto militar soviético*. Entre sus revelaciones, los métodos estalinistas de la gran purga, las checas o la participación de la Unión Soviética en la Guerra Civil a cambio del oro del Banco de España. Obviamente, tanta locuacidad le puso en la lista de deberes en las acciones clandestinas del KGB y el GRU. Tras el asesinato de Trotski en 1940 le llegó el turno a él, y fue eliminado en el hotel Union Station de la capital estadounidense un año más tarde. En su caso no ocurrió como con Edward Lee Howard: Krivitsky apareció muerto en un charco de sangre con una pequeña herida en la sien, después de haber escrito tres notas diferentes de suicidio. Ya ven, debió ser que no había en aquella habitación una buena banqueta con la que romperse el maldito cuello.

Otros, como Oleg Penkovski, llegaron a la conclusión de que doblar sus servicios era la única salida para detener la locura de la Guerra Fría. Este militar de carrera, integrado en el GRU ya en los años cincuenta, había sido siempre fiel a la Unión Soviética o, quien sabe, a la política diseñada por Stalin. Fue llegar Jruschov al poder y aparecerle la mosca tras la oreja. Convencido de que la política exterior del nuevo líder soviético conduciría inmediatamente a una guerra nuclear, tomó la decisión de filtrar los planes del nuevo gobierno a los occidentales, siendo el agente que desenmascaró el despliegue de armas nucleares en Cuba. Para hacerlo, utilizó como intermediario a Grewille Winne, agente del MI5 y MI6. Descubierto por la contrainteligencia soviética, fue prontamente arrestado y ejecutado, creemos, en Moscú hacia 1964. No me cabe duda de que su nombre en clave, *Agent Hero*, fue uno de los creados con mayor acierto. Su contacto británico, el ingeniero Winne, también quedó al descubierto, y acabó en una prisión soviética hasta 1964, momento en que fue intercambiado por Gordon Arnold Londsdale, quien, en realidad, era Konon Trofimovich Molody, agente residente ilegal, oficial de la red conocida como el *Círculo de Portland*.

Dimitri Poliakov, sin embargo, lo hizo por despecho. Al parecer, el Gobierno soviético no le permitió llevar a su hijo enfermo a Nueva York para ser tratado, por lo que falleció al poco tiempo. Quizás no pudo comprender que, en plena Guerra Fría, resultaba complicado dejar partir a territorio enemigo a un general ruso, alto cargo del GRU. Por su parte, el Gobierno ruso debió entender que por encima de todas las cosas está el amor de un padre hacia su hijo. No dejándole partir, provocaron que hiciera lo que temían que hubiera hecho de haber partido. En otras palabras, fue fallecer el hijo de Poliakov y entrar este en contacto con la CIA para actuar como agente doble. Hasta 1980 sirvió a los fines occidentales, ayudando a que, por poner un ejemplo, Richard Nixon desarrollara su política de caballo de Troya entablando relaciones con China. Una vez fue descubierto, el Estado le dio el tratamiento tradicional, permitiendo que se reuniera con su hijo el 15 de marzo de 1988.

Ahora bien, el más importante de los agentes dobles soviéticos fue, Oleg Gordievski. Este coronel del Ejército ruso, jefe del KGB residente en Londres, acabó por doblar sus servicios con los británicos no se sabe muy bien por qué. Quizás quedó desencantado con el inmovilismo de la Nomenklatura —el establishment del politburó soviético— tras la invasión de Checoslovaquia en 1968 para abortar la llamada Primavera de Praga; o quizás comprendió que, en la competencia, el modelo soviético acabaría por perder la Guerra Fría; o puede que, tras descubrir al joven Mijail Gorbachov, entendió que la URSS tocaba a su fin. Quizás se acostumbró demasiado al modo de vida londinense y el comunismo soviético le pasó factura. Sea como fuere, fue captado por el MI6, a quien prestó pingües servicios hasta su descubrimiento por parte del KGB en 1985. Sacado de Rusia por el MI6 en una acción clandestina propia de la mejor película de James Bond, Gordievski pasó la frontera hacia Finlandia dentro del maletero de un coche que transportaba a una joven embarazada felizmente destinada en Rusia y que quería parir en el Reino Unido. Ya saben, para que su hijo no fuera ruso de nacimiento y para que el ruso de nacimiento que viajaba en la tripa del coche dejara de serlo cuanto antes.



Juan Pujol García. El agente doble definitivo.

Ahora me van a permitir que termine este capítulo recordando al que, para un servidor, ha sido el más importante, decisivo y efectivo de los agentes dobles en la historia del espionaje: Juan Pujol García; *Alaric* para la estructura de espionaje e inteligencia alemana; Garbo para el SIS británico. Hizo tan bien sus servicios que llegó a recibir la Cruz de Hierro alemana y la Orden del Imperio británico por sus impagables servicios informando y, sobre todo, desinformando, durante la Segunda Guerra Mundial. Para comprender su actividad y el objetivo de sus acciones hay que situar a este barcelonés en la España de la Guerra Civil o, más bien, en la Barcelona de aquellos terribles años, sufriendo los bombardeos nazis y franquistas y la limpieza y control de la sociedad por parte de los comunistas. Parece lógico que desarrollara una profunda aversión hacia aquella Alemania cruel y sin sentido y hacia la Unión Soviética dominada por Stalin, obcecada en limpiar la sociedad del modo que fuera. Y aunque fue rechazado como espía por los linces de la embajada británica de Madrid, sí fueron aceptados sus servicios por la Abwehr, a través de Karl-Erich Kühlenthal, a las órdenes del almirante Canaris quien, más que probablemente, ya trabajaba para el SIS británico. Parece ser que desde el principio (algo que él mismo reconoció años más tarde), el objetivo inicial de

Pujol fue servir como doble agente del SIS, penetrando los servicios alemanes y dejándolos al descubierto o, más bien, llenando la red nazi de tal cantidad de ruido que les llevara a tomar decisiones equivocadas. Al crear una y otra vez falsas redes de espías, logró convencer al propio Adolf Hitler de que el desembarco de las tropas aliadas se produciría en Calais y no en Normandía, donde, en realidad, se produjo la operación conocida como *Fortitude*. Tal desinformación hizo que los alemanes dividieran las fuerzas y se debilitaran las defensas del Muro Atlántico en Normandía, razón principal por la que la ofensiva del 6 de junio de 1944, inicio de la operación Overlord, tuviera éxito al iniciar la derrota definitiva del fascismo en Europa.

Tan bueno era este barcelonés en lo suyo que fingió su muerte de malaria en 1949 con tanto éxito que ni el MI5 ni el MI6 ni su propia familia llegaron a saber de él hasta que fue encontrado en Venezuela por el escritor Nigel West en 1984, con otra vida, familia nueva y más hijos, quienes, como los dos primeros que tuvo, vivían sin conocer la increíble capacidad de este paisano.

Para quitarse el sombrero, ¿verdad?

— 3—

Estructuras de inteligencia y sistemas de espionaje: institucionalizando la traición

Después de todo lo dicho, parece lógico reflexionar un poco acerca de los entornos jurídicos y administrativos en que se han movido todos estos espías a lo largo de la historia. Como es lógico, no pensarán que todo se ha reducido a un haz esto o búscame aquello. Las redes de captación de espionaje han ido evolucionando hasta convertirse en auténticas estructuras administrativas, políticas y, muchas veces, militares, donde, según el país o el poder político que lo conformaba dentro del país, se desarrollaban en función de determinados intereses.

Mientras los ingleses en el Medievo buscaban más un posicionamiento previo al enfrentamiento militar, con redes de conocimiento centradas en ello, los venecianos estaban mucho más preocupados en mantener su dominio de los mercados; los españoles trataban de mantener la cohesión político-religiosa de aquellos territorios en que se sustentaba su poder; los franceses se protegían de la descomposición interna y de la penetración de otros sistemas; los alemanes trataban de conseguir una buena base de información que permitiera su expansión, al igual que los soviéticos, mientras que los estadounidenses buscaban frenar los extremismos preservando el *statu quo* del libre mercado, base de su poder continuado durante los últimos cien años.

En resumidas cuentas, cada momento ha provocado una necesidad de información asociada al proceso evolutivo o no de la historia, lo que ha devenido en estructuras de espionaje e inteligencia. De modo que analizar las estructuras de captación y gestión de la información no es más que repasar *grosso modo* la historia de la humanidad en términos políticos o, al menos, en

términos de traición. No hay que olvidar, obviamente, que esto del espionaje no es más que el relato de cómo traicionar la confianza obtenida por tu anfitrión para sonsacar todo lo posible acerca de él, ella o ello que nos permita afrontar la competencia con las mayores y más importantes garantías posibles. Y el anfitrión, por su parte, nos recibe con los brazos abiertos esperando sacar toda la información posible de nuestra estructura con el objetivo de frenar nuestro progreso en beneficio propio.

Por tanto, parece más que evidente que esto del espionaje, de la generación y gestión de inteligencia, no es más que un juego por el control, un ajedrez mundial, donde lo único que importa es saber. Sobre todas las cosas, saber. No utilizar o emplear el conocimiento, sino, tan solo, tener la oportunidad de atesorarlo. Por consiguiente, debido a que el conocimiento sensible ha ido diversificándose con el tiempo, las estructuras de espionaje e inteligencia han evolucionado del mismo modo.

En este capítulo, continuando con lo explicado anteriormente, veremos la evolución de las citadas redes y estructuras de espionaje e inteligencia, atendiendo a su complicación y tratando de prever el camino que habrán de llevar en un futuro siempre incierto en este mundo tan volátil, sutil y fluctuante dominado por la traición.

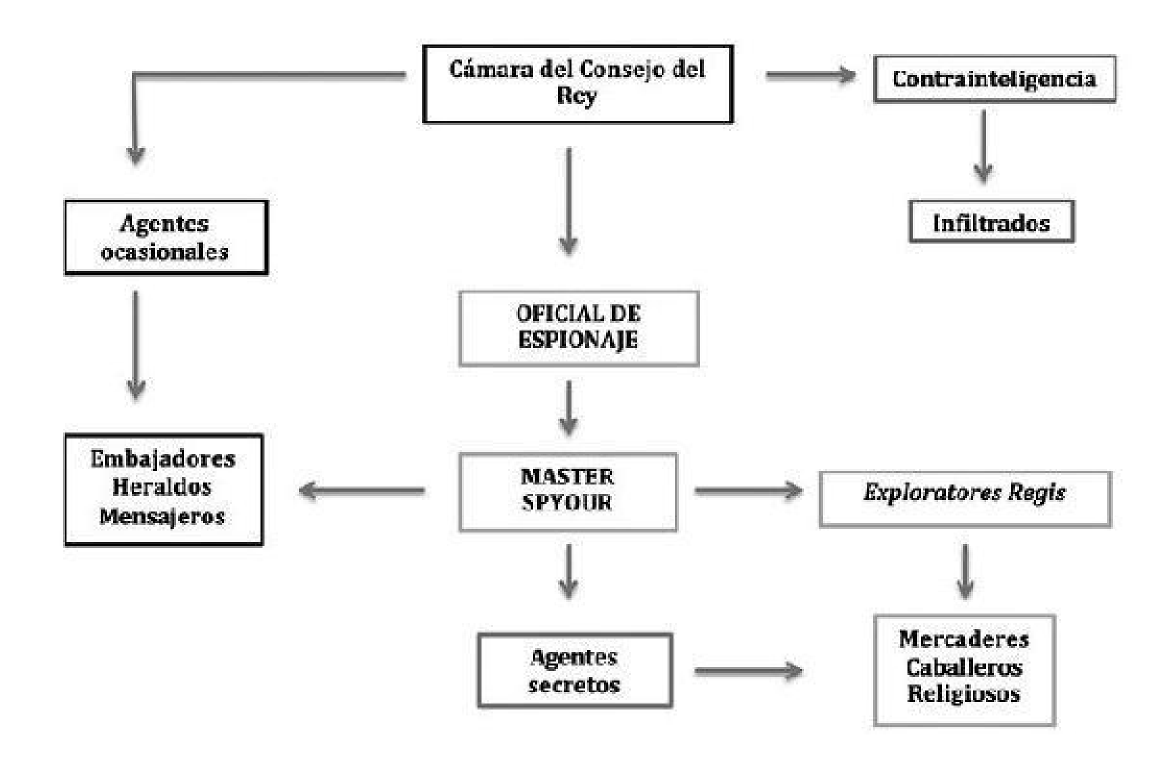
Redes y estructuras de espionaje medievales

Tradicionalmente se ha pensado que esto de las estructuras de espionaje e inteligencia forma parte de la historia de los Estados. Dicho de otra manera, no es posible entender la constitución de estructuras sólidas, continuadas en el tiempo, institucionalizadas, vaya, hasta la aparición de los Estados modernos allá por el siglo XVI. Como si hubiera existido la necesidad de una estructura jurídico-administrativa, política y económica consolidada para constituir estructuras de espionaje e inteligencia. Vamos que, historiográficamente, se ha tratado de asociar la institucionalización de la traición con la institucionalización del Estado. Evidentemente, tal cosa no ha ocurrido. De hecho, tratar de buscar un orden lógico al proceso histórico tiende a convertirnos en reos del presentismo. Ya saben, del emplear conceptos presentes para entender el pasado.

El caso es que no podemos decir que existiera un concepto de Estado en el Medievo, por mucho que se empeñen algunos historiadores. Ni siquiera el llamado Estado moderno podría ser considerado en la actualidad un Estado, sino un embrión del mismo. Dado que quien suscribe estas líneas no considera Estado más que a las estructuras nacidas tras las revoluciones del siglo XVIII, todo lo anterior debe ser cogido con pinzas en lo que a afirmaciones absolutas se refiere.

Y en ese entorno tan cambiante del Medievo, en lo atinente a la construcción de redes de espionaje, más vale preguntarse acerca de qué las pudo perpetuar en el tiempo de que la existencia o no de un Estado que las amparara. Si bien el espionaje ha sido constante en la historia, contingente que diría algún filósofo, no así las estructuras que lo albergaban. Es obvio que el mínimo desarrollo de esta actividad ha de ser concebido por una red mínima. Ahora bien, su consolidación como una estructura política, de financiación constante, debía responder a una necesidad igualmente constante. Podemos asegurar que tal cosa ocurrió en Europa en dos momentos concretos del Medievo y asociados a diferentes factores.

La primera estructura a la que me refiero, no la primera en el tiempo, ha de ser la inglesa. Estructura de carácter político-militar, fue construida durante los largos años de la mal llamada guerra de los Cien Años, puesto que duró casi ciento diecisiete. Un enfrentamiento de esas características que conllevaba beligerancia en ámbitos políticos, sociales, religiosos y culturales, que implicó a todas las nacionalidades existentes en aquella Europa, que supuso un cambio en el paradigma político continental (cambios de dinastías en Inglaterra, Francia o Castilla), que interconectó durante un largo periodo todas aquellas sociedades antagonistas, que supuso, en definitiva, un enfrentamiento que movió todas esas piezas, no es de extrañar que generara una primera gran estructura de espionaje e inteligencia.



Estructura de espionaje e inteligencia inglesa durante la guerra de los Cien Años (1337-1453).

Como puede apreciarse en la figura, la característica básica de esta estructura era la centralización de la actividad que suponía y, por primera vez, la creación de la figura del *spymaster*, esto es, una especie de oficial secreto encargado de gestionar el funcionamiento de las redes, así como el tránsito de la información desde el punto de captación hasta la Cámara del Rey, órgano decisor político. Quizás por ello, esta estructura de espionaje se tornaba también en inteligencia pues, además de captar información secreta empleando recursos clandestinos financiados con dinero destinado por el rey para asuntos privados, realizaba un proceso de depuración del citado conocimiento, de modo que el rey y su consejo pudieran tomar la decisión más apropiada. O, lo que viene a ser lo mismo, analizaban la información y la evolucionaban hasta convertirla en algo más, algo elaborado: inteligencia. Con todo, de nada sirvió al Reino de Inglaterra tener una estructura tan innovadora. Como todos sabrán, la guerra de los Cien Años acabó siendo un fracaso para los intereses ingleses, desembocando la derrota en una crisis

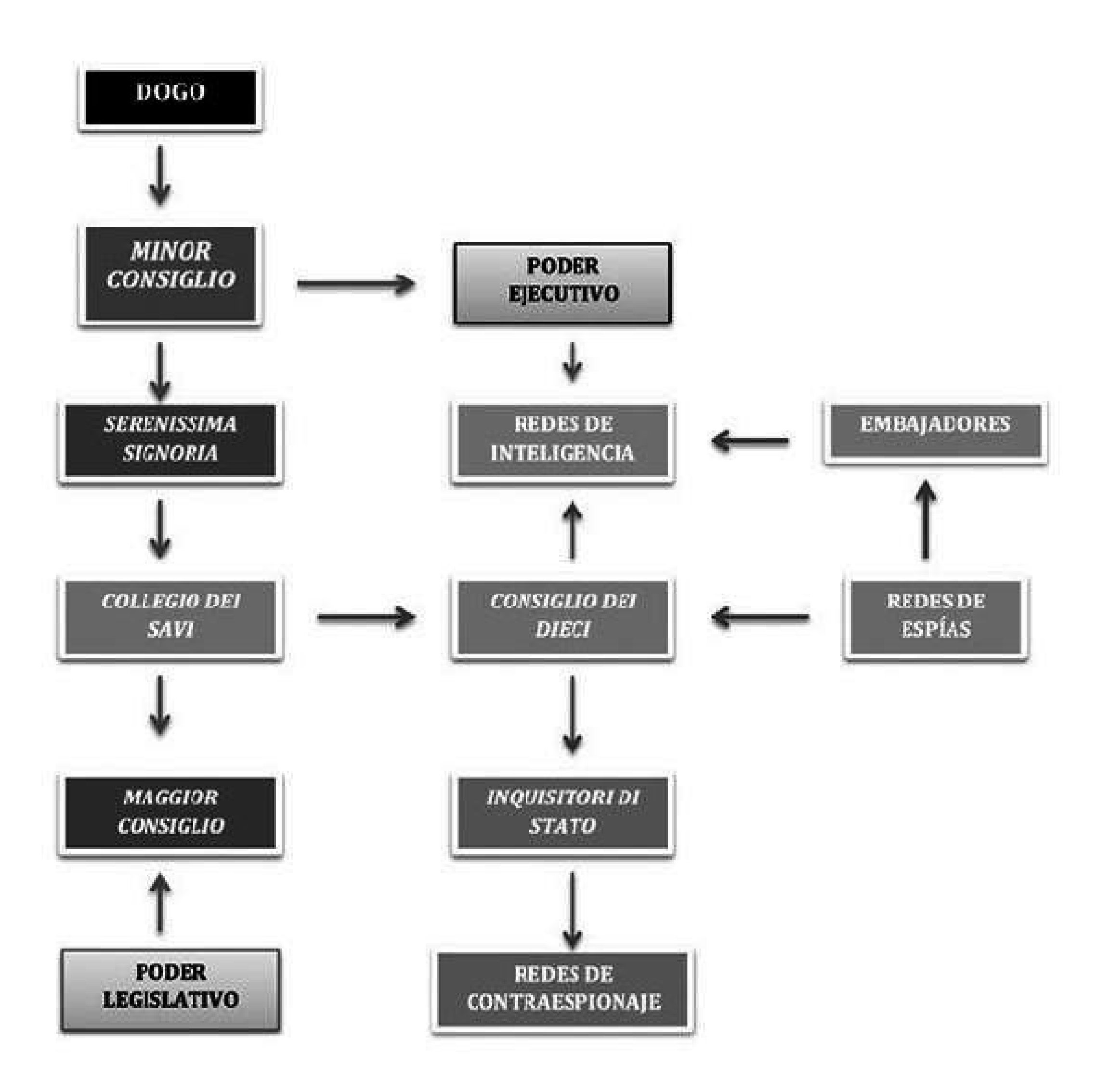
institucional que acabó con la dinastía reinante y sumió al reino en otra guerra, esta dinástica y nobiliaria, conocida como guerra de las Dos Rosas. Todo ello vino a demostrar que por mucho que te esfuerces en elaborar la inteligencia, de nada te servirá si el que toma las decisiones es un estúpido. O un mediocre rodeado de mediocres, máxima que se sigue cumpliendo a día de hoy.

Mas no fue la estructura inglesa la primera en consolidarse durante el Medievo. Sí la primera, seguramente, de carácter político-militar, pero no la primigenia estructura de espionaje institucionalizada. Como tantas cosas en la historia, el modelo de estructura fue establecido por el factor económico.

En efecto, la República comercial de Venecia se vio en la obligación de preservar los secretos profesionales que le permitían copar los mercados europeos con monopolios férreamente protegidos. Para lograr esa preservación, debían estos venecianos conocer el funcionamiento jurídico de todas las comunidades donde querían implementar sus monopolios, las posibilidades reales para su propio desarrollo de tales mercados y, sobre todas las cosas, proteger el conocimiento de aquello que les hacía copar los mercados. Para ello no tenían más opción que someter a la competencia y controlar los factores propios de producción. Dicho de otra manera, estos venecianos debían tener a raya la competencia y más que a raya a sus propios trabajadores, distribuidores, comerciantes y compañías de producción. Y, sobre todas las cosas, a los políticos que integraban las estructuras del poder para evitar que se fueran del pico acerca de los secretos que manejaban en la ostentación de sus cargos temporales en las instituciones republicanas.

Por tanto, fueron los venecianos los primeros en regular jurídicamente las relaciones laborales, creando los primeros estatutos gremiales de Europa; los primeros en imponer compromisos de confidencialidad a los políticos cuando abandonaban sus cargos de responsabilidad; los primeros en generar estructuras para controlar todo lo dicho y, principalmente, para actuar contra todo quisque tan osado como para vulnerar el secreto inherente al comercio de la Serenísima República. Además, debido a las necesidades evidentes de controlar los mercados extranjeros, sus normas establecidas y las fugas de conocimiento propio, fueron los primeros en asentar de forma permanente emisarios en aquellos territorios o, lo que viene a ser lo mismo, los primeros en enviar embajadores residentes por todo el territorio europeo, siendo el punto de partida de las relaciones internacionales o, dicho de otro modo, de la

institucionalización del espionaje. No es de extrañar, no obstante, que esto ocurriera precisamente en Venecia. En una Europa de regímenes autoritarios basados en la monarquía y la preeminencia de la Iglesia católica, el desarrollo y consolidación de una república comercial resultaba ser algo totalmente novedoso. De ahí que cualquier desarrollo político, jurídico o económico que partiera de aquel lugar había de ser, por narices, vanguardista.

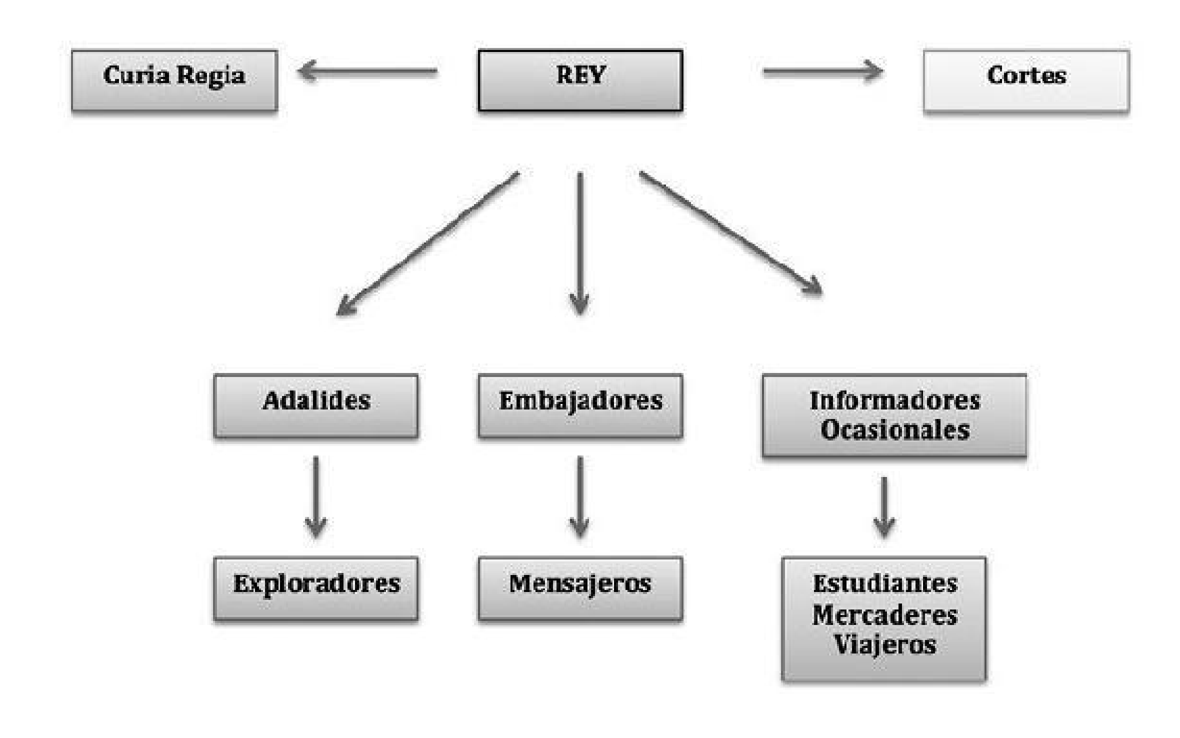


Estructura de espionaje e inteligencia de la República de Venecia durante el Medievo (siglos XIII-XV).

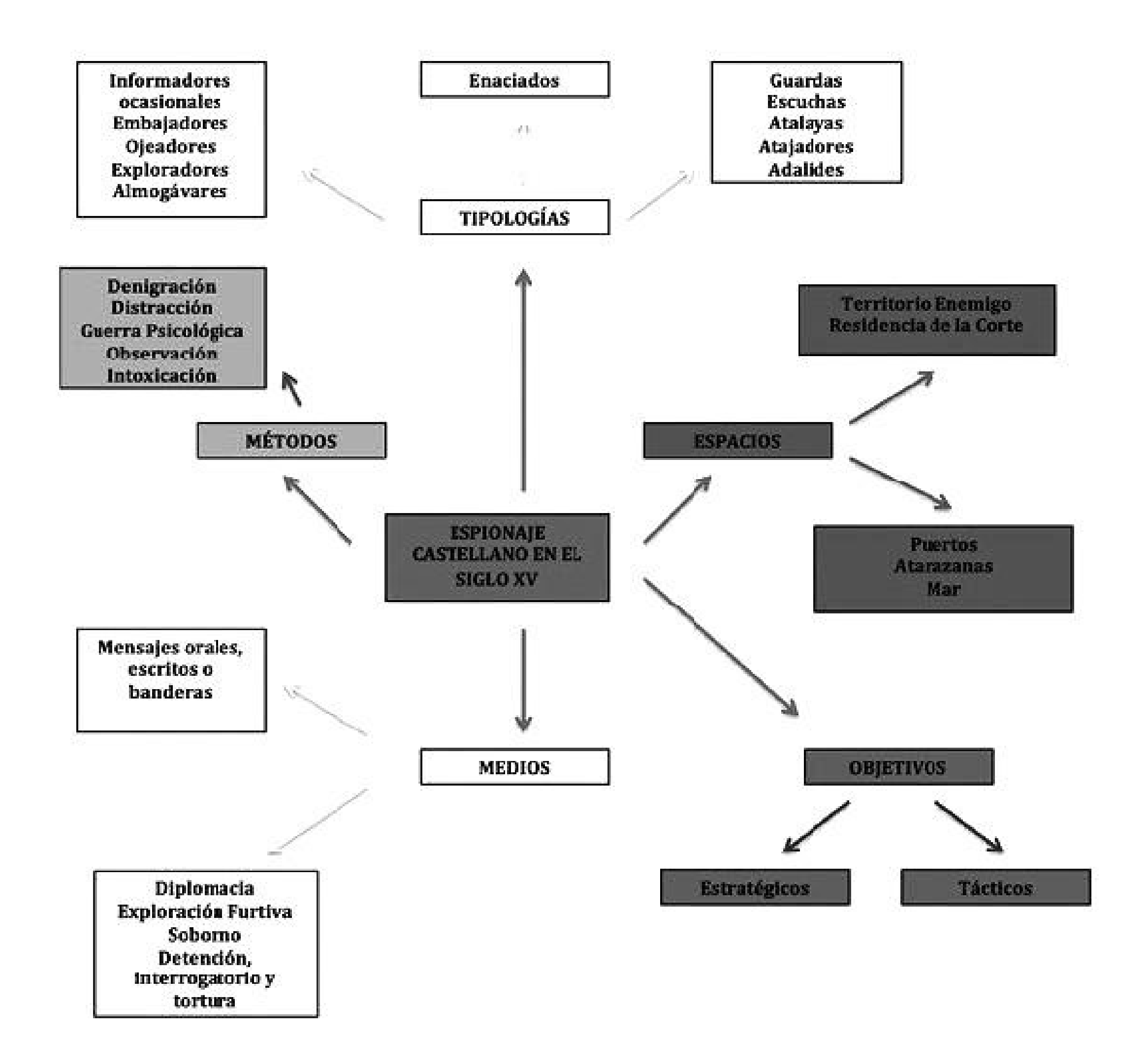
A diferencia de la estructura desarrollada por los ingleses, la veneciana debía partir de una distribución del poder basada en la institucionalización del poder

legislativo y el ejecutivo. Sin embargo, estamos hablando del reparto del poder en el momento medieval y no en el siglo XIX o XX. Aquí no había un reparto equitativo, ni separación de poderes. De hecho, los venecianos evolucionaron, desde el golpe de finales del siglo XIII, a un modelo oligárquico, donde las familias controladoras de los principales recursos económicos alcanzaron el poder concentrándolo en el Consejo Menor, vaciando de poder real la figura del Dogo. Por ello, para establecer el citado control sobre los factores económicos y estratégicos como, por ejemplo, la producción de vidrio suntuario o el control de las rutas comerciales entre Oriente y Occidente, desarrollaron mecanismos de vigilancia, actuación y castigo, como el Consejo de los Diez o los Inquisidores de Estado, organizadores de las redes de espionaje y contraespionaje que permitieron a los venecianos competir con los regímenes autoritarios europeos durante todo el Medievo y gran parte de la Modernidad.

En el resto de Europa, la mayoría de los poderes políticos desarrollaron durante el periodo medieval estructuras de espionaje más que de inteligencia, reiterando principalmente la estructura político-militar creada por los ingleses desde principios del siglo XIV. Por poner un ejemplo patrio, la Corona de Castilla, penetrada políticamente por ingleses y franceses en su larga beligerancia, desarrolló una estructura sencilla pero efectiva.



Claramente influenciada por la estructura inglesa, el entramado castellano dedicado a la captación de información carecía de una figura central o *spymaster*. Además, la presencia de Cortes para la financiación de todo tipo de actividades extraordinarias a través de impuestos indirectos dificultaba de una manera evidente el desarrollo de una estructura de estas características. Como ustedes comprenderán, siempre ha resultado muy complejo justificar la creación de un impuesto para financiar los procesos de espionaje. Por otra parte, parece más que evidente que la Corona de Castilla no institucionalizó el proceso de contraespionaje y, lo que es más importante, la elaboración de la información mediante un consejo específico o con tal responsabilidad incluida entre sus competencias. Es, por consiguiente, fácil considerar estas estructuras primitivas, reiteradas en otros territorios europeos, redes de espionaje y no de inteligencia. No resulta sorprendente que fueran penetradas por la actividad de otras estructuras, al carecer de protección contra el espionaje y un proceso de elaboración previo a la entrega del conocimiento al decisor político —en este caso el monarca—, asesorado, aunque no siempre, por los magnates integrantes del Aula Regia. En cualquier caso, no podemos alejar la creación de estas estructuras, así como su funcionamiento, del proceso bélico. Al carecer de sistemas de autoprotección, en definitiva, debemos asimilarlas simplemente como estructuras de espionaje militar.



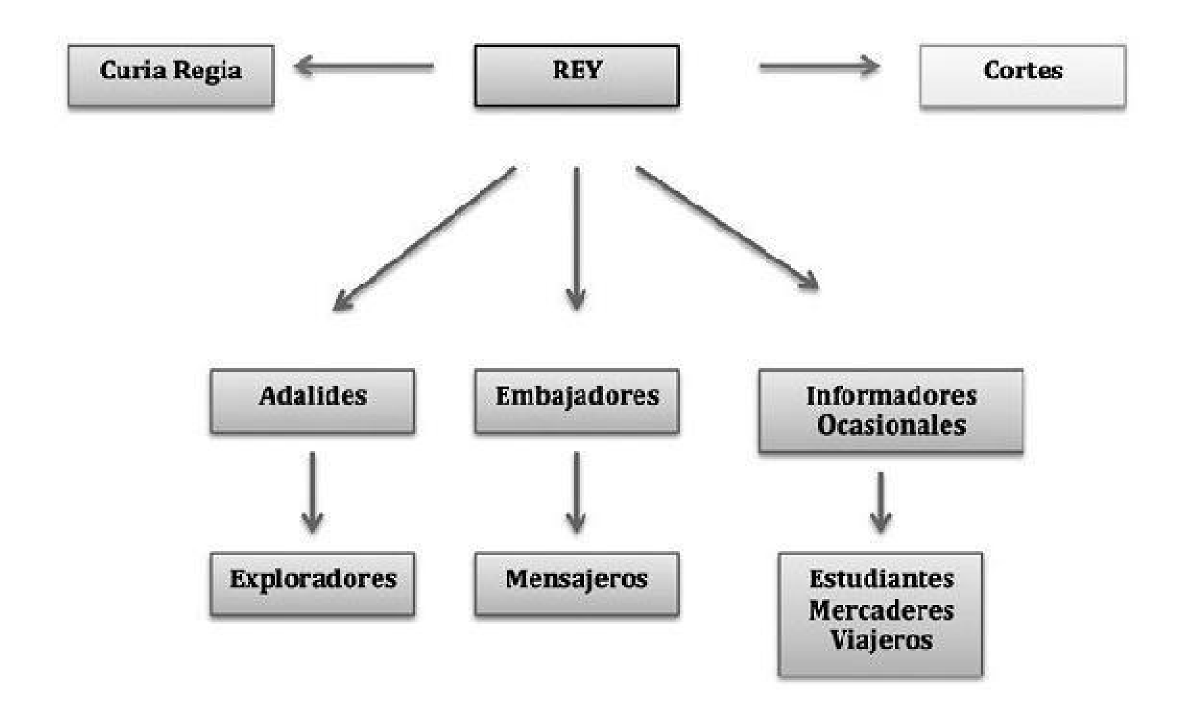
Desarrollo del proceso de espionaje en la Corona de Castilla durante el siglo XV.

Inteligencias secretas en el mundo moderno

La conformación de los llamados Estados modernos provocó, en buena lógica, un proceso evolutivo de estas estructuras medievales, provocando su consolidación y, principalmente, la diversificación de las mismas. Al complicarse los modelos jurídico-administrativos y económicos, la presencia de actores políticos se multiplicó. Como ya expliqué en el capítulo anterior, se hizo necesaria la creación de oficiales superiores, superintendentes o

spymasters que capitalizaran lo que, en aquellos momentos, se constituía como superestructuras de conocimiento.

Obviamente, los que más ventaja llevaban eran los ingleses, que habían perpetuado una estructura de captación de información, de generación de inteligencia, obligados por las circunstancias político-militares traídas hasta allí desde hacía más de 150 años. Su estructura, capitalizada por el primero de los grandes espías al mando, Francis Walsingham, se tornó en proverbial en aquellos años centrales del siglo XVI combatiendo contra el Imperio español que, a diferencia de los ingleses, tenía mucho más difícil la constitución de una estructura eficaz de espionaje e inteligencia centralizada.



Estructura política de la Monarquía Hispánica.

En efecto, el modelo político desarrollado por los Habsburgo en la Corona de España perpetuaba un problema endémico de los sistemas políticos descentralizados de la Baja Edad Media: las uniones dinásticas de estructuras políticas independientes. Así, la suma de reinos constituyentes de coronas durante los siglos XIII al XV en la península ibérica, si bien supuso la ampliación del territorio bajo el señorío del rey, no conllevó una

simplificación jurídica, al menos, en lo territorial. Aunque la Monarquía Hispánica contaba con un órgano decisor centralizado, el Consejo de Estado, los marcos jurídicos se multiplicaban en los consejos territoriales. Esta aberración que aún seguimos soportando en el actual Estado de las Autonomías, además de constituir el Estado en una multiplicidad jurídica que diferencia *de facto* a los habitantes del reino en función de su lugar de origen o afincamiento, dificultó en extremo la constitución de un soporte legal único que diera cabida, estabilidad y eficacia a una buena estructura de espionaje e inteligencia. En otras palabras, era más fácil que cada consejo territorial desarrollara sus propias redes de espionaje a que se creara una macroestructura capaz de aglutinar todos los esfuerzos.

De modo que, en aquella España del siglo XVI, Carlos I y, principalmente, Felipe II sí lograron establecer una red de espionaje más o menos constante y efectiva, pero no consiguieron jamás establecer una estructura de contraespionaje que les protegiera de los ataques en ese campo de otras estructuras antagonistas como la francesa y, sobre todo, la inglesa. Aunque, siendo honesto, debería aproximar a esa función la labor realizada en aquellos años por el Consejo de la Inquisición. Soy consciente de que para la mayoría de los españoles, hablar de la Inquisición es citar a la bicha. Sé que la mayoría de los lectores de estas páginas asociarán el Consejo de la Inquisición como el baluarte de la intransigencia fundamentalista católica; la herramienta de los monarcas patrios dedicada a sofocar cualquier internacionalización social en la Península; causa del atraso cultural, científico y filosófico español; madre de todas las intoxicaciones conocidas como Leyenda Negra.

Y, sin duda, tendrán razón.

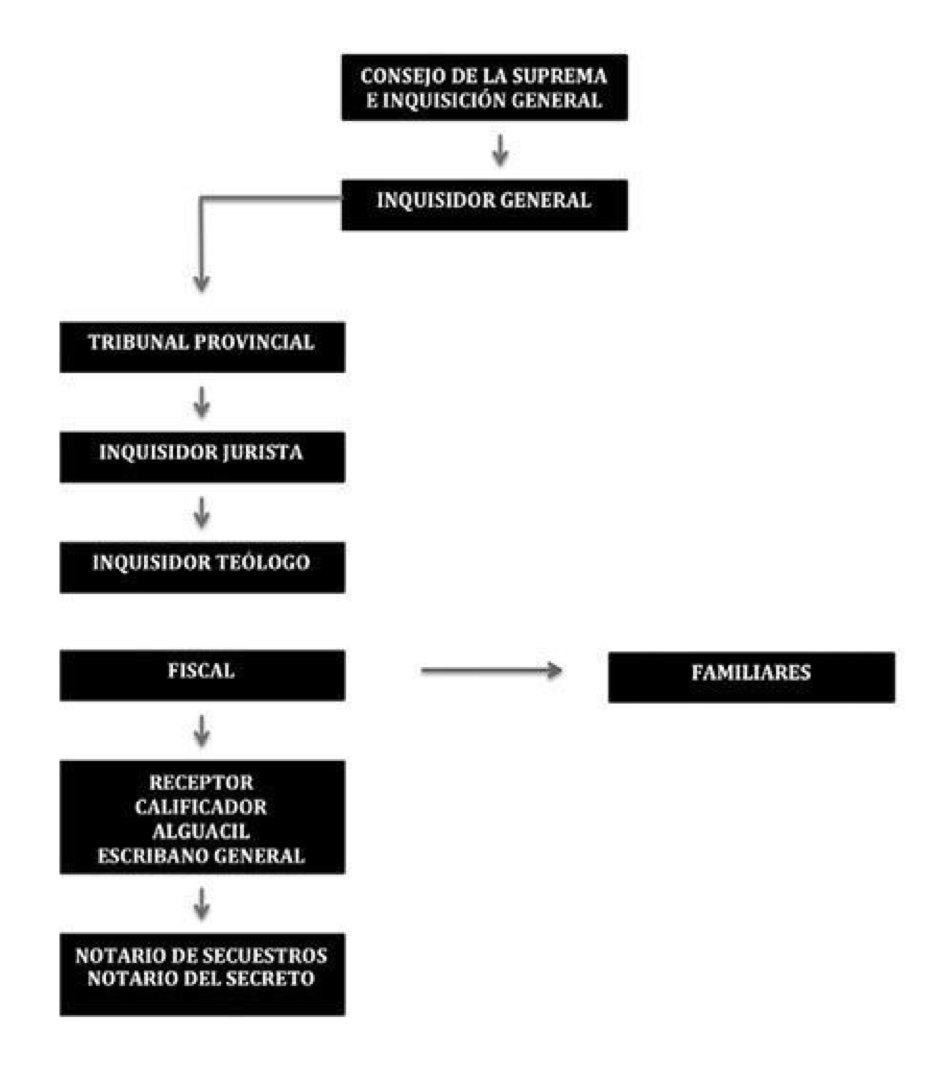


Fig. 6. Estructura de la Inquisición española.

Claro que, como red interna de contrainteligencia, no tuvo parangón. Bien es cierto que sus objetivos iniciales eran más cercanos al control social, ideológico, político y cultural que, muchos años más tarde, desarrollarían estructuras político-policiales como la Gestapo, la STASI o la NKVD. Que su objetivo base era la prevalencia del modelo de sociedad católica tradicional frente a la evolución que conformaban las conversiones y diversas reformas religiosas concebidas al calor de la constitución de los Estados modernos. Sin embargo, no me negarán que, persiguiendo sus objetivos, no hubo nadie que escapara a su terrible mirada. La red de chivatos, perdón, familiares de la Inquisición, extendida por todo el territorio patrio, constituyó, *de facto*, una

red lo más eficaz posible. Bien es cierto que carecía de intereses políticos o, al menos, eso nos han querido hacer ver los largos años de difusión de sus horrores represivos y la ausencia de un análisis de la misma desde un punto de vista menos apasionado. No me extrañaría que las redes establecidas por Richelieu y Fouché tuvieran en este Consejo de la Inquisición un ejemplo a seguir. De hecho, la característica principal de la Inquisición como red de control era su jurisdicción global en todos los territorios de la Monarquía Hispánica dado que, por encima de los aforamientos históricos y ancestrales, todos los habitantes súbditos de la Monarquía Hispánica eran católicos confesos.

Por todo ello, la estructura de espionaje e inteligencia desarrollada durante el reinado de Carlos I y consolidada durante los largos años del Rey Prudente ha de ser considerada como estructura de inteligencia en exclusiva y no global por la ausencia clara del contraespionaje, esto es, de la integración de redes de control interno. La verdad, habría sido tan sencillo como asociar el cargo de inquisidor general con el *spymaster* o superintendente general de las Inteligencias Secretas, como habría de ser nombrado el cargo creado durante el reinado de Felipe III.

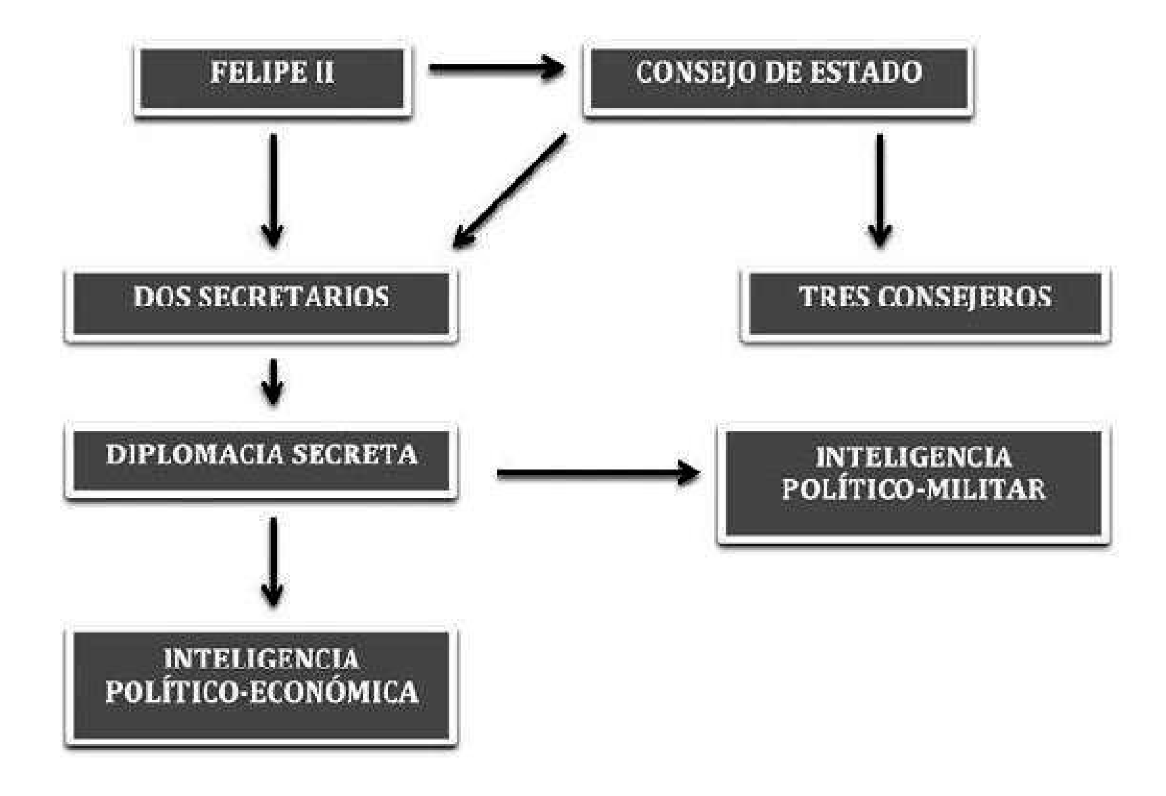


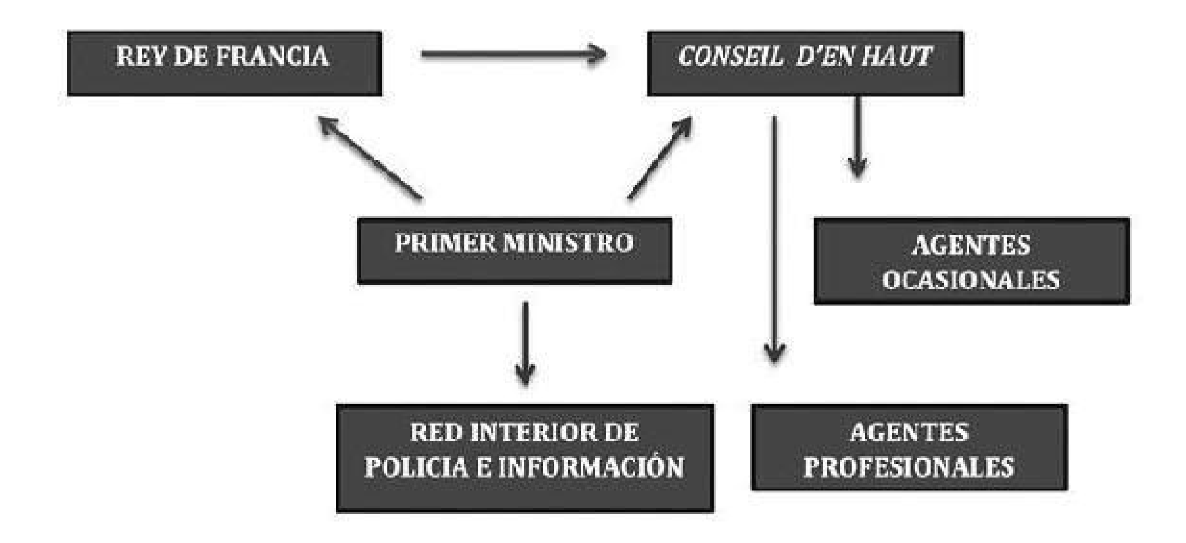
Fig. 7. Estructura de poder en el sistema de espionaje e inteligencia de Felipe II.

Curiosamente, tal asociación de cargos y responsabilidad en las más altas esferas de aquel Estado español primigenio se dieron solo tres veces, pero aglutinando la Secretaría del Consejo de Estado, la presidencia del Consejo de Castilla y el puesto de inquisidor general en las personas de tres cardenales: Cisneros, Granvela y Espinosa. Pero ninguno estuvo al cargo de la diplomacia secreta, en manos separadas de los secretarios principales o del resto de consejos territoriales.

Sea como fuere, es más que evidente que la dificultad para normalizar jurídicamente los territorios correspondía más a franceses que a españoles, dificultando en extremo el asentamiento de un modelo de Estado claro que permitiera el desarrollo de una estructura de espionaje e inteligencia global o, al menos, efectiva, problema que seguimos teniendo a día de hoy.

Por el contrario, los franceses, una vez superaron el modelo individualista establecido para todo por Francisco I, desarrollaron, ya en el siglo XVII, una estructura exitosa, parte indispensable del éxito de aquella monarquía hegemónica en Europa hasta mediados del siglo XVIII.

La estructura de espionaje e inteligencia francesa no distaba demasiado de las existentes en el siglo XVI en el resto de naciones competidoras por la citada hegemonía en Europa. No fue hasta la llegada al poder del cardenal-duque de Richelieu que, como ya expliqué en el capítulo anterior, el modelo quedó revolucionado. Con un problema similar al español, esto es, la división interna y la competencia máxima por el acceso a los puestos decisorios al precio que fuera, resultaba más práctico desarrollar redes de control de la información interior que impidieran lastrar la actividad general de aquella monarquía. Como dos siglos después diría el efímero rey de España, Amadeo I, los principales enemigos del Estado estaban en el interior.



Estructura francesa desde la llegada del cardenal Richelieu al poder (1624).

Además, como consecuencia definitoria de esta evolución experimentada en Francia, el *spymaster* se convertía en factor político *per se* más que en argumento, como había ocurrido hasta entonces. Haciendo un breve ejercicio de memoria, comprobarán que los oficiales principales de las estructuras previamente señaladas, los espías al mando anteriores a Richelieu, aportaban conocimiento al decisor político, al consejo o cámara del rey. Desde aquel momento en que un primer ministro estableció el control sobre la inteligencia dando preeminencia a las redes interiores para garantizar su posición, la inteligencia pasó a ser un factor político sin más. En otras palabras, Richelieu transformó las redes y estructuras de espionaje en estructuras políticas básicas de actuación mucho más que en generadoras de argumentos para la toma de decisiones.

Ahora bien, ninguna red anticipó esta deriva más que la creada por el Papado a lo largo de siglos de historia. Con una estructura rígida, jerárquica e inamovible durante casi milenios, el Papado, actualmente Estado Vaticano, contó y cuenta con una red de información global más que extendida, aprovechando la universalidad y el carácter transnacional de la religión. Y, si me permiten ser directo, el que crea que la red papal responde o ha

respondido exclusivamente a la fe y no a la razón de Estado, anda ciertamente perdido.

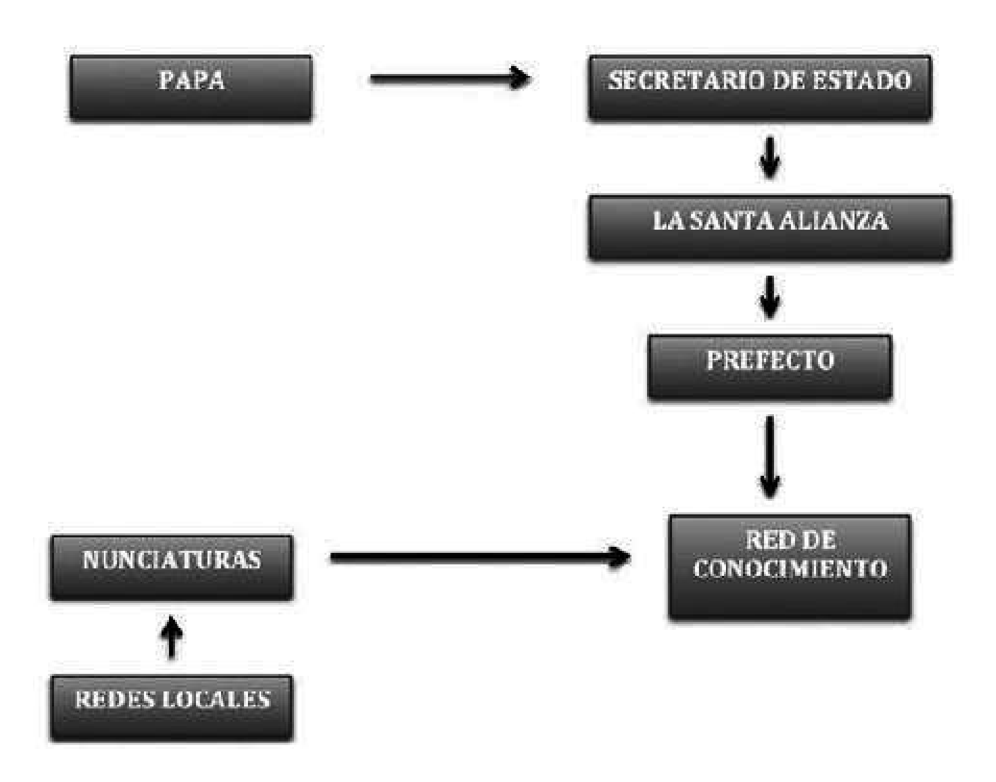


Fig. 9. Estructura supuesta de la Santa Alianza papal.

Esta estructura de espionaje e inteligencia, conocida como la Santa Alianza desde su fundación por el papa Pío V hacia 1556, ha sido siempre desmentida por el Vaticano y cuantos papas fueron requeridos al respecto. No obstante, para la mayoría de estudiosos e historiadores especialistas en la materia, resulta cuando menos increíble que el poder papal, incluso el actual Estado Vaticano, carezcan de una estructura de inteligencia. Los más comprometidos con esta cuestión, como el escritor peruano Eric Frattini, dan por hecha su existencia e, incluso, garantizan su evolución a lo largo de los siglos hasta una organización actual conocida como La Entidad. En fin, habrá que pensárselo un par de veces antes de confesar según qué cosas al párroco.

Redes globales de información

La llegada de la Edad Contemporánea, con la desaparición de los sistemas políticos absolutistas y el desarrollo de los Estados liberales transformó por completo la necesidad de información que se precisaba. Ya no se trataba de alimentar de inteligencia a un único decisor político o, dicho de otro modo, a una estructura rígida soportada por un único grupo de privilegiados. El siglo XIX, si por algo ha de ser reconocido, es por haberse convertido en un auténtico cementerio de elefantes en lo que a política se refiere.

Esa paulatina desaparición de los grandes imperios y el surgimiento de los nacionalismos y los Estados asociados a tal movimiento político evolutivo, provocaron la necesaria, y por otra parte lógica, aparición de estructuras de espionaje e inteligencia de exclusivo carácter político, alejadas de lo militar y, por supuesto, de lo económico. Caída la República de Venecia a causa de la expansión austríaca, las estructuras político-militares se mantuvieron durante gran parte del XIX. No tienen más que echar un ojo a cualquier manual mínimamente aceptable de historia del citado periodo y contar los enfrentamientos bélicos. Solo en lo que se refiere a España, fíjense ustedes, empezamos con la guerra de la Independencia, las guerras coloniales en América, las tres guerras carlistas, las guerras en Cuba y Filipinas y la guerra contra Estados Unidos. Añadan a eso las guerras napoleónicas, las franco-prusianas, la Cuestión de Oriente, las guerras africanas, la guerra de Secesión, la de Estados Unidos con México y la de los mexicanos con los franceses, la guerra del Opio y la sino-japonesa, la guerra de los Bóxer y las guerras civiles y de independencia por doquier donde uno mire. Hasta embarcaron a nuestros antepasados para, junto con los franceses, controlar la Cochinchina. Menos mal que, para cuando los nativos de aquellos lares cambiaron el nombre por Vietnam, los nuestros ya habían puesto los pies en polvorosa.

Entre tanta guerra, revolución, independencia y enfrentamiento civil o colonial, no fue hasta finales de siglo que la presencia de nuevos factores provocó una evolución en las mismas. El más significativo de todos ellos fue, la aparición del marxismo y la generalización del conocimiento del concepto de lucha de clases, con la eclosión del movimiento obrero por todo Occidente. Para muchos, el movimiento reivindicativo de los trabajadores, fruto de la desigualdad provocada por el desarrollo tecnológico-social de las revoluciones industriales, era una nueva forma de guerra que implosionaba los modelos sociales existentes. Ante tal amenaza, parece obvio que las tradicionales estructuras de espionaje e inteligencia político-militar poco tenían que hacer frente a la nueva necesidad de información. Es más, en la

mayoría de los casos, las actuaciones de las mismas se asemejaron al tradicional elefante en la cacharrería: fracaso total trufado de muertos por todas partes. Si a ello se le suma la evolución de grupos de lucha y reivindicación como los anarcosindicalistas hacia la violencia política y la propaganda por el hecho, es más que evidente que un nuevo modelo de estructura era requerido.

Estos anarquistas tenían por costumbre actuar en solitario, sin una red u organización que los amparara. Y, como ocurre con todas las amenazas cuando aparecen, dieron para el pelo a todo enemigo del proletariado que se preciara: en 1881 una ristra de bombas acababa con la vida del zar Alejandro II; en 1894 apiolaban al presidente de la República de Francia, François Sadi Carnot; tres años después le tocó a Antonio Cánovas del Castillo, tiroteado mientras descansaba en un banco del balneario de Mondragón; a los pocos meses le tocaba el turno a la emperatriz Isabel de Baviera, la conocida Sissi, a quien le siguieron Humberto I de Italia en 1900, William Mackinley, presidente de los EE. UU., un año más tarde, o José Canalejas, presidente del Gobierno español, en 1912, tiroteado frente a un escaparate en la madrileña Puerta del Sol. A todo ello había que sumarle un sinfín de acciones encaminadas a sembrar el miedo y el terror entre los grupos sociales privilegiados, ya fueran el Ejército, la Iglesia católica o la burguesía.

No cabe duda de que esa proliferación de ataques contra máximos dignatarios políticos de los grandes Estados occidentales y la ineficacia indudable de la represión como medida coercitiva, generadora de profundo rechazo social, condujo a la prevención como único camino de lucha en defensa del recién nacido terrorismo. Como consecuencia, a las tradicionales estructuras de espionaje e inteligencia de carácter político-militar se unieron las nuevas estructuras de espionaje e inteligencia político-social, generalmente conocidas como servicios de información.

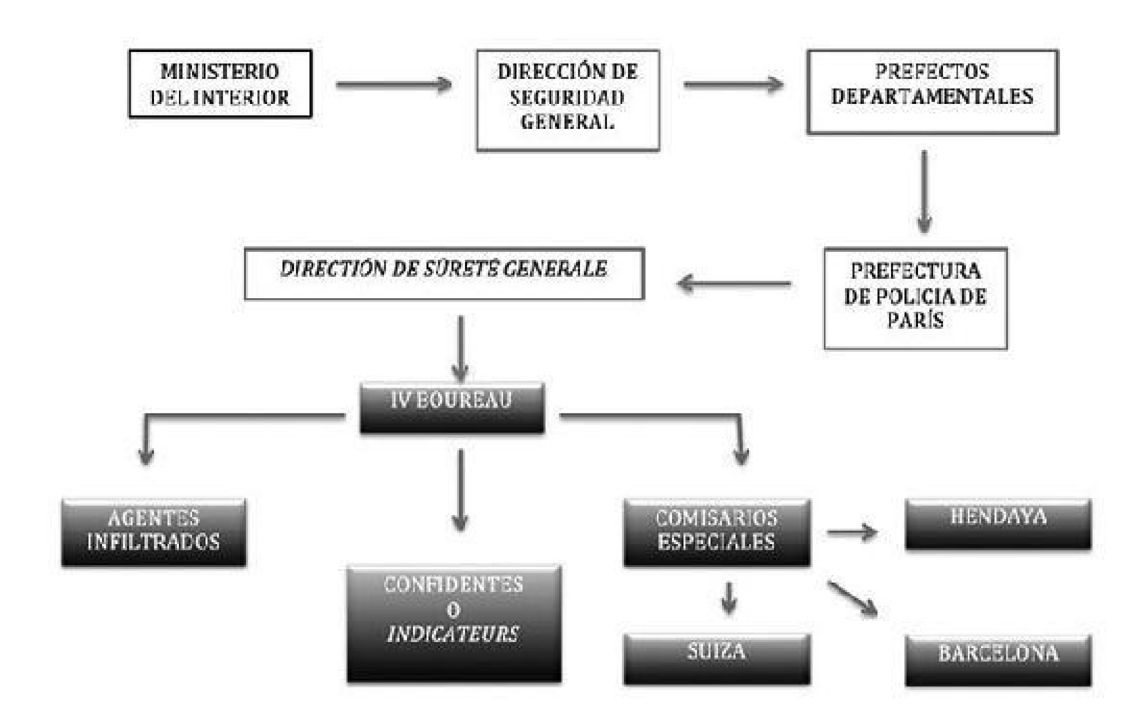


Fig. 10. Servicio de Información francés a finales del siglo XIX.

Estos servicios de información, sorprendentemente, no se constituyeron como subestructuras evolutivas dentro de los propios sistemas preexistentes, sino que quedaron asociados a las fuerzas de orden público, encargadas de combatir aquella nueva amenaza. No hay que olvidar que la violencia anarcosindicalista, desde el principio, se consideró un problema de orden público, correspondiendo a las fuerzas del Estado, encargadas de mantenerlo, su supresión. Además, tampoco es que hubiera superestructura alguna en Europa que tratara estos temas desde un punto de vista global. No hay que olvidar que era en estos momentos, a principios del siglo XX, cuando empezaron a plasmarse proyectos supranacionales, tibios en un primer momento, pero base de la realidad actual. Hoy en día es más que evidente que se lucha contra este tipo de violencia desde la globalidad, dada la casi imposibilidad de focalizarlo. En cualquier caso, ningún gobierno europeo consiguió demostrar la existencia de un complot internacional que justificara la presencia de anarquistas de cualquier nacionalidad en los reiterados ataques sufridos en Francia, España, Italia, Estados Unidos o Alemania. La

imprevisibilidad e individualismo de estas acciones violentas no dejaban otro camino de actuación que no fuera la prevención y la anticipación.

En ese sentido, este cúmulo de actuaciones violentas, terroristas diríamos ahora sin valorarlas, generó una necesidad global de defensa contra el anarquismo que culminó en la Conferencia Internacional de Roma para la defensa social contra el anarquismo, celebrada en 1898. Es más que probable que este congreso, al que asistieron más de cincuenta delegados entre diplomáticos y altos cargos policiales, pusiera las bases para el desarrollo de este nuevo modelo de estructura de espionaje e inteligencia. A medida que las acciones violentas se volvieron más audaces y, sobre todo, efectivas, la alarma cundió entre los gobiernos europeos, provocando el desarrollo de las redes de información policiales, especialmente en el caso inglés y francés.

La aparición de comisarios especiales, en el caso francés, que ocuparan una zona y, siguiendo el modelo tradicional del agente en localización, desarrollaran una actividad constante de información, equiparó estas estructuras con las tradicionales político-militares. Rebasando las fronteras, creando estructuras complejas, enviando agentes formados capaces de generar información que diera base a la elaboración de inteligencia, las organizaciones policiales provocaron la aparición de nuevos modelos de estructuras de espionaje e inteligencia. Agentes como los comisarios especiales Jules Bonnecarrère o Helvig Thiellement, localizados en Barcelona a finales del XIX y principios del XX respectivamente, constituyeron una unidad de inteligencia activa hasta bien entrada la primera década del siglo XX, quien sabe si embrión de lo que llegaría a desarrollarse a partir de 1914 bajo el nombre de INTERPOL.

El amplio desarrollo de estas redes de información inicialmente policial fue más allá del caso francés afectando a otras organizaciones policiales como Scotland Yard. Seguro que el papel de Charles Arrow, enviado a España para constituir y conformar la Oficina de Investigación Criminal (OIC) fue más allá del simple asesoramiento. Sea como fuere, a diferencia de las estructuras político-militares, parece evidente que la colaboración entre estas fue una realidad, algo impensable para el resto de estructuras de inteligencia, a pesar de la existencia de un objetivo común.

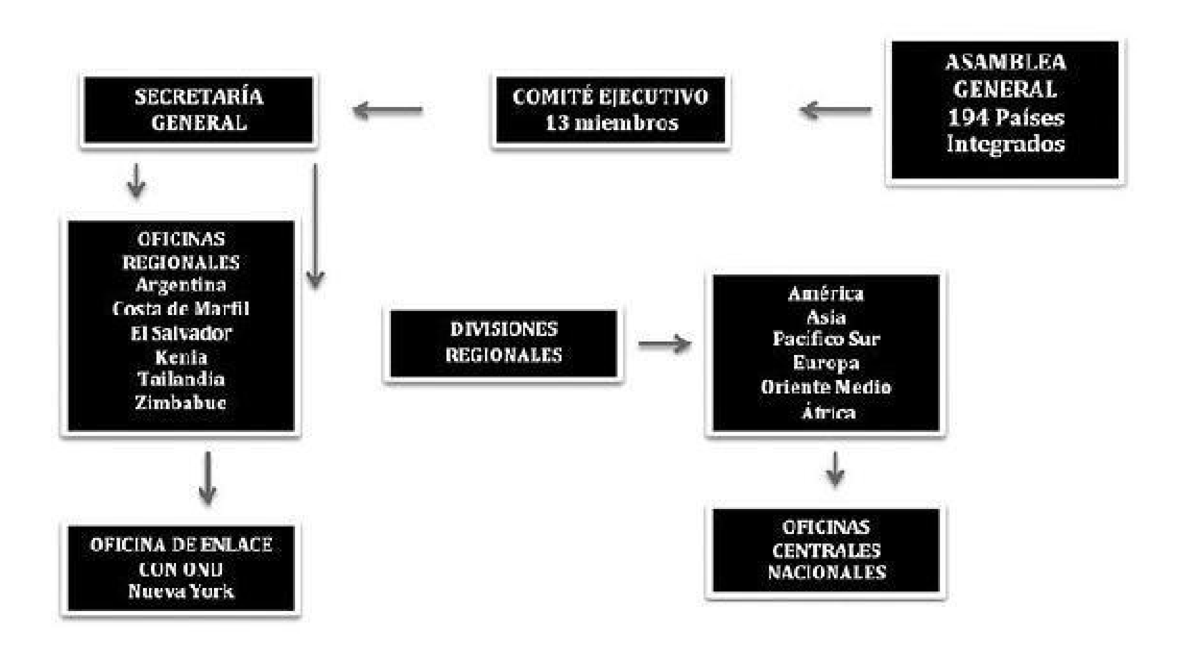


Fig. 11. Estructura de información de INTERPOL.

Ahora bien, a la vez que estos modelos de estructura nueva se iban consolidando en la mayoría de los países occidentales, incluido Estados Unidos con el *Federal Bureau of Intelligence*, la complejidad de la situación política internacional y el clima creciente de enfrentamiento internacional hizo que las tradicionales estructuras de espionaje e inteligencia fueran recibiendo mayor inversión por parte de los gobiernos y, en buena lógica, un desarrollo evidente en la Europa de la segunda década del siglo XX.

Justo antes de la explosión de la Primera Guerra Mundial, las estructuras de espionaje e inteligencia europeas de carácter político-militar alcanzaron un máximo en actividad y desarrollo. Al Deuxième Bureau francés, creado en 1874 dependiente del Estado Mayor, habría que añadir las diferentes versiones de la oficina de inteligencia británica que desembocaron en el MI5.

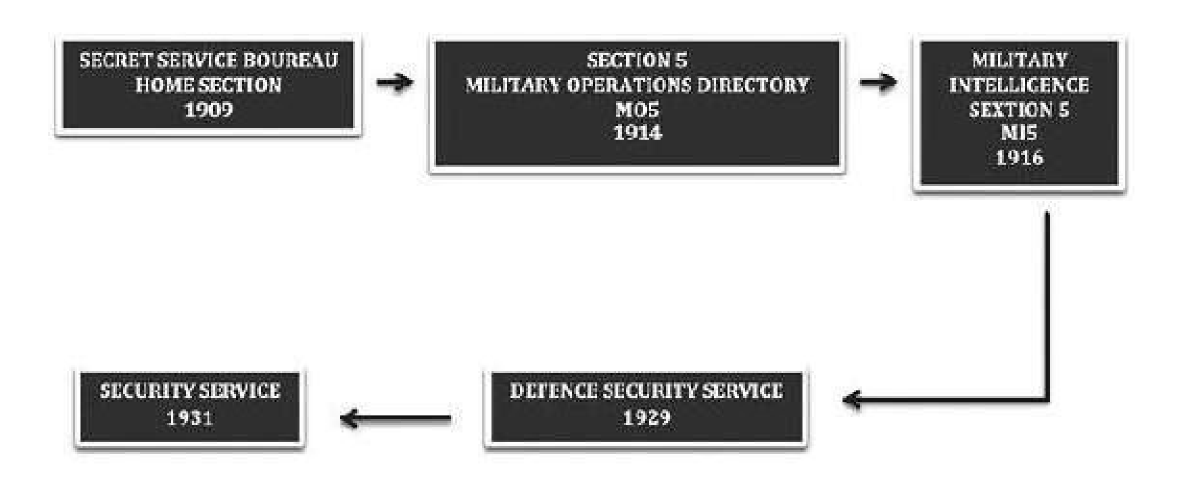


Fig. 12. Evolución de las estructuras de inteligencia británicas.

En el caso alemán, la *Abwehr* cumplió la misión de desarrollar inteligencia militar; especialmente durante la Primera Guerra Mundial y en lo que se refiere al territorio español, penetró las estructuras políticas de la España de Alfonso XIII en su totalidad, abortando la mayor parte de las iniciativas de colaboración con la Triple Entente por parte de los sucesivos gobiernos españoles. Sin embargo, no sería hasta la llegada del almirante Canaris que la estructura de espionaje e inteligencia alemana experimentara una considerable evolución que llevaría a esta potencia al éxito de sobra conocido de la primera fase de la Segunda Guerra Mundial y haciéndola impenetrable durante buena parte del conflicto mundial.

Siguiendo esa línea, pero con una profundidad y desarrollo claramente menor, Estados Unidos y la Rusia soviética iniciaron su proceso de ampliación de las estructuras de inteligencia más tarde, lo que sería fatal tanto en el Periodo de Entreguerras como en las fases iniciales de la Segunda Guerra Mundial. En el caso de Estados Unidos, hasta que no fue inevitable el conflicto, el Gobierno federal no creó una estructura político-militar que cumpliera con las labores de inteligencia y contrainteligencia. La Oficina de Servicios Estratégicos u OSS, precedente de la famosa Agencia Central de Inteligencia, no fue una realidad hasta 1941 y siempre con un claro hándicap frente a las estructuras soviética y alemana: la supeditación al control democrático de las diferentes

cámaras legislativas. Este problema, ampliamente desarrollado por Carlos Ruiz Miguel, supone en el presente el principal escollo en el desarrollo de este tipo de estructuras, sometidas el poder político democrático y constitucional.

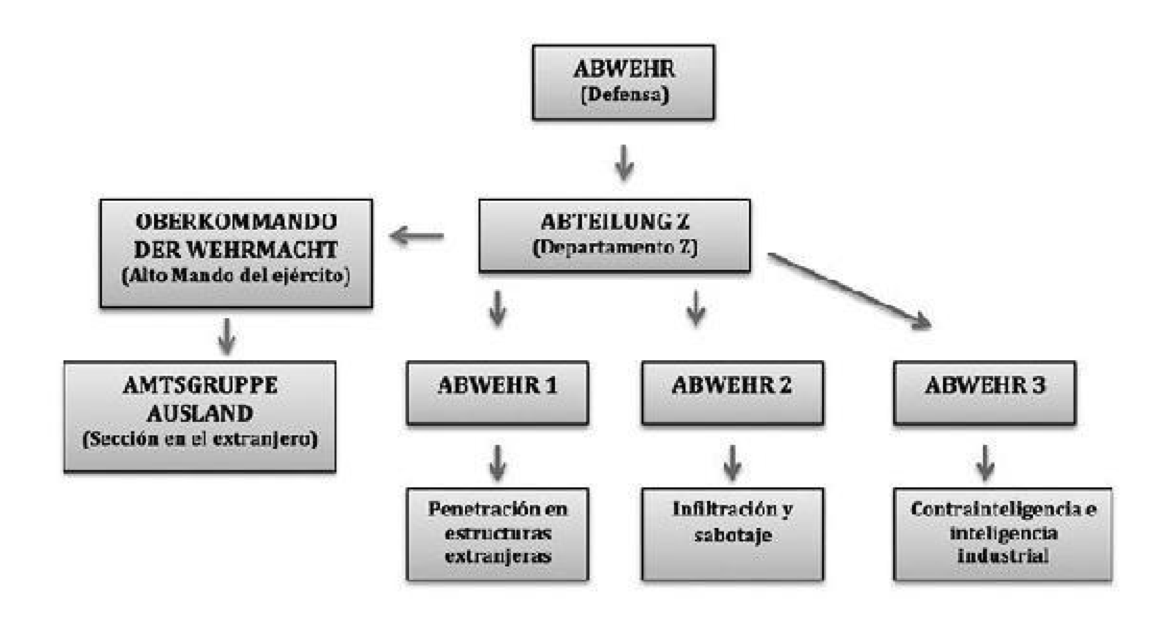


Fig. 13. Estructura de espionaje e inteligencia de la Alemania nazi.

Las necesidades de combatir la fortaleza de la estructura nazi-fascista desarrollada por Canaris fue lo que, provocó la evolución citada en los Estados Unidos. En el caso de la Unión Soviética, carente de trabas constitucionales al respecto, no fue otra cosa que el hecho de combatir la disidencia interior lo que generó la necesidad de crear una estructura de información, a estilo de las aparecidas en Francia en la lucha contra la violencia política y el terrorismo anarquista de finales del XIX y principios del XX. La NKVD vio la luz en 1934 como Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos. Con una estructura inicial volcada en la represión y el control de aquellos grupos contrarios a la política del líder tras la muerte de Lenin, la NKVD fue asumiendo poco a poco competencias propias de una estructura de espionaje e inteligencia, siendo la guerra civil española una de sus pruebas de fuego en la competencia con otras estructuras mucho más asentadas, como el caso alemán.

A diferencia de las estructuras británica, francesa o estadounidense, la NKVD contaba con un aparato represivo básico orientado al control de la propia población, sustentado por la esencia no democrática del régimen que lo constituía. En el caso de la Alemania nazi, aun compartiendo esa ausencia de control democrático y la necesidad de controlar la población con el objetivo de evitar insurgencias, la Abwehr fue siempre una estructura de carácter militar predominante, por lo que correspondía a la Gestapo, principalmente, el control de la población, desarrollando servicios de información similares a las estructuras policiales ya descritas. En ese sentido, la NKVD perfeccionó el modelo de estructura de espionaje e inteligencia que incluía a la población propia entre los objetivos a la hora de captar información y generar inteligencia, implantado por el cardenal Richelieu y asentado por Fouché.

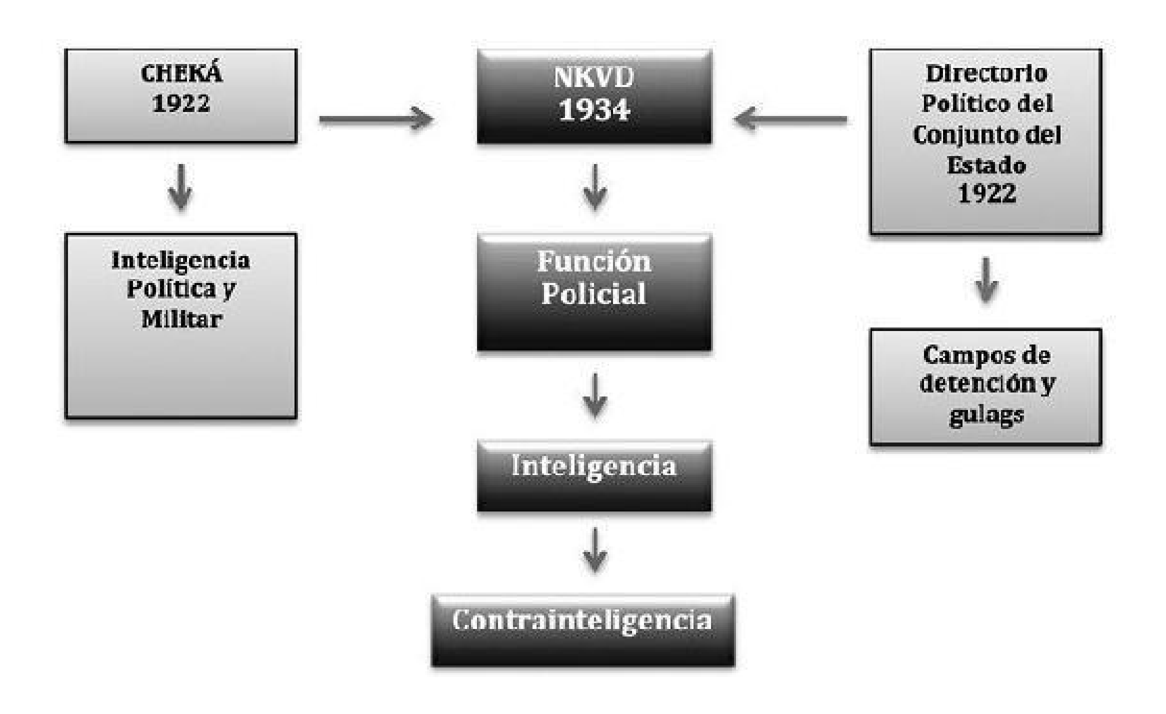


Fig. 14. Estructura de espionaje e inteligencia soviética de entreguerras.

El final de la Segunda Guerra Mundial trajo, entre otras muchas consecuencias, la creación de un escenario global de enfrentamiento maniqueo donde la política de bloques y la confrontación global, total y encubierta favoreció claramente el desarrollo de las estructuras de espionaje e inteligencia. Apoyadas por los aparatos políticos de cada bloque y con

financiación más que suficiente para su desarrollo, las estructuras de la Guerra Fría se convirtieron en herramientas básicas para la beligerancia mundial. Estas estructuras compitieron igualmente en bloque tratando de anticiparse al enemigo en la búsqueda de la información y el conocimiento como el inicio y fundamento del éxito.

Dado que el enfrentamiento carecía de una ubicuidad permanente, las estructuras resultantes del final de la Segunda Guerra Mundial hubieron de adaptarse a un escenario reticular que permitiera su actuación en cualquier territorio. En el caso del enemigo, en base a la acción encubierta de las unidades diplomáticas y en lo referente a los aliados, haciendo un uso muy particular de las relaciones bilaterales o sustentando la actuación en función de las alianzas de bloque. En otras palabras, trabajando juntos para defender los intereses comunes, pero no revueltos.

No obstante, a pesar de la impunidad en la ilegalidad con que se pudieron comportar en algunos momentos, de lo que ya se habrán percatado, las estructuras generadas por sistemas constitucionales hubieron de soportar, desde sus inicios, el control de los órganos legislativos. Así, la OSS norteamericana evolucionó en 1947 a la Agencia Central de Inteligencia o CIA a través del Acta de Seguridad Nacional, firmado por el presidente Truman. En esencia, establecía que la agencia no podía encargarse de la defensa de la ley ni de labores policiales, tanto en territorio patrio como en el extranjero, delimitando de un modo evidente sus atribuciones y mecanismos de control. Esta nueva estructura, nacida del final de la Segunda Guerra Mundial tenía como objetivo esencial combatir la expansión del comunismo y, sobre todo, enfrentar la estructura de espionaje e inteligencia generada por los soviéticos a partir del NKVD.

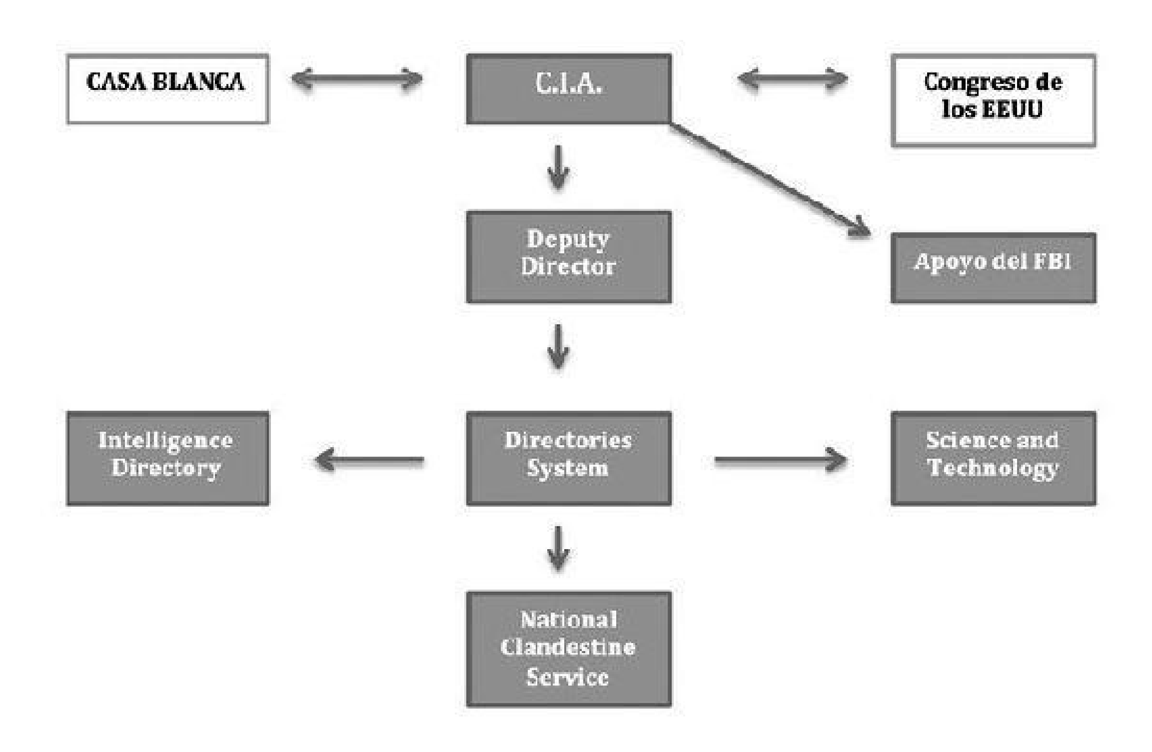


Fig. 15. Estructura de espionaje e inteligencia de EE. UU.

Frente a esta estructura de espionaje e inteligencia, siempre en el filo de la legalidad constitucional y en la controversia del mayor o menor control de los órganos legislativos y ejecutivos, se hallaba el KGB.

Nacido como una evolución del NKVD, el KGB fue constituido en 1954 como estructura de inteligencia básica del bloque soviético, así como policía secreta. A diferencia de la CIA, las funciones de control social y político de la población sí estaban entre sus competencias y el control por parte del órgano legislativo era más que cuestionable, convirtiéndose en pocos años en un auténtico poder fáctico dentro de la Unión Soviética. Yendo mucho más allá y basándose en la política de bloques, el KGB actuó en forma reticular, estableciéndose en gran parte de los países constituyentes del Pacto de Varsovia, la principal estructura militar-estratégica de los países del Segundo Mundo.

Este modelo de estructura de espionaje e inteligencia se asemejaba a una red distribuida por todos aquellos países, estando garantizada su intervención en

caso de necesidad, supeditando incluso a las propias estructuras nacionales, convertidas en satélites de esta superestructura. Frente a ella, la CIA hubo de esforzarse buscando la colaboración con las estructuras nacionales.

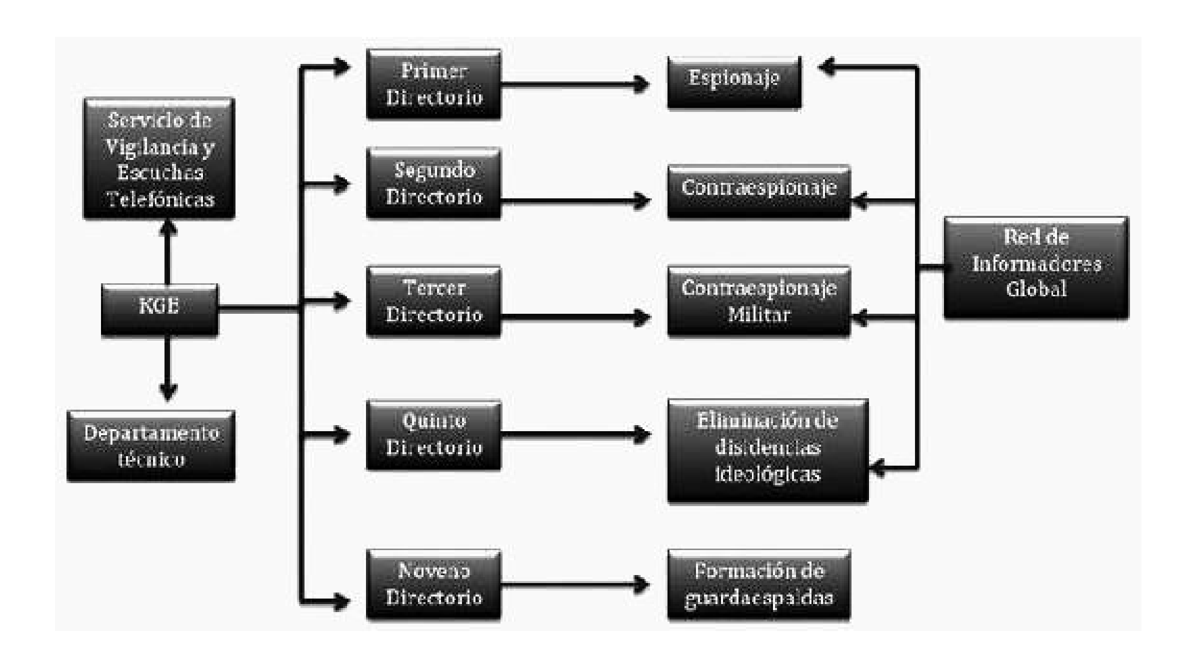


Fig. 16. La estructura de espionaje e inteligencia soviéticas definitivas: el KGB.

Siguiendo esa línea agresiva de implantación internacional de estructuras de inteligencia, no cabe duda de que el sistema israelí merece un aparte. Constituido el 13 de diciembre de 1949 por David Ben-Gurión, primer dirigente del recién estrenado Estado de Israel, fue constituido como un instituto central que coordinara todos los servicios de seguridad existentes en aquel joven y, por aquel entonces, acosado Estado. Unificando el departamento de inteligencia militar o AMAN y el servicio secreto interno, *Shin Bet*, al añadirle el departamento político del Ministerio de Asuntos Exteriores, Ben-Gurión consiguió una institución integral de seguridad e inteligencia, de alta operatividad y eficacia sin precedentes. En otras palabras, el primer ministro israelí había logrado crear el sueño de todo dirigente: una estructura de inteligencia y espionaje, independiente del control de la cámara legislativa, dotada de fondos más que necesarios y capaz de actuar en cualquier lugar del mundo. Dado el carácter de necesidad de defensa nacional ante el acoso de las naciones árabes, la estructura de inteligencia israelí se

convirtió en la más efectiva de cuantas existían en aquel momento. Conocido inicialmente como Instituto Central para la Coordinación, pronto recibió el nombre más complejo de *HaMosad leModiġin uleTafkidim Meiuḥadim*, Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales, abreviado en *Mossad*.

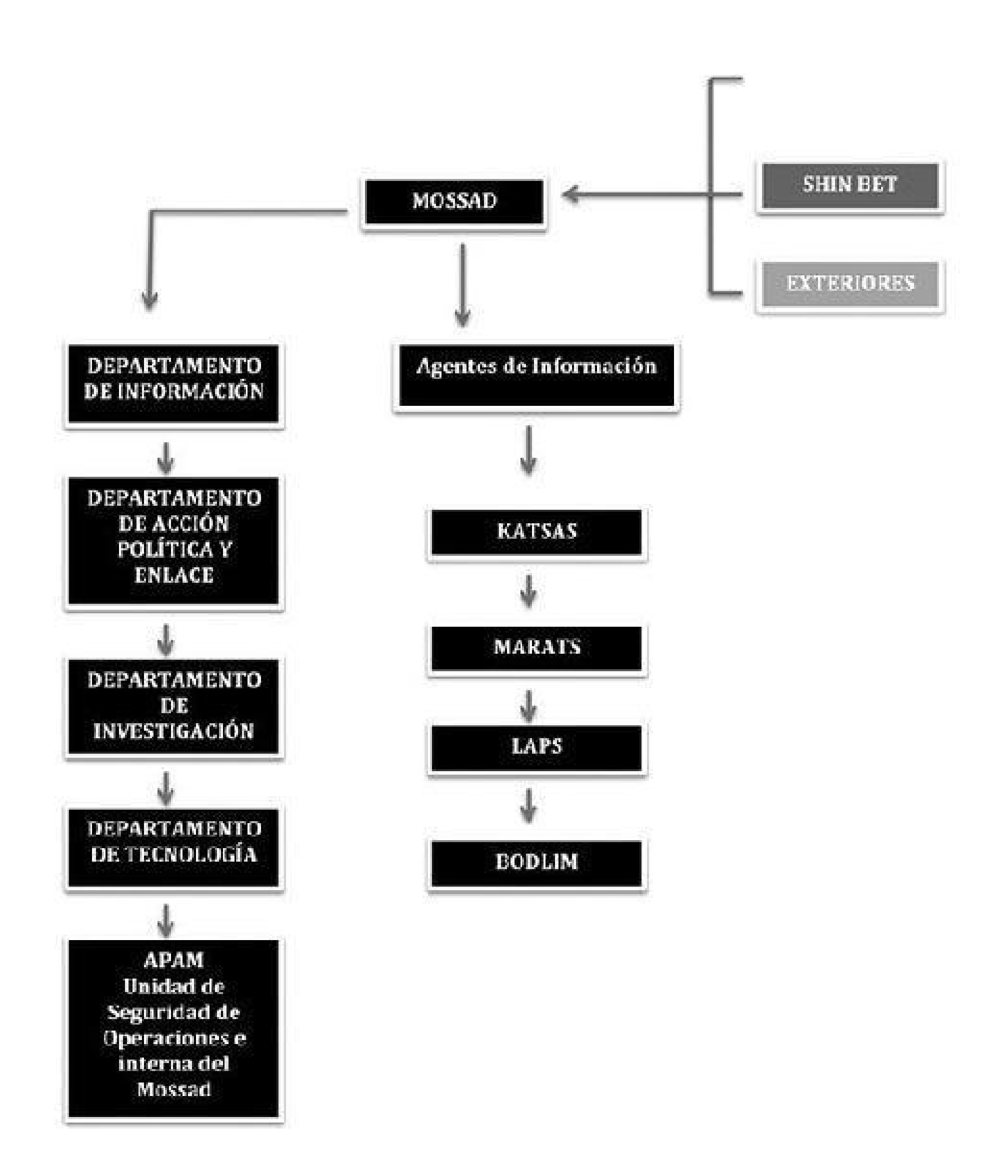


Fig. 17. La estructura de espionaje e inteligencia israelí: el MOSSAD.

Aunque la estructura pueda parecer tradicional —o, viendo lo anteriormente mostrado, lógica— he de reiterar la eficacia de una organización con una efectividad sin precedentes gracias al desarrollo de la clandestinidad activa como uno de sus principales bagajes. Además de contar con una unidad de preservación del orden interno y de lucha frente al contraespionaje, el *Avtahat*

Paylut Modienit (conocido por sus siglas, APAM), el *Mossad* cuenta con una central de acción en Europa, el CNT, que nada tiene que ver con la centenaria organización anarcosindicalista española. Además, en cada uno de los destinos calientes para la política israelí, el Mossad establece las llamadas estaciones, por lo general en las instalaciones de las embajadas y consulados, como la existente en la madrileña calle de Velázquez. Las estaciones de las embajadas están coordinadas por el *kaisarut*, agentes de inteligencia que coordinan las redes de información locales. Dependiente del *kaisarut* se halla el *dardasim*, cuyos agentes se encargan de China, África y Extremo Oriente. La información que todos estos agentes captan es transmitida en un lenguaje codificado conocido como *berman*, a decir de Eric Frattini.

Como ya he dicho repetidas veces, la clave del éxito de esta organización está en la efectividad con que gestionan las operaciones clandestinas con escaso o nulo control previo por parte de las instituciones legislativas. El Comité X es el encargado de aprobar las acciones encubiertas o clandestinas gracias al trabajo de los agentes de información o *katbas*, quienes, a su vez, reciben información de los *marats* o escuchantes organizados por el *shicklut*, departamento de escuchas e inteligencia de señales. Siempre supervisados por la división de inteligencia del *Mossad*, el KHT, el departamento de acción, el *metsada*, emplea a los agentes ejecutivos integrados en el temible subdepartamento conocido como KIDON, encargado de secuestros y asesinatos.

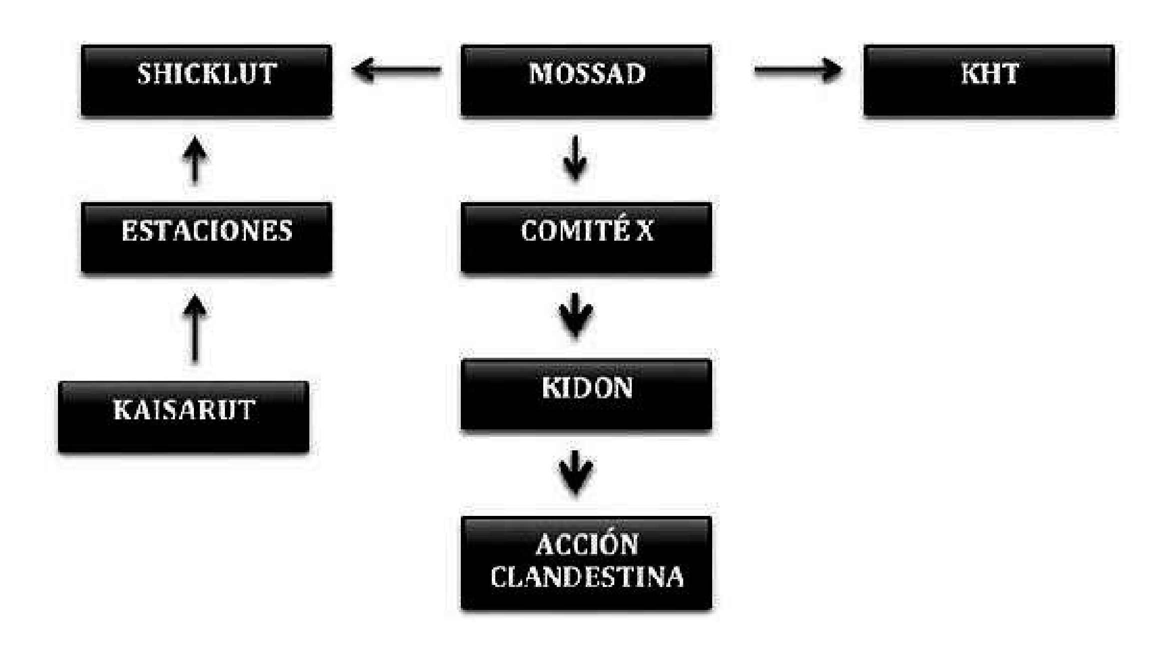


Fig. 18. Mossad: acción clandestina.

En lo que se refiere a los integrantes del *Mossad*, el Estado de Israel se nutre de ellos principalmente a través del Ejército. Dado que en Israel el servicio militar es obligatorio tanto para hombres como para mujeres, la cantera de este archifamoso y temido servicio de inteligencia está constituida por toda la ciudadanía. El *tsomet* es el encargado de reclutar a los candidatos óptimos para formar parte de la legión de *katsas*, ya saben, agentes de información. Respecto a los agentes de campo, ejecutores, integrados en el KIDON, es más que obvio que el *metsada* se encarga de buscar a los más capaces entre las fuerzas armadas israelíes.

El primer director del *Mossad*, a quien Ben-Gurión encargó la constitución de esta estructura, fue Reuven Shiloah, que ocupó el cargo desde 1949 hasta 1952. Entre los más destacados directores se puede citar a Isser Harel quien, con la colaboración directa del *Shin Bet*, pudo capturar al criminal nazi fugado, Adolf Eichmann, en Buenos Aires, el 11 de mayo de 1960. En una operación relámpago, el *Mossad* fue capaz de localizar, detener y sacar de Argentina clandestinamente a un genocida que sería juzgado en Israel, ejecutándolo el 31 de mayo de 1962. No es de extrañar, por tanto, que para la mayoría de seres humanos conscientes de la capacidad de esta organización, el mismo nombre *Mossad* produzca un escalofrío, especialmente si uno es considerado enemigo del Estado de Israel.

No obstante, tras el colapso de los sistemas comunistas y la desaparición de la Unión Soviética, tanto el KGB como el resto de estructuras de espionaje e inteligencia globales creadas en los demás países de aquel bloque, bien desaparecieron, bien se enfrentaron a un sorprendente proceso evolutivo hacia los sistemas democráticos. Claro, que de aquella manera. Está por demostrar cómo se puede hacer que una estructura de estas características, sustentada en la idiosincrasia de un sistema sin garantías constitucionales o democráticas, pueda conseguir adaptarse a tales nuevas circunstancias. Sobre este tema, muy debatido y polémico, destaca el caso lituano, ejemplarizante pero de escaso aprovechamiento modélico dados sus especiales parámetros jurídico-políticos y sociales.

En la actualidad, todas las estructuras de espionaje e inteligencia se han visto sometidas a nuevas realidades y desafíos. Por un lado, la gestión del secreto y la inteligencia en el siempre azaroso mundo digital, donde las amenazas se multiplican y hacen muy difícil su ubicación, análisis y, especialmente, control han provocado que estas evolucionen de la red de informadores a la sociabilidad del entorno virtual, donde el agente ha desaparecido en beneficio de los equipos adiestrados de analistas de inteligencia. Por otra parte, la desaparición de los bloques basados en alianzas político-militares ha dado paso a una nueva amenaza, mal llamada terrorismo global, de difícil enfrentamiento. Esta novedosa disidencia y beligerancia, sustentada por redes virtuales de financiación, adiestramiento y proselitismo perfectamente adaptadas a la globalidad de las redes sociales, de exagerada policefalia y ubicuidad, se ha convertido en el actual desafío para las tradicionales estructuras de espionaje e inteligencia derivadas del escenario de la Guerra Fría, obligadas a desarrollar divisiones de especialización extrema y que han provocado una constante evolución en las estructuras existentes.

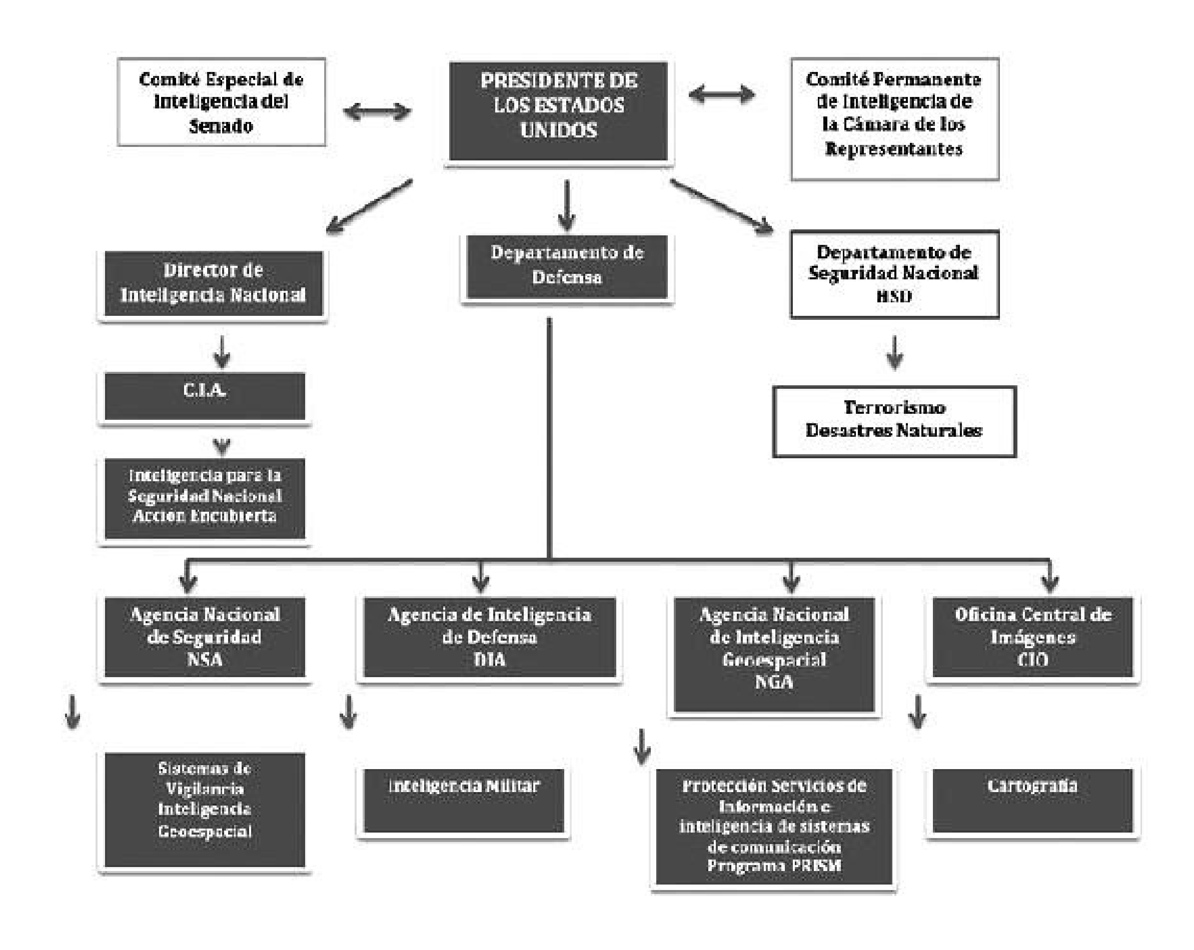


Fig. 19. Estructura de espionaje e inteligencia global de EE. UU.

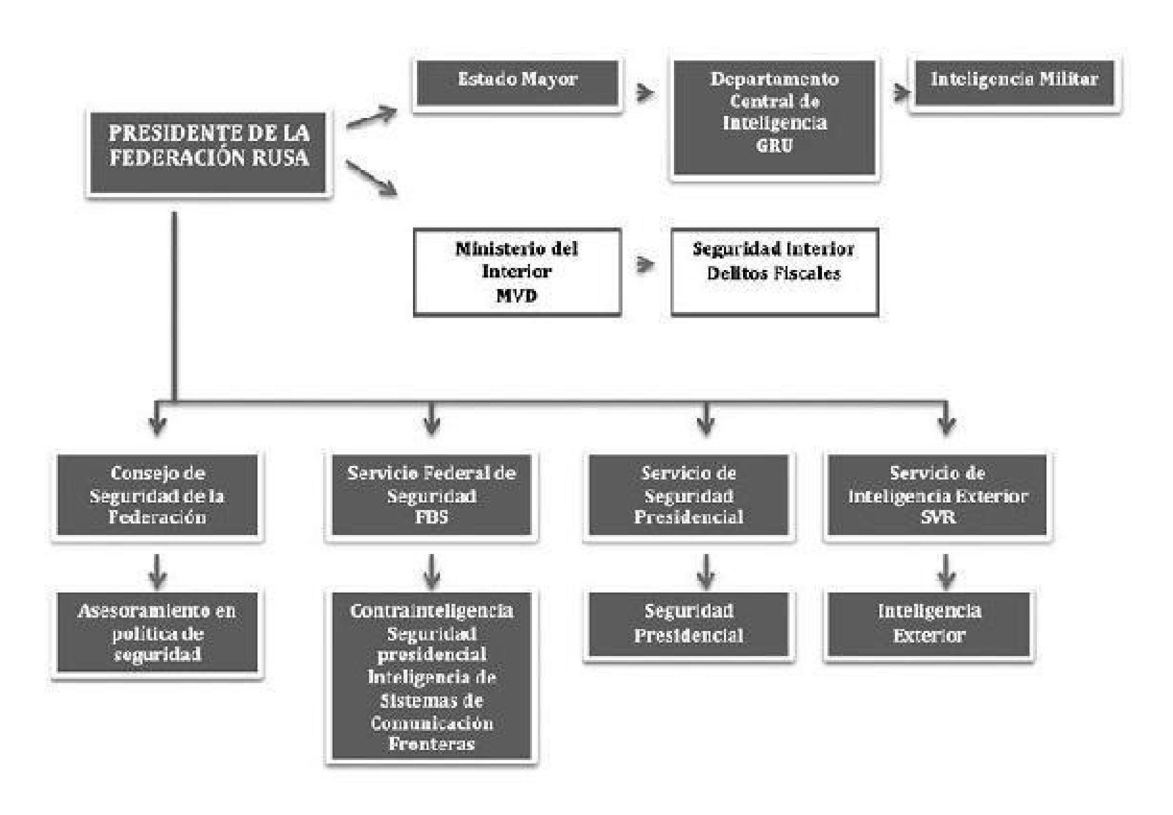


Fig. 20. Estructura de espionaje e inteligencia global de la Federación Rusa.

Por último, y no por ello menos importante, el creciente interés y deseo de la población en las sociedades democráticas y constitucionales de transparencia y adecuación de las actuaciones del Estado en lo referente al control de la información se enfrentarán en el futuro venidero al último desafío de las estructuras de espionaje e inteligencia: el control y gestión limpio de la información, generando inteligencia sin que el uso del secreto choque contra el derecho a la intimidad de los individuos y personas jurídicas. Los casos Wikileaks o Snowden, brechas en el secreto, hacen que quede por ver si es realmente compatible la democracia real con la estructura de espionaje e inteligencia. Quizás el modelo español, nacido durante el proceso de constitución de la propia democracia pueda ser un ejemplo a seguir. Otra cosa será la efectividad del mismo o la politización de los recursos que pueda hacer

una clase política cada vez más apegada a los intereses propios y al cortoplacismo impuesto por los ciclos electorales.

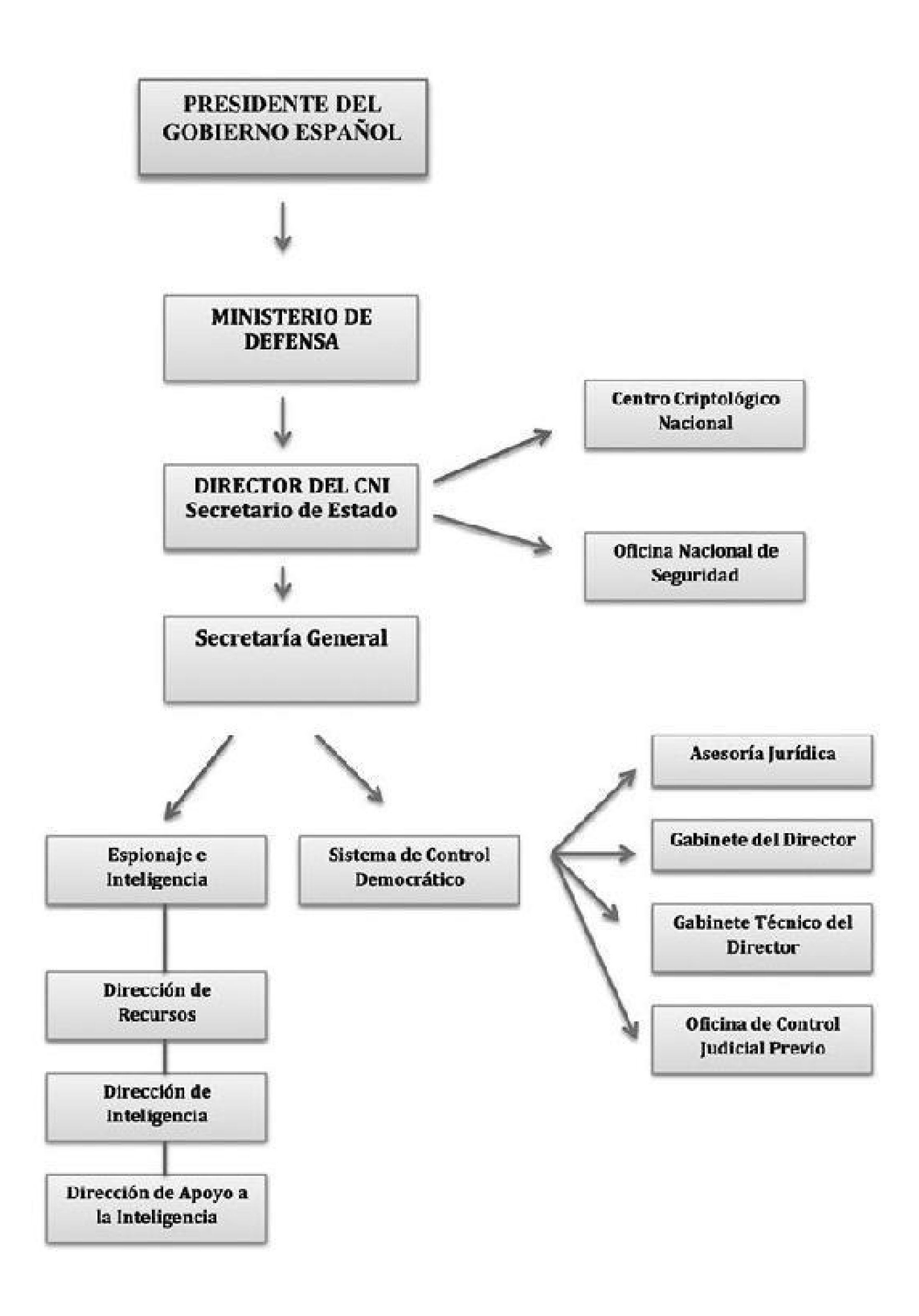


Fig. 21. Estructura de espionaje e inteligencia española.

— 4—

Errores, fallos, olvidos, descontrol y cagadas en el mundo de la inteligencia: cuando el espionaje no cumple con su objetivo

A lo largo de estas páginas he ido mostrando una cara del espionaje y la creación de la inteligencia bastante sistemática. Desde las diferentes y sorprendentes tipologías de espías a lo largo de la historia, a la aparición de estructuras consolidadas y modelos de espionaje en franca evolución al calor de los nuevos desafíos provocados por una sociedad en constante movimiento. Hemos conocido a maestros del espionaje, la doblez, la mentira y la traición; a mujeres decididas a conseguir un dato al precio que fuera o a gestores de grandes redes de espionaje, los *spymaster*, capaces de controlar todo lo controlable en sus propias comunidades. También, desgraciadamente, hemos podido comprobar cómo, a lo largo de la historia, estas prácticas se han ido volviendo cada vez más politizadas y usadas a discreción. Los espías han pasado de estar al servicio del sistema a servir a los decisores políticos sin casi una transición reseñadle. De ser prescindibles en los primeros momentos o solo utilizables en determinadas actividades militares o de protección de territorio propio, a formar parte de los argumentos políticos del líder en cuestión. No cabe duda de que, en los actuales sistemas políticos, en las presentes sociedades, el espionaje es un factor político determinante pero no para preservar la seguridad nacional, sino para conservar la estabilidad del sistema, las más de las veces. Para preservar la posición del líder o grupo político que lidera la comunidad, en la mayoría de las ocasiones. ¿Cómo, si no fuera así, han de entenderse los cambios de estructura, los cambios de dirección en las estructuras de espionaje e inteligencia? ¿O, en el lado opuesto, la pervivencia en el cargo de determinados spymasters por encima de lo humanamente lógico? ¿Por qué Fouché sobrevivió a todo lo habido y por

haber, y mira qué hubo, desde el inicio de la Revolución francesa? ¿Por qué John Edgar Hoover dirigió el FBI hasta el día de su muerte? ¿Por qué nadie publicó nada acerca de la homosexualidad de este último, demoledor en una sociedad tan puritana como la estadounidense?

En efecto, queridos lectores: la información es poder. Mejor aún, es el poder. Y lo ha sido desde hace milenios, aunque los historiadores nos hayamos empeñado en buscar el origen del conflicto de las naciones en la economía, la ideología, las tradiciones culturales, las razas o los movimientos periódicos de población. Saber todo de todos es lo que nos hace poderosos en realidad. Y, por mucho que nos esforcemos en negarlo, lo fue desde el principio. Por eso hay espías, redes de espionaje, de conocimiento, estructuras de espionaje e inteligencia, desde los orígenes de las civilizaciones. Y, por ello, por convertir el conocimiento en centro de la disputa, la humanidad de los gestores ha penetrado la eficacia de este mundo tan desconocido. El uso parcial de la información, el comercio con el mismo, la supeditación de este a factores e intereses parciales, propios, partidistas y cortoplacistas, en lugar de supeditarlo todo al bien común, al éxito de la sociedad que se protege, ha trufado la historia del espionaje, de las estructuras de espionaje e inteligencia, de monumentales errores, grandes fallos decisivos en el devenir de los procesos históricos. Siendo más coloquiales, la historia de los servicios de espionaje e inteligencia está repleta de cagadas transformadoras de la propia sociedad. En este capítulo final volveremos la vista hacia una plétora de estas disfunciones de los sistemas de inteligencia, redes de espionaje y estructuras que, en determinados momentos, no cumplieron con su obligación, dejando al descubierto las debilidades de las sociedades que protegían o, peor aún, exponiéndolas a una catástrofe.

Cagándola en espionaje e inteligencia militar

Sé que muchas personas, a modo de chascarrillo, dirán que inteligencia militar puede ser considerado un perfecto oxímoron. A lo largo de la historia, hemos podido comprobar cómo el nacimiento de las estructuras de espionaje e inteligencia ha estado sujeto a la evolución de los modos de captar información por parte de la rama militar del poder, sea cual fuera el momento histórico, y que, en ese buscar la información, se han cometido graves errores

en su gestión, análisis y disposición que han terminado en sonadas catástrofes épicas.

En la mayoría de los casos, más que el mal uso de la información, el error se basó en la falta de la misma, esto es, en que el mando militar en cuestión estimó no necesitarla. En líneas generales, ya desde los tiempos en que Sun Tzu empezó a escribir *El arte de la guerra*, la información en vanguardia era considerada esencial para la comprensión de las actuaciones del enemigo y de cómo acometerle con las mayores garantías. De haberlo hecho, por ejemplo, Cayo Flaminio Nepote, se habría dado cuenta de que Aníbal sí conocía el terreno por el que se movía; sí era consciente de la orografía, gracias a la información que sus exploradores en vanguardia le estaban facilitando; sí tenía en cuenta todos los factores asociados al combate. De haberlo sabido, Cayo Flaminio Nepote no habría sido aplastado junto al lago Trasimeno, perdiendo quince mil legionarios y debilitando las defensas de Roma hasta un punto insostenible durante la Segunda Guerra Púnica, allá por el año 217 a. C. . Muy dado a esto fue el estratego cartaginés, ya saben, a desmembrar ejércitos romanos carentes de la información necesaria que les permitiera afrontar la amenaza que se les venía encima. Y es que Aníbal fue muy hábil en esto, en manejar el conocimiento de todos los factores que le permitieran lograr eso que en los libros de enseñanza secundaria suele llamarse factor sorpresa, que no es otra cosa que estar perfectamente informado a la vez que mantienes a tu enemigo en la desinformación más absoluta.



Aníbal destrozando las legiones romanas, de Henri-Paul Motte, 1890.

En el caso de la Segunda Guerra Púnica (218 a. C.-201 a. C.), como en tantos otros enfrentamientos bélicos a lo largo de la historia, los romanos, entre otros muchos factores, adolecieron de ese tufillo a superioridad que conduce siempre al desastre. Esta idea de ser imbatibles, de no necesitar conocer todo al respecto, de estar seguros de tener un plan perfecto, costó la vida a miles de romanos a lo largo de la historia. Y no solo en las guerras contra los cartagineses. Tanto la República como el Imperio romano gozan de un corolario de ineptos pagados de sí mismos, seguros de su genialidad y superioridad aplastante, esa que, estoy seguro, conduce siempre a la masacre. Estúpidos como Marco Licinio Craso, quien, a buen seguro, pensó que dirigir una campaña militar en tierra extraña era tan sencillo como esquilmar los recursos en las provincias o abigarrar el peculio personal a costa del comercio, la industria o el erario público. Los partos le explicaron claramente la necesidad de controlar todo el conocimiento en las cercanías de la actual ciudad turca de Harrán, entonces Carras, donde aquel presuntuoso romano, cuya riqueza llegó a ser proverbialmente obscena, dejó su vida y la de casi

veinte mil legionarios romanos, amén de las tropas auxiliares, caballería y los cerca de diez mil prisioneros.

Otro de estos estúpidos romanos, carentes de una buena red de espionaje o, al menos, incapaces de tener en consideración la información que los exploradores entregaban, fue, sin discusión, Publio Quintilio Varo. Legado del emperador Octavio Augusto en la Germania Magna, no se dio cuenta de que el caudillo Arminio le tendía una trampa, haciéndole penetrar en el bosque de Teutoburgo, dejando, además de su vida, la de los integrantes de las tres legiones que allí perdió. Al igual que ocurriera con Craso, la cabeza de ambos adornó la mesa de sus antagonistas.

Parece lógico, por tanto, pensar que, desde el principio de los tiempos, la información ha sido básica para la consecución del éxito militar. Y, aunque a veces se esconda la captura de la misma como traición o suerte, múltiples ejemplos nos llevan a esta conclusión básica. ¿Cómo entender, si no fue así, la victoria persa en la batalla de las Termopilas? Es más que evidente que el famoso Efialtes de Tesalia era más bien un agente persa entregando información esencial antes que un traidor despechado, como se ha esforzado la literatura en representarlo. Más le hubiera valido a Leónidas haber clausurado los pasos de la montaña antes que confiar en la supuesta superioridad de los *homoioi* sobre los bárbaros del Este. Claro que lo mismo podría decirse de los propios persas quienes, si bien se informaron correctamente en las Puertas de Fuego, es obvio que olvidaron hacerlo en Maratón y, principalmente, en su catastrófica derrota de la isla de Salamina. Convencidos de haber acabado con los griegos tras tomar las Termopilas, derrotar las flotas coaligadas en Artemisio y conquistar la Beocia y la región ateniense, no se preocuparon de investigar la dimensión de la flota aqueménida ni de las condiciones del terreno adonde el astuto Temístocles les atrajo, lo que demostraba que el control del escenario de la batalla se inicia con el uso apropiado de la información.

Y si no me creen, piensen en despabilados como Alejandro Magno y Cayo Julio César, hábiles creadores de redes de información. Sus grandes y legendarias victorias no se entienden sin el concurso de ese conocimiento tantas veces citado. No me negarán que no todo éxito se debe al llamado genio militar o, en otras palabras, que la genialidad de estos generales del pasado hay que centrarla en su uso eficaz de la inteligencia militar.

Por otro lado, habría que resaltar la incompetencia de sus antagonistas, incapaces de controlarlo para no darles una baza decisiva. Estoy seguro que Vercingétorix, poco antes de ser estrangulado en los foros romanos, se arrepintió de no haber acabado con tanto mercader, viajero, enviado o emisario romano; o de haber protegido a los más débiles entre los suyos de las dádivas entregadas por César y sus paisanos; de haberlos alejado de aquellos campamentos y mercados fronterizos. De haber sido así, César no habría sido capaz de sortear el bloqueo al que le sometió el caudillo galo en las cercanías de Alesia, acabando con la última gran resistencia del pueblo libre. Lean, desde esta perspectiva, La guerra de las Galias y entenderán a qué me refiero.

Por tanto, resulta muy fácil interpretar las grandes victorias o las derrotas más catastróficas en clave de inteligencia y espionaje. De su buen uso o de su incompetente empleo. Y siempre teniendo en cuenta la aversión hacia los espías, exploradores y recabadores de información de todo tipo. Que resulta más fácil atribuirle a la divinidad la ventura de la victoria y no a los exploradores de Sierra Morena, conocedores de los pasos y protagonistas indiscutibles de la ganancia del llano en la batalla de las Navas de Tolosa del año 1212, decisiva en el proceso de beligerancia entre musulmanes y cristianos en la España medieval. Muy dados fueron los cronistas cristianos a otorgar a santos y vírgenes la responsabilidad de sus éxitos y, a su ausencia, los fracasos más sonados, en lugar de apechugar con las malas decisiones en base a la falta de información.

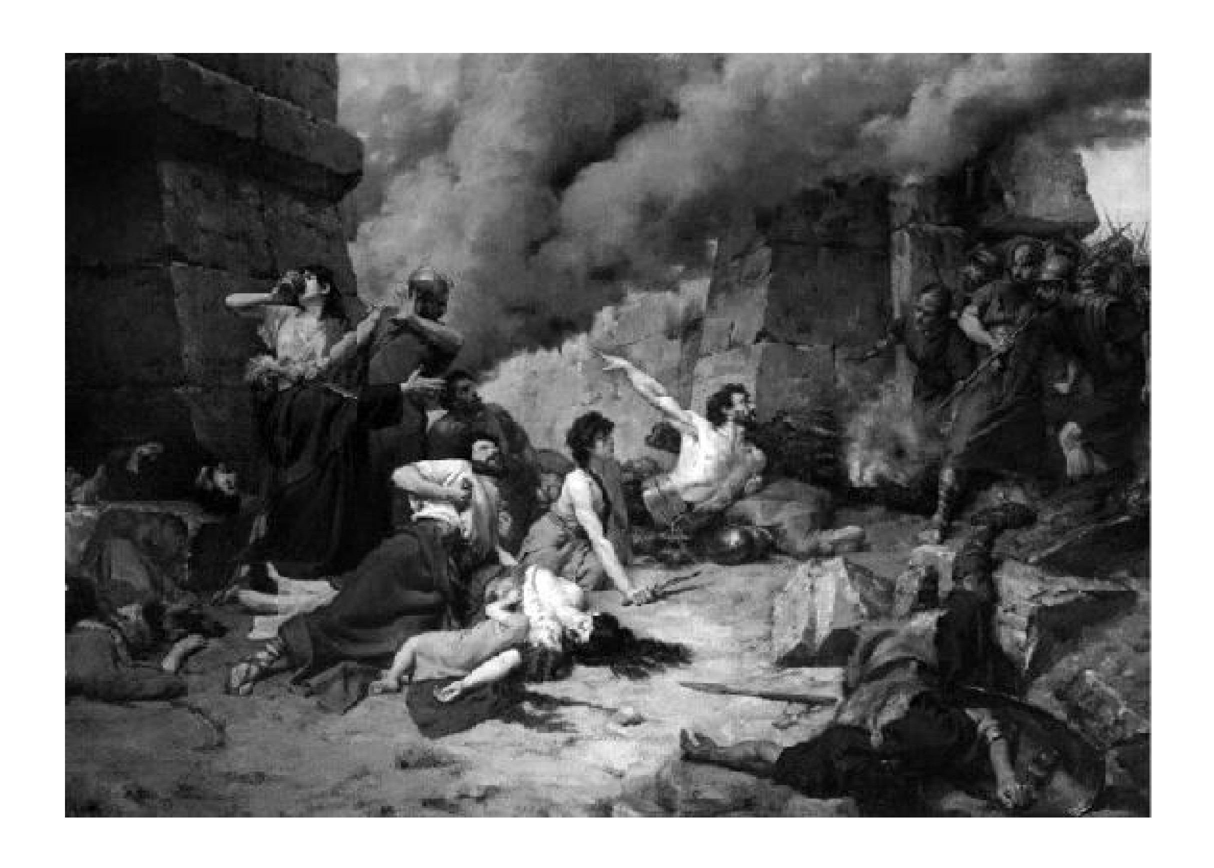
Es más que evidente, en estos periodos históricos iniciales para las estructuras de espionaje e inteligencia, que el mayor de los errores radicaba en no recabar la suficiente información, en no generar inteligencia básica. Es por ello que la cagaban constantemente por no confiar en la innoble labor del espionaje, aunque solo fuera para el reconocimiento del terreno. Según cuentan las crónicas de Abd-el-Wah’id Merrakechi, los almohades, liderados por Abu Yaqub, pusieron sitio a la ciudad de Huete, donde se encontraban encerrados el rey Alfonso VIII y los más poderosos señores de su reino. Basando la empresa en el bloqueo logístico de la ciudad y, principalmente, en la carestía de agua, un buen informe de inteligencia le habría avisado de las costumbres climatológicas de la zona. Sin duda, hubiera sido mejor tratar de rendir la plaza por falta de agua en verano y no en época de tormentas, seguramente a principios del verano. Las torrenciales lluvias, además de abastecer hasta la saciedad los aljibes de Huete, embarraron los accesos, haciendo inviable ese

tipo de empresa. Mas para los cronistas cristianos estaríamos hablando de un milagro divino: según cuenta el cronista marroquí, los sitiados se dedicaron toda la noche previa al aluvión a pasear sus libros santos entre fuertes clamores, rezos e invocaciones a la divinidad.

En la misma línea, pero sin santos a los que rogar, los habitantes de la ciudad celtíbera de Numancia resistieron el empuje romano durante casi dieciocho años hasta que, en el año 134 a. C., el Senado de Roma destinó a su mejor soldado, Publio Cornelio Escipión Emiliano, conquistador de Cartago, a someter aquella ciudad y acabar con las llamadas hoy día guerras cántabras. Este estratega experimentado, a diferencia de lo que haría siglos después Abu Yaqub, envió exploradores a reconocer el terreno. Tras recibir a buen seguro un completo informe de la situación, decidió bloquear la ciudad cortando todos los accesos de abastecimiento a la misma, especialmente los ríos Duero y Merdancho. Emiliano comprendió que, en lugar de tomar al asalto la ciudad, era mucho más sencillo bloquear los citados accesos y esperar a que la inanición acabara con los revoltosos. Solo tenía que construir una red de campamentos para finalizar su trabajo. Y así fue. Levantó siete campamentos, bloqueó los ríos y en quince meses la ciudad cayó, finalizando uno de los episodios de negligencia militar más famosos de la Antigüedad, que demuestra la importancia de la inteligencia en la estrategia general.

En otros casos, el asedio no resultaba tan sencillo o, al menos, la inteligencia no era tan decisiva. En la guerra de Granada, por ejemplo, no bastaba con crear una red de campamentos y cortar el acceso a los recursos básicos. Después de todo, no se trataba de un pequeño asentamiento en un cerro rodeado por un par de ríos. La ciudad de los Banu-Nasr era una metrópoli perfectamente abastecida y protegida. De no haber sido así, no habría resistido los más de dos siglos que sobrevivió a las grandes conquistas cristianas tras la derrota de las Navas de Tolosa. Por ello, los cristianos hubieron de emplear otras tácticas que deberían haber contrarrestado los nazaríes de haber contado con un buen servicio de contraespionaje. En primer lugar, no deberían haber confiado el poder político a sultanes sometidos a la tutela del enemigo. Este tipo de error, de cagada monumental, había sido frecuente en el pasado. Ya los romanos acostumbraban a capturar a hijos de reyes y estrategas para romanizarlos, introduciendo un topo en las estructuras enemigas. Estos durmientes, que diríamos hoy, acababan por dinamitar las sociedades antagonistas, hasta el punto de acabar con ellas. Lo hicieron con cuantos galos y germanos pudieron. Tiberio lo hizo con Heredes Agripa y,

antes que él, Julio César con todo quisque. Alguna vez salía rana, como el caso de Arminio y la catástrofe del bosque de Teutoburgo, pero, por lo general, solía acabar en asimilación del territorio, como bien nos muestra *La Ilíada* con las ocurrencias del despabilado de Odiseo.



Toma de Numancia por Escipión Emiliano, de Alejo Vera, 1881.

Y parece increíble que nadie se diera cuenta de esta vieja táctica del caballo de Troya, empleada hasta la saciedad. En Granada la utilizaron los Reyes Católicos con el hijo y hermano de Mulay Hasan, los famosos Boabdil y el Zagal. Capturado el primero tras la derrota sufrida ante los ejércitos combinados de Mulay Hasan y su hermano, el Zagal, los Reyes Católicos lo acogieron, le hicieron vasallo, le transformaron en caballo de Troya y lo devolvieron a Granada, a modo de gasolina para el fuego de la discordia interna que consumía el último reino musulmán de Europa. De haber tenido, una vez más, una estructura de espionaje e inteligencia, Boabdil habría sido neutralizado. O al menos contenido.

Además, los Reyes Católicos no solo confiaron todo al éxito del caballo de Troya y del odio entre facciones para neutralizar la acción del espionaje e inteligencia nazarí. Para fortalecer las posibilidades de éxito, emitieron todo el ruido —esto es, desinformación— que pudieron. Algunas veces, incluso rayando en lo esperpéntico, como patrocinando acciones clandestinas para desmoralizar a los sitiados. De ese modo entiendo yo los comandos liderados por Hernando del Pulgar que cruzaban las líneas enemigas y se infiltraban en Granada para colocar sobre las puertas de las mezquitas imágenes de la Virgen María o pasquines con plegarias y oraciones cristianas.

Sea como quiera que fuese, esto de la desinformación fue y es un arma de difícil contestación; que debilita al máximo las estructuras enemigas y que deja siempre un poso imposible de limpiar. Ya me dirán ustedes cómo, si no, consiguieron los ingleses desprestigiar a Juana de Arco, la Dama de Orleans y alejarla del favor del rey hasta el punto de precipitar la traición de Guillaume de Flavy, quien cerró las puertas de Compiègne y permitió su captura el 23 de mayo de 1430.

El corolario de enfrentamientos, batallas, escaramuzas, conflictos y, en general, guerras donde el mal uso de la información, su inexistencia o la falta de protección frente a la actividad contraria provocaron un descalabro descomunal es, inevitablemente, extensísimo. En algunas ocasiones, debemos tratar de penetrar a través de las excusas más variopintas para descubrir los errores del proceso de creación, gestión, análisis y difusión de la inteligencia, capitales para comprender el éxito de unos y la torpeza de otros. A los ya citados, podríamos sumar, por poner un ejemplo, la catástrofe de la Grande y Felicísima Armada, conocida como Armada Invencible a modo de chufla por los alimentadores de la negra y falsa leyenda de España.



Ajusticiamiento de Juana de Arco. Fotograma de *Joan the Woman*, 1917, interpretada por Geraldine Farrar.

Si he de serles sincero, más que una catástrofe, hay más de ineficacia y falta de coordinación en aquel fracaso que otra cosa. Bien es cierto que la actividad no contrarrestada del espionaje inglés tuvo sus frutos. Sin embargo, hay que achacar más al mal desempeño de las órdenes y la vulneración del secreto de las mismas la autoría del desastre. Y mucho más que a la maestría de los ingleses o, por supuesto, a las inclemencias del tiempo, a la desinformación sistemática, al citado ruido que los enemigos de aquella España hegemónica vinieron difundiendo masivamente para debilitar los apoyos del Estado incluso entre los integrantes del mismo. Así, ha de entenderse la leyenda negra española, como una acción de contrainteligencia, de desinformación continuada en el tiempo y no contrarrestada de ninguna manera por las estructuras de espionaje e inteligencia españolas. De haberlo hecho, habrían

publicitado hasta la saciedad que las dos terceras partes de la Gran y Felicísima Armada volvieron a puerto y que la contraofensiva de los ingleses, liderada por el miserable corsario Francis Drake, acabó en catástrofe, con la pérdida del 70 % de los hombres expedicionarios y con la mayoría de la flota, después de fracasar estrepitosamente en la toma de La Coruña y Lisboa. Un dislate solo superado por el ridículo espantoso de lord Edward Vernon tratando de tomar Cartagena de Indias ciento cincuenta años más tarde.

Transformando el fracaso en éxito

Obviamente, si alguien piensa hoy día en un desastre naval máximo, recuerda lo ocurrido a la flota española y no los continuados desastres ingleses. Nadie piensa en Vernon, Drake o, incluso, en Nelson como desastrosos almirantes, acostumbrados a la derrota y a morder el polvo; verdaderos marinos de agua dulce sometidos a la hegemonía española y portuguesa en el mar. Obviamente, las políticas de desinformación, la generación de ruido constante y continuo en el tiempo ha favorecido la creación de estándares históricos al respecto difícilmente superables.



La supuesta destrucción de la Grande y Felicísima Armada, cuadro de José Gartner, 1892.

No cabe duda de que, en el arte de la desinformación, los ingleses supieron administrar las catástrofes periódicas a que acostumbraron a sus tropas. Hábiles como ninguno, fueron capaces de construir un relato terrible acerca de sus enemigos, ya fueran españoles, franceses, italianos, rusos u holandeses. En todos los casos, sometieron a la opinión pública a un bombardeo selectivo de información manipulada que ocultara sus pérdidas y errores en el horror, inconsciencia, crueldad y estupidez de los antagonistas. De ese modo lograron sacar del discurso histórico la monumental cagada de Drake tratando de invadir España por La Coruña o Lisboa. En el caso de Cartagena de Indias, lord Vernon, almirante de aquella enorme armada, como bien es sabido, incluso llegó a acuñar medallas que celebraban su victoria sobre la Administración española, personificada en Blas de Lezo. La humillante derrota de 1741 no hacía sino mostrar la concatenación de derrotas y fracasos militares ingleses a lo largo de la Edad Moderna. Hasta personajes mitificados como lord Nelson cubrieron su expediente con constantes derrotas, como en Tenerife en 1797, o la pírrica victoria de Trafalgar que, por cierto, le costó la vida. El arte inglés, sin embargo —o, visto de otro modo, la constante cagada del espionaje español— fue la propaganda exitosa.

Solemos achacar a la ya citada leyenda negra española la causa de todos estos males; la razón de por qué la historia de España está bien ensuciada, bien silenciada para la mayor parte del mundo. Este aparato de desinformación, de propaganda, fue el principal éxito inglés incontestado por los servicios de espionaje patrios. Y, como muestra, un botón: el Tratado de Londres firmado el 28 de agosto de 1604.

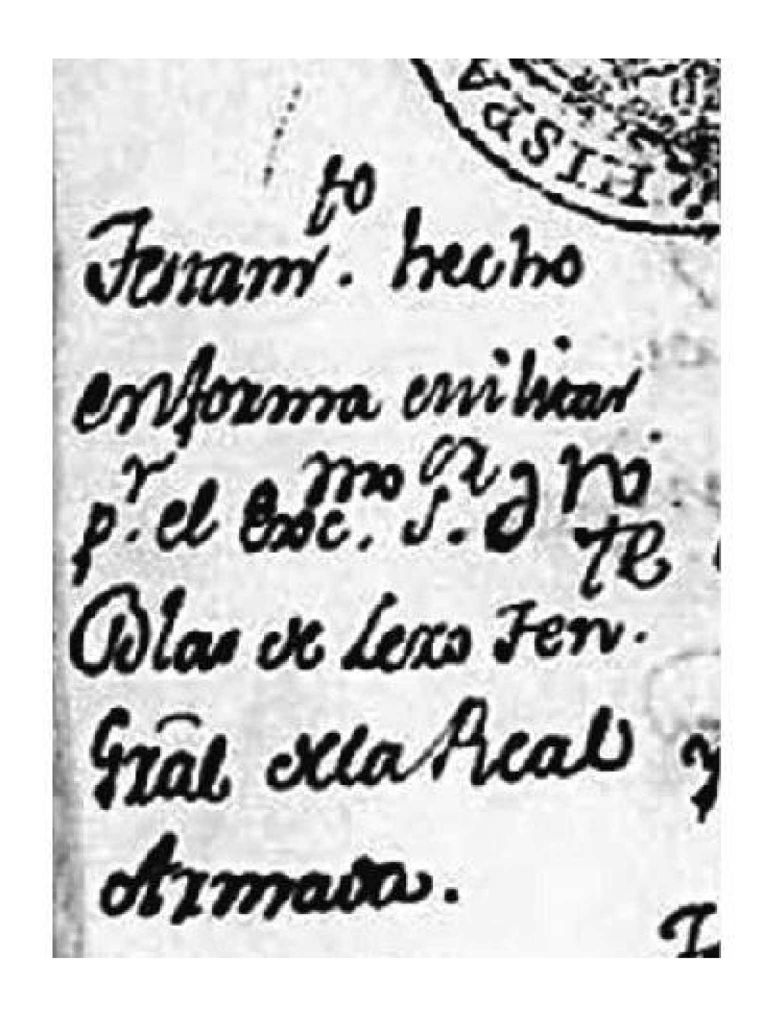
Consecuencia del enfrentamiento entre España e Inglaterra que se llevó por delante dos armadas y miles de hombres, establecía condiciones estupendas para España, permitiendo que los barcos españoles atracaran en puertos ingleses e ilegal izando el pirateo bajo patente de corso. En consecuencia, miserables piratas corsarios como Walter Raleigh acabaron por ser ejecutados en suelo inglés por denuncia del embajador español o encontraron la muerte pirateando el Caribe, como Francis Drake o John Hawkins, tras una cosecha de innumerables fracasos.



El «Honorable» sir Walter Raleigh, ejecutado por piratería en Londres.

Obviamente, el espionaje español debió propagar todos estos hechos, hacer propaganda constante y eficiente acerca de las políticas antiespañolas y el fracaso en los asaltos a los puertos comerciales de la Monarquía Hispánica. Nadie (o casi nadie) sabe que el maestre de campo, Juan del Águila, desembarcó en Cornualles, atacó numerosas villas en suelo inglés y fortificó la posición de Castle Park, además del campamento de Ringcurran, poniendo en un brete a los citados ingleses. Lo mismo podría decirse de Blas de Lezo, a duras penas reivindicado en los últimos tiempos, o Bernardo de Gálvez, homenajeado por los estadounidenses y olvidado en la patria. En la famosa rendición de Breda, muy pocos saben que los ingleses sufrieron importantes pérdidas al apoyar a los rebeldes flamencos, lo que reportó un enorme descrédito a su rey, Carlos I, a quien hay que atribuirle otra serie de derrotas al tratar de tomar la ciudad de Cádiz de forma infructuosa durante aquellos años de la llamada guerra de los Treinta Años. Tal fue el hartazgo de su política bélica, que su gobierno cayó en barrena, desprestigiando la monarquía hasta el punto de ser una de las causas de la salida de los ingleses del conflicto europeo y el inicio de las guerras civiles inglesas, acaecidas entre 1642 y 1652, que le costaron la vida al propio rey.

Un ejemplo del gran uso de la propaganda por parte de las estructuras de espionaje e inteligencia inglesas durante aquellos años de construcción de la identidad patria fue el resultado de la batalla de las Gravelinas, piedra angular del triunfo español sobre los franceses durante el reinado de Felipe II, que tuvo como resultado la firma del Tratado de Cateau-Cambresis de 1559. Esta crucial batalla, ocurrida un año antes en las cercanías de Calais, fue resuelta por la aparición sorpresiva de una flotilla guipuzcoana que desbarató las posiciones francesas, precipitando el final de la batalla. Los ingleses, que participaban aliados con España contra Francia, pronto propagaron la noticia de que aquella flota que rompió el empate táctico era, en realidad, inglesa, lo que les valió una posición importante en las negociaciones posteriores al final de la guerra y un paso al frente importante en la política exterior europea.



Testam.to hecho
en forma militar
p.r el Exc.mo S.r D.n
Blas de Lezo Ten.te
Gral de la R.l
Armada.

Blas de Lezo. Encabezamiento de su testamento.

No obstante, los españoles, si bien en estos momentos de gloria y esplendor no fueron capaces de contrarrestar la actividad propagandística de los ingleses, franceses u holandeses, por decir algunos, sí supieron emplear esta propaganda, esta desinformación, para ocultar problemas propios o para tratar de vestir de victoria la crisis del sistema interno. Dicho en otras palabras, el recuerdo de la hegemonía y éxito expansivo internacional sí fue empleado por la propaganda patria para dejar en segundo plano la incapacidad política en evolucionar socialmente un país abocado a un fracaso sempiterno. ¿Cómo habría de entenderse, de no ser así, la política exterior del general O’Donnell, llevando a los españoles a participar en cuantas guerras pudo? Hasta en Indochina hubo tropas españolas, amén de México o el Norte de África. Aunque los casos más sangrantes de esta desinformación por parte de los

diferentes gobiernos españoles son, indudablemente, la constitución del protectorado español en Marruecos y el resultado de la entrevista en Hendaya entre Hitler y Franco.

En el primer caso, resulta divertido tratar de escuchar las informaciones generadas para justificar la presencia de España desde 1912 en el convulso Norte de África. Como bien explica en sus libros Agustín Rodríguez, no fue una decisión propia sino impuesta, más bien, por el resto de potencias europeas. Llegados al punto final de la Paz Armada, desarrollada entre 1871 (final de la guerra franco-prusiana) y 1914 (inicio de la Primera Guerra Mundial), el reparto de los territorios norteafricanos puso en un brete a las potencias hegemónicas europeas, a saber: Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia e Italia. El problema radicaba especialmente en qué país administraría el control de los territorios cercanos al estrecho de Gibraltar. Dado que ninguno de aquellos países quería para otros tal responsabilidad —o, mejor dicho, tal ventaja— decidieron proponer a España para gestionar aquel territorio. Aunque desde el punto de vista político podría suponer un éxito para un país que acababa de abandonar el estatus de potencia tras los sucesos de 1898, España adolecía de un ejército obsoleto, dominado por una élite de oficiales más centrados en la política que otra cosa, carentes de recursos e incapaz de afrontar un desafío de esas características. La triste realidad era que ni siquiera tenía España recursos suficientes para armar una flota que permitiera el despliegue de las tropas en el protectorado. De hecho, la mayoría de los barcos empleados fueron aportados por los ingleses, seguros de que la participación española en aquella empresa sería más que favorable a sus intereses. Aún más grave era que, en aquellos momentos, España carecía igualmente de una estructura de espionaje e inteligencia eficaz, más centrados los gobiernos en desarrollar estructuras de información y espionaje interior. Por ello, no fueron capaces de comprender que la empresa del Protectorado habría de soportarse con constantes y dolorosas levas de trabajadores, obligados a defender unos intereses no nacionales, sino más bien anglo-franceses, a costa de desangrar la juventud española en la gestión de un territorio altamente hostil y organizado para la resistencia continua. Obviamente, como ya he apuntado, la propaganda de la recuperación del imperio o de la gloria pasada y la censura de la crítica interior, permitieron a duras penas el mantenimiento de un protectorado impuesto que una buena estructura de espionaje e inteligencia habría abortado desde su origen.



Franco y Hitler en Hendaya.

Si bien este caso hay que entenderlo como un uso de la propaganda y los servicios de información para convertir un seguro y evidente fracaso en un éxito ficticio, el caso de Hitler y Franco en Hendaya es diametralmente opuesto. En aquella ocasión, la propaganda franquista trató y consiguió convertir un fracaso sonado en un éxito. Bien es cierto que, en una dictadura, resulta muy sencillo usar este tipo de argucias y manipulaciones, puesto que los medios de comunicación y difusión de la información están intervenidos, controlados y manipulados por completo. Lo cierto fue que, a decir de la mayoría de historiadores especialistas en el momento, el general Franco tenía toda la intención de tomar partido en la Segunda Guerra Mundial al calor del éxito arrollador de las potencias del Eje. Oportunista como nadie, Franco pudo ver la oportunidad de controlar el deseado Norte de África y devolver el Protectorado a España, ampliado con las posesiones administradas por la derrotada Francia. Africanista como era, el general más joven de Europa desde Napoleón gracias a la campaña constante de España en África, aquel objetivo era casi una obsesión para él. Ahora bien, la contrapartida de tomar

Gibraltar se asemejaba un tanto desproporcionada, teniendo en cuenta que, para lograrlo, habría que declarar la guerra al Reino Unido y, en consecuencia, a los Aliados. Otro peligro, sin discusión, eran las propuestas de Hitler para llevar a cabo la acción: con tropas propias, es decir, españolas, o con unidades alemanes procedentes de Francia y autorizadas para cruzar el territorio español. Y la que temía el general Franco y nadie le decía: acabar con él y controlar la Península para finiquitar la actividad británica desde el Estrecho. De modo que el fracaso del encuentro debía ser el objetivo principal del general Franco, ayudado, sin que él lo supiera, por el almirante Canaris, jefe de la *Abwehr*, ya al servicio de la estructura de espionaje e inteligencia británica.

De modo que, ayudado por el eficiente SIMP del coronel José Ungría, el general Franco logró transformar aquel fracaso en un éxito. Hasta manipularon las fotografías tomadas durante el encuentro para que Franco pareciera más alto o laureado que su oponente alemán. En consecuencia, para la mayoría de los españoles, el encuentro de Hendaya fue un éxito para España, puesto que el general Franco había conseguido librar a la patria de participar en la guerra, supuesta pretensión principal del líder nazi. Y no crean que esa fue la primera y única vez que el servicio de propaganda, alentado por el SIMP, salvó o trató de salvar a Franco de alguna mayúscula cagada. Aunque podamos pensar que esta actuación de Hendaya, que trataba de transformar a Franco en salvador de la patria y padre de los españoles una vez más, en Guernica hubieron de trabajar duramente un par de años antes. Decididos a probar determinados armamentos, como las bombas incendiarias y algún tipo de ametralladora aérea, los nazis buscaban ocasión en alguna de las acciones militares de la guerra civil española. Para Franco, destruir el símbolo del nacionalismo vasco significaba acabar con ese localismo exacerbado, enemigo de la unidad de la nación española. Quizás por ello decidió proponer una acción sobre la ciudad guipuzcoana que permitiera acabar de raíz con el sentir vasco y diera la oportunidad de un bombardeo experimental a la División Cóndor. Ya solo el hecho de arrasar una ciudad sin objetivos militares debió de activar un informe de la estructura de espionaje e inteligencia franquista, lo que se sobreentiende en el famoso mentís difundido por la maquinaria de propaganda del régimen rebelde *a posteriori*. No olvidemos que, en aquellos momentos, ser un genocida era algo terrible, incluso para militares fascistas rebeldes y dementes.

Es curioso, por otra parte, que de no aparecer el artículo de George Speer publicado al respecto en *The Times* y *The New York Times*, la versión del gobierno rebelde de Burgos habría prevalecido. También resulta curioso que, a pesar del miedo de Franco a las consecuencias del bombardeo de una población civil a modo de represalia, repitiera la torpeza al ordenar la ejecución de Lluis Companys en el castillo de Montjuic —que trataba de eliminar un símbolo nacionalista que acabara con aquella enfermedad— o permitiera la masacre de Badajoz con reporteros presentes, como el norteamericano Jay Allen. Obviamente, el aparato de propaganda y desinformación limpió los daños colaterales de las limpiezas llevadas a cabo por el régimen hasta el punto de que la mayoría de los españoles apenas conocen superficialmente tales sucesos.

Algunas veces, es obvio, ni siquiera la mejor estructura de espionaje e inteligencia es capaz de transformar una soberana cagada en un éxito.

Conspiraciones, golpes de Estado, pronunciamientos y revoluciones

Desde otro punto de vista más general, si bien estas estructuras de espionaje e inteligencia fueron capaces de difundir el ruido suficiente como para cambiar el sentido de un error, también se vieron incapaces de prever los múltiples modelos de golpes de Estado producidos a lo largo y ancho de Europa durante la Edad Contemporánea. Uno puede pensar que las estructuras citadas no eran lo suficientemente maduras para alcanzar ese nivel de control de la información interior que les permitiera detectar ese tipo de movimientos políticos capitales para los regímenes que los sustentaban, siendo propio de las estructuras de información del siglo XX o, al menos, finales del siglo XIX el ostentar tal capacidad.

Y, una vez más, se equivocarán.

Obviando que ya desde la aparición de Fouché y sus redes interiores de información, el espionaje basaba su éxito en el control de la información propia; que desde la aparición de la estructura veneciana a finales del siglo XIII ya había desarrollos de contrainteligencia; que el cardenal Richelieu fue

capaz de mantenerse en el poder gracias al dominio de las redes internas de información y espionaje; obviándolo todo, quedaría la idea básica de que el espionaje y la inteligencia política, militar y económica se han sustentado desde la época de su constitución en el control y preservación de la información propia. De modo que cada vez que un sistema político ha sido asaltado, no cabe duda de que ha ocurrido a pesar de la red propia.

Aun así, en muchos casos, este tipo de conflagraciones pudieron ser detenidas o abortadas por errores de los conspiradores o aciertos de las redes de información. En el caso español hay tantos ejemplos que uno podría estar escribiendo solo de ellos durante toda una vida. Obviando conjuras y confabulaciones medievales como la que acabó con la vida de Pedro I de Castilla; la que consiguió que Pedro II de Aragón tuviera descendencia con su propia esposa, la reina María de Montpellier; la que llevó a Ramiro II, el Monje, a terminar con todos los nobles revoltosos formando aquella siniestra campana de cabezas en Huesca; la que permitió a Boabdil eliminar a los levantiscos abencerrajes; la operación de desinformación que dio al traste con las aspiraciones de la princesa Juana, hija de Enrique IV; la trama entre dos pretendientes, Isabel y Fernando, para alzarse con el trono de Castilla mediante un golpe señorial en Segovia; obviándolas todas ellas, podemos encontrar innumerables ejemplos de complots destinados a desestabilizar el orden jurídico establecido.

Para empezar, cómo no mencionar la trama orquestada por Lamoral, conde de Egmont, y los defensores de la independencia de Flandes durante el reinado de Felipe II. El objetivo esencial de esta conjura no era otra que independizar los territorios flamencos de la Monarquía Hispánica con vistas a formar un único Estado con las Provincias Unidas. Para ello, los líderes flamencos, encabezados por el conde de Egmont, entraron en contacto con Carlos de Austria, príncipe de Asturias. El caso es que el joven príncipe, debido al mayor grado de consanguineidad de todos los Habsburgo españoles, era débil, enfermizo, inconstante, violento, cruel y, a resultas de sus actos, ciertamente estúpido. ¿Cómo calificar a quien pretendía escindir aquellos territorios del Imperio tan solo con proclamarse rey de los mismos? Obviamente, los confabulados buscaban en la estupidez del príncipe una posibilidad de éxito para una independencia rápida y apoyada por los enemigos de España. Así, en 1566, el señor de Montmorency, viajó a Madrid para entrevistarse con don Carlos, como ya habían hecho el citado Egmont y su pariente, el conde de Horn. Obviamente, tratar de contactar con un individuo tan inestable y visible

como el príncipe Carlos fue el origen de la cagada monumental de estos conjurados. De hecho, la estructura de espionaje e inteligencia liderada por el propio rey y sus secretarios del Consejo de Estado dieron al traste con esta conjura, confinando en Madrid al príncipe Carlos y mandando a Montmorency a prisión en el alcázar de Segovia, cuyo rocambolesco intento de fuga ya les he relatado hace un par de capítulos.



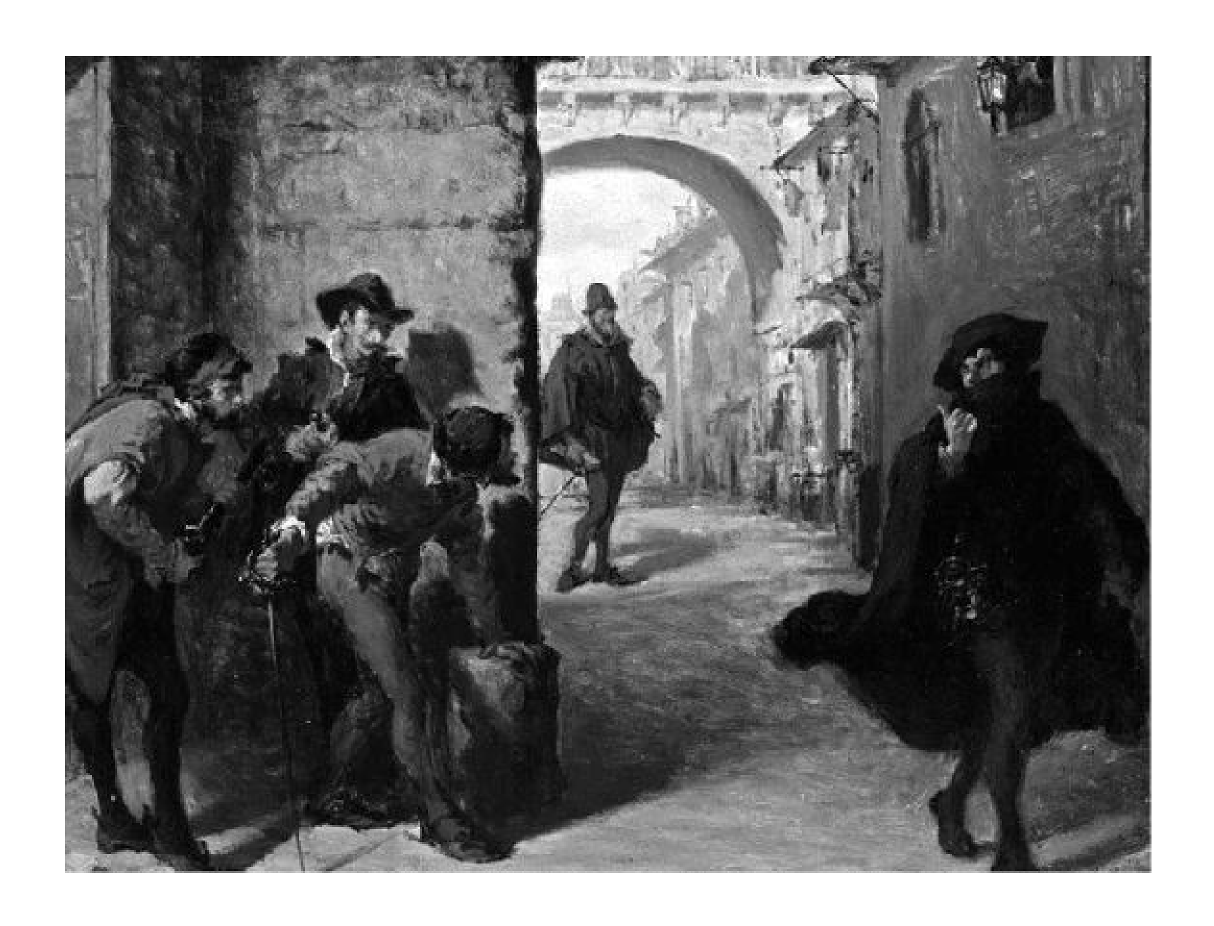
La locura de don Carlos de Austria, príncipe de Asturias, cuadro de José Uría y Uría. 1881.

Más complejo aún fue el complot tan bien descrito por Antonio del Real en la película del año 2008 La conjura de El Escorial, que acabó con la vida de Juan de Escobedo, secretario de Juan de Austria y hermano bastardo de Felipe II. Según relatan las fuentes, Ana de Mendoza, princesa de Éboli, unida a Antonio Pérez, secretario del Consejo de Estado de Felipe II, tramaban conseguir un mejor destino para la condesa viuda o la reunión en manos de Antonio Pérez de las tres secretarías principales, a saber, Consejo de Estado, Consejo de Castilla y la del Consejo de Estado para Italia. Quizás

entraron en conflicto con los movimientos políticos del propio Juan de Austria en su supuesta intención de desposar a la reina María I de Escocia o en sus relaciones con los rebeldes flamencos, quienes le habrían tentado tras el fracaso de su primer intento de secesión con el príncipe don Carlos. Sea como fuere, el secretario Escobedo fue asesinado, unos dicen que por iniciativa del rey, otros que del propio secretario. En ese caso, sin ninguna duda, lo que se produjo fue un enfrentamiento de oficiales de red de espionaje, por lo que, obviamente, alguno, o los dos, acabaron por cagarla. Ya fuera Antonio Pérez extralimitándose o Escobedo incapaz de anticipar una operación clandestina de ese calado, lo cierto fue que la red global española fue la verdadera perdedora. Es obvio que hay otro camino para solucionar problemas de ese tipo más allá de la eliminación de los oficiales de red, sin embargo, ya durante el reinado de Felipe II, dio comienzo el proceso inexorable de politización de este recurso esencial para la gestión política. Y cuando se politizan las estructuras de espionaje e inteligencia, cuando el objetivo de la inteligencia general está sometida, como decía Juan Peiró, a las leyes del interés y de la conveniencia, deja de ser inteligencia y pierde su objetivo esencial.

De haber existido un interés general en las redes de espionaje de aquella Monarquía Hispánica en competencia con Francia por la hegemonía europea durante el reinado de Felipe IV, estoy convencido de que Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde-duque de Olivares, habría sido capaz de anticipar los movimientos de rebelión desarrollados en contra de la aplicación de las normas establecidas en el Gran Memorial de 1624. Sobre todo, si tenemos en cuenta que se trataba de un documento secreto que establecía una serie de normas a aplicar en los territorios para acabar con las barreras de la multiplicidad de marcos jurídicos de aquel Estado. En efecto, ese problema, la diversidad del marco legal, impedía la concentración absolutista de poder, al modo francés, y la fijación de los recursos del Estado en los objetivos declarados específicos por el poder ejecutivo, en este caso, el rey y su privado. Cuando empezaron a aplicarse reformas como la llamada unión de armas (obligación de compartir el esfuerzo de guerra en función de la población y recursos de los territorios) o la normalización de la hacienda, los territorios iniciaron en 1640 un proceso indiscriminado de rebelión, capitalizado especialmente por Cataluña, Portugal y Nápoles. Obviamente, el proyecto de Gaspar de Guzmán había trascendido previamente, lo que permitió a los levantiscos de cada territorio, la oligarquía comercial catalana y la aristocracia dualista portuguesa, orquestar un proceso de rebelión que dio al

traste con el proyecto de Olivares, su posición frente al rey y, sobre todo, la iniciativa de la Monarquía Hispánica en la guerra de los Treinta Años.



Asesinato de Juan de Escobedo en Madrid, de Lorenzo Vallès. 1879.

De modo que no es de extrañar que un siglo más tarde los ingleses pudieran desmontar a Zenón de Somodevilla de su posición de poder dentro de la corte borbónica utilizando algo tan sencillo como la desinformación y el ruido. El enorme error, curiosamente, ya se había cometido durante el desmembramiento del sistema polisinodial de Felipe II. De hecho, la idea de romper el burocrático sistema organizado por los Austrias Mayores, fundamentado en la organización político-administrativa de los Reyes Católicos, personalizando la gestión mediante juntas presididas por magnates y no personal especializado; de fidelizar a los burócratas perpetuando su estirpe en el cargo, de promover el absentismo real —asumiendo el valido sus funciones básicas ejecutivas—, todo ello tuvo como consecuencia la politización y descentralización de las labores de recuperación de información

y generación de inteligencia. De ese modo, la estructura de espionaje e inteligencia fraguada durante los reinados de Carlos I y Felipe II cayó dividida por la imposición de las dos leyes universales citadas: el interés y la conveniencia. Así que los ingleses pudieron descabalgar del poder al marqués de la Ensenada, que tanto daño había hecho a los ingleses, robando información específica del diseño naval, a la vez que ponían otro granito más sobre la gran mentira de la superioridad británica en los océanos.

Ahora bien, no piensen que los ingleses se han ido de rositas en esto de meter la pata hasta el corvejón en cuestiones del espionaje primitivo. Aunque fueron capaces de silenciar monumentales cagadas como los asaltos a La Coruña y Lisboa o la catástrofe de Cartagena de Indias, aunque hayan conseguido blanquear la vil y criminal vida de inmundos personajes como Drake, Hawkins o Raleigh, convirtiéndoles en caballeros del imperio británico; a pesar de todo ello, no fueron capaces de ocultar, al menos del todo, la sucesión de conspiraciones e intentos de golpe de estado o destrucción del poder real, muchas veces fomentado por las redes de espionaje antagonistas, principalmente española y francesa. Sin ir más lejos, la llamada conspiración Ridolfi a punto estuvo de acabar con la vida de Isabel I.

En efecto, Roberto di Ridolfi, supuesto banquero florentino al servicio de la red de espionaje católica, participada por el papado y con el apoyo de la Monarquía Hispánica, tramó una acción encubierta con el objetivo de acabar con la reina de Inglaterra, ya fuese asesinándola o deponiéndola, para que ocupara su lugar la católica María I Estuardo, reina de Escocia. Con el apoyo de las redes establecidas por Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, duque de Alba en Flandes, lograron convencer a Thomas Howard, duque de Norfolk, para que, tras la invasión española de Gran Bretaña, se convirtiera al catolicismo y desposara a la reina escocesa. Esta, por su parte, aceptó participar en el plan, previa anulación de su matrimonio por parte del papa Pío V y excomulgación de la reina inglesa. Obviamente, el trasiego de información y, principalmente, dinero desde Flandes a Inglaterra y España, alertó al spymaster inglés, que ordenó la interceptación de las comunicaciones por carta de Ridolfi. El gran error de este no fue otro que no cifrar apropiadamente los contenidos de los mensajes, por lo que el complot y los principales participantes en suelo inglés quedaron al descubierto. Ridolfi logró escapar, pero no así Norfolk quien, tras ser condenado a muerte, a pesar de su parentesco con la reina Isabel I, acabó siendo decapitado el 2 de junio de 1572, poniendo en la lista de espera la reina escocesa.

Aunque el aviso de la conspiración Ridolfi fue más que evidente, María Estuardo no cejó en su intención de acabar con el reinado de su protestante prima. Casi al momento de caer en el cesto la cabeza de Norfolk, las redes católicas iniciaron otro intento de asesinar a Isabel I, esta vez con el apoyo incondicional de la Monarquía Hispánica. En aquella ocasión, le tocó a Anthony Babington dar la cara. Captado para la red católica por el agente infiltrado John Ballard, Babington fue educado en su juventud como criptocatólico con la intención, seguramente, de utilizar su fundamentalismo en tierra extraña como un acicate para el desarrollo de su objetivo clandestino. Pensarán ustedes que otra conspiración a continuación de la primera fracasada y con los mismos protagonistas no tenía más destino que el fracaso. Y acertarán. Y con el mismo error monumental. Cualquier oficial de red, cualquier spymaster que se precie, después de un intento de acabar con la reina capitalizado por Ridolfi, habría puesto en cuarentena a María Estuardo, interviniendo sus comunicaciones y todos los contactos que pudiera tener, por el canal que fuera. Por su parte, los conspiradores, de necesitar entrar en contacto con María Estuardo para establecer los términos de la conjura, habrían elaborado un sesudo plan de comunicación imposible de penetrar o romper por parte de las redes inglesas de espionaje. ¿Se pueden creer que volvieron a enviar cartas a la reina María Estuardo sin cifrar o encriptar? ¿Se puede ser más torpe? La consecuencia evidente: la detención, juicio e inmediata ejecución de Babington y Ballard, así como la posterior de María I Estuardo, en 1587. En este caso, habría que destacar el papel de Walsingham, spymaster inglés, tirando de la cuerda hasta llegar a su principal objetivo.

Dado que el camino del magnicidio no les dio el resultado que esperaban, principalmente por los estúpidos errores reiterados de las redes infiltradas, la estructura de espionaje e inteligencia inglesa hubo de enfrentarse a un giro de tuerca bastante imaginativo. Ya que no eran capaces de acabar con el sistema que sustentaba la sociedad protestante, los católicos decidieron acabar con todos ellos de golpe. Muerta Isabel I y, sobre todo, Francis Walsingham, parece ser que un grupo de conspiradores católicos, con experiencia en las guerras de Flandes bajo estandarte español, se habían propuesto dinamitar el Parlamento inglés colocando hasta treinta y seis barriles de pólvora en los sótanos de edificio. El día elegido, el 5 de noviembre de 1604. Los conjurados, entre los que estaban el archifamoso Guy Fawkes, Robert Catesby, John Grant, Thomas Bates, Robert Kayes o Everard Digby, no contaron con que la estructura de espionaje inglesa seguía funcionando a

pesar de haber perdido a su espía al mando. En efecto, tras la muerte de Francis Walsingham, la reina había nombrado para el cargo a Robert Cecil, conde de Salisbury, quien empleó las redes de espionaje para dar al traste con la citada conspiración. Gracias a su efectividad supo de las intenciones de los conjurados y pudo interceptar, como siempre, el correo sin cifrar entre católicos sospechosos. De ese modo, el 4 de noviembre envió a sus oficiales a registrar las dependencias inferiores del Parlamento, pillando a Guy Fawkes con las manos en la masa, mientras revisaba los barriles de pólvora, de ahí su protagonismo mediático en lo que se refiere a esta conspiración.

Y no crean que esta idea de reventarlo todo por los aires, acabando con todo quisque de un plumazo, cayó en saco roto. Puede que parezca una insensatez por lo irreal del proyecto, por las dificultades que este conlleva o por lo prácticamente imposible de reunir a todos tus enemigos en un mismo sitio y reventarlos. Pero no olviden que una idea estúpida será siempre más atractiva para los mentecatos que una proposición lógica y estudiada. En ese sentido, en el de la estupidez, se planteó, años más tarde, por la red de espionaje española en tierras italianas acabar con el poder ejecutivo y legislativo veneciano de un solo intento. Siguiendo la ridícula estratagema de la Roman-Jesuit-Catholic Hydra en Londres, el marqués de Bedmar, cardenal Alonso de la Cueva y Benavides, embajador español en la Serenísima República de Venecia, utilizó a un grupo de mercenarios hugonotes, esto es, protestantes franceses, para que bombardearan el Bucintoro, lujosísimo barco —casi góndola— donde todo el gobierno veneciano oficiaba el día de la Ascensión, el matrimonio de la ciudad con el mar. Respecto a la conspiración de la pólvora, el embajador español varió algo, al incluir protestantes en la maniobra. Obviamente, allí radicó la cagada: ya me dirán ustedes si no es extraño encontrarse un grupo de protestantes franceses en la Semana Santa veneciana hacia 1618. Además, la estructura de espionaje e inteligencia veneciana, efectiva donde las hubiera, caló rápidamente el complot, acabó con los implicados, generó una persecución brutal contra los extranjeros y abocó al embajador español a salir de Venecia. Es curioso que, como ya se ha dicho en el segundo capítulo, se asociara a Quevedo con esta conspiración, relatándose una azarosa huida, tan novelesca como ficticia. Quedó demostrado que el gran escritor español no estuvo en aquellos momentos en Venecia y sí un año antes, preparando, quizás, esta absurda intentona de demoler la resistencia veneciana a la hegemonía española en el Mediterráneo.



Cardenal Alonso de la Cueva y Benavides, marqués de Bedmar, de Manuel Ojeda y Siles. 1835.

No es de extrañar, por los muchos casos citados, que la gran cagada española fue, sin duda, permitir que la corrupción y personalización del sistema político español diera al traste con una engrasada máquina de generar información. Si bien pudo recuperarse algo durante el siglo XVIII, como tantas cosas en ese periodo, el final de siglo trajo una vuelta a los reyes holgazanes, sometidos al absentismo y a la personalización del poder real en los privados. De ese modo ha de entenderse la política de Manuel Godoy en la

España finisecular de Carlos IV, momento en que este país perdió la oportunidad de estar en todo para, desgraciadamente, no participar en nada.

Por lo que se refiere a la actuación de las redes de espionaje ante la inexistencia de una clara centralización de la gestión de la inteligencia, la politización del recurso —iniciada, como ya se ha escrito varias veces, con Richelieu— tendió de forma clara a la personalización del uso de la información. De haber existido una estructura de espionaje e inteligencia al servicio del Estado jamás se habría producido el mal llamado Motín de Aranjuez de marzo de 1808. Mal llamado motín porque debería conocerse como el golpe de Estado de Aranjuez. Es obvio que la acción final, la asonada del Real Sitio destinada a destronar a Carlos IV como vía, al parecer única, para la destrucción del poder de Manuel Godoy, tuvo los tintes de algo organizado más que espontáneo. A decir de José Luis Lindo, ni siquiera había población suficiente en el Real Sitio de Aranjuez para afrontar un levantamiento de esas características. De hecho, el traslado de personal de otros lugares como base para el motín constituye una evidencia clara de un golpe organizado, estructurado y necesitado de financiación.

Además, cuando se atiende a las causas generales del llamado motín, ya sean económicas (carencia de determinados productos básicos por la caída del tránsito comercial ultramarino, consecuencia evidente de la pérdida de la armada en la batalla de Trafalgar), políticas (por llamar de alguna manera a la constante conspiración del príncipe Fernando y su grupo de aristócratas absolutistas, enemigos de la tendencia liberal focalizada por Estados Unidos y Francia) y, por supuesto, la oposición frontal de la Iglesia católica, atemorizada por las tendencias desamortizadoras empleadas por Godoy para hacer frente a la financiación de sus estériles y potencialmente catastróficas políticas exteriores; cuando uno analiza todos estos factores, decía, comprende con claridad que, más que una revolución que persiguiera una transformación social y cambio de paradigma político, lo que se produjo en el Real Sitio de Aranjuez entre el 17 y el 18 de marzo de 1808 fue un golpe de Estado que tenía como objetivo esencial acabar con el gobierno de Godoy, provocar la abdicación de Carlos IV, entronizar a su primogénito Fernando, y mantener, eso sí, el modelo político despótico y absolutista de aquellos Borbones.

Entendiéndolo así, es más que lógico pensar que, de haber existido una estructura de espionaje e inteligencia al servicio del estado, los movimientos

de conspiración asociados al golpe habrían sido detectados y, al no existir un marco jurídico garantista, eliminados de raíz.

En consecuencia, no ya una estructura de espionaje e inteligencia, sino unas redes de espionaje mínimamente organizadas y estructuradas, habrían detectado la sorda y lenta invasión del territorio nacional por las tropas napoleónicas. Se habrían percatado de que tal ocupación no respondía a un proceso de abastecimiento sino de acantonamiento y, por ello, de invasión. Siguiendo esta línea, ya me dirán ustedes cómo fue posible que el rey abdicado y el proclamado acabaran en Bayona firmando las famosas abdicaciones que pusieron a un Bonaparte, José I, en el trono español. Lo cierto es que, analizando lo allí ocurrido, —la serie de abdicaciones, que incluyó una poco conocida, el día 1 de mayo de 1808, que devolvía a Carlos IV al trono, aunque este decidiera rechazarlo— parece imposible que un gobierno mínimamente asistido de información elaborada por un servicio de inteligencia no hubiera llegado a la conclusión del peligro inherente a la visita al feudo napoleónico, con la mayoría del país ocupado por la *Grande Armée*. Para nuestra desgracia, el monumental error, la asombrosa imprudencia del joven rey, del viejo abdicado, de todos sus consejeros y de la inexistencia de redes de espionaje válidas, ha permanecido oculto bajo los miles de páginas escritas, imágenes, relatos y demás representaciones artísticas asociadas a los llamados por la documentación alborotos del 2 de mayo en Madrid. Una vez más, como tantas otras citadas en este capítulo, la politización del uso de la inteligencia, el ponerla al servicio de intereses no ya espurios, sino claramente personales, finalizaba en catástrofes del tipo de la guerra de la Independencia.

No piensen, además, que al terminar la citada guerra que arrasó la Península y provocó el atraso monumental de España en el siglo XIX, amén de la pérdida de las colonias americanas y el aporte esencial que hacían a la economía patria, pudo establecerse bien una estructura decente de espionaje e inteligencia o unas redes de espionaje solventes. Como ocurre durante los periodos bélicos, la inteligencia y el espionaje se ponen indefectiblemente al servicio de lo militar, desapareciendo las redes de carácter político o económico. Tras la guerra de la Independencia parece evidente que el espionaje tuvo un carácter más militar que otra cosa, aunque podemos contemplar alguna que otra infiltración como la llevada a cabo por ciertos absolutistas presentes en las Cortes de Cádiz y que, a pesar de haber participado en la gestación de la primera constitución española, también sirvieron a su facción, presentándola al nuevo rey como una catástrofe para

España en el archiconocido manifiesto de los Persas de 1814. Si bien lo firmaron 69 diputados de aquellas más que famosas cortes, se atribuye a unos pocos la inspiración de tamaño dislate que retrajo al país a la época preliberal, provocando un rancio absolutismo que hubo de terminar en el primero de los golpes de Estado que jalonaron el apasionante y terrible tránsito español por el siglo XIX.

De ese modo, la falta de previsión al prevenir la actuación de esos 69 traidores al liberalismo, inspirados por individuos como Joaquín Palacín, Pedro Gómez Labrador (que fuera embajador en el Congreso de Viena de 1815), Juan López Reina (el último inquisidor), Jerónimo Castillón y, sobre todos ellos, Juan Pérez Villaamil, autor del conocido bando de los alcaldes de Móstoles que dio inicio, teóricamente, a la guerra. Ya ven, provocando el levantamiento contra los franceses y fomentando su regreso tras el triunfo del absolutismo. Obviamente, que los absolutistas, los asociados al poder, manejaran redes de espionaje, parece lógico, principalmente, por su acceso a recursos que lo financiaran. En buena lógica, los liberales, que demostraron tener recursos para establecer estas redes durante la guerra y no solo militares —como demuestra por ejemplo la existencia de agentes en los reales sitios que controlaban el patrimonio real y lo preservaban del saqueo francés— no fueron capaces de emplearlos para proteger el discurso político. Vamos, que no fueron hábiles a la hora de controlar la actividad de los diputados más sediciosos y reaccionarios.

Tampoco piensen que los otros, los absolutistas al servicio del deseado Fernando VII, hicieron un uso coherente del conocimiento. De haberlo hecho, habrían cortado de raíz las correrías del teniente coronel Rafael del Riego, quien campó por Andalucía durante meses, desde 1819 hasta 1820, tratando de sublevar al país contra el absolutismo mediante la aprobación de la Constitución. A simple vista, no tuvo éxito, ya ven, pero una buena parte del país empezó a proclamar la Constitución de 1812, obligando a Fernando VII a claudicar el 7 de marzo de 1820. Ahora bien, el tan afamado pronunciamiento de Riego le costó al país la pérdida de las colonias, por una parte, ya que el ejército que levantó Riego era el destinado a frenar la sangría independentista de las colonias americanas; por la otra, el fracaso en la aplicación de un sistema liberal en los tres años que duró la aventura; y, principalmente, la no constitución de una red de inteligencia que hubiera previsto la actitud del rey y su conspiración para abrir las puertas a los Cien Mil Hijos de San Luis, el nuevo ejército francés que, tras invadir España, impuso diez años de

absolutismo, represión y limpieza de una sociedad que apenas había atisbado lo que ocurría en el resto del continente.

El error en este caso, indudablemente, lo cometieron los liberales. Más preocupados en coordinar las tradicionales miles de tendencias políticas españolas en una confluencia, olvidaron que el rey no era muy partidario de todo lo que estaban haciendo. Por no decir, claro está, la tendencia europea, donde Napoleón había desaparecido del escenario y las fuerzas absolutistas, en un último estertor, habían intentado poner freno al avance liberal con el ya citado Congreso de Viena.

Estos dos síntomas, la ausencia y la falta de interés en lo que a comprender el hecho continental se refiere y la tendencia a zanjar los cambios políticos o alentarlos mediante un golpe de Estado, motín, pronunciamiento, insurrección o rebelión, fue el germen de lo que habrían de ser las redes de inteligencia a finales del siglo XIX: redes policiales de información.

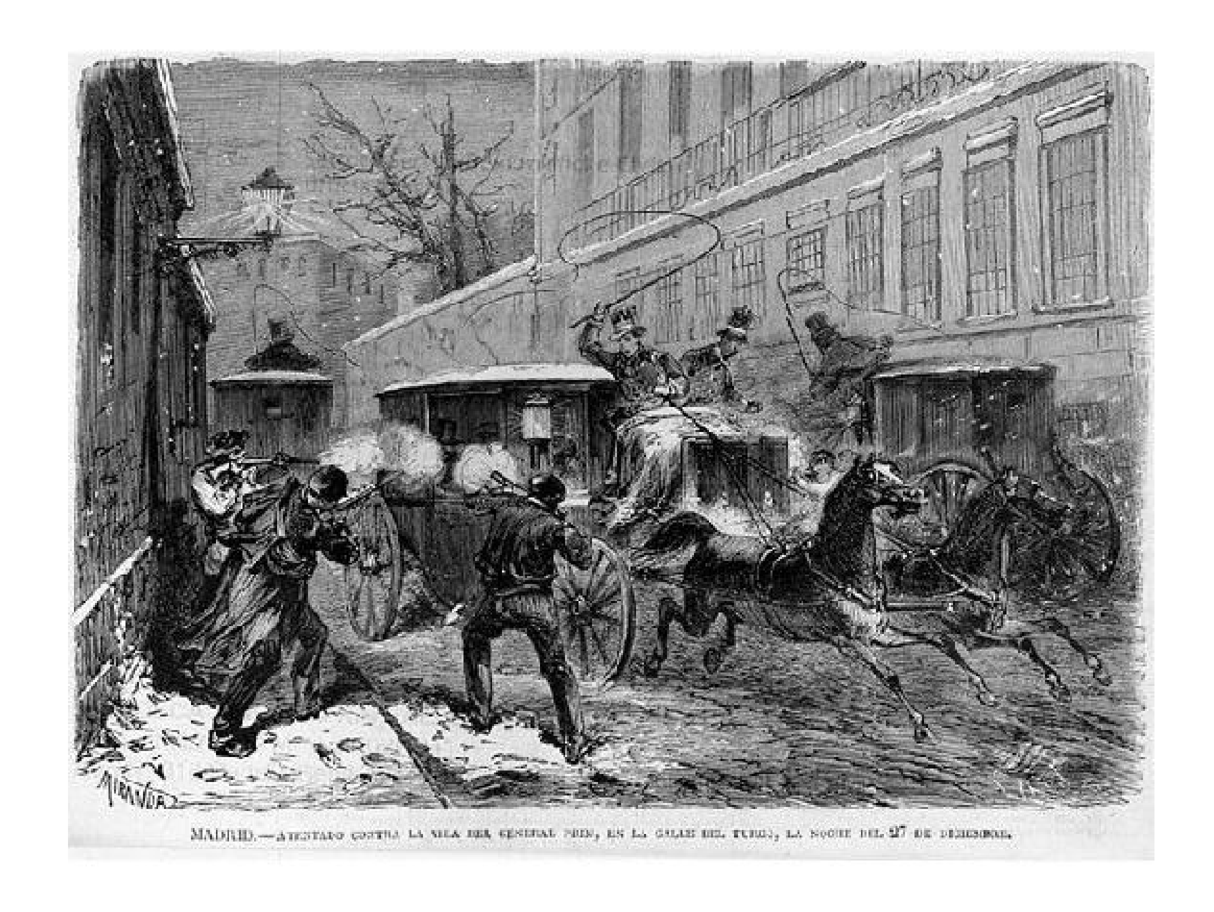
Y no es de extrañar, qué quieren que les diga. Cuando el principal problema de un país es que bien el Ejército, la burguesía conservadora, los localismos periféricos e, incluso, los propios monarcas, decidan saltarse a la torera el ordenamiento jurídico a golpe de golpe, lo lógico es que el interés del poder establecido se encuentre en hallar aquellos factores disidentes internos y no en dedicarse a encajar el conocimiento del espacio continental en aras de encontrar el mejor de los escenarios posibles para el crecimiento político y económico de la patria.

Aunque, a pesar de los avisos, las asonadas y barahúndas se agolpan a lo largo del siglo XIX, lo que nos induce a pensar en la no existencia de un control global de las citadas redes e, incluso, dudar de su existencia. Ya me dirán ustedes cómo se entiende, si no fue así, la concatenación de golpes de Estado. Para empezar, el Motín de los Sargentos acaecido en el Real Sitio de San Ildefonso en 1836 o el intento de secuestro de la reina niña, Isabel II, por parte del general Diego de León, en 1841, como parte del golpe de Estado fracasado de Leopoldo O'Donnell contra la regencia de Espartero. O la llamada Vicalvarada de 1854, orquestada por moderados y progresistas por igual, con O'Donnell, Espartero, Serrano y Cánovas del Castillo al frente. También al poner en un brete a la corona y establecer un inestable remanso de tranquilidad durante el llamado Bienio Progresista, con la participación inestimable del pueblo insurrecto de Madrid y Barcelona, obreros incluidos.

O la llamada Gloriosa Revolución de 1868 que costó el exilio a Isabel II y su familia, y los cuartos, casi tres millones de pesetas, a Pepe Osorio, duque de Sesto y de Alburquerque, marqués de Alcañices y tutor del joven Alfonso, príncipe de Asturias.

En este último caso, siendo honestos, ¿es posible comprender que la reina y sus ministros, especialmente Luis González Bravo, no fueran conscientes de lo que pasaba? ¿Dónde estaban las redes de espionaje e información? ¿No se percataron de lo que podía pasar tras la sublevación del cuartel de San Gil en 1866? ¿No tuvieron noticia del barco pagado por el duque de Montpensier que transportaba a los militares desterrados a Canarias? Uno puede comprender que se les escapara algún que otro conspirador desterrado, pero que tu cuñado se gaste un potosí en financiar el final de tu monarquía, la verdad, resulta incomprensible. Quizás si hubieran tenido una red de espionaje o información o como quieran llamarla, se habrían dado cuenta de que algo se cocía, cuando el general Joan Prim se reunió en Ostende para firmar el pacto homónimo que habría de derribar la monarquía española dos años más tarde. Y no creo que fuera muy complejo. Ya ven, un general del Ejército español que marchaba sin justificación alguna hacia Bélgica. Y no cualquier general, no: el más significado políticamente con los demócratas.

Obviamente, parece más que lógico pensar que, llegados a ese punto, en España no existía estructura de espionaje e inteligencia alguna a mediados del siglo XIX, más allá de alguna que otra red de información, siempre al servicio de un poder político particular. Desde luego, es lo único que explica el comportamiento del poder político español en el final del siglo XIX, porque, de haber existido, las cagadas cometidas entre 1868 y 1876 no habrían sido tan inconmensurables. Empezando por los sucesivos golpes de Estado de 1874, la huida del presidente de la Primera República (Estanislao Figueras), las políticas de acoso y derribo contra Amadeo I, el fomento de la guerra larga de Cuba y, sobre todas las cosas, el atentado contra Joan Prim de la calle del Turco, en las Navidades de 1870, que habría de costarle la vida y que sigue aún en la penumbra del conocimiento histórico.



Atentado contra el general Prim, presidente del Consejo de Ministros.

La llegada de la Restauración borbónica con la implantación del pastiche entre los conservadores de Antonio Cánovas del Castillo y los liberales de Práxedes Sagasta, sin embargo, sí generó una estructura de espionaje e inteligencia, aunque solo fuera a nivel policial, pero carente de continuidad y, sobre todo, de efectividad manifiesta. De hecho, si bien siguieron activos en este aspecto durante la primera mitad del siglo XX, la tendencia política al insurreccionismo, a frenar el progreso social al que tendía el pueblo español, devino en más violencia política, enfrentamiento, politización de los localismos y del propio ejército hasta límites propios del siglo XIX. En un entorno como el español, ¿cómo se hubiera podido asentar una estructura de inteligencia? ¿Al servicio de quién, si el Estado cambiaba casi cíclicamente su idiosincrasia?

Aun así, el uso político de la red policial generada para contrarrestar la violencia política de la España de entre siglos dio sus frutos, aunque no del modo que uno pudiera haber esperado. Aparte de la acción contra los citados anarquistas que veremos más adelante, el poder político utilizó las redes de espionaje para prevenir determinados movimientos. Si bien tuvo éxito atacando el movimiento de José Sanjurjo, en los albores de la Segunda República, no fue tan eficaz, por el contrario, en el caso de los sucesos de octubre de 1934, permitiendo una asonada social y nacionalista, detenida por la implicación, una vez más, del Ejército como columna vertebral del mantenimiento del orden político y social, justo lo que había intentado evitar el primer gobierno reformador liderado por Manuel Azaña.

Qué decir, en lógica continuista, de la actividad violenta y antisistema de los grupos fascistas o de la acción de los anarquistas más extremos, como la FAI, apenas contrastada por la inteligencia, víctima de su propia inoperancia, para terminar, como estarán imaginando, con el fallido pronunciamiento de 1936.

En este caso, estudiado hasta la saciedad por un corolario infinito de investigadores, propios y arrimados, la visión del papel de la estructura de espionaje e inteligencia no es de las más difundidas. Si bien es cierto que la Segunda República contaba con una estructura, la Sección del Servicio Especial (SSE) estaba más orientada al espionaje y contraespionaje militar y centrada en el protectorado marroquí. La actividad en la frontera, los movimientos de tropas insurgentes, la penetración en las cabilas y la seguridad de los abastecimientos y movimientos demográficos, tanto de tropas como de personas, entre las ciudades y poblaciones integrantes del territorio español en el Norte de África, centraron su atención.

Por ello, centrados en la supervivencia del Protectorado, parece increíble que al menos la sección de contrainteligencia no estuviera al tanto de las actividades de determinados militares españoles. Además, viniendo como venían de una dictadura militar decapitada por la ineptitud del rey y la eterna división política española, se antoja imposible que no se marcara a aquellos oficiales más díscolos. Seguramente, tras la intentona fallida del general José Sanjurjo, la sección de contrainteligencia republicana tuvo más que controlados a los principales peones reaccionarios del Ejército español. Obviamente han de entenderse en este sentido los traslados a Canarias de Francisco Franco y Joaquín Fanjul, a Navarra de Emilio Mola o a Baleares de

Manuel Goded. Algunos historiadores, expertos en este asunto, les asegurarán que el Bienio Negro —ya saben, los más de dos años que gobernaron los conservadores, entre 1933 y 1935— supuso un desgaste enorme de la República y conllevó el nombramiento en puestos de la máxima responsabilidad militar a reconocidos militares bien antirrepublicanos, bien extremadamente conservadores. Y, aunque puedan pensar que la sustitución de estos altos cargos y su posterior traslado a comandancias alejadas del tomate político español respondió a un ajuste normal de puestos tras un cambio de gobierno, andarán, con total seguridad, equivocados. La tendencia golpista de los altos oficiales del Ejército español fue algo tradicional desde el golpe de Estado a plazos que dio el teniente coronel Riego. Así que, después de un cambio de gobierno traumático, con excarcelación de presos políticos, unión de las izquierdas por primera y última vez, con una sociedad enferma de violencia política de todo signo, con un contexto internacional de enfrentamiento y política de hechos consumados, con una sociedad global moribunda por la mayor depresión económica que el mundo contemporáneo hubiera visto, con fascistas, nazis, nacionalistas, comunistas, anarquistas y demás tribus enfrentadas con la palabra revolución en los labios de forma constante… con todo ello, la idea de que algunos de los altos oficiales del Ejército español decidiera urdir un plan para acabar con el gobierno republicano no era descabellada, después de todo.

Es por todo lo dicho que resulta increíble para el que suscribe que las redes de espionaje republicanas no detectaran los movimientos de los cuarteles; ni fueran conscientes de lo que estaba haciendo el general Emilio Mola con tanta visita; ni se percataran de que había gato encerrado en tanta correspondencia y comunicación con Lisboa (donde se hallaba Sanjurjo, tras ser indultado por los gobiernos conservadores de Alejandro Lerroux y Ricardo Samper); ni percibieran que había movimientos de dinero procedente de Juan March y otros inversores afines a los revoltosos; ni de las reuniones mantenidas en Biarritz por todos estos actores necesarios para el golpe. Tampoco debió resultarles extrañas las visitas de José Antonio Primo de Rivera a Roma, para entrevistarse con Benito Mussolini, ni la financiación con que este empezó a soportar —secretamente, eso sí— las actividades de Falange Española y las JONS. Por supuesto, nadie se preocupó de que José María Gil Robles asistiera al congreso del Partido Nazi en Núremberg, llamado de la Victoria, en 1933, ni que Joseph Goebbels le facilitara transporte hacia España cuando se enteraron de la caída del gobierno de Azaña. Tampoco fueron extrañas las circunstancias y actividades del general Franco en Canarias; la aparición de

un avión, el Dragón Rapide, sin finalidad aparente, repostando en aeropuertos militares españoles en África; o la muerte accidental del general Amado Balmes, comandante de Gran Canaria, disparándose con una pistola que estaba limpiando en su despacho con el cañón hacia su barriga; o el traslado del general Franco a Gran Canaria y su posterior desaparición en el citado aeroplano; o la marcha de su esposa, días antes, en un barco rumbo hacia no se sabe muy bien dónde. Resultaría, cuando menos, sospechoso que el citado general Franco desapareciera de su destino sin dar aviso o razón alguna y que apareciera en el Protectorado como por arte de magia, como Fanjul en Madrid o Goded en Barcelona.

Obviamente, lo más probable, lo único que explica la actuación de los líderes republicanos es, a mi entender, que el SSE y las correspondientes redes de espionaje y contraespionaje al servicio de la República, estaban, en verdad, al servicio de los conspiradores. De ninguna otra manera se entiende que, tras reunirse el recién nombrado presidente del Gobierno, Santiago Casares Quiroga, con el coronel Juan Yagüe, defendiera de forma incondicional el compromiso de este último con la República, cuando, todos sabemos que en ese momento era ya uno de los conjurados más comprometidos con el golpe de Estado.

Otro dato más palmario aún fue que, en el momento en que se rompió el sistema republicano con el pronunciamiento de julio de 1936, el gobierno de la República constituyó nuevas estructuras de inteligencia, la mayoría ya citadas en capítulos anteriores.

De modo que el éxito de la conspiración que condujo a la Guerra Civil —no del golpe de Estado que, como todos sabrán, fracasó de forma estrepitosa— se sustentó en un error inconmensurable de aquellos políticos republicanos que no pusieron el interés necesario para controlar la contaminada estructura de espionaje e inteligencia o, aún mejor, no crearon una red de contrainteligencia impenetrable, si es que eso ha llegado a existir alguna vez.

Sea como fuere, el SSE, dependiente del Estado Mayor de la Defensa, fue un factor más para el desarrollo de aquella conspiración que acabó con la Segunda República, y que abocó al país a tres años de destrucción y casi cuarenta de dictadura que aún hoy seguimos tratando de superar de alguna manera.

Como habrán comprendido ya, es una cagada monumental no mantener un control absoluto sobre las estructuras de espionaje e inteligencia, especialmente sobre las redes de contraespionaje y contrainteligencia, aquellas destinadas a la protección del sistema matriz, del orden político que las sustenta. Estoy convencido, a día de hoy, que esa labor se hallaba en ciernes o a medio camino en el momento en que, otra vez, algunos militares trataron de sabotear la consolidación del sistema democrático resultante de la Transición tras el fallecimiento del general Franco. Si se ha escrito mucho sobre el 18 de julio, qué decir acerca del 23 de febrero de 1981. No sé cuántas películas, libros, estudios, artículos y tesis doctorales se han creado al calor de la última conspiración contra el orden establecido. Muchos factores, sin duda, pueden esgrimirse en la casuística del fallido golpe de Estado. Es obvio que el papel del rey o de los altos oficiales de la Administración del Estado e incluso de los mandos intermedios del Ejército, de los medios de comunicación y del entorno de poder occidental, fueron factores esenciales para el fracaso de la asonada. Ahora bien ¿qué decir de los servicios de inteligencia españoles en ese momento? Como en el caso del golpe de Estado de 1936, parece evidente que estuvieron penetrados por los conspiradores. Si bien el comandante del CESID, José Luis Cortina, fue absuelto por falta de pruebas, alguno de sus subordinados acabó en la cárcel por su participación en la trama, como el capitán Vicente Gómez Iglesias, o reconocieron su implicación, como el general Carlos Alvarado. Por su parte, el CESID se defendió demostrando que, tres meses antes del desarrollo del golpe de Estado, habían entregado un informe de inteligencia donde detallaban las actividades encaminadas a terminar con el gobierno de Adolfo Suárez.

De modo que, si bien fue una cagada no controlar totalmente el CESID, la tibieza del mismo o la limpieza a medias de elementos afines al franquismo y contrarios a la democracia, seguramente esto provocó que la estructura de espionaje e inteligencia española fuese poco operativa, un factor más para explicar el fracaso del golpe de Estado.

Asesinando presidentes, reyes y jefes de Estado

El control absoluto de las estructuras de inteligencia, de las redes de espionaje y contraespionaje, es imprescindible para desarrollar una política sin sustos.

No me imagino, por ejemplo, al presidente de Estados Unidos en peligro si las principales estructuras de inteligencia permanecen bajo el absoluto control del ejecutivo. Obviamente, el asesinato del presidente John F. Kennedy no se comprende sin la implicación de la CIA o, en su defecto, sin su negligencia absoluta en el cumplimiento de sus funciones. De hecho, la mayoría de los magnicidios se llevaron a cabo con la participación directa de las estructuras de inteligencia, bien con su colaboración activa —lo que resulta asombroso e indignante—, bien por su absoluta dejadez y negligencia.



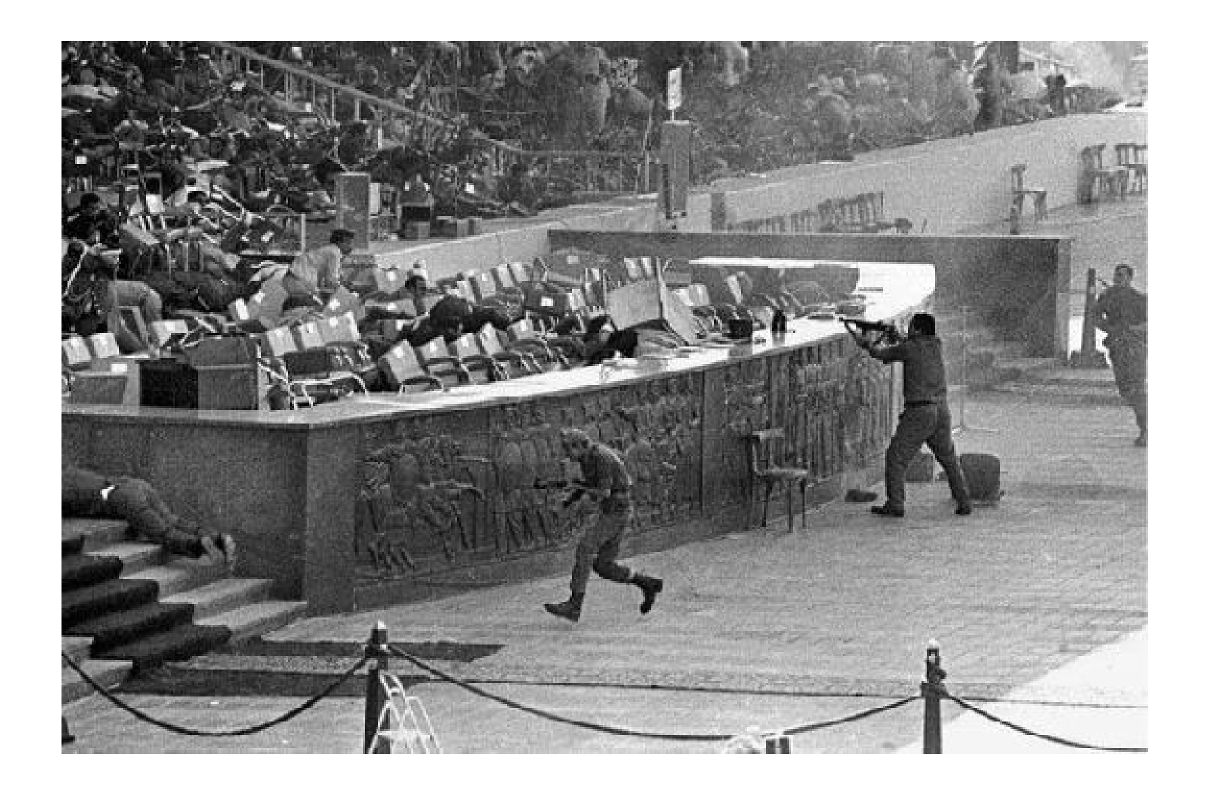
Kennedy momentos antes de ser asesinado.

En el caso del presidente de Estados Unidos, como trató de demostrar Oliver Stone en su afamada película, todas las circunstancias que confluyeron en el asesinato del presidente Kennedy responden a una *Black Op*, esto es, una acción clandestina de los servicios de inteligencia. No se puede entender, bajo ningún concepto, la explicación que, mucho tiempo después, entregó la Comisión Warren. Que un solo tirador completara con éxito aquella misión en

un país con varios servicios de inteligencia, y con un servicio secreto que cuenta con una dotación inmensa, es de todo punto incomprensible. La hipótesis del fiscal de Nueva Orleans, Jim Garrison, que implicaba a la CIA, a parte del Estado Mayor del Ejército de Estados Unidos y a determinados *lobbies* políticos, puede que se aproxime mucho más a la realidad. Y no se trata de una teoría de la conspiración más. Siguiendo el principio básico de la navaja de Ockham —ya saben, el que establece que de todas las teorías existentes, la más sencilla es la que tiene más posibilidades de ser cierta—, que hubiera varios tiradores apostados para provocar un fuego cruzado es más sencilla que aquella que establecía que Lee Harvey Oswald era un as de la puntería, sincronizando todos esos disparos con éxito y sin visibilidad en un tiempo récord. Obviamente, si aceptamos, por consiguiente, que hubo más de un tirador que explique, por ejemplo, el caso de la bala mágica de la Comisión Warren —ya saben, esa que hirió a varias personas realizando giros imposibles dentro de los cuerpos— tenemos que asumir que los servicios de protección del presidente estaban implicados, así como la estructura de espionaje e inteligencia, quienes deberían haber detectado los movimientos encaminados a organizar y financiar el magnicidio. Por otra parte, la eliminación del principal implicado a manos de un enfermo terminal, quien, a su vez, falleció antes de que los procesos judiciales emprendidos contra él terminaran; el desarrollo de una comisión de esclarecimiento del magnicidio totalmente politizada; el bloqueo al acceso de la documentación relativa a la investigación durante más de medio siglo; todo en conjunto, ha constituido uno de los casos de teoría de la conspiración más plausibles de poder ser reales y, sin ninguna duda, uno de los supuestos errores de los servicios de inteligencia más sonados de la historia reciente.

El asesinato de Anwar el Sadat, por su parte, respondió a un movimiento militar con ramificaciones fundamentalistas, que, de un modo mucho más claro y, sobre todo, aceptado por la inmensa mayoría de los investigadores, contó con la necesaria participación de los servicios de espionaje e inteligencia egipcios. La posibilidad de que un comando clandestino atacara aquel 6 de octubre de 1981 al presidente de Egipto y a su séquito durante un acto de conmemoración militar de modo espontáneo, sin implicación de los servicios de inteligencia, resulta impensable. Es evidente que las políticas apaciguadoras de Anwar el Sadat respecto a Israel provocaron una reacción entre el núcleo duro del Ejército egipcio. Ahora bien, no está demostrado que Hosni Mubarak, herido en el ataque, estuviera en el centro de aquel magnicidio aderezado con un intento descafeinado de asonada militar. El

hecho de que la mayoría de los implicados en el asesinato del presidente fueran condenados a penas de menos de tres años de cárcel y que Mubarak instaurara una dictadura militar encubierta hasta su dimisión durante la llamada primavera árabe de 2011, alimentan las creencias en conspiraciones encubiertas. Y es en este tipo de teóricas conspiraciones, en este tipo de preguntas sin respuesta, donde se esconden siempre las negligencias de los servicios de espionaje e inteligencia.

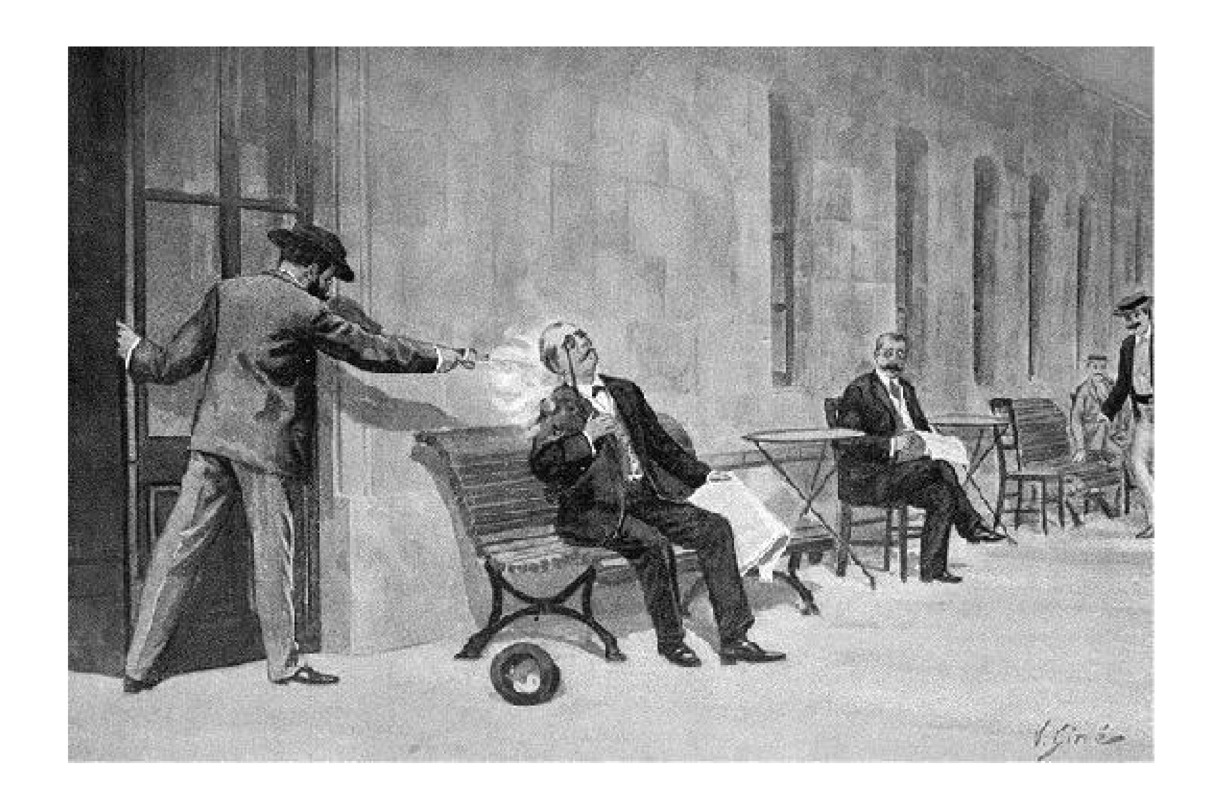


Ataque contra Anwar el Sadat.

En esta misma línea se puede comprender el asesinato de Isaac Rabin, el 4 de noviembre de 1995. También en el camino para el entendimiento y la paz duradera entre Israel y Palestina, Rabin fue asesinado por un fundamentalista tras una celebración de la paz en Tel Aviv. Resulta poco creíble que un radical ortodoxo pudiera acercarse hasta un presidente que propugnaba la paz entre dos comunidades que llevaban decenios en pie de guerra. El asesino, Yigal Amir, confesó haber intentado en otras dos ocasiones acabar con Isaac Rabin y contar con el apoyo de otras dos personas. De modo que me es complicado aceptar que ninguna de las redes de inteligencia israelí no

estuviera al tanto de las actividades de este y otros tantos ortodoxos y radicales fundamentalistas judíos, enemigos del entendimiento con los árabes en la aceptación del compromiso de convivencia en aquella tierra. Detrás del asesinato de Rabin, como en el caso de Sadat, había algo más que el fundamentalismo: existía y existe una línea política de enfrentamiento que ha pervivido durante décadas en la zona. Obviamente, parece lógico pensar que, de existir una intención política que se consolida tras los asesinatos, pueda aceptarse la existencia de una conspiración y, por ende, de la necesaria participación o negligencia de los servicios de inteligencia gubernamentales.

En el lado opuesto, en el de la implicación de los servicios de inteligencia, de la politización de las estructuras de espionaje al servicio de otros intereses que no sean los del Estado, se halla la negligencia absoluta de los mismos. Y, siguiendo esta línea, ningún caso más palmario que el asesinato de Luis Carrero Blanco, primer presidente del Gobierno nombrado por el general Francisco Franco. Asesinado el 20 de diciembre de 1973, Carrero Blanco murió tras una operación de la banda terrorista ETA, la operación Ogro. Conocida la existencia de la banda criminal desde su fundación en 1959, es, cuando menos, sorprendente que el presidente del Gobierno español repitiera sus hábitos diarios en las mismas circunstancias, por las mismas calles, a las mismas horas, permitiendo que un comando terrorista ejecutara con éxito un plan que, hoy día, describiríamos como descabellado e imposible de activar. Ya me dirán, si no es así, cómo podría tener éxito un ataque terrorista que conllevaba el depósito de un arsenal de explosivos en el subsuelo de una calle del centro de Madrid. Y aunque muchos hayan visto en este atentado la desidia de un régimen que no daba más de sí, que no concebía el terrorismo como una amenaza a las altas instancias del poder, lo que un servidor ve es un grave problema con los servicios de información. Dado que, en este caso, resulta imposible pensar que los servicios de inteligencia franquistas estuvieran en connivencia con los terroristas, se ha de suponer la enorme negligencia, la monumental cagada que supuso esta acción violenta contra la presidencia del Gobierno. No es de extrañar que, un par de años después de la muerte del dictador, el vicepresidente del Gobierno, general Manuel Gutiérrez Mellado, decidiera unificar aquellos servicios deslavazados e inconexos en una estructura de espionaje e inteligencia más moderna y adaptada a la nueva realidad de España en el Centro Superior de Información de la Defensa, el famoso CESID.



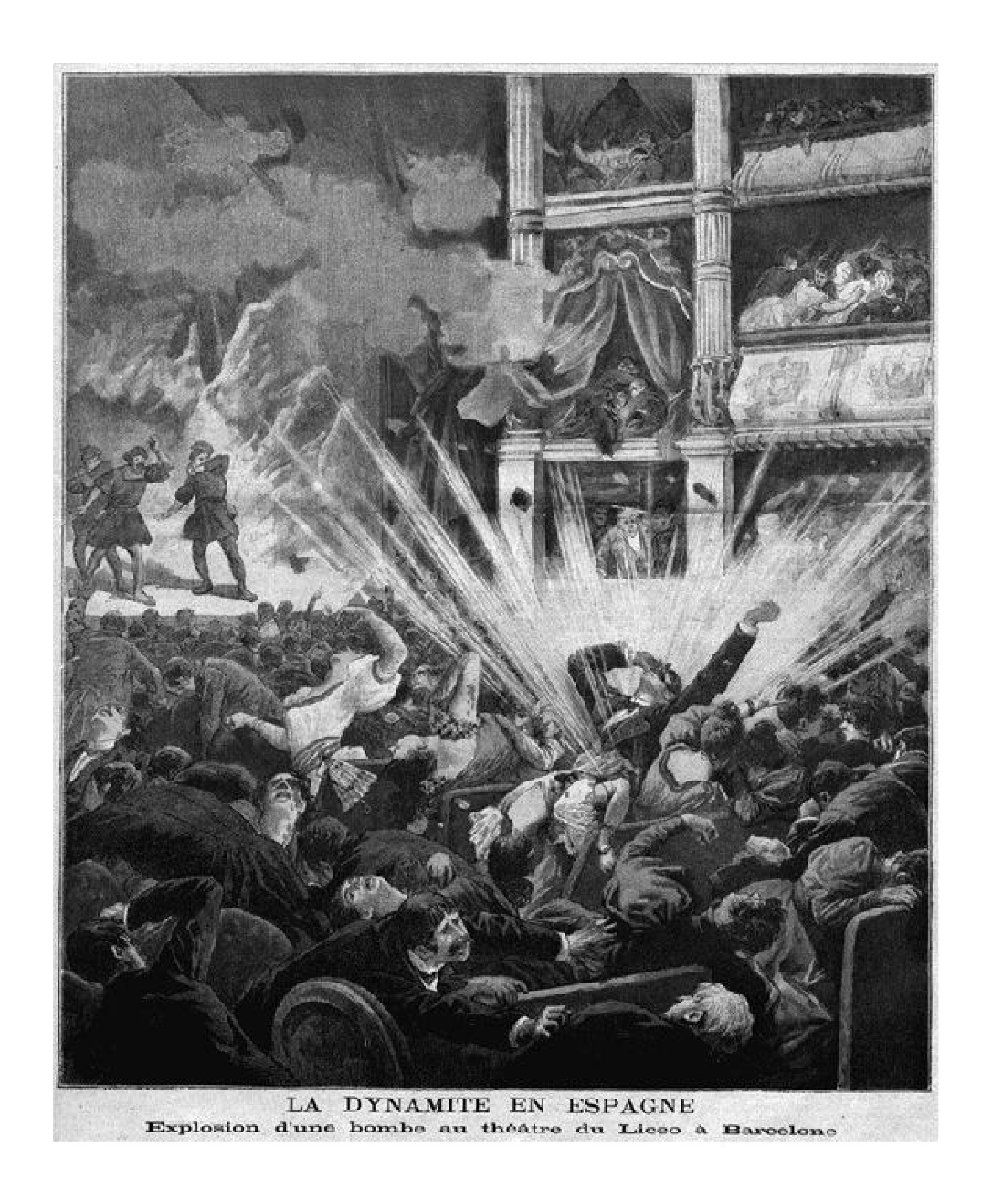
Giuseppe Angiolillo asesina a Cánovas del Castillo.

No obstante, en esto de los magnicidios, ha existido otra posibilidad que no fuera la negligencia o la connivencia. Me refiero a la falta de preparación ante una nueva amenaza. Y no crean que me estoy refiriendo a la actualidad. Mi visión historiográfica se centra en un periodo más lejano, en concreto, a finales del siglo XIX. En el intervalo de apenas un decenio, fueron asesinados dos presidentes del Gobierno españoles (Antonio Cánovas del Castillo y José Canalejas en 1897 y 1912, respectivamente), un presidente de Estados Unidos (William McKinley, en 1901), el presidente de la República de Francia (Marie François Sadi Carnot, en 1894), el rey de Italia (Humberto I, en 1900) y la emperatriz Isabel de Austria, en 1898. En la mayoría de estos casos, fueron elementos anarquistas los que acabaron cometiendo estos magnicidios tan famosos. Resulta más que obvio que no existió una acción eficaz contra este tipo de amenaza y que los servicios de espionaje, las estructuras de inteligencia y contrainteligencia, no fueron capaces de afrontar la plaga anarquista y sus postulados de propaganda por el hecho o, como hace unos años definiera el historiador español Ángel Herrerín López, propaganda por la represión.

Espías cagándola por todas partes

En efecto, para la mayoría de los habitantes del mundo occidental, que se encaminaba de manera inexorable hacia una catástrofe bélica continuada, la violencia política utilizada por los anarquistas era más bien una plaga que otra cosa. Como las enfermedades que asolaban periódicamente los barrios más pobres de las grandes ciudades; como esa indeseable proliferación, desde el punto de vista de las élites, de sindicatos y uniones de trabajadores que luchaban con huelgas y desafíos al poder establecido para arrancarles unos pocos y miserables derechos laborales. En ese entorno de lucha desigual por la justicia social surgieron los movimientos obreros. Ya fuera el socialismo utópico o el científico, el marxismo o, años más tarde, el comunismo, parece claro que solo determinados elementos del anarquismo optaron por el uso de la violencia como herramienta para conseguir sus objetivos revolucionarios.

Esos pocos estaban convencidos de que la propaganda de la represión que sufrirían por parte de los gobiernos a cambio de sus acciones violentas y terroristas, sería el mejor vehículo posible para lograr la ansiada revolución que habría de llevarles a su paraíso libertario. Ahora, tampoco se confundan. Este utópico plan fue adoptado por una pequeña parte de los militantes anarquistas, convencida la mayoría de ellos que el camino del anarcosindicalismo era el realmente apropiado. De modo que en todos los casos citados previamente, todos los magnicidios referidos, todas las acciones violentas con fuerte impacto fueron realizadas por individuos y no por organización alguna. Los Giuseppe Angiolillo, Paulino Pallás, Manuel Pardiñas, León Czolgosz, Sante Caserio, Gaetano Bresci o Luigi Lucheni eran elementos anarquistas, indudablemente, radicalizados por las circunstancias del momento, por la lentitud en el proceso de lucha obrera, pero, en ningún caso, integrantes de una organización anarquista terrorista internacional que gestionaba este tipo de luctuosas actividades. Y no crean que era fácil asumir esta realidad, sobre todo si se tiene en cuenta la insistencia en la actividad y la brutalidad de algunos de los atentados.



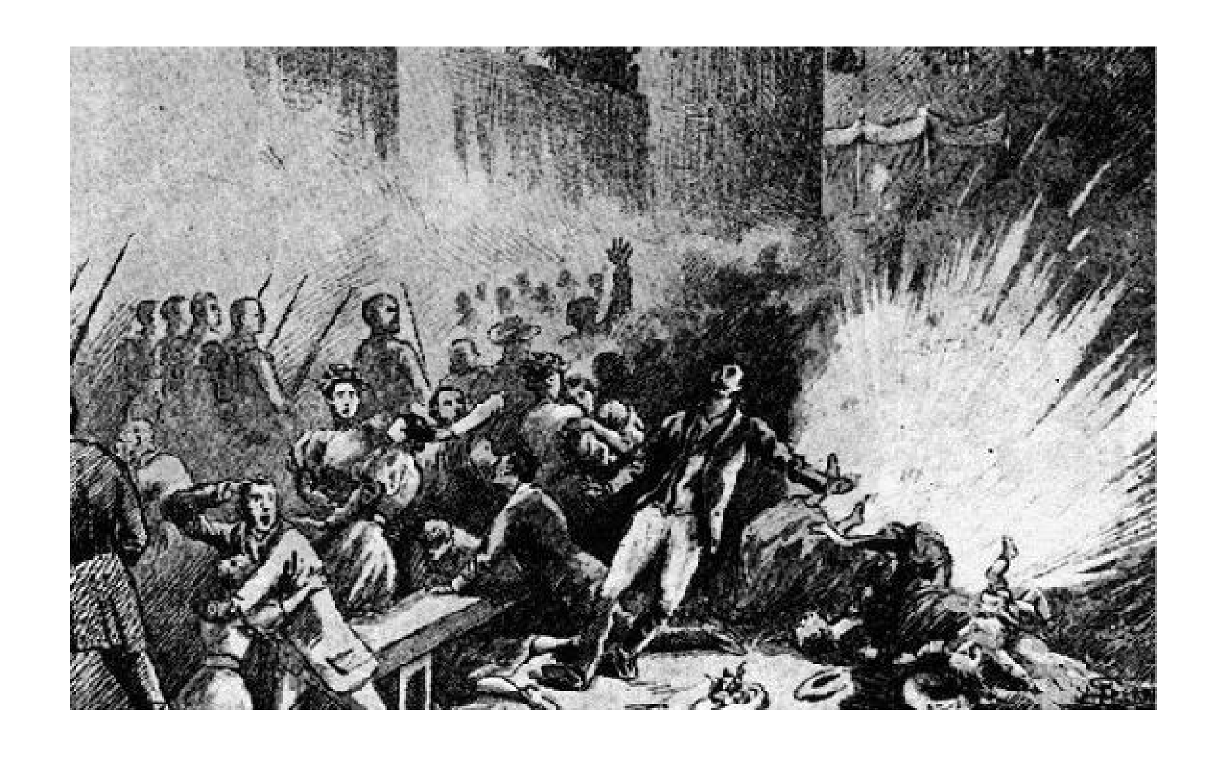
Atentado en el Liceo de Barcelona, 1893.

No es de extrañar que, tras los atentados del Liceo en 1893, obra de Santiago Salvador Franch y, especialmente, el de la calle de Cambios Nuevos contra la procesión del Corpus Christi, en 1896, también en Barcelona, a cargo de

Tomás Ascheri, la creencia en una organización internacional de terrorismo anarquista fuera aceptada por la mayoría de los gobiernos afectados por aquella plaga de actividad violenta que, como asegura el historiador Ángel Herrerín López, provocó que Barcelona fuera conocida como *La rosa de fuego*.

Está claro que combatir este tipo de violencia no resultaba nada fácil. No hay que olvidar que la mayoría de las estructuras de espionaje e inteligencia habían anidado durante el siglo XIX en un entorno militar. Y que la casi totalidad de los enfrentamientos, tensiones y amenazas para los gobiernos de aquella época habían tenido que ver con las políticas imperialistas y colonialistas, con las luchas entre potencias para establecer hegemonías en territorios muy alejados de las metrópolis. Por todo ello, resultaba, cuando menos, extraño tener que combatir un enemigo a veces interno y a veces, no; pequeño y, aparentemente, carente de organización; extremadamente violento y radicalizado, pero sin miedo a la represión. Pero lo más importante era que, sin duda, nunca se habían enfrentado a una amenaza de ese tipo. Incluso llegaron a organizar un congreso internacional, la ya citada Conferencia Internacional de Roma de 1898, para tratar de buscar una solución. Y si la idea de actuar contra una supuesta organización supranacional anarquista era errónea, no lo fue la consecuencia de activar la lucha policial contra este tipo de violencia. Como consecuencia, la mayoría de los países desarrollaron redes de inteligencia, espionaje e infiltración —más conocidas como servicios de información— con la idea de colaborar de forma supranacional, germen de lo que sería, a partir de 1923, la Comisión Internacional de Policía Criminal (como INTERPOL).

Aun así, tuvieron que pasar varias décadas hasta que estuvieron convencidos de que la forma de atajar este primer terrorismo tenía que ver con la infiltración y la gestión de la información a nivel local, y que había que contrastar la información con el resto de agencias y servicios de inteligencia hasta logar un mapa de la radicalización anarquista. Hasta ese momento, hasta el día en que decidieron los gobiernos europeos institucionalizar la generación de inteligencia por parte de los diferentes cuerpos de policía, la lucha contra la violencia anarquista fue de cagada en cagada sin solución de continuidad.



Atentado en la Procesión del Corpus en calle Cambios Nuevos de Barcelona (1896).

Algunos de los errores, mirando hacia atrás con cierta aprensión, nos resultan a día de hoy groseros y hasta, si me lo permiten, totalmente ridículos. Empezando por el atentado del Liceo en Barcelona, por poner un ejemplo, dirigido contra la burguesía catalana que capitalizaba el desarrollismo económico e industrial español. Hoy sabemos que Santiago Salvador Franch lanzó dos bombas Orsini —ya saben, la negra repleta de detonadores protagonista de un juego informático muy popular en las oficinas de medio mundo— provocando la muerte de veinte personas. La respuesta, en lugar de la investigación policial o haber empleado la prevención mediante la participación de un servicio de inteligencia eficaz, fue la represión de clase e ideológica; dicho de otro modo: todos los anarquistas a la cárcel, y ejecución casi inmediata de dos pobres desgraciados que no habían participado en el acto. En el caso del atentado contra la Procesión del Corpus Christi, perpetrado tres años más tarde en la calle Cambios Nuevos de Barcelona, con doce muertos y setenta heridos, recibió una aplicación del método represivo todavía más insensata, encarcelando a una plétora de militantes en el castillo de Montjuic, sometiéndoles a infinidad de torturas y ejecuciones, así como

desterrando a Francia a un buen número de supuestos terroristas; eso sí, sin contar con la opinión al respecto del país vecino.

No piensen, por otra parte, que cuando comprendieron los gobiernos que esta represión acrecentaba la acción violenta y la desviaba hacia el magnicidio, decidieron cambiar radicalmente de estrategia. En el caso español, se tomó la decisión de poner al frente de la estructura policial patria a un afamado policía británico procedente de Scotland Yard, Charles Arrow, investigador jefe de investigación criminal en Londres. Esta estructura de información y, por qué no decirlo, inteligencia, recibió el nombre de Oficina de Investigación Criminal (OIC) de diverso y cuestionable resultado. Al tratar de atajar de raíz el problema del terrorismo, el Gobierno español copiaba una estructura de información profusamente desarrollada por los franceses desde hacía ya décadas y que, desde finales del siglo XIX, había estado implantada en Barcelona con agentes de inteligencia como Thiellement, en 1894, o Jules Bonnecarrére. Ahora bien, para los que duden al respecto, la acción de inteligencia policial francesa tenía como objetivo anticiparse a la actividad de estos anarquistas violentos en territorio francés, recabando toda la información posible en Barcelona, cuna de este tipo de violencia política.

Dado que la idea de INTERPOL estaba aún bastante lejos, la acción policial española dejó mucho que desear, así como el apoyo de otras policías. El caso más sangrante, sin discusión, fue el de Manuel Pardiñas. Este militante anarquista y prófugo de la justicia, marcado por la estructura de información francesa y española como potencialmente peligroso, partió a Estados Unidos, destino de muchos anarquistas y represaliados políticos. Tras la catastrófica resolución, por parte del Gobierno español, de los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona, decidió, al parecer, volver a España para acabar con el jefe de aquel estado opresor y criminal, a decir de lo publicado por la prensa anarquista. El caso fue que, al salir de Estados Unidos no encontró problema alguno, a pesar de estar, como ya he señalado, marcado por las policías española y francesa. Aunque parezca increíble, Manuel Pardiñas pudo cruzar las fronteras porque, tanto en Francia como en Estados Unidos, su nombre se escribía sin la letra eñe, al no existir en sus alfabetos. Así que el tal Manuel Pardiñas no resultaba peligroso a ojos de aquellos policías fronterizos, expectantes ante el posible Manuel Pardiñas, criminal anarquista radical español de muy mala baba. Desde luego, José Canalejas habría agradecido mucho una mayor dedicación en el estudio de otros idiomas a esos simpáticos policías estadounidenses. De haber sido así, Pardiñas no hubiera podido

cruzar la frontera, no habría llegado a Francia, de allí a España, Madrid, Puerta del Sol, y no habría disparado a la cabeza del presidente español, suicidándose al momento de cometer el magnicidio.



Manuel Pardiñas hacia 1910.

Y si piensan que lo de la eñe perdida fue una cagada de terribles consecuencias, ya me dirán cómo calificar el paseo que dieron por Sarajevo el archiduque Franz Ferdinand y su esposa, la condesa Sofía Chotek. Conociendo la explosiva situación en los Balcanes, el entorno de guerra existente en toda Europa y, lo que es más grave, la existencia de un grupo violento y terrorista llamado *Mano Negra* (integrado por nacionalistas serbios) permitieron que el archiduque y su esposa se pasearan por la ciudad en un coche abierto. Como si de una película disparatada se tratara, al inicio del paseo, uno de los terroristas lanzó una bomba al coche. El archiduque, atento, logró cogerla y lanzarla fuera, provocando un buen número de heridos. Tras refugiarse en el Ayuntamiento de la ciudad, decidió Franz Ferdinand ir a visitar a los heridos, pero el chofer, un águila por cierto, se perdió por las callejuelas de Sarajevo. De modo que, perdido el archiduque por Sarajevo gracias a tener un conductor que no conocía la ciudad, tuvo la mala suerte de pasar frente a un café donde se hallaba, cosas de la vida, Gavrilo Princip, otro

integrante del grupo terrorista citado, quien pudo disparar a quemarropa al archiduque y su esposa provocándoles la muerte.



Atentado de Sarajevo contra el archiduque Franz Ferdinand y Sofía Chotek (1914).

Obviamente, este caso, aun presentando similitudes con el asesinato de Kennedy, creo poder afirmar que responde más a la negligencia más absoluta de la estructura de inteligencia austriaca que a una supuesta implicación de la misma en el magnicidio. En cualquier caso, como puede comprobarse en muchos de los casos citados, siempre que se ha producido una cagada en el

uso o actuación de los servicios de espionaje, en las estructuras de inteligencia, ha surgido de forma espontánea una teoría de la conspiración asociada a la imposibilidad de que la negligencia de estas estructuras de información pueda ser la causa principal.



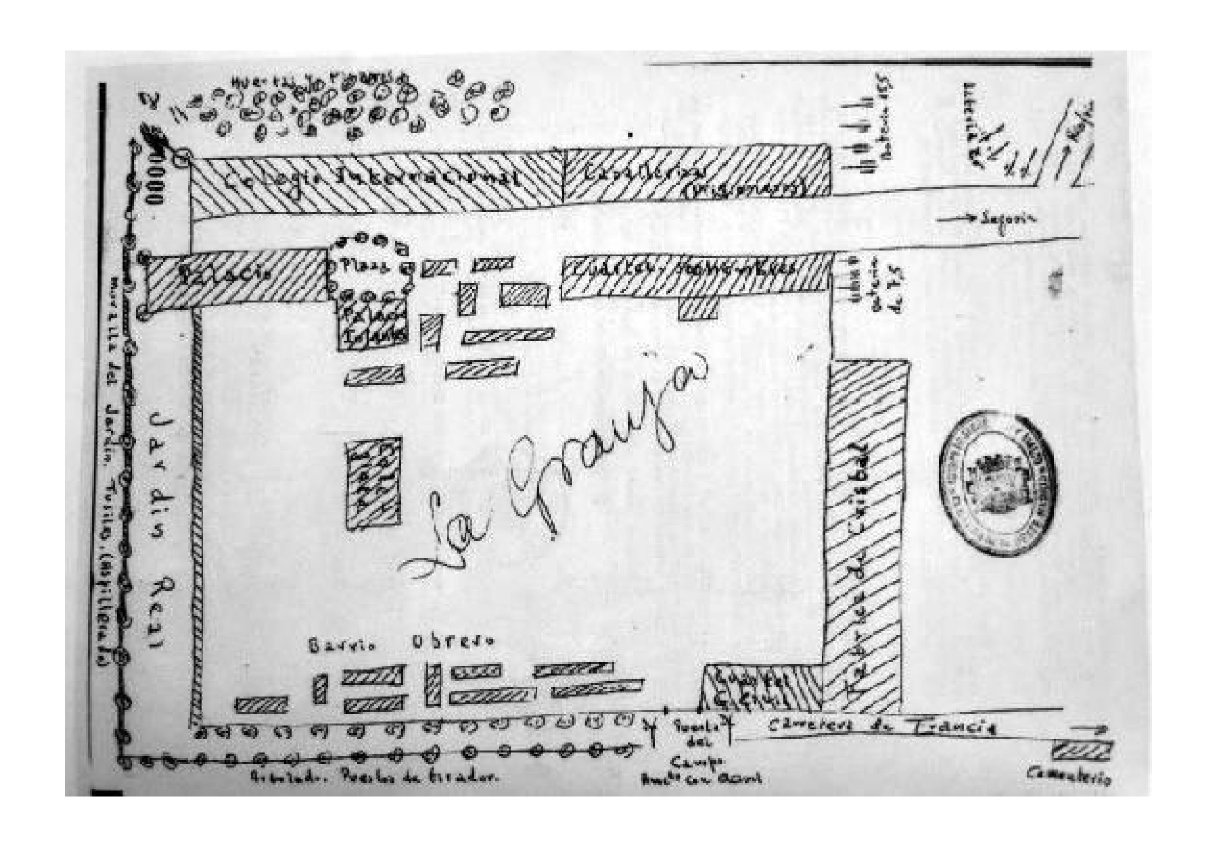
Captura de Gavrilo Princip en Sarajevo (1914).

Sea porque no podemos asumir que la estupidez humana existe a cualquier nivel y que sus consecuencias pueden ser tan catastróficas como el inicio de una guerra mundial, si atendemos a lo ocurrido en Sarajevo en 1914, o porque preferimos escapar del referido principio de la navaja de Ockham tratando de ser más listos que nadie, el error monumental, la cagada inconfesable, han sido patentes en la mayoría de los grandes y especialmente terribles sucesos del siglo XX. No me puedo creer que los servicios de espionaje e inteligencia estadounidenses no fueran capaces de analizar la política japonesa previa al ataque unilateral de Pearl Harbor o que la NKVD y su heredera, la KGB, no previeron la operación Barbarroja ideada por Hitler para someter la acción de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial. En estos casos y en muchos otros, es más que lógico pensar que, bien la prudencia política ante

informes de inteligencia alarmantes, bien la incapacidad de esos servicios de dar con la inteligencia apropiada, condujeron a monumentales errores de funestas consecuencias.

O que, desde otro punto de vista, todo haya sido más sencillo, pudiendo deberse a la metedura de pata de un olvidado, por fortuna, agente de inteligencia. Un caso poco conocido, pero no por ello poco significativo, es el del espía que el coronel Karol Swierczewski envió en vanguardia a reconocer el terreno los días previos al inicio de la ofensiva sobre la ciudad de Segovia, en mayo de 1937, en el transcurso de la Guerra Civil. El olvidado espía volvió a los pocos días con un informe completo y un mapa de situación de las tropas enemigas. Sorprendentemente, el mapa ubicaba las posiciones enemigas en lugares donde no se hallaban y nada decía de las defensas intermedias, mucho menos de la cuantía de tropas acantonadas. El ataque consecuente, como es obvio, fue una catástrofe para las tropas republicanas en la conocida batalla de La Granja, que inmortalizara Ernst Hemingway en su famosa novela *Por quién doblan las campanas*. La conclusión más lógica a este desaguisado se me antoja, honestamente, bastante escatológica: no me cabe duda de que el espía republicano alcanzó a llegar a la primera taberna, gastando la mayor parte de su incursión en la degustación de las existencias de vinos y vinazos diversos en aquellas posiciones franquistas.

También puede darse el caso de que el agente de inteligencia, el espía en cuestión, no actuara de forma estúpida, sino que fuera tan fino que pusiera en evidencia a uno, dos y hasta tres organizaciones de inteligencia. Dicho de otro modo, la posibilidad de que existiera un agente triple más allá de la ficción literaria. Y, como siempre suele ocurrir, la realidad supera las expectativas más que con creces. Como ejemplo de lo dicho, nada más que echar un vistazo al llamado caso Skoblin.



Mapa del Real Sitio de San Ildefonso hecho por un espía republicano (1937). Archivo General Militar de Ávila.

De origen aristocrático y contrario a la Revolución rusa, o eso hizo creer, Nikolai Skoblin se significó en la lucha contra los bolcheviques durante la guerra civil rusa, entre 1918 y 1920. Exiliado como tantos otros oficiales de aquel ejército decimonónico y obsoleto, Skoblin se comportó, a ojos de sus camaradas, como se esperaba de un oficial zarista en el exilio, esto es, integrándose en una inútil organización de derrotados y alojados en París llamada ROVS, deseosos de construir alguna conjura secreta que acabara con Stalin y su régimen soviético. Sin embargo, creemos a día de hoy, aunque sin estar seguros, que este figura era, en realidad, un agente doble al servicio de la policía política soviética, el OGPU, con cierta tendencia al NKVD que no tenemos muy clara. Es decir, era tan bueno Skoblin que pudo llegar a ser agente triple, implicado en los secuestros, torturas y ejecuciones de los generales rusos Aleksandr Kutépov e Yevgueni Miller. Protagonista también en el arresto del mariscal Mijaíl Tujachevski, el historiador Robert Conquest

le hizo responsable de la creación de los falsos informes que le incriminaron y le llevaron a ser ejecutado en 1937, sufriendo su familia persecución mientras duró la gran y demente purga de Stalin. Para generar esos informes falsos, Skoblin se puso en contacto con la Gestapo, en concreto, con Reinhard Heydrich, haciéndole creer que Tujachevski preparaba un golpe de mano en la Unión Soviética con el apoyo de la *Wehrmacht*. No parece claro que Heydrich se creyera el cuento del agente triple, pero, puestos a dar caña a la *Abwehr*, especialmente a Canaris —probablemente ya agente doble al servicio de los ingleses— y a la Wehrmacht —lo que podría llevarle a ocupar un espacio vacío repleto de poder frente a Hitler— se tragó la carnaza, entrando a trapo en el tema. Por si acaso, por si tuviera algunas dudas, Skoblin deslizó la información, como quien no quiere la cosa, al *Deuxième Bureau*, la estructura de espionaje e inteligencia francesa. De modo que, trabajando para cinco servicios de inteligencia y espionaje, Skoblin logró su cometido, acabando con Tujachevski. Y ahí radica lo alucinante del caso. No saber qué hizo este híbrido de camaleón, culebra y alacrán, sino cuál era su fidelidad primordial, su interés básico. Desde luego, ni por asomo el régimen psicótico, que no comunista, de Stalin. La única manera de entender todo esto es que mantenía su fidelidad aristocrática, pues derribar a Tujachevski era debilitar el Ejército soviético, además de poner en evidencia la manía persecutoria de Stalin, obsesionado con el trotskismo o cualquiera que fuera la ideología no estalinista que creyera ver en su Rusia asolada por la continua purga.



Hábil manipulador de las debilidades y ambiciones de cuantos le rodeaban, Nikolai Skoblin, como tantos otros, acabó por meter la pata hasta el corvejón. Decidido a dar buena cuenta del líder de la ROVS, el general zarista Yevgueni Miller, no fue capaz de percatarse de que este, conocedor de algunos de los tejemanejes de su falso confidente, dejó tras de sí una carta acusatoria en caso de que acabaran con él. Como así fue, Skoblin quedó al descubierto por primera y última vez. Algunos dicen que la palmó en España, donde se lo había llevado Orlov, el enlace de la NKVD en territorio republicano durante la Guerra Civil. Otros, que fue empaquetado hacia el mar Báltico y cayó en las garras de Stalin, ansioso de dar con alguno que, para romper la norma, tuviera alguna culpa verdadera que expiar. Lo cierto es que nadie sabe a ciencia cierta lo que pasó con este manipulador y mítico espía, inspirador de cine y literatura, especialista en retorcer el conocimiento hasta convertirlo en chisme, poder y mentira.

A pesar de que el daño producido por la actuación de Skoblin debilitó la credibilidad de la mayoría de los servicios de inteligencia y espionaje implicados, la mayoría consiguió sobreponerse y continuar con su actividad. Bueno, no todos. Es lógico pensar que cualquier vulnerabilidad de cualquier estructura de espionaje e inteligencia es un clavo en su ataúd. Cada fallo, cada metedura de pata, cada cagada, cuestiona sus actividades, su gestión del secreto y, en determinados regímenes poco o nada democráticos, su viabilidad. Si bien el caso Skoblin sirvió a la Gestapo para desacreditar parcialmente a la Abwehr a ojos de Hitler, el asunto del círculo Solf acabó por derribar la estructura liderada por Canaris, dejando a Alemania sin un servicio de espionaje e inteligencia competente y fiable.

Aristócrata y elitista, pero sobre todo antinazi, Hanna Solf, viuda del embajador alemán en Japón, decidió crear un círculo que reuniera a personalidades importantes de la política, la economía y la cultura que rechazaran el modelo destructivo que Adolf Hitler había impuesto en su querida Alemania. Dada la tradición diplomática de Hanna y sus relaciones con el mundo de la política exterior, no fue de extrañar que algunos miembros del servicio exterior acabaran participando en las tertulias de esta *madame* de Pompadour del siglo XX. Probablemente ese fue el error que cometió *Frau*

Solf. En efecto, en una de sus reuniones, en concreto la llevada a cabo en Heidelberg a principios de septiembre de 1943, reunió a un buen elenco de la intelectualidad y aristocracia alemana poco proclive al régimen nazi. Reunida allí con descendientes de Bismarck, jesuitas, juristas y, sobre todo, miembros del servicio exterior alemán, no cayeron en la cuenta de que habían abierto las puertas a un infiltrado de la Gestapo. El supuesto doctor Reckseh, oficial de la Gestapo, había conseguido entrar en el círculo de Solf para identificar a los diplomáticos alemanes en servicio integrados en la llamada resistencia antinazi. De todos ellos, el más significado era Otto Kiep, cónsul dimisionario en Nueva York por haber participado en un homenaje a Albert Einstein.



Hanna Solf testificando en los juicios de Nuremberg (1947).

La detención de todos ellos, pero, en especial, de Kiep, provocó una reacción en cadena entre determinados elementos del Abwehr amigos de este. Al ser ejecutado, el matrimonio formado por Eric Wermeheren y Elizabeth von Plettenberg, amigos suyos, temió por su seguridad y desertaron, poniéndose bajo la protección del Gobierno británico a principios de 1944. La Gestapo, conocedora de la paranoia de Hitler, explotó el miedo a que los fugados hubieran puesto al descubierto las claves de transmisión del *Abwehr*. En una

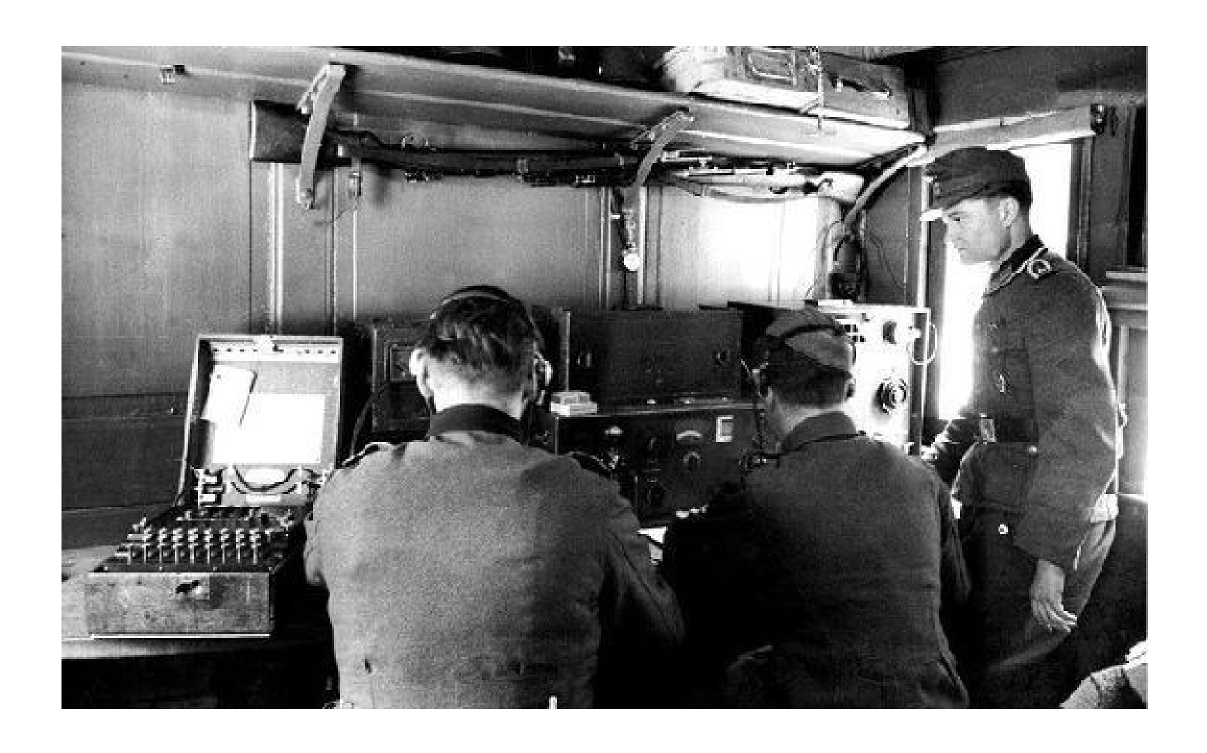
volcánica reunión con Canaris, Hitler tomó la decisión de laminar la estructura de espionaje e inteligencia alemanas, empujando, además, al pequeño almirante a ponerse en el lado de los conspiradores que trataron de asesinar al Führer en julio de ese mismo año.



Cuartel general de la Gestapo en la actualidad.

Así que el *Abwehr* no la cagó por la infiltración, por no frenar las ansias de poder de las SS lideradas por Himmler o por la necesidad de la Gestapo de controlar el conocimiento secreto en aquella atribulada sociedad. La Abwehr feneció por prestar más atención a lo que ocurría en el patio de su casa, en los salones de té y en la trastienda de la Cancillería del Reich. Ahora bien, tampoco era que el *Abwehr* fuera una estructura modélica. En realidad, no podemos decir que tal cosa haya existido alguna vez. En el caso de los nazis, su estructura de inteligencia adoleció de un servicio de contraespionaje fiable o, al menos, efectivo, tan preocupados como estaban por mantener la sociedad dentro de la línea que marcaba la política nacional. De haber tenido esa efectividad, se habrían percatado de la impostura o, al menos, de la doblez de Juan Pujol, el archifamoso *Garbo*. Y tampoco es que los ingleses fueran distintos en este aspecto, la verdad, pues todo en este asunto parece fruto de la

casualidad. El hecho de que los ingleses no le aceptaran por sospechoso, que se infiltrara de *motu proprio* en el sistema alemán para demostrar su capacidad, que trabajara todo el tiempo como doble (consiguiendo confundir a los alemanes en la zona de desembarco aliado), que mantuviera su identidad a salvo durante todo el proceso e, incluso, que tuviera éxito el desembarco en Normandía de 1944, todo ello, evidentemente, demuestra las meteduras de pata de todos los servicios de espionaje e inteligencia en este asunto. Diría más: todo confirma que el mayor enemigo de una estructura de espionaje e inteligencia ha sido, es y será siempre la politización del proceso de génesis de la inteligencia, sea el estadio que sea. La única explicación para la cagada de los nazis la encuentro en la desaparición del Abwehr y la inexistencia de una red de contrainteligencia o contraespionaje real o, desde otro punto de vista, que la ceguera nazi confundiera la eficacia represiva de una policía política, como la Gestapo, con una sección de contrainteligencia tradicional.

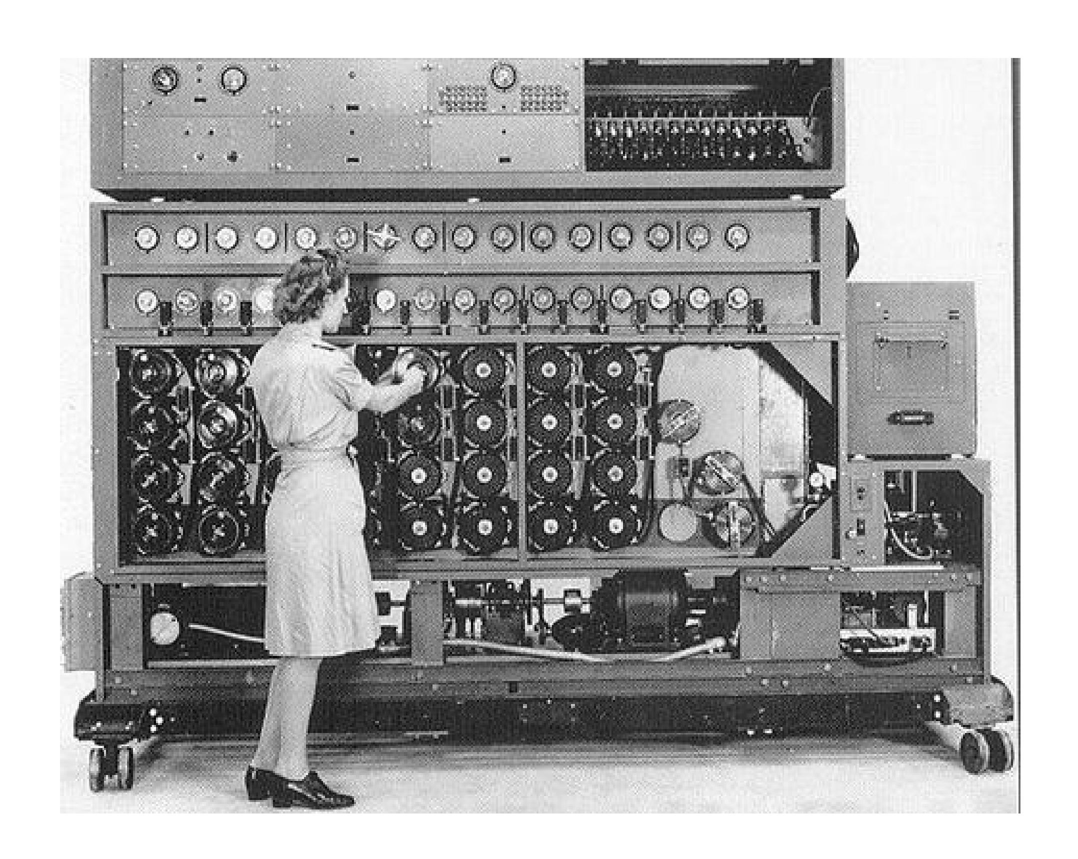


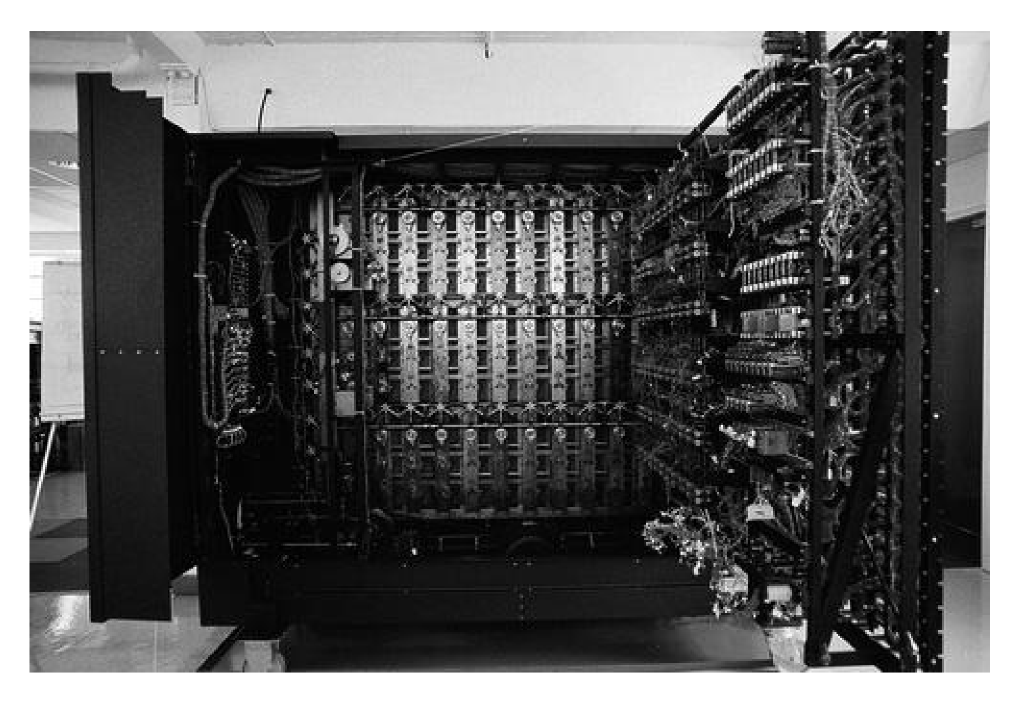
Alemanes trabajando con la máquina codificadora Enigma.

Obviamente, la decadencia del monstruo nazi afectó a todos los planos del Estado, incluyendo, como es lógico, el ciclo de inteligencia y la protección del citado proceso. Más preocupados porque no hubiera traidores al Führer, se

olvidaron de comprobar en profundidad la veracidad de la doblez de Garbo. No es de extrañar que tampoco se percataran de que la máquina Enigma había sido reventada por Alan Turing y su equipo. En este caso, puede que fuera más complicado que la supuesta contrainteligencia nazi se diera cuenta de que, en casos selectivos, sus planes fracasaban de forma estrepitosa; sin embargo, de haber hecho bien su trabajo, les hubiera parecido extraño, digo yo, que la inteligencia británica hubiese concentrado a la élite matemática del país en las instalaciones de Bletchley Park.

O que una partida importante de recursos había sido destinada a aquel centro, supuestamente insignificante, para la fabricación de las supermáquinas de Turing, las Bombe, computadores capaces de descifrar hasta más de ochenta mil mensajes de las Enigma al mes. De hecho, parece evidente que nadie, aparte de los servicios de inteligencia estadounidenses, con los que Turing se reunió en 1943, estuvo al tanto de la genial operación británica. Es irrisorio ver cómo, en la película *The Imitation Game* del año 2014, el director incluyó a John Cairncross entre los miembros del equipo de Turing. Ya hubiera sido cómico que uno de los agentes dobles soviéticos del Círculo de Cambridge hubiera sabido de la existencia del desciframiento y se lo hubiera callado. Fantasías aparte, el caso del descifrado de la máquina Enigma sí ponía de manifiesto la incapacidad del sistema nazi para proteger su propia inteligencia.





Dos imágenes de la máquina descodificadora Bombe de Alan Turing.

En líneas generales, sin embargo, como ya habrán podido comprobar en lo leído hasta ahora, no ha existido un único factor que pueda explicar la metedura de remo, la cagada monumental, en cualquiera de las fases de la actividad de las estructuras de espionaje e inteligencia. Hemos visto ya la politización y la incompetencia o estupidez de cualquiera que sea el protagonista del desliz. Sin embargo, no hemos citado hasta ahora la presión política, que no politización. Es decir, la premura en la obtención de resultados apetecidos como un factor determinante en el origen de los errores catastróficos de los servicios de espionaje e inteligencia.

Como diría un castizo, las prisas son para los ladrones y los malos toreros. De hecho, ningún servicio de espionaje e inteligencia ha estado ni está exento de este factor determinante. Ni siquiera los supuestamente rayanos en la eficacia perfecta. Como el Mossad, presionado por los sucesos de Múnich en 1972: el asesinato de hasta once miembros de la delegación israelí en aquellos Juegos Olímpicos —sigo, a día de hoy, sin comprender cómo no se suspendieron—, por parte del grupo terrorista palestino Septiembre Negro. En este caso, la cagada fue en cadena, puesto que, como en otros casos que aparecerán más adelante, el escenario había sido previsto por Georg Sieber, psicólogo policial, quien había planteado hasta veintiséis escenarios de ataques terroristas durante el desarrollo de los Juegos Olímpicos. Al parecer, los organizadores descartaron la posibilidad del escenario por la necesidad de proteger en exceso la Villa Olímpica, lo que dañaría la imagen de las Olimpiadas, como si el posible rapto y/o asesinato no fueran a destruirla.

En cualquier caso, Golda Meir, primera ministra en aquel momento, tomó la decisión de dar con los responsables y acabar con ellos. La misión, conocida como cólera de Dios, acabó con la mayoría de los implicados en la planificación del ataque de Múnich. El *Mossad* se dedicó a identificar a los líderes palestinos y llevar hasta su posición a los comandos de élite *Sayaret Matkal*, para que eliminaran en acción clandestina a los supuestos líderes de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP). El error, por decirlo de alguna manera, fue la falta de clandestinidad, por un lado, y las prisas en la identificación, por el otro. Si bien acabaron con Al-Najjar, tercero al mando tras Yasser Arafat, en la operación acabaron con la esposa del líder palestino, con una anciana italiana —que, supongo, andaría por allí— a la vez que robaban toda la información posible. Por si fuera poco, una brigada

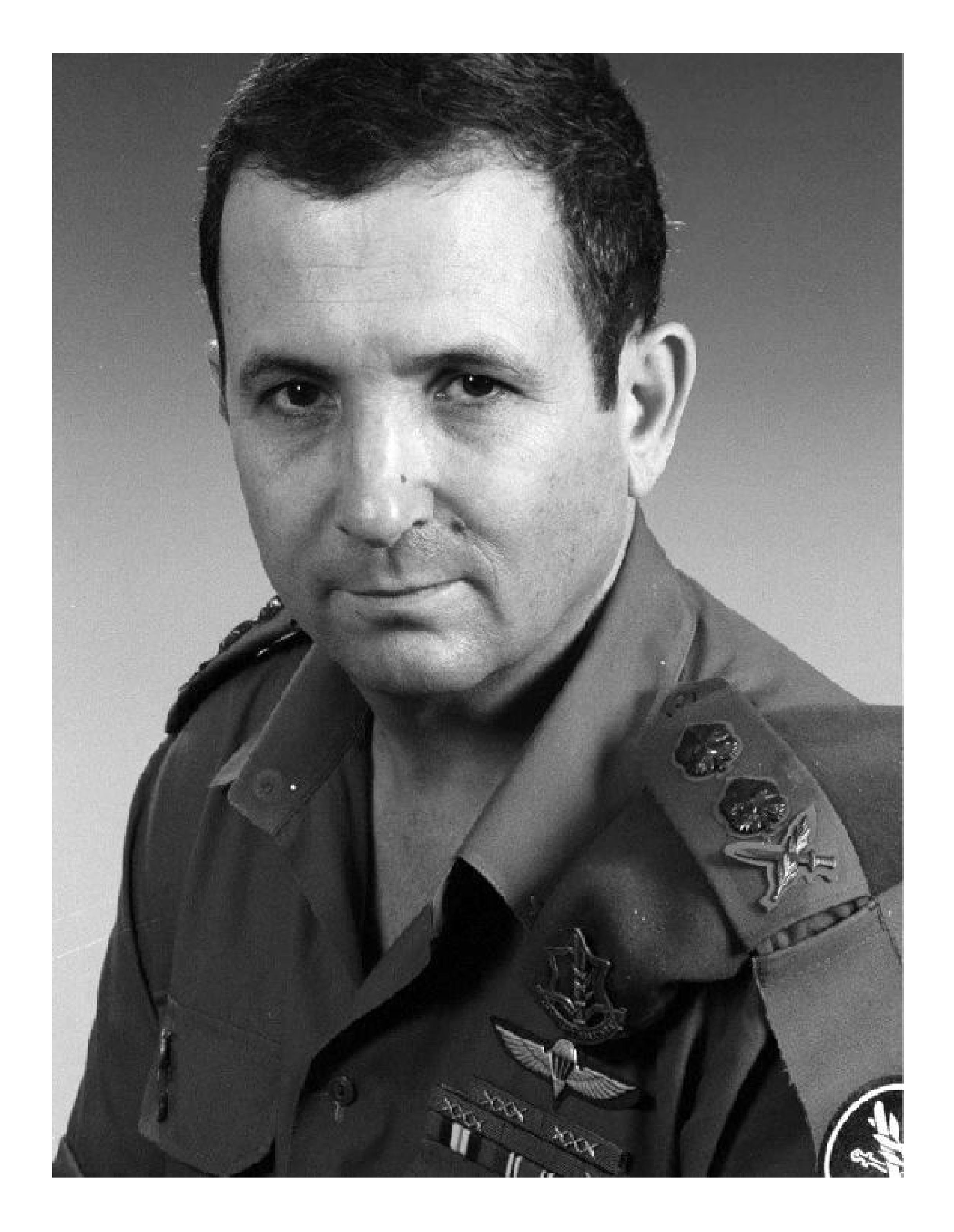
paracaidista fue lanzada en acción paralela para atacar una base del FPLP defendida por un centenar de milicianos que demolieron en parte con una carga explosiva, mientras el grupo de apoyo secundario se enzarzaba con los refuerzos de la OLP y la policía palestina, a la vez que Ehud Barak y los suyos corrían hasta la playa disfrazados de mujer para ser evacuados.



Atentado de Múnich en 1972: llegada de los cadáveres a Israel.

Entre 1972 y 1979, el Mossad recorrió medio mundo tratando de decapitar las organizaciones palestinas implicadas en la acción de Múnich y, de paso, debilitar la acción política de estos reivindicando un estado independiente en territorio controlado por Israel. En total, unos nueve líderes palestinos fueron eliminados en rocambolescas misiones clandestinas, bien con bombas detonadas a distancia, bien ejecutados con doce disparos, tantos como víctimas cayeron en las Olimpiadas de 1972. Sin contar con los daños colaterales como la anciana italiana de Beirut y otros muchos, el Gobierno israelí de Golda Meir comprometió la confidencialidad, involucrando la estructura de espionaje e inteligencia en una especie de guerra sucia que no respetaba ni soberanías nacionales ni acuerdos internacionales ni lógica alguna más allá de la simple venganza. Como diría algún superviviente a las

acciones del Mossad en esta sangrienta campaña, el ataque de Múnich dio carta blanca a Israel para eliminar la cúpula política palestina, estuviera implicada en la terrible acción terrorista de 1972 o no.

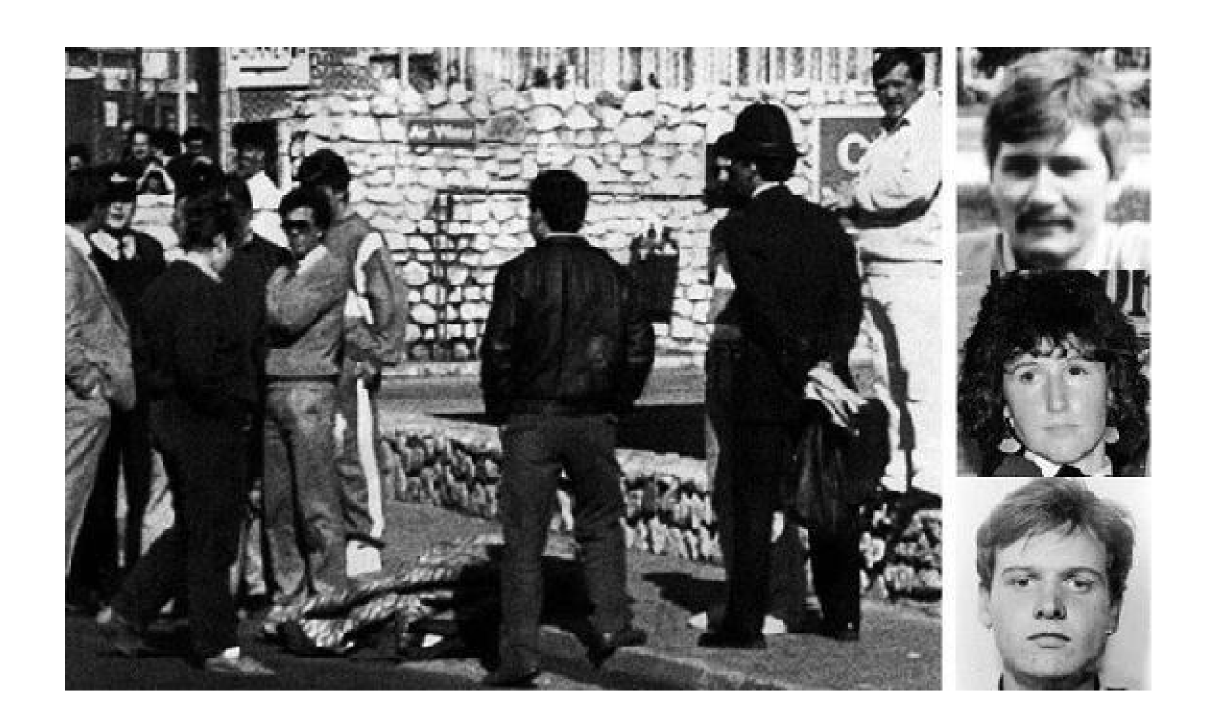


Ehud Barak, miembro del comando *Sayaret Matkal*.

Por su parte, el MI6 y el MI5 adolecieron del mismo error en su lucha contra los pertinaces terroristas irlandeses del IRA. Y aunque todos recuerden los quince años que Gerry Conlon y sus tres amigos pasaron en la cárcel acusados injustamente en base a una investigación manipulada por el atentado del *pub* de Guilford en 1974, el caso más sonado asociado a las prisas que provocó la reprobación internacional, así como la consecuencia de dejar al descubierto a Margaret Thatcher, fue el asesinato en Gibraltar de los terroristas Danny MacCann, Maired Farrell y Sean Savage.

Acribillados a balazos a plena luz del día, los terroristas estaban planificando, a decir del MI5 y del MI6, un ataque terrorista en Gibraltar contra un importante personaje británico. Según se explicó en la investigación pública posterior al ataque, los servicios de inteligencia británicos habían marcado al comando en cuestión, pidiendo la colaboración tanto del CESID como de la Policía española. Los terroristas habían conseguido introducir los explosivos en España —no sabemos cómo a día de hoy— y los destinaron a la fabricación de un coche bomba. El 6 de marzo de 1988, en las proximidades de una gasolinera cercana al aeropuerto de Gibraltar, los tres terroristas fueron abordados por un comando de élite de las SAS británicas que les descerrajó veintinueve tiros. Obviamente, la acción tuvo poco o nada de encubierta, convirtiéndose en un verdadero escándalo internacional al comprobarse que los terroristas no iban armados y que su vehículo no transportaba explosivo alguno, ya que los habían dejado en otro coche encontrado por la Policía española en un estacionamiento público malagueño.

La investigación que siguió a esta metedura de pata descomunal, realizada por un fiscal del propio Peñón, convino en justificar lo ocurrido como un error producido por la falta de colaboración de la Policía española. Esta falacia denigrante, seguramente soportada por el Gobierno español para cubrir las espaldas a Thatcher, no se sostenía por ningún lado. En la operación no solo participó la Policía española, sino los servicios de espionaje e inteligencia españoles, franceses y británicos. Incluso amañaron un concurso organizado por la marca comercial de unas conocidas patatas fritas para captar a un confidente del IRA adicto a ellas y que les pusiera en camino del comando terrorista viajero.



Terroristas abatidos en Gibraltar (1988)

Tras meses de acoso periodístico al Gobierno británico, Margaret Thatcher zanjó la controversia con su ya mítico «Yo disparé». Como es lógico, en esta cagada descomunal no solo podemos argumentar las prisas como causa de la misma. Es más que obvio pensar que la colaboración entre estructuras de espionaje e inteligencia, servicios de información y servicios de contraespionaje y contrainteligencia, como si de una función trigonométrica se tratara, tiende hacia el desastre. En sociedades incapaces de despolitizar las estructuras asociadas con la seguridad nacional, desde un punto de vista interno, estas acaban compitiendo por posicionarse lo mejor posible en el reparto de la cuota de poder. Además, desde un punto de vista básico de contrainteligencia, ¿hasta qué punto podemos confiar en un servicio de espionaje e inteligencia extranjero, por muy aliados que nuestros países sean? ¿En qué medida se puede garantizar que la colaboración se circunscribe exclusivamente en la consecución de un objetivo común y no se corre el peligro de ser penetrada la seguridad nacional? Si resulta difícil confiar en una estructura patria, imagínense en un servicio foráneo.

Es por todo ello que esta inseguridad entre estructuras de un mismo país ha generado a lo largo de la historia reciente no pocos quebraderos de cabeza a los decisores políticos, convirtiéndose en una clara debilidad de estos

servicios de gestión de la información secreta. En esta línea de causalidad podríamos enfocar la mayoría de los grandes atentados terroristas del último cuarto de siglo. Aunque la las investigaciones puede que sigan a día de publicarse el presente ensayo, el caso del ataque terrorista en las Ramblas de Barcelona, el 17 de agosto de 2017, puede responder a la falta de comunicación y/o colaboración de los diferentes servicios de gestión de la inteligencia. Con una alerta de atentado por parte de la Agencia Central de Inteligencia estadounidense probada, la falta de compromiso en la defensa y la seguridad por parte de la policía autonómica catalana —probablemente contaminada por la politización en su actividad y la imposibilidad manifiesta de colaboración efectiva entre los factores de contrainteligencia, contraespionaje y acción conjunta nacionales—, más que la dificultad de acción contra ese modelo híbrido de terrorismo, hizo que resultara prácticamente imposible anticiparse al ataque.

Siguiendo ese razonamiento, parece muy apropiado acercarse a los terribles ataques terroristas de Nueva York, Madrid y Londres, efectuados por Al Qaeda y sus círculos subsidiarios. Al igual que ocurriera con los ataques provocados por los anarquistas en el paso del siglo XIX al XX, la nueva forma de terrorismo propuesta por Al Qaeda dejó casi sin respuesta de acción a las estructuras destinadas a combatir sus actividades. El carácter reticular con jerarquía muy poco implantada, así como la deslocalización de los grupos activos y la financiación prácticamente imposible de seguir y contrarrestar, dio a esta organización la posibilidad de desarrollar actividades funestas para las sociedades occidentales entre 1993 —fecha del primer ataque contra las Torres Gemelas de Nueva York— y julio de 2005 —ataques de Londres—.

Y no crean que fue fácil, o que es fácil, contrarrestar esta actividad terrorista. Para empezar, a la plétora de factores que favorecieron el éxito de la amenaza del terrorismo reticular, lo primero que se me viene a la mente es, sin discusión, la falta de cintura de las estructuras de espionaje e inteligencia. Constituidas como sistemas de origen militar resultantes de los últimos estertores de la Guerra Fría, se comprendió tarde que penetrar estructuras basadas en la radicalización socio-religiosa era ciertamente más difícil que entrar en sistemas político-militares. En otras palabras, no había manera de ser efectivos en la infiltración como antaño; sin ir más lejos, en la lucha contra la violencia política anarquista. Además, dado que la radicalización se producía de manera individual, también era más que complicado atacar orgánicamente el fenómeno. Parece evidente que la colaboración con las

fuerzas y cuerpos de seguridad de los Estados era una de las claves. Si no se descendía al nivel individual, al control de la persona, no se podía prever con éxito la radicalización, primero, y la consecuente violencia.



Guerra contra el terrorismo fundamentalista islámico.

De modo que para luchar contra el terrorismo reticular como el practicado por Al Qaeda, las estructuras debían colaborar para evitar que, como en 2001, existiera una amenaza de escenario que contemplaba un ataque terrorista con aviones contra edificios emblemáticos en suelo estadounidense. Y no crean, por otra parte, que el error catastrófico fuera el no tener en cuenta ese escenario propuesto por un analista de inteligencia. El error radica en no compartir el escenario con el resto de estructuras de inteligencia. No me cabe duda de que alguna de ellas, en base a la información manejada, habría tenido en cuenta el escenario y hubiera actuado para su prevención.

Sin embargo, en el caso de los ataques sufridos el 11 de marzo de 2004 en la capital de España, a todo lo dicho anteriormente habría que sumar la falta de

credibilidad de los escenarios por parte de los decisores políticos. Como ocurriera respecto a lo sucedido en Londres un año más tarde, los decisores políticos, según se extrae de lo investigado y publicado, no eran partidarios de tener en cuenta la viabilidad de los posibles ataques. Las relaciones diplomáticas cultivadas por el Estado español desde los tiempos del aislamiento del Franquismo entre 1945 y 1958, y la existencia de la acción terrorista consolidada de ETA hacían poco creíbles, a ojos de los citados decisores políticos, dichos escenarios. Lo mismo podría decirse de los políticos británicos y sus políticas de integración y consolidación de las comunidades minoritarias, incluida la islámica. Difícil fue convencerles, al parecer de los horribles resultados, de que la radicalización de elementos musulmanes en territorio propio poco tenía que ver con las tradiciones políticas continuadas en el tiempo.

Claro que, una vez se convencieron de la necesidad de cambio en la acción contra esta nueva amenaza global, decidieron, en su mayoría, atacar de un modo igualmente equivocado, esto es, globalmente. Así, liderados por el presidente George W. Bush, desarrollaron la política de guerra contra el terrorismo en una guerra entre Estados, atacando Afganistán e invadiendo Irak, cuando, en realidad, la política de penetración y eliminación de las redes de financiación de Al Qaeda ha sido mucho más efectiva. Obviamente, algunos podrán decir que, tras esta guerra contra el terrorismo, se ocultaban claros intereses económicos y geoestratégicos de control de determinadas zonas de producción petrolífera que rompieran el equilibrio productivo a favor de Estados Unidos. Lo cierto fue que, independientemente de la causalidad, Afganistán sufrió un ataque continuado por la coalición OTAN-ISAF liderada por los Estados Unidos y que mantuvo la zona en estado de guerra entre 2001 —fecha del inicio de los bombardeos— y 2014 —momento en que Barack Obama decidió la retirada de las tropas expedicionarias—.

Siguiendo la línea del desastre en las decisiones políticas tomadas, la citada coalición decidió invadir Irak sustentándose en la existencia de armas de destrucción masiva. Este argumento, demostrado como falso tras consumarse la invasión, fue sostenido por la administración Bush a pesar de la opinión negativa al respecto de la estructura de espionaje e inteligencia estadounidense. La investigación posterior, liderada por David Kay, aportó ante las comisiones del Congreso y el Senado de Estados Unidos una visión negativa del uso político dado a la inteligencia generada por las estructuras

implicadas. De hecho, como dijera el jefe de la estructura de espionaje e inteligencia británica en 2002, la inteligencia se adaptó a la política. De no ser así, no se podrían comprender las visitas diarias del vicepresidente de Estados Unidos, Dick Cheney, a la sede de la CIA. Parece más que obvio que, a diferencia de los casos anteriores, en lo que se refiere al supuesto error de los servicios de inteligencia en la invasión de Irak, más bien estaríamos ante la fabricación de un argumentario sostenible que pudiera justificar el hecho consumado de invadir Irak. Las evidencias halladas por las comisiones sobre las invenciones acerca de la compra de uranio enriquecido, de aquella famosa torta amarilla, hacen suponer, a día de hoy, que, más allá de la presión sobre los servicios de inteligencia, se pudo cometer el gravísimo delito de falsear, manipular e, incluso, construir informes de inteligencia favorables a la invasión del país oriental.

Fueron aquellos, sin discusión, casos de *upside down*, esto es, de dar la vuelta al proceso de inteligencia, donde los decisores políticos pusieron la conclusión de la inteligencia al inicio del proceso de génesis de conocimiento. Por lo tanto, más que un grave error de las estructuras de espionaje e inteligencia, estaríamos ante una suplantación de competencias, lo que demuestra que la politización o la injerencia política en esta actividad tan sensible es el camino más empleado para llegar al desastre.

En esa línea, cambiando de palo, podemos unir los sonadísimos casos de la fuga de información. Tanto en el caso Wikileaks como en el de Edward Snowden, el problema se halla en el momento en que alguien descubre el mal uso de los recursos de inteligencia, vulnerándose los derechos civiles básicos de los ciudadanos y/o la confianza de naciones aliadas, penetradas por servicios de espionaje e inteligencia pervertidos. Esta práctica, lógicamente entendible en sociedades carentes de un sistema de garantías democráticas, resulta alarmante en un entorno democrático. Descubrir que tus derechos fundamentales son vulnerados sistemáticamente por aquellos que deberían garantizarlos es, obviamente, un escándalo de tomo y lomo. En España, el caso ya se dio en 1995. El periodismo de investigación, en este caso capitaneado por el diario *El Mundo*, sacó a la luz que el CESID llevaba más de diez años monitorizando y grabando conversaciones telefónicas de cientos de miles de españoles, incluidos altos dirigentes políticos. El llamado gabinete de escuchas, en realidad Centro de Vigilancia del Espectro Radioeléctrico, había empezado sus actividades hacia 1984, bajo la dirección del comandante Juan Manuel Navarro Benavente. La existencia de este

archivo sonoro secreto fue revelado por el coronel Juan Alberto Perote, lo que provocó el terremoto mediático que acabó con la dirección del teniente general Emilio Alonso Manglano y la condena de ambos por la existencia de un recurso ilegal en una democracia, siendo este último exonerado tras la repetición del juicio en 1999. Aunque el fondo de escuchas grabadas quedó claro que vulneraba los derechos fundamentales de los españoles, se castigó principalmente la filtración a la prensa del secreto y no la práctica Ilícita que había sido conocida por cuantos ministros ostentaron la tutela del CESID desde el inicio de las grabaciones en 1984. Como resultado final, el servicio de espionaje e inteligencia fue remodelado, apareciendo el actual CNI en 1995.



Edward Snowden en conferencia *online* desde paradero desconocido (2015).

Del mismo modo, en Estados Unidos se persiguió la filtración de la existencia de ese volumen de información secreta captada de una forma más que cuestionable. La plataforma virtual *Wikileaks*, creada por Julian Assange, perseguía dar publicidad a cualquier filtración de información secreta, reservada o protegida enviada a su organización, partiendo de la base de que cualquier secreto debe ser esclarecido. Su lema, *We Open Governments*, deja claras sus intenciones. Mas, como en el caso español, la razón de atacar la actividad de esta organización ha sido la prevención de fugas en la gestión del

secreto, más que en la exposición del mismo. Es más importante mantener la red sin fisuras que perder cierta cantidad de conocimiento.

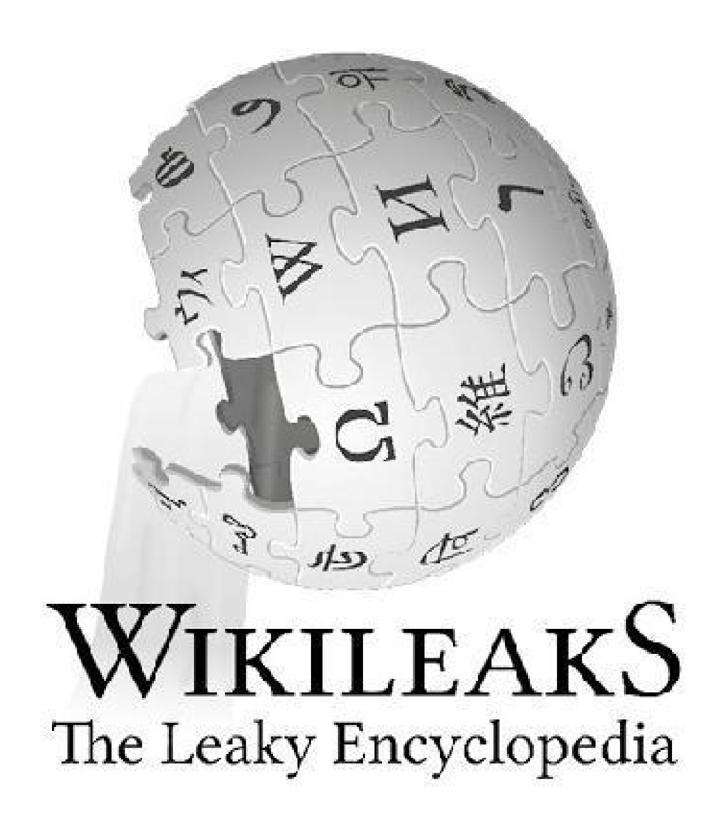


Julian Assange en 2010, momentos álgidos de acción de *Wikileaks*.

Quizás por eso, el caso de Edward Snowden fue tan crítico para la estructura de espionaje en inteligencia estadounidense. Como trabajador de la CIA y la NSA, vulneró la confidencialidad de su trabajo, haciendo público en los diarios *The Guardian* y *The Washington Post* la existencia del programa PRISM. Este nombre en clave encubría un sistema diseñado por la NSA para captar información clandestina de los principales servidores de Internet. Iniciado en 2007 bajo la presidencia de George W. Bush al calor del recorte de soberanía y derechos civiles llevado a cabo por aquella administración para garantizar la guerra contra el terrorismo, la filtración masiva de Snowden, a día de hoy en paradero desconocido, puso contra las cuerdas al programa de contrainteligencia y contraespionaje de Estados Unidos, alertando al resto de estructuras del mundo de la actividad agresiva norteamericana incluso

respecto a sus más leales aliados. Si bien este caso fue un escándalo mayúsculo, lo grave del asunto radicaba en el peligro de la externalización de este tipo de servicios, dado que Snowden era un contratista y no un agente o funcionario de la plantilla de la NSA. Obviamente, los costes para la realización de estos programas tienden a ser astronómicos y resulta más barato para las administraciones encargárselo a terceras compañías, que puedan ajustar los costes, corriéndose el peligro de, obviamente, la filtración o el mal uso del conocimiento gestionado. En este caso, parece evidente que lo barato es caro.

En el caso de las filtraciones producidas por *Wikileaks*, la motivación que subyace es más bien desestabilizadora que defensora de los derechos civiles y fundamentales de los ciudadanos. El escándalo del Centro de Vigilancia del Espectro Radioeléctrico español se sustentó en la existencia de una práctica contraria a las libertades de los ciudadanos, no en el contenido de las grabaciones que, en líneas generales, no trascendió. Snowden, por su parte, filtró algunos documentos con la intención de revelar el programa PRISM y, al igual que en España, mostrar a la opinión pública la existencia del sistema de captación. La organización creada por Julian Assange, por el contrario, difundía las filtraciones para dar a conocer el secreto, manteniendo el anonimato de la procedencia de los documentos. Ya fuera el asesinato de los periodistas de Reuters en 2007, los miles de documentos sacados del Pentágono en 2010 sobre la guerra de Irak o la de Afganistán en el mismo año o el llamado *cablegate* de noviembre de 2010, donde se revelaron cientos de miles de mensajes internos de la estructura diplomática de los Estados Unidos, *Wikileaks* supuso un grito a la desaparición del secreto en la gestión política internacional.



Carátula humorística de *Wikileaks* en la red.

Ahora bien, la necesidad de control de la información a nivel personal, la búsqueda de conocimiento hasta el estrato del individuo, se ha demostrado como la única posibilidad de hacer frente a la aparición del terrorismo híbrido, definido como la acción individual y espontánea de elementos violentos radicalizados sin pertenencia a organización alguna —ya sea centralizada, descentralizada o reticular— y que responde a varios modelos terroristas al mismo tiempo —ya sean sociales, religiosos, nacionalistas o políticos—. ¿Cómo luchar contra la acción de individuos radicalizados que actúan de forma espontánea? ¿Cómo luchar contra *Daesh*? Obviamente, el camino más rápido es a través de la identificación de los elementos posiblemente radicalizables, de los centros de posible radicalización y de las comunidades más proclives a caer en este proceso destructivo. Del mismo modo que ocurriera con la aparición de Al Qaeda o a consecuencia del ataque en bloque contra la estructura reticular de la organización terrorista

internacional, las células integrantes de la misma, carentes de línea político-religiosa de actuación, acabaron por individualizar la acción, siguiendo una idea más que una directriz, orden o como se quiera llamar al mandato de actuación violenta. Y, puestos en ese caso, ¿cómo combatirlo? Siendo imposible la penetración o el aislamiento y colapso de la financiación, el control de la información hasta el nivel básico parecía ser el único camino efectivo.

Algo así debió intentar el CNI cuando abrió la investigación correspondiente al caso del referéndum ilegal izado por el Tribunal Superior de Justicia de Cataluña programado para el 1 de octubre de 2017. ¿De qué manera habrían tenido que actuar para localizar todas las urnas y las papeletas destinadas por los organizadores de aquella tragicomedia para justificar la declaración de independencia unilateral? De haber podido actuar como lo hizo el Centro de Vigilancia del Espectro Radioeléctrico del CESID dirigido por el teniente general Manglano, estoy seguro de que habrían dado con el material ilícito.

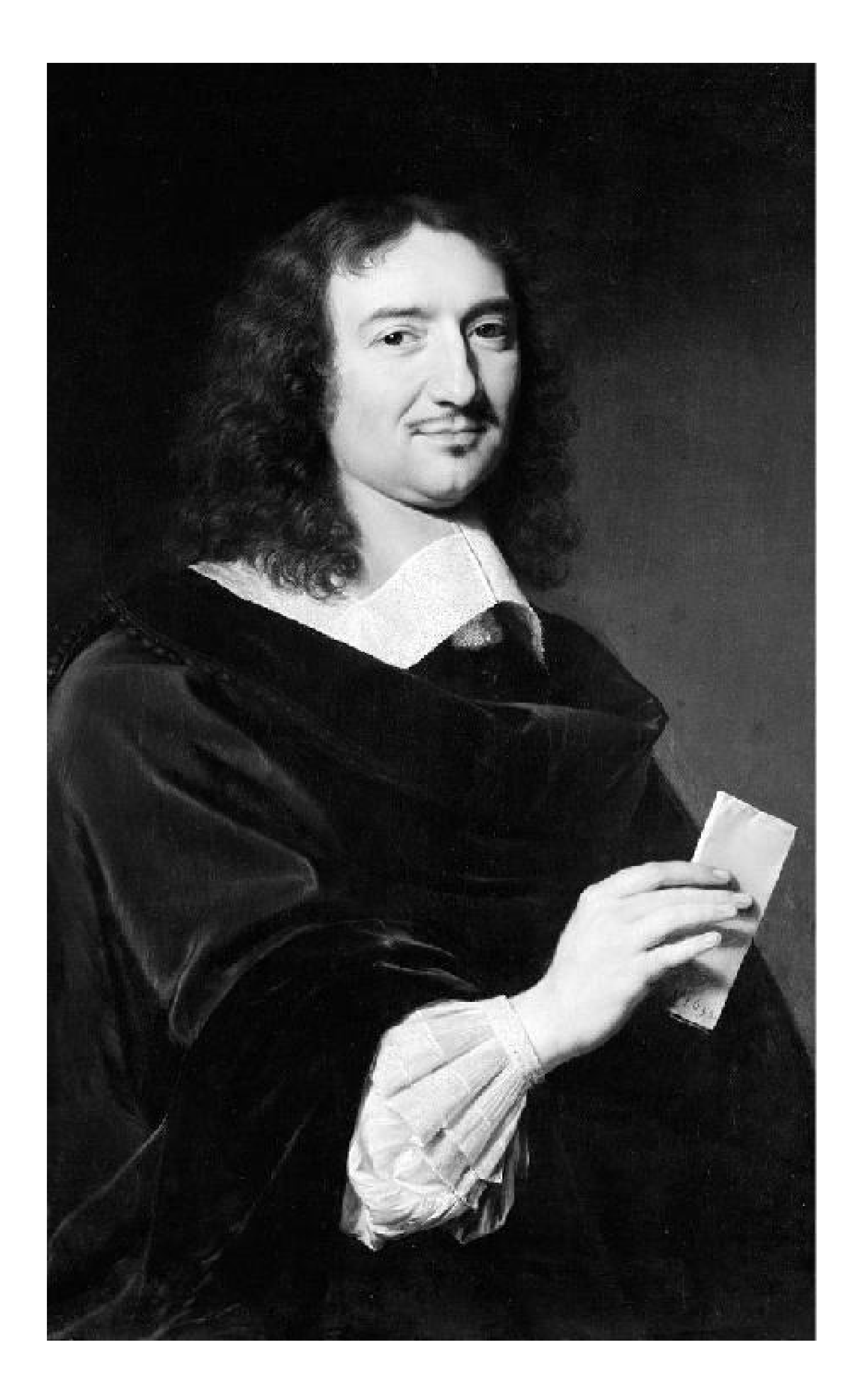
Ahora bien ¿a costa de qué?

— 5—

Para terminar

No crean que todos los errores en cuanto a inteligencia y espionaje se encuentran en las páginas de lo político o militar, de lo luctuoso o policial. Puestos a cagarla, no solo lo pueden hacer los agentes, analistas y espías, al mando o no, en el desempeño tradicional de su profesión. También los encargados de la gestión de la inteligencia económica son susceptibles de meter el remo hasta el fondo. Es más, en este caso, nos enfrentamos a cagadas monumentales que afectan a factores estructurales y no coyunturales. En palabras más sencillas y menos académicas, los errores en inteligencia económica pueden afectar al conjunto de la sociedad, de las sociedades; al conjunto de los integrantes de una organización supranacional; a todo quisque a lo largo y ancho del mundo actual. Es tal la imbricación e interconexión de las economías hoy en día que una falla en uno de los principales actores, ya sea Estados Unidos, China, Japón o la Unión Europea, puede generalizar una crisis financiera hasta convertirla en una depresión de tomo y lomo, como ocurriera en 1929 y en 2008. Es tan importante y globalizado el factor económico que, ya a mediados del siglo XX, la mayoría de los países occidentales consideraba la economía como el factor esencial en el equilibrio y, tras la hecatombe generalizada desde 2008, no hay estructura de espionaje e inteligencia que se precie que no tenga una división de inteligencia económica.

Obviamente, estarán pensando que dada la amplitud de factores asociados al proceso económico, cómo un espía o una estructura de inteligencia pueden cagarla hasta el punto de poner en peligro la economía de un sector, un país, una región o un continente. ¿Es posible que la mala praxis de un agente o una estructura puedan generar una onda sísmica económica?



Jean-Baptiste Colbert, ministro plenipotenciario de Luis XIV, de Philippe de Champaigne, 1655.

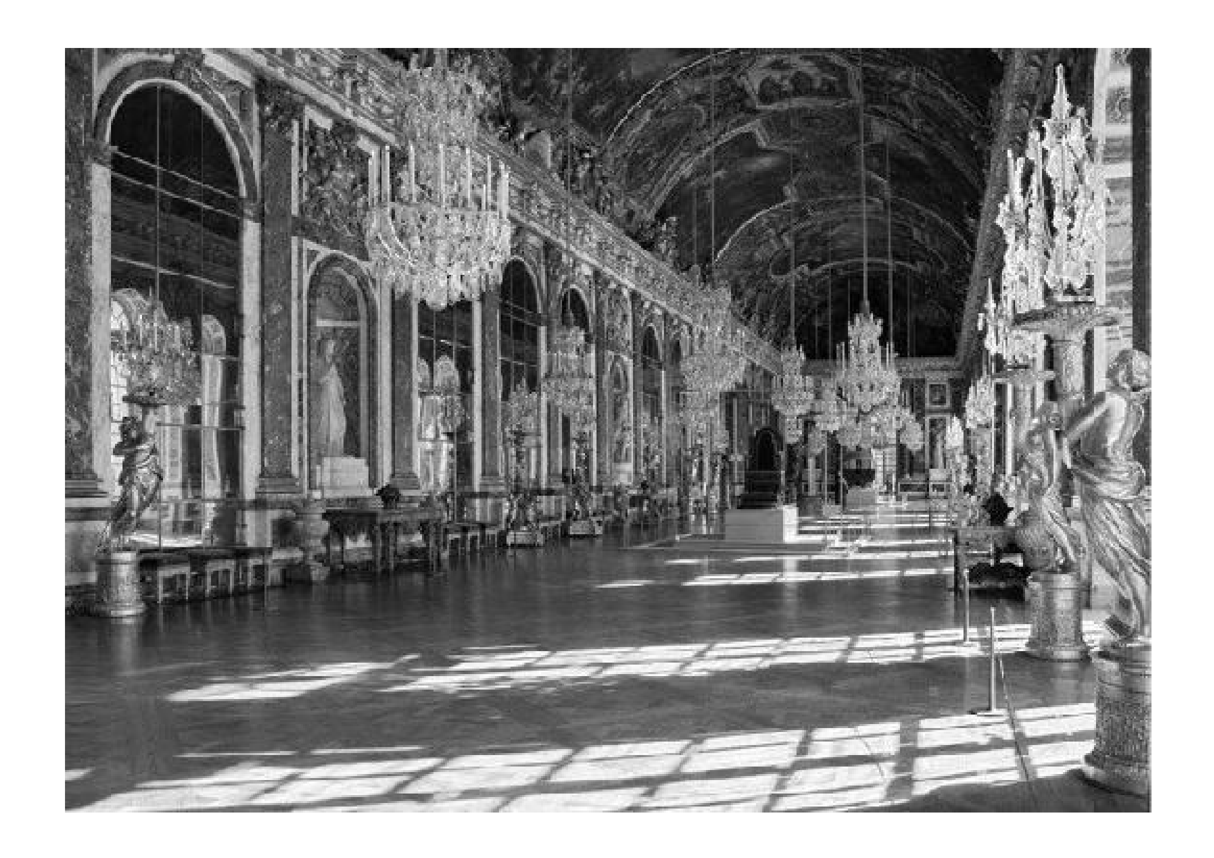
Si he de ser sincero, hasta hace unos años, no lo creía posible, pero tras ver alguna de las fracturas económicas o políticas del pasado en perspectiva económica, he tenido que cambiar de opinión. Por empezar con algún ejemplo poco conocido, no me cabe duda de que el espionaje francés a finales del siglo XVII no valoró en su justa medida la acción tomada por el ministro plenipotenciario de Luis XIV, Jean-Baptiste Colbert, para monopolizar la producción de espejos en la fábrica de Saint Gobain. Aunque la iniciativa era potencialmente beneficiosa para la economía francesa, el espionaje no generó la suficiente inteligencia para que Colbert tomara una decisión consecuente. En otras palabras, los espías franceses sí fueron hábiles localizando, dentro de los mejores espejeros venecianos, a los más proclives a marchar a Francia. Sin embargo, no valoraron el impacto que tendría en la economía veneciana, ni la respuesta que el gobierno de la Serenísima daría y si constituiría un conflicto entre naciones.

Y vaya si lo fue.

Colbert consiguió que su agente en Venecia, el embajador Pierre de Bonzi, se camelara a los espejeros Giovanni Castellano y Giovanni Bormioli. La reacción inmediata del gobierno republicano fue conminar a los vidrieros a volver, acosando a sus familias, por lo que Colbert logró sacar clandestinamente a las familias de los vidrieros para que estuvieran seguras en Francia. Necesitando azogadores para los espejos, Bonzi se agenció unos cuantos, pero la República de Venecia destinó comandos de sicarios para hostigarlos e impedir que llegaran a Francia, dejándoles aislados en Basilea. Respecto a los que habían llegado a buen puerto, el Consejo de los Diez tomó la decisión de eliminarlos empleando el veneno. El mejor de los fugados, Antonio della Rivetta pereció en 1667, a decir del informe del embajador en Francia, Antonio Giustinianni. La comunidad de vidrieros venecianos aceptó volver, pidieron perdón y acabaron con la fuga de talento hacia Francia, mientras Colbert no tuvo más remedio que pactar un convenio comercial con Venecia para el uso de tan preciado objeto.

Y es que en este plano de la actividad humana, créanme, el más mínimo fallo puede llevar una sociedad a la destrucción. Seguro que, de haber existido la CIA en 1925, habría emitido informes de inteligencia sobre la burbuja que empezaba a constituirse y el riesgo que conllevaba. También es cierto que, existiendo la Agencia Central de Inteligencia y todas las demás, ninguna

debió de avisar con la suficiente convicción del riesgo económico inherente a dar fin a la paridad de la cotización dólar-oro en 1971. Es probable que no hubiera una sección específica de inteligencia económica, pero tras la crisis que conllevó tal cambio político, uno podría creer que habrían escarmentado.



Galería de los Espejos en el palacio de Versalles.

Es cierto, por otra parte, que en algunas ocasiones ha resultado complejo detectar indicadores que avisaran de la cercanía de una crisis económica de gran calado, siendo más que difícil la prevención de la misma. Ahora, no me dirán que la constitución de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) no debería haberlos puesto sobre aviso. Estoy seguro de que alguno de los agentes habría llegado a la conclusión de la existencia de un escenario plausible donde los países integrantes de la OPEP tomaran la decisión de embargar de forma conjunta la producción de crudo, con el consecuente aumento desorbitado de precios, colapso de la pequeña y media empresa, crecimiento exponencial del desempleo y con la consecuente precariedad y pérdida de bienestar.

Puede que alguno de ellos, de los muchos espías en las muchas estructuras de espionaje e inteligencia, planteara el citado escenario de terror y que no lo tomara en cuenta el decisor político correspondiente, dándose de cabezazos —el político, digo— después de la tremenda crisis global producida en 1973. Me quiero imaginar que, en ese momento, la inteligencia económica se convirtió en una de las redes básicas de cuantas estructuras de inteligencia pulularon por el mundo a partir de ese fatídico año. Creyéndolo como más que evidente, me resulta complicado asumir que nadie fuera capaz de advertir la burbuja de endeudamiento que estaban constituyendo los países de América Latina hasta el momento en que estalló, en 1982, afectando a medio mundo. O, años más tarde, a finales de la década de los ochenta, con la profunda crisis financiera japonesa o la que se generalizó en Asia, entre 1997 y 1998, afectando al Fondo Monetario Internacional, a la vez que frenaba el proceso de inversión en países en desarrollo, España incluida.

Puede que muchos de los que estén leyendo estas líneas piensen que es más que seguro que las estructuras de inteligencia valoraran todos los escenarios y comprendieran que tales situaciones lo que hacían era debilitar a los competidores, dejando a sus países en una posición de fuerza, preeminencia y casi monopolio. Por desgracia, en un modelo económico como el actual, con todos los factores entrelazados y, en la mayoría de los casos, descentralizados, una crisis global debilita a todos. Eso sí, a algunos más que a otros. ¿Es posible que pensaran eso las empresas de valoración de riesgos cuando aseguraron la solvencia de la compañía Lehman Brothers, un día antes de su colapso, en 2008? Ese derrumbamiento fue el pistoletazo de salida de una crisis global que costó más de 22 billones de dólares a Estados Unidos y una cifra por descubrir al resto del mundo, demostrando que el factor económico, desde un punto de vista global, era y es el denominador común de las sociedades actuales y la vulnerabilidad principal de las mismas desde un punto de vista conjunto.

Quizás por ello, en los últimos cincuenta años se ha desarrollado una capacidad de organizar unidades de inteligencia económica no estatales o públicas impensables hace menos de un siglo. No ya las naciones, sino cualquier compañía que se precie, tienen un gabinete de inteligencia, tanto para las estrategias generales como para anticipar vulnerabilidades y, sobre todo, injerencias o captación de conocimiento reservado y susceptible de acabar con la preeminencia empresarial. Si les digo que, de cada diez espías,

siete se dedican a esto, igual piensan que estoy exagerando, y se confundirán nuevamente. El objetivo esencial de las compañías —ya saben, conseguir una posición de privilegio que les permita dominar su mercado o, en el caso de las más grandes, el mercado— pasa por lograr un factor estratégico y económico preponderante. Como ya hemos visto en capítulos anteriores, lo lograron los venecianos durante varios siglos a cambio de tener que defender su secreto profesional de cuantas embestidas realizaron sus competidores. ¿Qué diferencia encontramos en el caso de Microsoft? Se puede decir que el marco legal internacional defiende a los usuarios de la implantación de monopolios o situaciones dominantes cercanas al mismo. Como en la Edad Media y Moderna, cuando los Estados y poderes políticos se prevenían de ello con políticas proteccionistas e impedían la vulneración de secretos propios. En la actualidad, asistimos a un frecuente combate entre compañías por hacerse con patentes y desarrollos específicos o por protegerlos de su difusión. Desde los problemas entre Apple y compañías orientales, ya sean la coreana Samsung o las chinas Huawei o Xiaomi, el mundo del espionaje industrial copa las páginas de nuestros medios de comunicación sin saberlo. La situación preponderante lograda por Apple con su *smartphone* ha sido sistemáticamente atacada por multitud de compañías hasta la llegada de los clones chinos, verdaderas réplicas de los modelos estadounidenses, mucho más competitivas por el precio y la ausencia de aranceles que los graven. No es de extrañar la aparición de políticas superproteccionistas en la Casa Blanca frente a estos ataques contra la hegemonía tecnológica norteamericana. El error de estas compañías, en este caso, podría ser la deslocalización del proceso productivo, lo que dificulta la protección del secreto profesional. Setecientos años antes, los venecianos comprendieron que, en lo que se refiere a la producción estratégica, nada de diversificación y deslocalización: todos juntitos, trabajando en Murano, sin que ninguno de los trabajadores esenciales pusiera un pie fuera de la isla.

Otro camino mucho más drástico para evitar la fuga de conocimiento es el vetar a una compañía especialmente peligrosa o cargarla de aranceles hasta el punto de que sea imposible la competencia, como hizo a mediados de 2019 el presidente Donald Trump con la compañía china Huawei. Decisión esta muy mediática, pero poco práctica, la verdad. Mucho mejor implementar la contrainteligencia, el contraespionaje, y dejar que fluya la oferta y la demanda.

Claro que, para ello, no queda otra que blindar las comunicaciones, verdadero talón de Aquiles de las estructuras de espionaje e inteligencia y, en general, del secreto en los Estados actuales. Verdaderas divisiones de inteligencia y contrainteligencia se afanan a día de hoy, en el instante que ustedes están leyendo esta línea, en buscar medios para romper los protocolos de seguridad, a la vez que desarrollan métodos de protección cuánticos que impidan que los cercos de protección, muros, cortafuegos o como quieran llamarlos, sean penetrados por los espías tecnológicos, convirtiendo la ciberseguridad en el campo de batalla del espionaje actual. Todo matemáticas y física y, qué quieren que les diga, nada romántico y apasionante, pues cambiar a un espía disfrazado de peregrino del Camino de Santiago tratando de asesinar al rey de Inglaterra por un triste físico cuántico, encerrado en un sótano bajo siete llaves intentando romper el *firewall* de la NSA o penetrar los servidores de Apple, convierte todo en un mundo triste y carente de imaginación. O peor aún, que se tome la decisión de que la seguridad nacional caiga en manos —perdón, en los bits— de los ciberagentes automatizados, esto es, los sistemas robotizados de control de la seguridad, deshumanizando todo el proceso, pues, como ya estimó Isaac Asimov hace muchos años, la mejor manera de mantener segura la humanidad pasa por apartar al ser humano del proceso de protección.



Obras de reconstrucción en Berlín con fondos del Plan Marshall.

Sin embargo, rematando ya este viaje, a pesar de todo el esfuerzo, de todas las medidas de protección, de todas las agencias, servicios y estructuras, de todos los espías que uno pueda destinar a la protección del sistema, de cualquiera que sea la estrategia, humana o cibernética, tu competidor siempre podrá ser más listo, anticiparse y, obviamente, clavártela hasta la empuñadura. Y si no me creen, nada más que echen un ojo a la *Economic Cooperation Association*, más conocida como la EGA o ACE, en traducción al castellano.

Esta institución fue creada por Estados Unidos como vehículo de aplicación del llamado plan Marshall, destinado a provocar el resurgimiento de la economía occidental tras la catástrofe provocada por la Segunda Guerra Mundial. Esta agencia penetró la política económica de los Estados europeos que se acogieron a la iniciativa de ayuda, auditando que la ayuda se empleaba en el desarrollo económico y no caía en saco roto. Mas, al poco tiempo, los Estados adheridos al proyecto Marshall comprobaron que la EGA fiscalizaba la política del país y, en realidad, estaba implicando dos conceptos básicos que tenían que ver con la política norteamericana y no con el desarrollo de las zonas deprimidas. En primer lugar, la obligación de desarrollar políticas anticomunistas que pusieran freno a la expansión geoestratégica liderada por Stalin. No es de extrañar, en consecuencia, la división del mundo en bloques o mundos de desarrollo. En segundo lugar, mucho más sutil, establecer, como si se tratara de un axioma, que los modelos democráticos se desarrollan en sistemas económicos capitalistas o liberales, abocando a cualquier otro modelo político a ser tildado de antidemocrático o, directamente, autoritario, totalitario y, por supuesto, enemigo de la democracia y la libertad de los pueblos.

Fíjense en la monumental cagada que supuso aceptar el plan de ayuda en estos términos, esto es, en la obligación de asumir la política económica y social estadounidense como línea a seguir y el ideario asociado a la misma como la definición absoluta de libertad, igualdad y fraternidad. A ver qué estructura de inteligencia que se precie no habría alertado de tamaña amenaza, poniendo en cuarentena cualquier decisión política al respecto.

Aunque, ya saben, después de todo lo leído, el espionaje y la inteligencia no son más que argumentos para ayudar al político a tomar su decisión. Y puestos en ese percal, ya me dirán quiénes son los expertos en la metedura de pata. De modo que la próxima vez que voten, piensen que será su representante quien reciba los informes de inteligencia y decida en consecuencia, ¿verdad?

Que Dios nos asista.

Bibliografía recomendada

AHMED GHOTME, R. *La reconducción estratégica de Al-Qaeda: ¿del liderazgo de Osama Bin Laden a la dimensión masiva-popular?*, Civilizar. Ciencias Sociales y Humanas, vol. 12, 22 (2012), pp. 111-128.

ALMAND, C. T. (Ed.). *War, Literature and Politics in the Middle Ages*, Liverpool, University Press, 1976.

ANDREW, C., GORDIEVSKI, O. *KGB: la historia interior de sus operaciones desde Lenin a Gorbachov*, Madrid, Plaza y Janés, 1991.

APARICIO-ORDÁS GONZÁLEZ-GARCÍA, L. A. Los orígenes de la cooperación internacional en materia de terrorismo. Las primeras respuestas internacionales, *Revista de Relaciones Internacionales*, Estrategia y Seguridad, vol. 8, 1 (2013), pp. 267-278.

ARTHURSON, I. *Espionage and intelligence: from the War of the Roses to Reformation*, Nottingham Medieval Studies 35 (1991), pp. 134-154.

AVILÉS FARRÉ, J. *La daga y la dinamita: los anarquistas y el nacimiento del terrorismo*, Barcelona, Tusquets, 2013.

AVILÉS FARRÉ, J., *El terrorismo en España: de ETA a Al Qaeda*, Madrid, Arco Libros, 2010.

AVILÉS FARRÉ, J., *Osama Bin Laden y Al Qaeda: el fin de una era*, Madrid, Catarata, 2011.

AVILÉS, J., HERRERÍN, A., *El nacimiento del terrorismo en Occidente*, Madrid, Siglo xxi 2008.

AYUELA AZCÁRATE, F. J., AZNAR FERNÁDEZ-MONTESINOS, F., El trampantojo del terrorismo yihadista: Boletin ieee 2 (2016), pp. 125-143.

AZCONA PASTOR, J. M., RE, M., *Guerrilleros, terroristas y revolución (1959-1988)*, Madrid, Thompson Reuters-Aranzadi, 2015.

BARRACO, F. J., *Gran Bretaña, Monarquía y República, Oliver Cromwell*, Clío: Revista de Historia 187 (2017), pp. 64-67.

BRAVO, G., GONZÁLEZ SALINERO, R. (Coord.). *Formas y usos de la violencia en el mundo romano*, Madrid, Signifer Libros, 2007.

CARNICER, C. J., MARCOS, J., *Sebastián de Arbizu: espía de Felipe II*, Madrid, Nerea, 1998.

CASTELLS OLIVÁN, I. *La Revolución francesa: Jacobinos y jacobinismo*, en ROURA I AULINAS, Ll., *Revolución y democracia: el Jacobinismo europeo*, Barcelona, Ed. Del Orto, 1995, pp. 1-40.

CASTILLA SOTO, J. *Las relaciones entre Felipe IV y Carlos II de Inglaterra durante el protectorado de Cromwell (1656-1659)*, Espacio, Tiempo y Forma. Serie IV. Historia Moderna 2 (1989), pp. 111-124.

CASTRO ALFÍN, D. *El terror en la Revolución Francesa. Robespierre, la virtud exacerbada, La Aventura de la Historia 188* (2014), PP. 16-23.

CELA RANILLA, A. I. *FBI: 100 años de historia*, *Quadernos de Criminología: Revista de Criminología y Ciencias Forenses*, 3 (2008), pp. 35-39.

CENTENERA SÁNCHEZ-SECO, F. *¿Defiende Juan de Mariana a la monje que terminó con la vida del rey Enrique III de Francia?*, Torre de los Lujanes: Boletín de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, 54 (2004), pp. 87-104.

CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY, Office of Policy Coordination (1948-1952), Documentos desclasificados, CIA, 1952.

CONTAMINE, PH. *La guerra de los Cien Años*, Madrid, Rialp, 2014.

CONTEST, R. *Inside Stalin's Secret Police: KNVD politics (1936-1939)*, Hoover Institution Press Publication, 1985.

CORTÉS, D. *Guy Fawkes: el personaje*, Revista ComHumanitas, Vol. 4, 1 (2013), pp. 61-70.

CRENSHAW, M. *The logic of terrorism: terrorist behavior as a product of strategic choice*, en Reich, W., *Origins of Terrorism*, Washington, Woodrow Wilson Center, 1998, pp. 7-24.

DAVIS, M. *Buda's Wagon. A Brief History of the Car bomb*, Nueva York, Verso, 2007.

DE MIGUEL GIL, A. *Marco Polo: el viajero inaccesible*, Madrid, Dastin Export, 2004.

DE RIQUER I., PERMANYER B., *Nacionalidades y regiones: problemas y líneas de investigación en torno a la débil nacionalización española del siglo XIX*, en Esteban de Vega, M. y Morales Moya, A. (Coords.), *La historia contemporánea en España: Primer Congreso de Historia Contemporánea de España*, Salamanca, 1992, pp. 73-92.

DEL CORRAL, J. *Los espías mayores de Su Majestad*, Anales del Instituto de Estudios Madrileños, 46 (2006), pp. 1043-1050.

DELARUE, J. *Histoire de la Gestapo*, París, Fayard, 1962.

DEPPING, G. B. *Correspondance administrative sour le regne de Louis XIV*, París, 1855.

DÍAZ FERNÁNDEZ, A. M. *Los servicios de inteligencia españoles: desde la Guerra Civil hasta el 11-M*, Madrid, Alianza Editorial, 2006.

DOCE, J. *Carta de Inglaterra: Guy Fawkes y William Shakeshafte*, Cuadernos Hispanoamericanos, 573 (1998), 79-84.

DZHIRKVELOV, I. *Agente secreto: mi vida con la KGB y la élite soviética*, Barcelona, Planeta, 1988.

ESCOBAR STEMMANN, J. J. *La nueva Al Qaeda*, Política Exterior, Vol. 21, 19 (2007), p. 63-77.

ESCUDERO, J. A. *Curso de historia del Derecho*, Madrid, G. Solana, 1985.

ESCUDERO, J. A. *Felipe II: el rey en el despacho*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2002.

ESTEBAN NAVARRO, M. A. *Glosario de inteligencia*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2007.

FERNÁNDEZ LÓPEZ, J. *Militares contra el Estado. España: siglos XIX y XX*, Madrid, Taurus, 2003.

FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, G. *El simple arte de matar: orígenes de la violencia terrorista en el País Vasco*, Historia Política: Ideas, Procesos y Movimientos Sociales, 32 (2014), pp. 271-298.

FERRER VALERO, S. *Mujeres en la historia, mujeres pioneras*, Clío: Revista de Historia, 191 (2017), pp. 50-53.

FUSI, J. P. *La patria lejana: el nacionalismo en el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2010.

GABILONDO, A. *El árbol de la libertad y la guillotina*, Contextos 27-28 (1996), pp. 253-268.

GAETA, F. (Ed.). *Nunziature di Venezia*. Roma, Istituto Storico, 1958.

GALEANO, D. *En nombre de la seguridad: lecturas sobre policía y formación estatal*, Cuestiones de Sociología: Revista de Estudios Sociales, 4 (2007), pp. 102-125.

GARCÍA SANZ, F. *España en la Gran Guerra: espías, diplomáticos y traficantes*, Madrid, Galaxia-Gutemberg, 2014.

GEARY, D. *La Segunda Internacional: socialismo y socialdemocracia*, en Ball, T., Bellamy, R. y Freeden, M. (Coords.), *Historia del pensamiento político del siglo XX*, 2013, pp. 233-252.

GONZÁLEZ CALLEJA, E. *Bellum Omnium Contra Omnes: una reflexión general sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos políticos*, Anuario del Instituto de Estudios Histórico Sociales, 19 (2004), pp. 391-418.

GONZÁLEZ CALLEJA, E. *La razón de la fuerza: orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, Editorial CSIC-CSIC Press, 1998, pp. 19-40.

GRACCO, G. *Società e Stato nel Medievo veneziano*, Florencia, Olschki, 1967.

HERRERÍN LÓPEZ, A. *Anarquía, dinamita y revolución social*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011.

HERRERÍN LÓPEZ, A. *La CNT pendant la Guerre civile: pouvoir et révolution*, en Jean Pierre Amalric, Geneviève Dreyfus-Armand y Bruno Vargas (eds.), *Huit ans de République en Espagne: entre réforme, guerre et révolution, 1931-1939*, Toulouse, Méridiennes/Presses Universitaires du Midi, 2017, pp. 245-260.

HOPKIRK, P. *Demonios extranjeros en la ruta de la seda*, Barcelona, Laertes, 1997.

IGLESIAS RODRÍGUEZ, J. J. *Tensiones y rupturas: conflictividad, violencia y criminalidad en la Edad Moderna*, en IGLESIAS RODRÍGUEZ, J. J. (Ed.), *La violencia en la historia: análisis del pasado y perspectiva sobre el mundo actual*, Huelva, Universidad de Huelva, 2012, pp. 41-91.

JEFFERY, K. *MI6: The History of the Secret Intelligence Service*, Londres, Bloomsbury, 2010.

JORDÁN ENAMORADO, J. *El Daesh, Cuadernos de Estrategia: La Internacional Yihadista*, 173 (2015), pp. 109-148.

JUÁREZ VALERO, E. *El canal benedictino: el flujo de conocimiento técnico en la Alta Edad Media Europea, Arqueología, Historia y Viajes sobre el Mundo Medieval*, 50 (2014), pp. 20-28.

JUÁREZ VALERO, E. *El conocimiento perseguido: robando el secreto del vidrio veneciano*, Cuadernos del Vidrio, 1 (2013), pp. 14-23.

JUÁREZ VALERO, E. *La estructura de espionaje inglesa durante la guerra de los Cien Años*, en VIÑAS, A. y PUELL, F., *La historia militar hoy: investigaciones y tendencias*, Madrid, IUGM, 2015, pp. 105-127.

JUÁREZ VALERO, E. *Protección de la información industrial en el Medievo: textos secretos y cifrados en el mundo del vidrio*, en VELASCO, F. y ARCOS, R. (Eds.), *Cultura de Inteligencia*, Madrid, Plaza y Valdés Editores, 2012, pp. 171-185.

JUÁREZ VALERO, E. *Terrorismo y razón de Estado: dos casos de violencia política estatal en perspectiva comparada*, en PAYÁ SANTOS, C. y TOMÉ BERMEJO, F. *El terrorismo como desafío a la seguridad global*, Madrid, Thompson Reuters-Aranzadi, 2017, pp. 173-195.

JUÁREZ VALERO, E. *Venecia y el secreto del vidrio*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2013.

KAUSK, K. *Mitos de la revolución y escenarios en Oriente Próximo*, Política Exterior, Vol. 25, 140 (2011), pp. 24-30.

LAUREL CUADRADO, M. del C. *Los atentados contra el rey Alfonso XII*, en LESMES SERRANO, C., *Los procesos célebres seguidos en el Tribunal Supremo en sus doscientos años de historia: Siglos XIX y XX*, Vol. 1, Madrid, BOE, 2014, pp. 47-66.

LIRA, B. *El Estado en Europa e Iberoamérica durante la Edad moderna. La estatalización y sus etapas: de los oficios del Príncipe a las oficinas del Estado*, Revista Chilena de Historia del Derecho, 18 (1999), pp. 411-451.

MAESTRE, F. *Los matriculados franceses y el espionaje en Cartagena a favor de Napoleón*, Cartagena Histórica, 26 (2008), pp. 17-33.

MARTÍNEZ MILLÁN, J. *Las dos Españas del Rey Prudente: Éboli frente a Alba*, La aventura de la Historia, 109 (2007), pp. 84-91.

MARTÍNEZ, F., LEMÚS, E., CANAL, J. (eds.). *París, ciudad de acogida: el exilio español durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Marcial Pons Ed., 2010.

MAZAURIC, C. *El Terror*, en VILLAVERDE, M. J. (Coord.). Alcance y legado de la Revolución francesa: coloquio internacional, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1989, pp. 187-200.

MIGNET, F. A. A. *Antonio Pérez y Felipe II*, Madrid, 1852.

MORALES HERNÁNDEZ, J. *Los servicios de seguridad e inteligencia en la Rusia de Putin*, UNISCI Discussion Papers, 2003.

MOUSNIER, R., ELLIOT, J. H. *Revoluciones y rebeliones de la Europa Moderna*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.

NAVARO BONILLA, D. *Derrotado pero no sorprendido: reflexiones sobre la información secreta en tiempos de guerra*, Madrid, Plaza y Valdés, 2007.

NAVARRO BONILLA, D. *¡Espías! Tres mil años de información y secreto*, Madrid, Plaza y Valdés, 2009.

NAVARRO BONILLA, D. *Cartas entre espías e inteligencias secretas en el siglo de los validos: Juan de Torres-Gaspar Bonifaz*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2007.

NAVARRO BONILLA, D. *La imagen del archivo: función y representaciones en España (Siglos XVI y XVII)*, Gijón, Trea, 2003.

NAVARRO BONILLA, D. *Los archivos del espionaje: información, razón de Estado y organismos de inteligencia en la Monarquía Hispánica*, Salamanca, Caja Duero, 2004.

NAVARRO BONILLA, D., ESTEBAN NAVARRO, M. A. *Terrorismo global y servicios de inteligencia: II seminario sobre gestión de conocimiento y servicios de inteligencia*, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid-Universidad Rey Juan Carlos, 2006.

PINA POLO, F. *El tirano debe morir: el tiranicidio preventivo en el pensamiento político romano,* Actas y Comunicaciones del Instituto de Historia Antigua y Medieval Vol. 2, 1 (2006), pp. 1-24.

PRETO, P. *I servizi segreti di Venezia*, Milán, Net, 2004.

REGUEIRO, M. *El secreto de la porcelana,* Historia Natural, 3 (2003), pp. 34-40.

RIBAS, M. *La romana Iluro,* Barcelona, 1952.

RIVERO RODRÍGUEZ, M. *Diplomacia y relaciones exteriores en la Edad Moderna,* Madrid, Alianza Editorial, 2000.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. *Drake y la Invencible,* Madrid, Sekotia, 2011.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. *Política naval de la Restauración,* Ed. San Martín, 1988.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. *Victorias por mar de los españoles,* Madrid, Sekotia, 2010.

RUBIO PÉREZ, L. M. *Consolidación del nuevo Estado durante el reinado de los Reyes Católicos*, La Historia de León, Vol. 3 (1999), pp. 14-17.

RUIZ MIGUEL, C. *Servicios de inteligencia y seguridad del Estado Constitucional*, Madrid, Tecnos, 2002.

SAÑA, H. *El Almirante Canaris: Jefe de los Servicios Secretos alemanes y espía en España,* Tiempo de Historia VII-5 (1981), pp. 64-81.

SOLER FUENSANTA, J. R., LÓPEZ-BREA ESPIAU, F. J. Soldados sin rostro, Barcelona, Inédita Editores, 2008.

STRAUCH, E. *Servicio secreto de Israel*, Madrid, Sedmay, 1977.

TÁLENS CERVERÓ, M. N. *El terrorismo Yihadista,* en MAGAZ, R., *Criminalidad y globalización,* Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, 2012, pp. 352-406.

TAMBURINI, F. *Michelle Angiolillo e l'assassinio de Cánovas del Castillo*, Spagna Contemporanea, 9 (1996), pp. 101-130.

THIES, J. *El renacimiento de los servicios secretos*, Política Exterior, Vol. 18-101 (2004), pp. 47-52 y 55-58.

UNZUETA, P. El fin de ETA: elementos de su derrota, Política Exterior, Vol. 26, Extra 151 (2012), 28-37.

USUNÁRIZ GARAYOA, J. M. *El asesinato de Enrique IV de Francia y la publicística española del siglo XVII*, Bulletin Hispanique, Vol. 118, 2 (2016), pp. 453-472.

VEIGA, F. *El turco: diez siglos a las puertas de Europa*, Ed. Debate, Barcelona, 2006.

VELASCO, F., ARCOS, R. (eds.). *Cultura de Inteligencia: un elemento para la reflexión y la colaboración internacional*, Madrid, Plaza y Valdés, 2012, pp. 17-37.

VILLABA, A. *El terrorismo revolucionario de extrema izquierda en Europa*, en JORDÁN ENAMORADO, J. (Coord.), *Los orígenes del terror: indagando las causas del terrorismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 115-144.

WALDMANN, P. *Terrorismo: concepto, estrategia y alcance*, Cuadernos de Derecho Judicial, 9 (1998), pp. 181-208.

WINCHELL, S. P. *The CDX: The Council of Ten and Intelligence in the Lion Republic*, *International Journal of Intelligence and Counterintelligence*, 19-2 (2006), pp. 335-355.

YANINI, A. *Funcionamiento del sistema político y estructura del poder rural en la sociedad española de la Restauración: 1874-1902*, Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea, 7 (1989-1990), pp. 25-36.

ZECCHIN L. *Vetro e vetrai di Murano*, Vol. I y II, Venecia, Arsenale, 1987.

Filmografía recomendada

ALFREDSON, T, *El topo*, 2011.

COEN, E. *Quemar después de leer*, 2008.

COLLISON, P. *Espía sin mañana*, 1979.

COPPOLA, F. F. *La conversación*, 1974.

CORBIJN, A. *El hombre más buscado*, 2014.

DE NIRO, R. *El buen pastor*, 2007.

DEL REAL, A. *La conjura de El Escorial*, 2008.

FITZMAURICE, G. *Mata-Hari*, 1932.

FURIE, S. J. *Ipcress*, 1965.

GAGHAN, S. *Syriana*, 2006.

HENCKEL VON DONNERSMARCK, F. *La vida de los otros*, 2006.

HITCHKOCK, A. *Con la muerte en los talones*, 1959.

HITCHKOCK, A. *Cortina rasgada*, 1966.

HITCHKOCK, A. *El hombre que sabía demasiado*, 1956.

HOOD, G. *Espías desde el cielo*, 2015.

HUSTON, J. *El hombre de Mackintosh*, 1974.

KORMÁKUR, B. *The Good Spy*, 2019.

LITVAK, A. *Confesiones de un agente secreto*, 1939.

LOSEY, J. *El asesinato de Trotski*, 1972.

LUMET, S. *Llamada para un muerto*, 1966.

MACKENZIE, J. *El cuarto protocolo*, 1987.

MANKIEWICZ, J. L. *Operación Cicerón*, 1952.

MARQUAND, R. *El ojo de la aguja*, 1982.

McDONALD, K. *La sombra del poder*, 2009.

NUNN, T. *La espía roja*, 2019.

PECKINPAH, S. *Clave: Omega*, 1984.

POITRAS, L. *Citizenfour*, 2014.

POLLACK, S. *Los tres días del Cóndor*, 1975.

POWELL, M. *El espía negro*, 1939.

REED, C. *Nuestro hombre en La Habana*, 1959.

RITT, M. *El espía que surgió del frío*, 1965.

ROBSON, M. *El premio*, 1963.

ROHMER, E. *Triple agente*, 2004.

SALOMÉ, J. P. *Espías en la sombra*, 2009.

SCHAFFNER, F. J. *Mi doble en los Alpes*, 1968.

SCOTT, T. *Spy Game*, 2001.

SEATON, G. *Espía por mandato*, 1962.

SPIELBERG, S. *El puente de los espías*, 2015.

SPIELBERG, S. *Munich*, 2005.

STONE, O. *JFK*, 1991.

STONE, O. *Snowden*, 2016.

TYLDUM, M. *The Imitation Game*, 2014.

WELLS, J. *The Company Men*, 2010.

WHITE, S. *Un traidor como los nuestros*, 2016.

WINNER, M. *Scorpio*, 1973.

YOUNG, T. *Desde Rusia con amor*, 1963.

YOUNG, T. *El hombre rompecabezas*, 1985.



EDUARDO JUÁREZ VALERO. Nacido en el Real Sitio de San Ildefonso (Segovia) el 24 de abril de 1968. Doctor en Historia por la UNED, es profesor titular de Cultura y Civilización Españolas en AHA International España (University of Oregon), profesor de Paleografía y Diplomática del Máster de Archivística de la Fundación Carlos de Amberes-UNED, profesor-tutor del Máster en la España Contemporánea en el Contexto Internacional del Departamento de Historia Contemporánea en la Facultad de Geografía e Historia de la UNED y profesor de Historia de España en el programa de verano de la Georgia Southern University en Segovia. Desde 2007 es presidente del Centro de Investigación de la Guerra Civil Española (CIGCE).

Entre sus publicaciones científicas destacan *La Batalla de La Granja: historia de un enfrentamiento olvidado* (2008) y *El corredor de la Batalla de La Granja: de campo de batalla a Sitio Histórico*. Además, ha publicado varias novelas, entre ellas *El Bebedor de Tiempo* (2007), *Caminos de Joffá* (2009) y *Vérrum* (2011). Es colaborador del diario *El Adelantado de Segovia* y autor de la revista *Historia de National Geographic Society*. En diciembre de 2012 fue nombrado por el pleno municipal de San Ildefonso Cronista Oficial del Real Sitio.

Notas

[1] Fácilmente descifrable. <<

[2] Nombre medieval de Creta. <<

Eso NO ESTABA *en mi* LIBRO *de* HISTORIA *del* ESPIONAJE

Espías, espiados y espionajes en un mundo global ¿Sabía que Alan Turing fue agente de inteligencia? ¿Y que una parte de todos nuestros impuestos financia a los espías? ¿O que el espionaje británico derrotó a Adolf Hitler?

